www.flacsoandes.edu.ec

Extractado de un Recorte de Periódico.

TOMO II.

(De las Obras del Dr. Carlos R. Tobar).

En este tomo está repetida la 1ª Pte. de Un veteano de la Independencia.

BIBLIOTECA NACIONAL
CATALOGACION
QUITO

Sr. Dr.
Carlos
R.
TOBAR

RELACION
DE UN VETERANO DE LA INDEPENDENCIA

POR CARLOS R. TOBAR

PRIMERA PARTE.

Ignoro si lo mismo acaecerá á todos los hombres; pero lo he leído en alguna parte y lo he comprobado por experiencia propia: se conservan más frescas las reminiscencias de hechos remotos que de sucesos recientes. No he olvidado, por ejemplo, acontecimientos diminutos de mi infancia y comienzo á perder memoria de los magnos y trascendentales que se desenvolvieron no há mucho, en el término de las turbulentas épocas de la emancipación de la América española. Acontecimientos que tanto más debían ser recordados, cuanto mi vida entera está íntimamente relacionada con ellos.

Los pobres no tienen edad ó, mejor dicho, no tienen conocimiento de su edad: mis padres no me dijeron nunca en qué fecha había yo nacido; me fundo, pues, simplemente en tales y cuales consideraciones y cálculos, que nada le importan al lector, para creer que debí de estar de siete, ocho ó quizá nueve años cuando veía—cosa que incitaba ya mi curiosidad—escurrirse cautelosamente, y con intervalos, por la casi cerrada puerta de mi casa, después de anochecido, uno á uno, ciertos individuos, em-

bozados en la capa, que, con el sombrero metido hasta los ojos, ocultaban por completo las fisonomías. En el zaguán, saludaban á mi padre con palabras entre dientes, que jamás pude entender y, obtenido su pase, subían la escalera y.... ..aquí se estrellaba mi deseo de saber algo más.

La casa, la que por propensión innata á la *adquisividad* que dicen los frenólogos llamo *mi* casa, era la tercera

á manderecha bajando de la *chorrera* de Santa Catalina hacia la calle que prependicularmente desciende de San Agustín, y pertenecía al Doctor Juan Pablo Arenas, hombre que debía ser muy respetable, conforme lo deduzco de las atenciones y venias que merecía de los inquilinos.

A las once ó doce, ó quien sabe qué hora de la noche, yo oía entre sueños que mi padre contestaba á algunos golpecitos dados á nuestra puerta, se levantaba y abría el portón á fin de que fuesen saliendo paulatinamente los señores embozados.

¿Qué hacían en esa entonces apartada casa? ¿Con qué fin aquellos sujetos; principales al parecer, se exponían, en la oscuridad de la noche, en la lobreguez de una calle en que no brillaba ni la luz de un solo mechero, á los asaltos de alguno de esos famosos ladrones que tenían su manida en la cercana *sala de armas*, ó de las jaurías de perros que á su libre arbitrio pastaban á las orillas del arroyo, que por el centro de la calle se precipitaba lodoso y mugiente? ¿Quiénes eran aquellos individuos? ¿Fraguaban acaso, en la soledad y en el silencio, un crimen, un gran crimen, uno de aquellos que, incubados en las tinieblas, resplandecen con la siniestra luz de las públicas calamidades?

No tenía aun la edad de la suspicacia para adivinar el objeto de las misteriosas reuniones, ni poseía la curiosidad que induce al espionaje, ni siquiera, debo ser franco, podía juzgar de los hechos y discurrir y dirigirme á mí mismo las preguntas que arriba dejo consignadas.

Pero sí, por la violenta impresión que en mí produjo, ciertamente se ha grabado en mi alma de un modo imperecedero y hasta en los más pequeños pormenores, un ruidoso suceso ligado con las reuniones misteriosas de que poco hace he hablado. Este suceso fué.....Voy á narrarlo tal como yo alcancé á comprenderlo y con los incidentes que hecharon profundas raices en mi memoria.

Una tarde, mi padre iba y venía, cuchicheaba con mi madre, trepaba la escalera, descendía con papeles que escondía dentro de la copa del sombrero, salía á la calle, volvía fatigoso, tornaba á subir á las habitaciones del dueño de casa y, á la postre ¡cosa que no olvidaré jamás! ya cerrada la noche, introdujo á nuestro cuarto y escondió bajo el catre, un enorme *canillón*. De tal magnitud era para mí lo ocurrido, que me desvelé por completo, y tanto, que pude observar la salida de mi padre armado, hacia el amanecer, y los devotos rezos de mi madre al pie de cierta estampa de San Antonio, rezos en que iba sobre manera mezclado el nombre de aquél, y que cesaron con un angustioso grito de *Ave María Purísima*, lanzado al escucharse fuera una horrible descarga de fusilería.

Juzgo necesario dar, por fin una explicación de los hechos curiosos que acabo de referir.

Llegada á esta parte de la Colonia la nueva de la formación en Barcelona, Valencia, Sevilla y otros lugares de España, de *Juntas Supremas* de Gobierno, con el objeto de conservar la autonomía nacional amagada, tanto por la omnipotencia de Bonaparte, después del tratado de Tilsitt, como por la debilidad de un rey y de su valido; llegada, digo, la tal noticia, los quiteños soñadores con la independencia sud-americana, resolvieron asirse de la propicia ocasión que se les presentaba, para comenzar el desenvolvimiento del temerario proyecto de libertad que, de tiempos atrás, fermentaba sordamente en las calenturientas fantasías de unos cuantos compatriotas del desventurado Doctor Francisco Javier Eugenio Espejo; y, en verdad, después de la primera Junta verificada en la hacienda de Don Juan Pío Montúfar, prosiguieron reuniéndose en la casa comprada al efecto por el Doctor Arenas y, por último, en la de Doña Manuela Cañizares de donde, por la proximidad al centro de las operaciones al alborear el 10 de Agosto de 1809, se distribuyeron los independientes á los puestos señalados de antemano para el mejor éxito en la realización de sus patrióticos planes.

Los comandantes Salinas y Zaldumbide sacaron las tropas de los cuarteles y las formaron en la plaza de Catedral, mientras el Doctor Ante relevaba la guardia del presidente Conde Ruiz de Castilla, le notificaba la *evolución* y le dejaba arrestado en sus propias habitaciones de palacio.

Al comunicar Ante al numeroso pueblo, reunido en la plaza, el arresto del ex-presidente, las tropas rompieron en músicas marciales, la multitud en vítores y aclamaciones entusiastas, no faltó quienes corriesen á apoderarse de las campanas y las echasen á vuelo, y, por fin, los artilleros saludaron con nutridas salvas la refulgente aurora de la libertad.

He ahí, pues, explicado el misterio de los embozados en casa de Don Juan Pablo Arenas, el motivo de la trasnochada de mi padre, activo agente de la revolución en la memorable noche del 9 al 10 de Agosto, y las descargas que arrancaron el desesperado «Ave María...Pu

sima» de mi madre y que me hicieron saltar de la cama para abrazarme de sus rodillas tembloroso, movido por la adivinanza intuitiva del peligro que corría mi padre, ó quizá por el presentimiento de los magnos acontecimientos que se iniciaban; presentimiento que me atrevería á decir, se cierne en la atmósfera y sacude el sistema nervioso de los niños y de los viejos, de las mujeres y de los hombres, en la proximidad de los días de conflicto.

Yo afirmo seriamente al lector que no soy un cobarde, sino en ocasiones determinadas, ya que no hay hombre siempre valeroso, y, sin embargo, trasluzco, como adivino, los sucesos trascendentales, por una especie de espeluznamiento y frío, que me recorre el cuerpo y que siento, créaseme, en el ambiente, al acercarse los días de convulsiones morales, por desgracia tan repetidos en mi patria.

Los repiques y el eco de la música tranquilizaron á mi madre y hasta la decidieron á aventurarse, primero á entreabrir el portón, en seguida á salir hasta la esquina, donde atrapó de un vecino algunos pormenores desfigurados del acaecimiento del día, y, por fin, á tomarme del brazo y llevarme hasta la plaza principal.

¡Qué batahola, Dios mío, la que allí había!

Las gentes, unas rubicundas y otras pálidas, se abrazaban, se apretaban las manos, gritaban, reían y algunas aun lloraban, entiendo que de puro contento.

Los músicos, con los cachetes inflados, soplaban á más y mejor por las boquillas de los requintos, clarinetes y trombones; los tambores golpeaban con frenesí los parches de sus instrumentos y supongo que un bombo—al menos uno—debió de quedar esa mañana con el aspecto de las clásicas rodelas de papel por las cuales se zambullen equitadores y saltabancos.

A fuerza de pataleo y otras manifestaciones de infantil *independencia*, ya en la plaza, obtuve que mi madre me confiase á mi propio albedrío, y entonces, me entregué á la dicha de recoger del suelo los residuos ennegrecidos de cartucho, vomitados por los pedreros y los arcabuces.

Posteriormente, al concurrir á los combates, al recorrer después de ellos los campos de batalla y al recor-

dar ese mi entretenimiento de chiquirritín, se me ha ocurrido que el hombre, siempre niño, acaso no recoge otra cosa de las guerras más desastrosas. Yo, que me he vuelto un poco filósofo, pienso, por ejemplo, que Napoleón no obtuvo de sus triunfos más que los pedasillos de una gloria ennegrecida, como el papel tiznoso, en el ánima del cañón monstruo de su ambición inconmensurable!

II

Aquí, sea por la pequeñísima importancia de los sucesos de mi vida, sea por otras razones fisiológicas ó psicológicas, encuentro una laguna en las reminiscencias de mi infancia. Y no vuelvo á apoderarme de ellas sino un año más tarde, cuando un drama sangriento, terrible, se presenta casi en el mismo escenario donde un año antes se verificaron los acontecimientos que no há mucho relaté ligeramente.

Era el 2 de Agosto de 1810. Fecha inolvidable de la cual data la fijación de mi carrera, de mis agitaciones incesantes, en una palabra, de mi vida toda, así como de los sacudimientos y de la existencia misma de la patria.

No tengo para qué decir que Francisco Mideros creo que hasta ahora no había mentado el nombre de mi padre fué uno de los más entusiastas promovedores de esa epopeya de la desesperación del pueblo, tan grandiosa sin duda como la que, poco tiempo antes, escribieron con raudales de sangre heroica Daoiz y Velarde en las calles de Madrid; pero que, á diferencia de este poema, que ha sido agregado con letras de oro al libro de glorias de España, sepultada en el más negro olvido, no ha dado á la Nación ecuatoriana ni un monumento que recuerde á la posteridad los ejemplos legendarios de los buenos, ni una hoja de los laureles que los pueblos recogen de los campos de honor para ceñir sus sienes y mostrarse orgullosos de haber engendrado hijos, que estiman en poco la vida propia al tratarse de la existencia de la patria....

Sí, perdónesele al hijo de uno de aquellos héroes que

recrimine hoy, por primera vez, á los que, habiéndose encontrado con la patria criada ya, no han preguntado jamás por el nombre de los que la criaron, de quienes, á modo de las sillares del cimiento, se encajaron en la profundidad del suelo para que encima se levantase el edificio, cuya grandeza y primor nosotros mismos no podemos aun vislumbrar en el seno tenebroso de las cosas futuras.

Innecesario creo decir que no fuí actor en la tragedia que voy á relatar, tomada, por otra parte, de los labios de alguno de los testigos, y lo juzgo innecesario, porque, conocida por el lector la edad que entonces yo tenía, debe bien suponer que no pude hallarme en la primera escena sangrienta, con la cual comenzaba la serie interminable de hechos titánicos que se coronaron, para esta porción de la Colonia, en los campos de Pichincha, de Junín y de Ayacucho. Pero sí presencié de ese drama algunos pormenores que estoy seguro, serán leídos con interés; pues nada es pequeño ni insignificante en el poema de la independencia de un pueblo.

Como lo expresé, mi padre fué de los más activos en la preparación de los acontecimientos de aquel memorable jueves—recuerdo hasta el día, que fué de semivacación en la escuela.—Tratábase de libertar, á viva fuerza, á los patriotas, apresados en diciembre último con motivo de los conatos de libertad, que he mentado á la ligera en los primeros párrafos de este libro.

Un puñado de temerarios, Godoy, Silva, Pereira, los Pazmiños, Rodríguez, el sanroqueño Mosquera, Morales, Albán y otros, cuyo nombre no supe ó no me acuerdo, incitados por Landaburo, por Jerez y por mi padre, se habían convenido de antemano en atacar, á las dos de la tarde del día citado, divididos en grupos, el presidio y los cuarteles en los cuales se encerraban cerca de mil soldados. En verdad, oída la señal en las campanas de la Catedral, siete ú ocho de los comprometidos, apostados delante el altozano del Carmen Bajo, se lanzan sobre el presidio, luchan hieren, matan, vencen la guardia, liberan á los presos del pueblo ahí encerrados, se arman y parten en auxilio de los que tenían que habérselas con los veteranos de la Artillería y del Real de Lima.

Aquí, aquí, en el Real de Lima, era donde, con la rapidez de los grandes y perdurables acontecimientos, se desenvolvían hechos que, si se hubiesen verificado en otro país que no fuera el Ecuador, habrían sido repetidamente ensalzados por los poetas, por los noveladores, por los estatuarios.

Landaburo, mi padre y ocho ó diez valientes, armados, unos de cuchillos, otros sin arma alguna, estrangulan materialmente la guardia, se apoderan de sus fusiles, vencen por la sorpresa y la temeridad á toda la guarnición, y dueños del cuartel casi sin resistencia, se entregan en mala hora, á la obra de descerrajar los grilletes y esposas de los infelices ex-miembros del gobierno de un pueblo, que soñó su autonomía en las breves horas de un letargo imprudente que ocasionó su mismo doloroso despertar.

Mientras tanto, vueltos en sí los jefes del cuartel contiguo, abren brecha á cañonazos en el tabique medianero y, colándose en las galerías del Real donde yacían tendidos el capitán Nicolás Galup y algunos soldados de la guarnición, cierran las puertas del cuartel é interceptan así los auxilios de los conspiradores de fuera, toman por la espalda á los vencedores y trábase una de aquellas luchas, hombre á hombre, cuerpo á cuerpo, mano á mano, garra á garra, de aquellas luchas, digo, en que el heroismo que hace temeridades, se halla sobrepujado por la desesperación, por el instinto feroz por la necesidad de matar al que puede matarnos.

En efecto, agotadas las pocas municiones que se habían encontrado en las cartucheras de los vencidos, la ~~riña se libraba~~ con las puntas de las bayonetas y á culatazos; aquí los combatientes asidos, rodaban por los peldaños de las escaleras envueltos en polvo y sangre; allí Godoy, empuñado el cañón de su fusil, á modo de garrote, lo dejaba caer como un martillo de Vulcano sobre las cabezas de nuevos y nuevos hombres que aparecían sin cesar la abertura de la pared del cuartel, y caía, por último, acribillado á bayonetazos, cuando el instrumento contundente quedaba convertido en inútil astilla en sus manos destrozadas; más acá, los Paziños, Landaburo, Morales, Castelo, Mosquera, Angulo, Ten.....

diendo á diestra y siniestra á los enemigos, se habrían paso y conseguían escabullirse de esa jaula infernal, donde las voces, el estruendo de los disparos, las maldiciones de los combatientes, los ayes de los heridos, el polvo, el humo, la confusión hacían que los mismos conocedores del sitio no acertasen con los pasadizos ni con las puertas.

En otro lugar, mi padre favorecía con esfuerzos sobrehumános la fuga de Albán que, á tienta paredes, se deslizaba medio desmayado dejando regueros de sangre que borbollaban de sus heridas.

Hemos dicho que Galup yacía por tierra; mas, por desgracia, no antes de haber ordenado la muerte de los presos. Hé ahí, pues, que la soldadesca, apenas libre de los leones que ciertamente la habían vencido, se arroja á las mal trancadas puertas de los calabozos de aquellos infelices y, á mansalva, dispara, sablea, lancea, tritura un agrupamiento de hombres que, aherrojados aún, aconsejados por el instinto, se habían apiñado en los rincones de sus mazmorras. Y allí quedó reducida á masas informes de cadáveres mutilados la flor de la sociedad quiteña: Arenas, Salinas, Rodríguez de Quiroga, Morales, Ascásubi, Larrea y Guerrero, Aguilera, Cajías, Peña, Olea, Tobar, Melo, Villalobos, Riofrío, Vinueza.

Los tres primeros fueron degollados á vista de sus hijas, que en mal hora ese día acudieron á visitarlos. La de Arenas, de pocos años aún, inspiró compasión al centinela del calabozo y, al comenzar la matanza, fué escondida entre unos cajones de pertrechos (*). Las de Quiroga, cuyo padre había hasta entonces escapado milagrosamente, se prosternaron antes dos militares lime-

(*) Narración de la misma señora Bárbara Arenas, tía del autor de este libro; pues la señora Lazo de la Vega, viuda de Arenas, contrajo segundas nupcias con Don Santiago I. Tobar, entusiasta patriota, tenazmente perseguido por los realistas á causa de haber sido Presidente de la *Junta Superior* de Ibarra, como lo dice Cevallos en su Historia.—De la propia fuente se ha tomado lo de las reuniones de los revolucionarios en la casa comprada al efecto por el Doctor Arenas. Este se llamaba Juan Pablo y no Antonio, como asienta José Domingo Cortés. Fué de los más notables próceres: su sobrino Don Vicente Rocafuerte profesaba verdadera veneración á la memoria de Arenas. Morales y Quiroga no eran quiteños, sino antioqueño el primero y

ños para impetrar piedad y, denunciando así á su padre, fueron inocente causa de su muerte. Los sayones degollaban á aquél, mientras estas, con la congoja en los ojos y angustia mortal en el alma, abrazadas de sus muslos, besando sus rodillas, con voz agonizante imploraban compasión.

En seguida de la matanza dentro del cuartel, salieron las tropas á las calles, donde prosiguieron multitud de aquellas escenas de horror, á que se entregan los hombres cuando, como olvidados de las nociones de la racionalidad, se tornan en bestias salvajes más feroces que el chacal y el jabalí. Tan cobardes como crueles, retrocedían ante un grupo de pueblo que, mal armado y peor municionado, les presentaba resistencia, y tomaban por calles no defendidas, donde fusilaban á los infelices, hombres ó mujeres, niños ó ancianos, que se encontraban al paso y que no podían refugiarse en las casas, apresuradamente trancadas por los medrosos habitadores.

Manuel Arredondo marqués de San Juan Nepomuceno—es menester nombrarle y denunciarle á la execración de la humanidad—azuzaba á sus soldados para la carnicería y les estimulaba con la promesa del saqueo. Ejemplo que, por ventura, ha sido posteriormente varias veces imitado por los Arredondos que brotan en las calamidades públicas, como se desenvuelven las epidemias en la fermentación de las inundaciones volcánicas ó de los desbordamientos de los aluviones. Ejemplo que, repetido hasta ayer mismo, demostraría el estado de

---

cuzqueño el segundo; pero estaban casados y establecidos en Quito desde hacía muchos años.

Damos estos pormenores, que hoy acaso pueden parecer poco importantes; pero que, transcurrido el tiempo, serán de sumo interés, ya que, conforme se dice en el texto, *nada es pequeño ni insignificante en el poema de la libertad de un pueblo.*

Si arquitecto, si estatuario, si marmolista fuese el que esto escribe, un arco, una estatua, una lápida, un algo habría trabajado para embellecer la ciudad de los héroes del 2 de Agosto, para recordarlos incesantemente á sus conterráneos, para hacerles conocidos de los extranjeros.—Ya que no es artista, permítasele al menos que ponga al alcance del pueblo y divulgue los magnos acontecimientos de la época de la emancipación: es esta una *estatuita de papel*, que modestamente erige á los progenitores de la libertad de la patria.

barbarie de nuestros pueblos, si no fuesen ¡cosa extraña! más bien éstos, los diques de la criminalidad que de lo alto, de las regiones oficiales, se ha precipitado sobre una plebe sensata. Ejemplo que cuantos manejan la pluma deben combatir y abominar, en cumplimiento del sagrado y primordial objeto del escritor: la moralización de las naciones.

Mi madre, aconsejada y aun obligada por su esposo, á fin de ponerse y ponerme á salvo de los peligros del día, partió desde por la mañana á una quinta de la *Cantera*, extramuros de la ciudad; mas, hacia la tarde, cuando acercándose el estruendo de las descargas iba á rebotar en eco contra las rocas próximas á nuestra casucha, un desasociego nervioso se apoderó de la pobrecilla, y, Dios que es Dios, á pesar de las reflexiones de nuestros huéspedes y del chaparrón ecuatorial que se desgajaba de un cielo tenebroso, me tomó del brazo y, como loca, se lanzó en dirección de la ciudad á buscar á su marido.... quién sabe dónde.

Creo que expresé anteriormente que no fuí testigo presencial de las primeras escenas del drama de ese día memorable; pero, creo que expresé asímismo, que estuve presente en parte de los ulteriores eslabonados acaecimientos. Con efecto, el paso descabellado de mi pobre mamá me puso en ocasión hasta de ser un poquillo actor. Véase cómo: al llegar á la esquina de la iglesia de San Roque, tropezamos con un centenar de gentes de todos sexos y edades, apresuradamente ocupadas en arrancar las gruesas piedras de la acequia y los guijarros del suelo y acumularlos en una barricada frontera á la plazuela de Santa Clara. La obra se efectuaba con actividad, protegida por diez ó doce mozos que, armados de escopetas y arcabuces, tenían á raya á una veintena de soldados que disparaban sus armas á prudentísima distancia.

El instinto del peligro volvió, sin duda, la razón á mi madre, que no persistió en seguir adelante, y, antes bien, se puso á ayudar en su faena á las otras gentes. No hay para qué añadir que yo tomé también con entusiasmo cartas en el asunto: no eran muy grandes los cantos que mis fuerzas me permitían trasladar, pero lo

cierto es que la acuciosidad suplía la pequeñez, é iba, venía, me revolvía, estimulado no poco con la idea de la grandeza de la obra que presentía al coadyuvarla.

Teníamos ya algo más de un metro de espesa barricada, cuando el repentino lanzarse de los trabajadores del lado de allá, sobre los del lado de acá, nos anunció el principio de la acción. En verdad: reforzada, duplicada la veintena de soldados, se disparó sobre nuestros diez ó doce guerreros, y las primeras balas de los arremetedores dieron con ruido seco contra la barricada y levantaron polvillo y astillas que nos impidieron mirar. En seguida, tuvimos de nuestro lado á los nuestros: los dirigía Mosquera, á quien mencioné anteriormente.

La primera, la segunda, la cuarta descarga fueron contestadas apenas por guturales *cambronnadas* de los agazapados detrás de las trincheras; no así la quinta, que se hizo á la distancia de poco más de media cuadra. Mosquera y los compañeros, con la rapidez de tigres heridos, se pusieron de pies, y las voces casi simultáneas de «*Cholos*, apuntar bien» y «fuego!» el trueno recorrió la barrera y el pesado humo de la pólvora nos envolvió completamente.

Cuando se hubo disipado, ví que la descarga había al menos hecho detener á los enemigos, ya que no los mató á todos, conforme lo que suponían mi inocencia é ignorancia en materias de la guerra. *Vl. nos envolvió*, he dicho, y en efecto era así: las mujeres y los chiquillos nos habíamos retirado á los zaguanes de las casas contiguas; pero el entusiasmo y la curiosidad podían tanto en nosotros qué, al menor incidente de los que rápidamente se sucedían, asomábamos las cabezas fuera de las puertas, imprudencia que costó la vida en aquella fecha á más de un curioso.

Las jaculatorias de las hembras; las interjecciones de los varones; las caras ennegrecidas por la pólvora de los cartuchos, que mordidos con furia eran encajados á golpe de baqueta en las almas de los fusiles; la palidez mortal de mi madre y de sus compañeras; cierto temblequeado que se notaba en todas ellas; esto y algo más que no puedo explicar, produjo en mí por el pronto un terror vago, aúnque positivo, que me obligó á aferrarme

al cuerpo de mi natural protectora; mas, ya he dicho que la curiosidad vencía al terror, y aun añadiré que éste fué retirándose, poco á poco, y dejando que aquélla se apoderase por completo de mi espíritu casi infantil.

Por cada ocho ó diez descargas del enemigo, los nuestros hacían una, supongo que certera, eso sí, pues demostrábalo el contento de Mosquera, que á horcajadas en la barricada, no perdía el menor incidente de esa desigualísima lucha. Una carcajada, un dicharacho, venían generalmente después de cada uno de *nuestros* disparos. —«¡Demonio! Estamos gastando pólvora en *gallinazos:* allí están dos escarbando el suelo con las uñas y el pico», decía aludiendo á los negros y mulatos realistas.—«¡Rubios, deténganme esa pelotita!», agregaba disparando su fusil.

A pesar de la economía en el gasto de cartuchos, éstos se agotaban de prisa y la defensa iba haciéndose tanto más difícil, cuanto los asaltantes se multiplicaban de una manera atroz: verdad que de nuestro lado no había fuera de combate más que una mujer muerta y un hombre herido; pero, así y todo, la situación era insostenible.

Comprendiólo Mosquera y, descendiendo de su atalaya, con imperativa voz ordenó que la gente inútil desfilase por tras la iglesia, hacia la quebrada de Jerusalén, mientras ellos, con las últimas municiones, protegían nuestra retirada.

Verificóse ésta como se puede suponer: los grupos no bajaron, sino rodaron materialmente por la casi vertical pendiente, convertida en saetín por la lluvia torrencial. Ibamos ya arañando la subida gredosa del otro lado, cuando las descargas á retaguardia nos hicieron notar la proximidad de los nuestros. Reunidos á ellos en la quiebra que del Yavirac baja por un costado de San Lázaro, se tuvo un breve consejo y se determinó que las mujeres y los niños buscasen refugio en las casas de San Diego y el Hospicio y que los hombres prosiguiesen á la *Cruz de Piedra*, donde, según decir de los vecinos, se había levantado una trinchera á regla y el pueblo la defendía con fortuna.

Unas cuantas mujeres entusiastas y entre ellas mi madre, no se resignaron á lo de la quedada y, mal que pese á los combatientes, les siguieron con gran satisfacción de mi parte.

III

La *Cruz de Piedra*.....¡Dios! Ahí sí que las cosas iban bien: baste decir que ni siquiera faltaban las municiones. Gente ya se sabe que nunca escasea en Quito los días de ajustar cuentas á los tiranuelos.....Sin embargo, *nuestro* refuerzo fué notado y saludado con vivas aclamaciones: Mosquera y los suyos no eran hombres que podían pasar desadvertidos.

Repartiéronseles cartuchos y acto continuo entraron en filas.

El pueblo tenía ciertamente, como se nos aseguró, una firme trinchera en la misma esquina de la Cruz; pero los limeños y popayenejos poseían, asímismo, el excelente parapeto del Arco y aun podían dominarnos con sus fuegos, disparados desde lo alto del mencionado Arco y de las ventanas y techos del Hospital de San Juan de Dios. Con todo, el valor de los nuestros, sostenido y avivado por las mujeres y por el rumor de que antes de mucho nos llegaría refuerzo de los pueblos circunvecinos; la cobardía de los soldados realistas, y en especial de los oficiales que, como Barrantes, poseídos de pánico, sin dar un paso más allá del atrio de palacio, se contentaban con vociferar que se «degollase á los quiteños»; los entusiasmados grupos, siquiera escasos de pueblo, que nos traían ésta y otras noticias, al propio tiempo que tarros de pólvora y puñados de balas; el mismo tañer á rebato de las campanas; aquesto y el sentimiento de la justa causa, infundían á los patriotas una superioridad tal, que en verdad nos habría asegurado el triunfo, si la carencia de cohesión proveniente de la falta de un jefe que organizase el combate en los distintos puntos de la población, no hubiera reducido los esfuerzos del heróico

pueblo á actos de mera defensa casi individual, sin plan ni propósitos determinados.

No era sólo valor, era delirio el que inflamaba á los hombres de la trinchera, ya inútil, supuesto que, lanzados en dirección al Arco, se proponían desalojar al enemigo de su barrera y aun apoderarse del Hospital. Algunas mujeres y chiquillos nos convertimos entonces en *cartucheras* vivas, y, llevando en la ropa los pertrechos, avanzábamos ó retrocedíamos, á guisa de cola del furioso animal que rugía como trueno delante de nosotros.

Yo miraba la cosa como de broma, me había acostumbrado, ó no sé cómo decirlo, á la batahola en las dos y media ó tres horas que duraba el combate, y acudía de aquí para allí con una prodigiosa multiplicación de actividad, á las órdenes de

—Acá chiquillo.

—Trae municiones, Antoñito.

¡Válgame el cielo! Multiplicación que, por desventura, no era posible hacer extensiva á las balas, balines y perdigones, que se consumían decididamente sin que, al menos, me fuera dado ascender en regreso hacia la barricada, donde aun quizá restarían algunas municiones.

El miedo debe dejar de ser miedo, el instinto de ser instinto; el hombre debe dejar de ser hombre, el muchacho de ser muchacho el día de una batalla.

Yo hasta entonces ví ó, mejor dicho, no ví ni pasar muertos camino del cementerio; pues, al acercarse las luces de los hachones, corría cubriéndome los ojos, al regazo de mi madre ó á aferrarme á los muslos de mi padre. Aquel día no sé cómo fué: así que concluyeron absolutamente los pertrechos, sin darme razón de lo que hacía, retrocedí y con fuerzas musculares de hombre, no de niño, medio levanté los cadáveres de los pobres *cholos* á fin de bolsiquearles á mis anchas y sacarles los cartuchos que, realmente glorioso, llevé á poner en manos de los héroes de la jornada. Hice todavía más: por iluminación repentina de lo alto, me acordé que en las faltriqueras llevaba las bolas de juego y las entre-

gué para que se transformasen en balas en el cañón de una escopeta.

La rapidez, la decisión de los movimientos, la temeridad consiguieron parte de su objeto: dueños los nuestros del Arco podían barrer de enemigos, á gusto, las calles de la Compañía, de Santa Clara y de la iglesia del Hospital; mas, por desventura, no contaron con la solidez de los dos portones de éste, que mientras eran derrocados, nos exponían á los fuegos del techo del edificio, ó daban tiempo á los enemigos á desocuparlo por tras Santa Marta, burlando el propósito de Mosquera, relativo á rendir San Juan de Dios á fin de apropiarse de las armas y parque de la escolta y apoderarse del local, adecuado para reunir los dispersos por aquella parte de la ciudad, mientras obtener un respiro que permitiese aconsejarnos y acaso organizar el descabellado heroísmo de un pueblo, que jamás ha podido avenirse con el despotismo de los anarquistas ni la tiranía de los gobernantes.

Agotadas, pues, las municiones y palpadas las dificultades de forzar á mano las puertas del Hospital, se decidió, aprovechando de la fuga de las compañías que nos habían hecho frente, partir á algún otro punto de la ciudad, donde aun se resistiesen los nuestros y, reforzados por ellos, quizá pretender un ataque en forma al Real de Lima ó á la Artillería contigua.

Partímonos, por tanto, en pelotones, dando vivas á la patria y poniendo en vergonzosa huída á cuantas patrullas de soldados encontramos al atravesar el centro de la población.

Como los miserables se hubiesen entregado á la *valerosa* labor del saqueo de las casas y almacenes ricos, no antes de asesinar á quienes podían siquiera ser testigos de su crimen, al asomar nosotros, poseídos de pánico, abandonaban el botín y hasta las armas, que puestas en manos de los inermes, fortificaron la idea de asaltar uno de los cuarteles. Trazóse, en consecuencia, de prisa un plan de operaciones y el grueso de las fuerzas se dirigió de San Agustín hacia la plaza principal, en cuya esquina nos encontramos.....

¿Con qué puede figurarse el lector que nos encontraríamos, en día de combate y de matanza, de crueldades y de venganzas?

Con trincheras, dirá, con barricadas, con morteretes y cañones, con piquetes de caballería y con guerrillas.

Nada de esto: nos encontramos con una procesión hecha y derecha que llevando al señor Obispo al frente, se encaminó á nosotros y nos rogó dejásemos las armas y nos retirásemos á los hogares. Mosquera y los compañeros, religiosos como héroes, respondieron con respetuosa energía «que ellos no hacían sino contener los desmanes de la soldadesca sanguinaria y desenfrenada, y que seguramente el felón Ruiz de Castilla ordenaría proseguir el degüello, cuando no tuviese valientes que fueran á la mano á los negros de Arredondo y de Angulo»; mas como Su Señoría Ilustrísima hablase con unción evangélica y rogara con humildad conmovedora, asegurando que él mismo había salido en procesión instado por el Conde Presidente para hacer cesar los horrores del día, Mosquera y los compañeros, digo, persuadidos por la bondad de sus corazones—engañadora perenne del hombre de bien—cejaron en su empresa y, dudando eso sí de la lealtad del de Castilla, sin disolverse, salieron al ejido del norte; sospecho que esperanzados además en el socorro de los cuatrocientos hombres de caballería, con que, según rumores generalizados sin fundamento, debían protegernos los pueblos circunvecinos.

IV

Inútil juzgo repetir lo que la historia nos refiere: apenas las tropas se encontraron sin adversarios que contrarrestasen sus feroces instintos, se desbordaron en los mil crímenes que erupcionan los cuarteles cuando sus jefes han ascendido á las altas graduaciones por los peldaños de la inmoralidad, de la vileza y de la felonía; cuando ellos mismos, graduados en los delitos, se en-

cuentran incapaces de aleccionar y subordinar á las tropas, que, en enseñanza mutua de criminalidad, son de suyo materia apta para lo peor.

Trecientos cadáveres fueron aquella luctuosa noche recogidos de calles y plazas; algunas personas fusiladas por haber cometido la imprudencia de asomarse á los balcones, se conservaban en ellos, horribles espectadores de escenas de muerte; los soldados, borrachos con los vapores de la sangre y del licor, recorrían ya entrada la noche, en asoladoras agrupaciones, por una consternada población de heridos, de muertos y de tinieblas.

Yo lo ví, y por eso y por la viva impresión que me produjo, he recordado este pormenor: una pobre señora inclinada sobre un balcón, quizá para ver pasar al hijo, al hermano ó al pariente, había recibido una descarga de las patrullas y, sin duda por falta de quien viviese con ella é hiciese entrar su cadáver, quedó ahí horrible, en equilibrio, con la cabeza destrozada que colgaba hacia la calle y un brazo suspendido fuera, como en señal de llamar á los transeuntes.

Yo lo ví, porque mi madre, enloquecida por no hallar en casa á su esposo ni recibir de él noticia alguna, se andaba, conmigo á remolque, angustiada, desesperada, agonizante. Así pasamos por medio de asesinos, de borrachos, de ladrones; así llevando uno como pasaporte en la congoja del alma, asomada al frenesí de la fisonomía, anduvimos y anduvimos, limpiando los ensangrentados y repugnantes mascarones de los muertos, examinando cuidadosamente sus rostros, tratando de descubrir las facciones de mi padre.

A las ocho, nueve ó diez de la noche, qué sé yo á qué hora, al volver por tercera ó cuarta vez á casa, vimos entreabierta la iglesia de San Agustín; y, sea por una corazonada, sea por el natural, casi instintivo impulso que nos lleva á Dios cuando los grandes dolores nos torturan, la verdad es que desviamos el paso y entramos en el templo.

Allí, en medio de la nave, mal que mal iluminada por la azulina lámpara del presbiterio y por un mortecino cirio que se acercaba y se alejaba en manos de un fraile, se distinguía un hacinamiento horripilante de algo

que no se podía ver propiamente, pero que adivinaron nuestros sentidos habituados ya, es probable, á las tinieblas y al reconocimiento de los cadáveres.

A la sazón, cerráronse las estruendosas puertas de la iglesia, rechinaron los cerrojos, y adelantaron dos Padres llevando, úno de los pies y ótro de la cabeza, un cuerpo que arrastraba los brazos por el pavimento.

—Loado sea Dios, dijo uno de ellos mientras arrojaba el muerto sobre el cúmulo de carne sangrienta. Y dirigiéndose al del cirio, prosiguió:

—Es el último.....Gentes compasivas ó los soldados quizá han llevado al Cabildo los cadáveres de muchos infelices. Nosotros no podemos alejarnos más del convento sin correr gravísimo peligro. Ahora mismo, al venirnos con nuestra carga, hemos sido blanco de disparos de que la divina Providencia nos ha salvado. Pero ¡válgale el cielo! ¿qué hace usted aquí, señora?

—Qué hago aquí? replicó vehementemente mi madre. ¿Qué hago? Buscar á mi esposo, su cadáver, porque el corazón me dice que ha muerto.

—Santo deber: búsquelo usted, que nosotros le ayudaremos también.

Y en realidad, el buen agustino con sus dos compañeros se dieron á trasegar el lúgubre montón, mientras mi madre, desencajada, examinaba uno á uno á los muertos, á la débil claridad del cabo de blandón, que mal sugetaban mis dedos, y arrancaba los cuajarones del rostro de los rígidos cadáveres que los padres desacumulaban, con la esperanza, digamos más bien, con el pánico de descubrir entre esos despojos repulsivos el cuerpo de su esposo, de su excelente compañero.

Vivimos mucho tiempo, no queda duda, sin hacer otra cosa que vegetar; pero, en cambio, no queda tampoco duda, hay días en que las facultades del alma se encuentran con tantas y tantas circunstancias exteriores, con tantos y tantos sentimientos, emociones é impresiones internas, que se experimenta corto el momento presente para la aglomeración de sacudidas que agitan al espíritu. Un día de esos, si acaso se presenta en el curso del desarrollo de un niño, el alma adquiere bruscamente su completo desenvolvimiento, si ha podido

escapar á la imbecilidad ó á la locura que pueden declararse vencedoras en esos combates entre una razón tierna aún y las fuerzas reunidas de la desgracia humana.

Felizmente, con frecuencia, Dios pone una partecilla de su poder en la resistencia del desgraciado y merced á este apoyo sobrenatural no sucumben el cuerpo ni la razón en las grandes calamidades.

Sí; esa partícula de poder debió vigorizar á la pobre viuda y debió sostenerla cuando los ojos del corazón, más bien que los del cuerpo, descubrieron por fin el acribillado cadáver de su esposo.

Sí; esa partícula de divina fuerza, debió haber descendido al alma del huérfano que desenvuelto repentinamente, hecho un hombre, pudo contemplar el sangriento, el deformado cuerpo de su padre.

Sí; desciende, cuando la expansión de su dolor sin límites no desgarra los vínculos que producen la existencia en la unión de la materia y del espíritu; cuando reaccionando sobre el dolor, se presenta la impasibilidad como una especie de escudo en que se embotan las lanzadas que debían destrozar el alma.

He dicho que desenvuelto repentinamente y hecho un hombre, porque, positivamente mi vigor de aquel momento terrible no era la insensibilidad estúpida de los niños que piensan en el juguete mientras agoniza su madre, sino una prepotencia del sér mismo, mezclada con las formidables miserias de nuestra naturaleza, con el rencor, con el odio, con la venganza, con esas cuantas escorias del alma, que así como las del hierro revelan al hierro, así, aunque desechables, demuestran la persistencia y el temple del espíritu.

V

Ya que me he propuesto ser franco, añadiré también que mi amargura fué casi en seguida reemplazada por el terror más enorme que en mi vida he experimentado. El hecho merece relatarse con pormenores, tanto por lo extraordinario que lo singulariza, cuanto por el influjo que ejerció sobre mi carrera, estrechamente relacionada, como antes he dicho, con los acontecimientos magnos de la independencia de una extensa porción de la América.

Debilitados los sentidos, enflaquecida la memoria, mermadas las sensaciones, siento todavía agitarse precipitadamente mi corazón al recordarlo, y, más de una vez, me ha acaecido admirarme de cómo no me morí aquel día, tan fecundo en emociones diversas, ó de cómo no contraje, al menos, una fiebre como la que subsecuentemente llevó á la tumba á uno de los padres agustinos cotestigos del suceso.

He referido ya que estos caritativos religiosos ayudaron nuestras fúnebres investigaciones removiendo el túmulo de cadáveres formado por los mismos cadáveres, y probablemente, cuando mi madre y yo nos precipitamos á abrazar, á besar y á empapar en lágrimas el querido y triste resto de nuestra felicidad, probablemente digo, porque no estaba para prestar atención á nada, trataron de restituir los cuerpos al primitivo haz, y, al efectuarlo, estrujaron ó comprimieron fuertemente úno que, dando una aguda voz, se incorporó, ladeando á derecha é izquierda á sus compañeros, comunicados asimismo de movimiento.....

Lo que allí pasó, figúreselo el lector.

Esos hombres muertos que muertos, fríos que fríos, rígidos como árboles, esos cadáveres horrorosos, casi todos con los párparados abiertos y con los ojos opacados por el polvo y la sangre; esos seres, tan mutilados algunos, que ni los propios padres, esposas ó hijos les podrían reconocer; esos, esos.....unos se desplo-

maron, otro ú otros (yo lo he visto, afírmolo por el bautismo que tengo recibido) se sentaron y hasta alguno nos habló.....

—Silencio por Dios! ¡Vivo estoy! ¡Vivo, vivo, vivo! Sospecho que decía.

Debe de ser el hábito de tener trato con lo sobrenatural ó debe de ser la virtud lo que hace que algunos frailes sean tan hombres, y perdónesele al soldado que no sepa alabar de otra manera á sus reverencias.

Mientras mi madre y yo, con piernas blandujas como de lana, nos habíamos echado á rodar por el suelo al arranque de la carrera ocasionada por el terror, y en tierra nos manteníamos, agarrados el uno del otro, dando diente con diente, espumajosa la boca, entre tanto uno de los padres, que se huyó también, al oír las voces del muerto, volvía armado de un Crucifijo y exorcizando, algo más fuerte que entre dientes.

El miedo, como abismo que es, ejerce una atracción tremenda: yo con ojos tres veces mayores que de ordinario, no perdía de vista al difunto y al fraile, quien ya á corta distancia, le mandó hablar, en nombre de Dios.

—En nombre de El, os hablo, contestó; pero no estoy muerto, sino vivo y muy vivo..... Y resbalándose de encima de sus compañeros, y arrastrándose hacia el agustino—que retrocedía lívido—añadió:

—Salvadme, por la Virgen Santísima, detened á los otros Padres, decidles que no digan nada, que no alcen las voces, que no me denuncien, que vendrán los asesinos y me matarán, y me matarán sin remedio. Tened compasión, padre, compasión!

Con lo cual el padre acabó de perder el miedo, y acercándose á ese sanguinolento harapo de hombre, le tomó de la mano, le palpó la frente, le pulsó y á media voz, dijo:

—Gracias á Dios, sí, este desventurado está vivo. Señora, chico, vengan ustedes, préstenle protección; yo iré á ver á mis hermanos, á recomendarles el secreto y á traerles para que me ayuden á trasladar al herido á un lugar seguro y cómodo.

Ni por éstas nos movimos, hasta que el mismo buen sacerdote, vino á reconocernos igualmente como al ex-

muerto y al levantarnos, y á llevarnos, con mil trabajos á un escaño. Mi pobre mamá acaso había perdido el dón de la palabra, pues no acertaba á proferir una sola, y aun su razón no debió de estar muy bien, á juzgarse por la extraviada expresión de sus miradas; mas, paulatinamente, fué volviendo en sí, lo que demostró por un torrente de lágrimas, gracias á un poco de vino que de la sacristía trajo el santo hombre y que propinó con propia mano á mi madre, á mí y después al resucitado, á quien condujo también al escaño y arropó con unos lienzos de iglesia. En seguida nos recomendó quietud y calma, y, ofreciéndonos tornar luégo con auxilios, se fué al convento.

El lector comprenderá que, ya el largo lapso ~~de tiempo~~ trancurrido desde los extraordinarios acaecimientos referidos, ya la incapacidad de la pluma para trasladar fielmente al papel los sustos, las emociones, los desfallecimientos, las congojas, la casi muerte de esa noche, han sido parte para que mi descripción no tenga más viveza que la impresa por la propia desnudez del relato; pero, lo hallará al propio tiempo, tan fuera de lo normal, con tal conjunto de incidentes por todo extremo raros, que hasta dudará, puede ser, de su veracidad; y, en tal evento, saliéndole al paso, yo testigo presencial, con derecho á ser creído, como todo hombre de bien, sobre su palabra, la afirmaré, además, en la autoridad de cuantas personas han historiado los sucesos de los albores de nuestra independencia.

Sí señor: Mariano Castillo, mozo valiente hasta la temeridad, á quien se dió por muerto en el cuartel, junto con Quiroga, Arenas, etc., había escapado con vida, merced á un expediente sugerido por la misma seguridad del peligro. Como hubiese caído con sus compañeros á las descargas que sobre ellos hicieron los mulatos limeños, y se sintiese apenas ligeramente herido en las espaldas, resolvió conservarse quieto, así, boca abajo, con el fin de pasar por cadáver y tentar este único resquicio de salvación que le prometía su esperanza. Recurso que, por mala ventura, no le fué útil, sino después de penosos esfuerzos, de formidables amenazas y hasta de dificilísima lucha con el propio instinto y la reacción de

los nervios; pues los asesinos, para convencerse de que hubiesen espirado todos los presos, les punzaron repetidas veces con las bayonetas, les pisotearon y les dieron crueles culatazos antes de abandonar los inertes cuerpos.

¿Quién que ve á un hombre entregado á las delicias de la familia, al trabajo honrado, á las expansiones de la amistad, quién que le mira normalmente, quién puede creerle capaz de las barbaridades, de los salvajismos, de las atrocidades, á que se abandona el día de un combate, el frenético momento de una matanza?

Guerrero toda mi vida, soldado de profesión, inválidado hoy por mi carrera de mutilación y de muerte, ciertamente la frialdad de los años y las reminiscencias atroces de escenas que en el lenguaje humano se llaman heróicas, acaso para no denominar feroces—creo que ya lo dije otra vez—me he vuelto filósofo; y si dado me fuese, como al Divino Alfarero, amasar de nuevo á la humanidad en mis palmas, la haría de otro barro: de uno que no sea propenso á la ira y al odio, á la cólera y á la envidia, con el objeto de obtener la paz permanente, la paz salvadora, el elemento de prosperidad en el hombre cuando ha dominado sus pasiones, en la familia cuando todos sus miembros llevan el arco íris de la sonrisa en los labios, en la sociedad cuando todos se aman, en los pueblos cuando los ciudadanos se preocupan con la felicidad interna sin afligirse de los bienes ajenos ni de la prosperidad de otros pueblos.

Mas, por desgracia, la humanidad perennemente, como el viejo doctor de Goethe, adquiere experiencia y se rejuvenece, sólo para hacer valer esa nueva juventud y esa experiencia en el perfeccionamiento del mal y en la satisfacción cumplida de las peores pasiones.

Pero la filosofía que hace olvidar, ya que no enmienda, las tristes realidades de la vida, va haciéndome olvidar, asimismo, la relación de dos verídicos acaecimientos de mi existencia. Vuelvo á ellos.

Castillo, desangrado por el sinnúmero de heridas con que le acribillaron, próximo á tornar al desmayo ó á la catalepsia, que probablemente le ayudó en su difícil ficción de muerto, fué llevado en una camilla al interior del convento, no antes de habernos prometido una relación

minuciosa de los últimos momentos de mi padre, á quien calificó de *sobrehumano* por su heroicidad, y no antes de que mi madre y yo, poseedores del secreto de su resurrección, nos hubiésemos comprometido á servir de intermediarios, digamos, entre la tumba y la vida.

Cosa que—doy de ello gracias efusivas al Cielo—sirvió de mucho, según después lo he comprendido, para el restablecimiento de mi madre; pues dando objeto inmediato á la actividad de su espíritu, la distrajo de la amargura y desesperación ocasionadas por el trágico fin de su esposo, y conservó sana la razón y sano el cuerpo, á pesar de las multiplicadas é increíbles impresiones de dolor mortal que en olas monstruosas amenazaron con el naufragio, á su razón debilitada por la sensibilidad y delicadeza exquisitas, ó á su cuerpo, mortaja humana cuya natural tendencia es la de caer en el sepulcro.

Ahí, en la iglesia, en la hospedería de Dios, donde descansan de sus cuitas los peregrinos del dolor, pasamos el resto de la noche, en compañía de algunos Padres, velando los cadáveres de las primeras víctimas de la revolución, del monstruo insaciable cuya voracidad, por poco que se la fomente, no distingue entre propios ó extraños, entre amigos, enemigos é indiferentes.

Al alborear, partimos á casa, de donde volvimos cargados con ropas nuevas, el lujo de la pobreza de mi padre, para amortajarle, operación que ejecutamos lentamente, ya por las interrupciones de caricias y besos de que le llenaba mi madre, ya por el esmerado tino y cuidado con que le vestía, como temerosa de que despertase de un sueño, ó de producirle dolor en el centenar de heridas que acribillaban el cuerpo querido.

Concluído el triste deber y dado el largo y sollozante adiós postrero, tornamos al desierto hogar. Innecesaria y quizá ingrata sería la pintura de las penas de la viuda y del huérfano, renovadas, acrecidas á cada momento por la vista de un sombrero, de un paraguas, en fin, de cualquier insignificante utensillo del finado. Entregados á nosotros mismos, en ese nefasto día, el primero de viudez y de orfandad, no tuvimos ni al menos el consuelo de compartir con alguien nuestra amargura; pues, como prosiguiesen en las calles las turbulentas

escenas de la víspera, nadie se atrevía á aventurarse fuera de las casas. Por la noche, el silencio y la soledad, las tinieblas y el cansancio produjeron felizmente uno de esos benéficos sueños pesados y semejantes á la muerte, saludables crisis con que la Providencia Divina interrumpe los martirios del espíritu, cuando está ya llena la medida de la resistencia humana.

VI

Cinco ó seis días más tarde, padecimos un nuevo paroxismo de dolor, ocasionado por la *caridad* de una vecina que nos trajo las noticias de haber sido enterradas las víctimas del 2 en el campo *de los ajusticiados*, y, para complicar más nuestras desgracias, de que iban á ser puestas en prisión las personas de familia de las referidas víctimas.

La primera noticia era evidente; pues es cierto que, no saciada la venganza de los victimarios, dióse, después del degüello, la orden de infamar los cadáveres de la manera que queda expresada, y aun hubo quienes aconsejasen al anciano Conde que mandara levantar en la plaza central una horca é hiciese colgar en ella á algunos de los degollados.

La segunda no fué sino una de aquellas frecuentes invenciones con las cuales la malevolencia de los que nos rodean trata de agravar las situaciones más desesperadas.

Convencidos de la falsedad de la última nueva, mi madre fué á enterarse, llamando á un confesonario al magnánimo provincial de agustinos, del estado de Castillo, y así como supo que estaba bastante restablecido y hasta en situación de bajar á la sacristía, le hizo recordar su promesa de narrarnos las circunstancias de la muerte de mi padre. Hé aquí lo que nos refirió:

Furioso, temerario, heroico hasta lo imponderable, el buen imbabureño se había batido con fortuna y resistido á los ataques de diez, veinte, cuarenta, ochenta soldados, que brotaban poa el boquete abierto en el tabique del

cuartel contiguo; vió cerca de él á Albán que arrojaba borbollones de sangre, y se propuso protegerle mientras saliese de ese campo de Agramante, de donde se habían escapado ya los demás asaltantes y algunos de los presos desaherrojados. Consiguió, en verdad, dejarle en salvo, auxiliado por algunos otros patriotas, y entonces, en mala hora, regresó al lugar de más reñida carnicería, esto es, á los locales de los prisioneros, no se sabe si ofuscado por el ímpetu de su heroismo, ó si con la pretensión de libertar á su amigo y benefactor el Doctor Arenas; ó acaso para hacer saltar los cajones de cartuchos acumulados en la prisión de éste, versión que se hace algún tanto probable por la doble circunstancia de haber acompañado fuera del cuartel hasta al último de los compañeros y por haberle éstos oído averiguar cuál era el local donde estaba el mayor depósito de pólvora.

Castillo aseguraba que presenció todos los actos de mi padre desde la ventana de su calabozo, y agregaba que no puede concebirse la presteza y sangre fría con que rehuía los bayonetrzos, los tajos de espada, las lanzadas, y el valor con el cual devolvía los golpes con el fusil bañado en la sangre propia y ajena; como una fiera acosada, penetró en el calabozo y trancó la puerta con su cuerpo, debiendo de confundirse con el grupo de los demás asesinados, cuando la forzaron los esbirros y se entregaron á la matanza.

Castillo, temeroso de caer otra vez en manos de los seides de Ruiz, nos recomendó de nuevo la más absoluta reserva tocante á su milagrosa salvación, y aún débil y casi agotado por los recuerdos fúnebres evocados y por la conversación sostenida con nosotros, nos pidió venia y se retiró á su celda.

Sometido á una vida, cuyo secreto guardábamos fielmente los Religiosos y nosotros, consiguió—cosa que no es nada difícil—hacerse olvidar, y el polvo sutil del tiempo que se aglomera sobre los objetos y los oculta, descendió sobre su memoria y enterró su nombre hasta que él le plugo resucitar, como adelante referirá.

En cuanto á mí, los episodios aterradores con que fué despertada mi alma en su larva de niño, le imprimieron una precocidad de madurez que llamaba la aten-

ción á mis maestros de escuela, á los amigos de mi madre —pues parientes no tenía en Quito, ya que mis padres eran de la privilegiada región del norte de la hoy República del Ecuador y aun á mis condiscípulos, quienes me mostrabau su deferencia, la que imponía mi virilidad de espíritu, constituyéndome jefe de un partido cada vez que en la Chilena ó en el Ejido *jugábamos á la guerra ó al degüello de presos*. Digno de notar es que, en los referidos juegos, no era fácil que se resignase algún niño á «hacer de Arredondo» y aún de Conde Ruiz de Castilla, á pesar de los alicientes que siempre tiene para el hombre, desde niño, el disfraz de poderoso y hasta de déspota y tiranuelo. Repugnancia que descubría con evidencia el semillero de pasiones que, como producto lógico de los acontecimientos del 2, iban brotando en secreto en el aparentemente tranquilo campo de una sociedad lastimada en lo hondo de sus sentimientos, de sus aspiraciones, de su existencia misma; sorda fermentación que, por el pronto, ni siquiera sospecharon los victimarios, crédulos, confiados en la eficacia de la medicina del terror, cuya acción depresiva, por ley de física, es luégo sustituída por la reacción furibunda, que se encamina siempre por las mismas huellas sangrientas que le fueron trazadas.

Era de verse el entusiasmo y convicción con que cada uno de nosotros representaba su papel en esas comedias de cosas trágicas, que escrupulosamente desenvolvíamos los jueves y los domingos: los pertrechos nos eran suministrados por los árboles de *huanlo*, cuyos frutos desempeñaban á maravilla los destructores efectos de la bala rasa y de la metralla en las filas cerradas de los combatientes. En las *guerras*, yo hacía de Mosquera, lugar que indispensablemente me pertenecía desde que *milité* bajo las órdenes de aquel preclaro varón; en los *degüellos*, era el facsímile de mi padre, ya por llevar su apellido, ya por el inequívoco derecho de los hijos de apropiarse lo de los padres.

¡Coincidencia notable! Casi todos los chiquirritines que entonces nos veteranizábamos en los combates infantiles, perecieron más ó menos tarde en las mil campañas de emancipación que, como huracán incesante, barrie-

ron de estas tierras el dominio español. Junto á mí, en las refriegas de las batallas, han caído unos cuantos de esos escolares que combatían sus guerras de niños con la seriedad escrupulosa de verdaderos soldados, y, más tarde, las guerras de hombre, con la serenidad y el desprecio del peligro de niños empeñados en una partida de pueril entretenimiento.

Yo he visto de tambores en el ejército á los tamboriles escolares y de cornetas y clarines á algunos de los que nos enardecían, para los gloriosos triunfos del Ejido y de la Chilena, con los toques á *carga* y *dianas* producidos en cornetines de hoja de lata ó en el ingenioso ahuecado de las palmas de las manos; y aun, en una de las campañas, ha muerto en mis propios brazos, combatiendo contra los antiguos soldados de Angulo, el condiscípulo que generalmente en nuestras parodias de matanza tomaba el apellido de Angulo.

Otros niños, por fin, ¡amargas realidades de la vida! de las filas de los patriotas cuando escolarinos, pasaron á las de los realistas cuando hombres, y acaso rindieron su existencia al servicio de una causa que cordialmente odiaban en los ingenuos fervores de la infancia: rara vez el niño abraza la causa de la tiranía, cosa que no me explico sino porque en la infancia, el interés, la vileza, el cálculo no impiden aún como una negra venda la clara visión del espíritu.

VII

Yo, mandado por mi madre para darle noticias de la política y de otros asuntos que le interesaban, veía con frecuencia á Castillo.

Y supe guardar el secreto de su resurrección y de su escondite ¡maravilla de que me precio hasta ahora! á pesar de mis pocos años y de los conatos de locuacidad que me arremetían como á descendiente de mujer.

Cuando estuvo lo bastante vigoroso para salir, el padre provincial le propuso que fuese al campo, á la

propiedad de una hija de confesión, quien, de seguro, por respeto á su reverencia, no sólo recibiría de buena voluntad al convaleciente, sino aún le andaría á traer en palmas.

Dicho y hecho. La señora confesada aceptó con regocijo la proposición del director de conciencia y comprometida la palabra más solemne, tocante, al silencio que había de observarse en cuanto atañese á quien se denominaría en adelante Manuel Navarro, Don Mariano se partió una noche en una mula capellanera, acompañado del mismo misericordioso provincial hasta las afueras de la ciudad.—No he olvidado la catadura de Castillo, con un sombrero aludo atado por anchas cintas debajo de la barba, unas gafas ahumadas, una rufiana bufanda, una cogulla que asomaba por la abertura posterior del *poncho*, y una gran rodela de hábitos encogidos y replegados al rededor del cinturón del *zamarro* de piel de zorra, que le llegaba poco más ó menos hasta cinco pulgadas encima de los tobillos, dejando ver las correas de las espuelas atadas en la garganta del pie calzado con medias negras y zapatos frailunos.

Tres días después, conforme lo convenido antes con mi madre, yo, caballero en una yegüita matalona, fuí á reunirme con Castillo, quien á fuerza de raciocinio había alcanzado de aquélla que le encargase de mi educación.

Nadie que no sea un chiquitín pobre, que no ha salido nunca más allá de las murallas del frío local de la escuela y de los paredones de un cuartucho alquilón, nadie, nadie, puede figurarse el contento que saboreé al encontrarme con la inmensidad del *mundo* puesta delante de mí, allá, encima de un cerro que hasta entonces juzgué el término y fin del universo.

Desarticulados, descuadernados, fritos, molidos, llegamos á la hacienda el peón, que llevaba del ronzal á mi jaca, y yo. Y lo he dicho en plural, porque, según mi lógica intuitiva é ingénita, suponía que el furibundo estropeo que me abrumaba debía ser extensivo, y con más razón, al mozo pedestre.

Apeáronme, me depositaron en el suelo y caminando con las piernas en forma de paréntesis, fuí á saludar á

Castillo y á los dueños de casa que, desde una azotea, presenciaban el descargo.

Demos gracias al Criador de todas las cosas. ¡Qué maravillas de la naturaleza se descubrían desde allí! Los sembrados asemejaban cuadradillos de un tablero de ajedrez, las arboledas.....

Pero procedamos de menos á más, ó mejor dicho, de más á menos. Comenzaré por describir á los poseedores de ese paraíso terreno, cuya *fisonomía moral*—nótese que empleo términos de novelista—naturalmente no me salió al encuentro ese día, sino fué recogida despacio y merced á ulterior observación y aun pulida en el recóndito taller del recuerdo, mucho tiempo después de aquella placentera y malaventurada época.

Don José Segundo Rey, esposo de mi señora doña Cándida Toledo de Rey, la confesada del R. P. provincial de agustinos, era un sujeto más bajo que alto, más flaco que gordo, más calvo que melenudo, más moreno que albino, más chato que narigón, resultando de todos estos *más*, que son *menos*, un total más vulgar que distinguido. Su charla, sí, tenía unos menos que eran más; pues hablaba lentamente como escuchándose, con aire de imposición doctrinaria y puntiqueando materialmente el fin de los miembros del período con cierto movimiento sesgo de cabeza y pescuezo que comparé con exactitud, desde el momento mismo de verle, con el esfuerzo aquel que hacen los gallos cuando se atragantan, y cuando, con estiradas supernumerarias del cuello y levantadas bruscamente del impasible rostro, tratan Dios que es Dios, de hacer pasar el bocado más grueso que el tubo esofágico.

Esa misma noche le oí y le ví leer. Hacíalo con voz campanuda y hueca, prolongando el retumbado de las *rrr*, silbando las *sss*, suspendiendo la lectura cada tres líneas para mirar á don Mariano con ese modito que significa ¿Qué tal?, alesnándose el bigote con raro empeño y, por último, sin penetrar bien, bien, en el sentido de la expresión; lo cual deduje de una corrección que el impaciente Castillo le hizo con motivo de un lamentable cambio de acentuación de una palabra trastrocada horrorosamente en su significado.

«Mas como todas las cosas cambian con el *revólve*
de los tiempos».....había leído el infeliz.

Revolvér, hombre!, corrigió don Mariano.

He dicho ya cómo sólo pasados tiempos descubrí l
fisonomía interior del señor Rey; pero, para ahorrar a
lector las molestias y dificultades de una larga excursió
por los laberintos del carácter de nuestro individuo, ve
á pintarle como Dios me lo dió á entender.

Individuo, individuo.....Dícese que in..di..vi..du
viene del latín *in dividere duo*, esto es, que no se pued
dividir en dos, ó que es uno solo. Mentira: Rey, no cab
duda de ello, era *un individuo* y, sin embargo, existía
en él dos ó más personos distintas, opuestas, incon
ciliables é incompatibles. Con los superiores, co
las gentes constituídas en autoridad, con las gente
intolerantes y ríspidas, don José se mostraba, sua
ve, melifluo, condescendiente, humilde, caritativo, re
signado, casto, ruboroso y hasta un poco carpintero co
mo el santo de su nombre. Con los subalternos, con la
criados, con los menesterosos, con los caídos en desgra
cia, Rey se convertía en reyezuelo, en déspota, en tiran
de diez mil demonios.

Por lo que antecede, el lector habrá sospechado u
tantico que don José Segundo Rey era empleado de go
bierno.

Pues, acertaste, hijo. Don Segundo, en verdad tenía
la cabeza escondida en las altas, nebulosas regiones de
quienes mandan, y los pies ¡oh ley del descabalamiento
humano! en la plebe, en la multitud, en el rebaño de los
gobernados. ¿Qué mucho, pues, que conservase la tes
tuz gacha en los orbes del incienso perpetuo y de l
adoración incesante, en arcangélica actitud, y qué poca
que dejase libres las plantas para irse por donde es jus
to, por su natural elemento, por el suelo, y lo pisase y re
pisase y lo hollase y rehollase?

Lo que enfáticamente denominaba «su hacienda» era
una hanegada, adquirida por el primer marido de su
actual esposa, sin más mérito que las magníficas vistas
que á sur y norte, á oriente y occidente se desplegaban
portentosas, como con el objeto principal de morder ma-

liciosamente en forma de envidia en el fruto agraz del corazón de don José Segundo.

Un toque del natural que pinta á este digno personaje. Cuando escribía solicitando un préstamo, ó rogando la conservación en su empleo, ó la rebaja de precio de un algo que quería comprar, entonces firmaba en letras chiquitas, pegaditas unas á otras como si pretendiesen compenetrarse, con pluma tenue y letra descolorida, y sin rúbrica,

q. b. s. m.

JoséS. Rey.

Cuando *enderezaba* sus cartas á los simples particulares, cuando participaba algún asunto relacionado con su oficina, cuando siquiera contestaba á alguien que le hubiese escrito con atenciones, entonces rasgueaba como en barbecho y la rúbrica era de ver

Su afmo.

José Segundo Rey.

Al dirigirse al mayordomo de la *su* hacienda, aquí te quiero ver escopeta, llegó hasta el punto de declararse rey reinante; ¿y quién no lo es de su casa? pues, una ó más ocasiones no pudo resistirse á la tentación y firmó:

José II
Rey.

Víctimas de este fastidioso sujeto eran, en primer lugar, doña Cándida, cuyo carácter y aun toda ella, no sé cómo no se había torcido cual el vino, á causa ldefermento de la compañía del marido, y convertido en ácido acético concentrado; y, en segundo lugar, Aurora, hijastra de Rey, criatura que desde el segundo matrimonio de su madre, vivía en la propia casa á la manera de aquellas plantitas que, sin ser parásitas, nacen en ramá

extraña, de la semilla que alguna ave del cielo dejó caer casualmente en la áspera rugosidad de la corteza de un árbol. Dulce, blanca, azulada, casi cristalina, era ahí á modo del trozo de azúcar que cae en un brebaje negro, amargo, repulsivo, y se deshace y desaparece.

Y desaparecía, cierto: me figuro aún verla como aquellos bustos de ángeles, concepción de los grandes pintores, rostros claros y visibles que se diluyen, que se disuelven y desaparecen, más bien que en el fondo del lienzo mismo, en el ambiente estético que envuelve el cuadro. No se extrañe, pues, el que no pueda retratarla.

La madurez de sus facultades intelectuales, el desenvolvimiento perfecto de su sensibilidad, el conocimiento de multitud de esas cosas que los niños no estudian en los sosos libros infantiles, quizá también el deseo de asemejarla á mí en algo, me hacían presumir que Aurora tenía alguna más edad de la que representaba. Y bien podía ser: pues, así como en mí la penuria y las escaseces materiales en la época del desarrollo habían detenido las fuerzas de crecimiento del organismo, así en ella la penuria y la falta de afectos en la época del desenvolvimiento, podían haber obrado contrariando la organización física, ya que nada faltaba á su espíritu precozmente completo.

Para cumplimiento de la ley que podemos llamar de clímax ó de concatenación de la naturaleza, ley que ha formado de los organismos animados una cadena de víctimas y victimarios, vivía también en la casa, un muchacho de servicio, de mis años poco más ó menos, perpetuo desahogo de las bilis de las gentes de familia, á quienes evitaba perennemente una apostema de hígado ó un derrame de hiel en todo el cuerpo. Erase, pues, la válvula de seguridad de la salud general: véase cómo.

Cada vez que hasta los sirvientes padecían un récipe de su señor y dueño, decantábanlo en Juan por medio de un coscorrón, de una bofetada ó siquiera de un selecto vituperio.

Expresé que Castillo, á fin de conservarse incógnito, tomó el seudónimo de Manuel Navarro, y creo necesario expresar también que ni aun la familia Rey sabía el verdadero nombre; lo cual fué tanto más fácil de conseguir,

cuanto siendo aquél ambateño y conocido en Quito por no muchas gentes, la identidad de la persona podía permanecer no comprobada. El Provincial, para los fines consiguientes, había dicho á la esposa de don José II sólo la verdad á medias, medio con el cual se miente por entero, pues hasta la mentira queda disfrazada.

«Manuel Navarro, dijo, es uno de los revolucionarios del 2 de agosto de los más tenaces combatientes en las calles, razón por la cual no rezan con él amnistías ni perdones, y este motivo y el de ser un poco mi pariente» —mero recurso para mejor recomendarle—«me obligan á suplicar le den oculto alojamiento en el campo, mientras acaba de combalecer de sus heridas, logradas en la Alameda, y esté suficientemente vigoroso para ir camino de Guaranda, su tierra».

VIII

—¡Oh! Hombres del presupuesto! Oh! Lunas, opacos y misteriosos satélites que reflejáis la luz de lo alto!, que reproducís los rayos que se desprenden del luminar del solio! Oh vosotros, en el selénico rostro lleváis la oscuridad más absoluta durante los malos tiempos que permanecéis alejados del rostro lumínico y calorífero que reverbera en el poder; más, oh vosotros! resplandecéis también, aunque con lumbre prestada, cuando el señor sol os lleva consigo y os mira de frente y os hace copartícipes de su majestuoso rielar en las elevadas regiones de su omnipotencia.....y del presupuesto.

¿Quién arranca estas exclamacones astronómico-filosóficas?

Quién sino don José Segundo Rey.

¿A quién se las arranca?

A un sujeto que se apeaba en el patio de la hacienda, hacia medio día, el 20 de setiembre, día de años de la señora Cándida. Sujeto muy amigo de la familia y cuyo nombre, Arturo Peñamar, era sumamente conocido en toda la ciudad.

Erase Peñamar una persona casi graduada en abogacía, medicina, teología y ciencias: semisciente de *omne re scibili* y de algo más, resultando de todas estas mitades científicas sumadas, un total sólido de nulidad íntegra para sí propio. Sin embargo, don Arturo tenía verdadero dón de gentes y la misma mezcolanza de terminajos y tecnicismos en su conversación, contribuía á dar cierta gracia á las apreciaciones picarescas y á las veces profundas, que hacía respecto á la política del país, á los hombres que lo gobernaban, á los acontecimientos futuros, etc.

Aplicado al estudio, con esa avidez inconsulta de aprender que llega en algunas personas á la monomanía, devoraba libros de teodicea y de paleontología, de agronomía y de estética, de etnografía y de tauromaquia, de poesía y de obstetricia; y de tal modo, él que dedicado metódicamente á sólo una materia, habría llegado ciertamente á sobresalir en ella como especialista, con sus tinturas tenues de mil conocimientos diversos, venía á ser un ente poco menos que inútil para todo.

A pesar de esto, ó quizá por esto mismo, y por la suavidad de maneras y finura de educación, era para mí el más agradable y simpático de los visitantes de la de Rey, y aun Castillo—cosa no común—se entretenía grandemente con la conversación y trato de Peñamar.

Sin duda las exclamaciones, con que he comenzado á dar á conocerle, fueron provocadas por el aparato de fiesta y de relativa grandeza con que, para recibir á los amigos convidados, había el dueño hecho arreglar la casa. Grandes arcos de sauce y *suro*, con matices de rosas, claveles, hortensias, naranjas, granadillas y zambos embanderillados, veíanse á trechos desde una buena pieza del callejón de entrada; en el patio, enhiestas vigas enclavadas en el suelo ostentaban en el extremo superior uno como estandarte de estera cubierta de limas, pepinos, ajíes, plátanos; más allá, de un facsímile de horca pendía de las patas una pobre gallina que con el cuello en S se daba modo á evitarse una inminente congestión cerebral, ó quizá, conocedora de la muerte que le esperaba, dirigía al cielo sus pensamientos y encomendaba á Júpiter la venganza contra sus tiranos; aquí, ahí,

por todas partes, las piras de chamarasca—vulgo, chamiza—anunciaban los nocturnos esplendores futuros de la casa de don José.

Poco después de Peñamar, llegaron el Provincial Agustiniano Fray Deodato y Don Félix Pantorrés, los cuales como aquél, fueron saludados por Rey con cierto enfático: «Vaya, por fin llegaron», y en seguida introducidos á lo que se denominaba *salón* en la hacienda de nuestros personajes.

Era éste una pieza oscura, irregular, de paredes cubiertas con pinturas de florones grana, con cuyo peso, al parecer, comenzaba á descolgarse el estuco y á formar bolsas en muchas partes, agujereada á trechos y á media vara del cielo raso--semibolsudo también—por gruesos clavos de los cuales pendían, en lamentable desorden, un San Ramón con un candadazo en la boca, un buque naufragando, un mapa de Argel, un Mazepa sorprendido por el conde, una tentación de San Antonio, el rapto de Helena, el retrato de Hyp, caballo premiado en no sé qué carreras británicas, y una vista del Vesubio vomitando lavas y peñascos encendidos.

Pegados á las paredes, había muebles y chismecillos de varias civilizaciones: un sofá salomónico con patas de águila agarradas de una esfera y respaldo dorados; una mesa zancuda chillena, con cajón, de postura reverente y de zalema, merced á incurable claudicación; dos sillones de caderas con respaldo altísimo, á mi juicio hermanos de unos que ví en la casa obispal; una cómoda de siete ú ocho pisos con cajones desmesurados y tiraderas de enormes argollas de metal; un canapé apolillado con una pata de ladrillos superpuestos y, por fin, seis sillas de vaqueta claveteadas, grabadas y pintadas.

Sobre la mesa y la cómoda posaban unos grandes vasos de vidrio; un San José de palo, alto de una vara y con un nene en los brazos cuya carita apenas llegaba al tamaño de uno de los botones de la vara de azucena, que el pobre Santo se daba modo á llevar junto con el microscópico Niñito; unos cuantos objetos de barro de usos variados; un mortero de piedra blanca con la mano respespectiva; y unos angelitos con ropa corta, sandalias,

álas y guirnalda de hoja de lata y una especie de caramelo rojo y pegajoso entre el índice y el pulgar.

En una banqueta sin espaldar y cubierta con una alfombra de obraje, doña Cándida, como el consabido Vesubio, coronada de cintas rojas y de piedras falsas y con unos aretes de á jeme, contestaba los saludos y buenos deseos de los recién llegados.

—Que el sol de su felicidad se detenga perennemente en el *cenit*.

—Gracias don Arturo.

—Que el cielo te permita ver la séptima generación, hija.

—Dios se lo pague, padre, para servir á los amigos.

—Usted, Candidita, cada año más joven: se la disminuyen los años, no se le aumentan.

—Favor que me hace, Pantorrés.

Casi en seguida se repartieron á los visitantes, jarros de la *deliciosa* comida-bebida que se compone de frutas, hojas, flores, maíz cocido, cáscaras y otras basuras, y se llama *rosero;* y se animó la conversacion, mientras Rey paseaba de un extremo á otro del salón, metidos los pulgares en los bolsillos del chaleco, deteniéndose, ya delante de éste, ya delante de aquél de los interlocutores, estirando el pescuezo del modo que sabemos, y aprobando los varios pareceres, todo con un garbo y una magistralidad que encalabrinaban.

En esa época, el aguardiente no era conocido ni usado más que por sus propiedades medicamentosas, la cerveza, nombre que no había sonado aún en el continente, y aun el mismísimo vino de Málaga, único que nos llegaba de la madre España, no salía á luz sino en las grandes ocasiones y cuando repicaba fuerte.

La conversación fué interrumpida y todas las gentes salieron del salón á los espaciosos corredores, atraídos por la barahunda que formaba *la entrada*, es decir veinte ó veinticinco gañanes cubiertos los rostros con caretas ó pinturas de *ataco*, tizne y achiote, vestidos, unos con bastas blusas y girnaldas de plumas, a modo de como en Europa se cree que nos vestimos los americanos, otros con casacas y morriones militares, y algunos, por fin, con ropas mujeriegas.

Todos, sí, llevando largas chontas en las diestras, y presididos por un sujeto también embijado, cojo, de quien pendía un tambor que era tañido con la siniestra mano, mientras la diestra tenía colocado en el aparato soplador un *piugullo* ó *pito* de todos los diablos, que silbaba agudamente y sin cesar un mismo *fi fi*, monótono y desacordado.

Los dichos gañanes dieron una ó dos vueltas de zapateado baile al rededor del patio, y, en seguida, montando algunos á caballo, pasaban de carrera por bajo la horca descrita anteriormente y trataban de coger la gallina péndula que era elevada por medio de tirones del cabestro, en el momento de querer asirla los gañanes. Uno, á la postre, la tomó del cuello y ¡Válgame Dios!.... Si no temiera herir la nerviosidad de los lectores les referiría los tormentos de esa pobre mártir descuartizada por la multitud, que se precipitó á agarrarse también de la infelice.

Figuraos qué de gritos y confusión y terrores y desconcertadas carreras se producirían en esa agrupación salvaje, cuando el no menos salvaje mayoral abrió repentinamente el portón y dió entrada á un novillo feroz, que, como un relámpago, cayó sobre ella y revolcó á unos cuantos, peloteó á otros, corneó á éste, resopló al de más allá, persigió á aquel, y ya le alcanzaba.....ya le alcanzaba.....

Qué silba! Santos cielos! qué grita, qué polvo, qué infierno!.....

Yo no perdí nada de aquel espectáculo que me espeluznaba, pero que me atraía irresistiblemente. Aurora se pegaba á mí, como para que la protegiese de un peligro cierto, y pálida, desencajada, me clavaba los dedos en el brazo.

—Pero, chiquilla, le decía yo, no seas tontita.

La turba—ni más ni menos que los gobernados, con algunos presidentes de República—llamaba al novillo, le gritaba, le silbaba, le arrojaba guijarros, le echaba los *ponchos* á lo lejos, le seguía, le acosaba; le abría camino cuando se lanzaba sobre ellos, pero tornaba al estruendo, á la silba, á la grita, al *capoteo*, al magullamiento, al coleo hasta que emborrachada la fiera, que

ijadeante no hacía más que azotarse los costados con la cola y volver estúpidamente la cabeza á derecha é izquierda, se dejó sujetar por los cuernos, levantar en peso y pasear por el patio. Rey rescató al prisionero con la dádiva de algunas tinajas de chicha.

Repitiéronse la misma escena é incidentes más ó menos análogos, con tres ó cuatro toretes más, y después los gañanes, casi completamente borrachos, merced á las fuertes y frecuentes libaciones del vino de maíz, se dieron á trepar por los maderos de que antes hablé. Este espectáculo, no ya pavoroso como el de los novillos, me hizo reír extraordinariamente.

Con cien mil dificultades, un jayán medio ebrio había trepado, á fuerza de maña, las tres cuartas partes de la viga; tras él otro y en pos un tercero, un cuarto un quinto, un sexto y séptimo ascendían estrechamente abrazados de la cucaña con piernas y manos: poco faltaba ya al primero para apoderarse de las frutas, cuando resbalando en la tersa superficie, untada de jabón previamente, dió con el extremo inferior del espinazo en la cabeza del sujeto que le seguía, quien á su vez reprodujo en el de abajo el baquetazo del de arriba, y, así en calamitoso y abreviado descenso, todos atortujados con peso acrecido por la velocidad adquirida y por el número progresivo de descendentes, casi clavaron en el suelo por las ancas al último de los trepadores.

Mientras tanto el repiqueteo de almireces; el trajín de las gentes armadas de coladores, cucharones, fuentes, olletas, pailas y sartenes; el anheloso asomar de doña Cándida, remangada y con manos harinosas; las tufaradas y chirríoos de la hirviente manteca; la fragancia de la canela, clavo y nuez moscada nos hacían concebir gratas ilusiones gramómicas y aun deglutir como anticipo una buena cantidad de saliva.

IX

¡A comer! A comer!

Santa palabra. Benditos labios los que os pronunciaron.

El dueño de casa sacó bracero á don Mariano, que, durante los festejos, había permanecido en su cuarto estirado en un sofá, y lee que lee librotes y papeles.

Sentáronse todos: Rey presidiendo en la mesa; Aurora y yo en el lugar opuesto. Doña Cándida se acuclilló en un banco enano junto á una mesita baja y desde ahí, sin descansar un instante, sudando la gota gruesa, nos repartió sucesivamente, caldo pingüe de capón, arroz amarillo con *rocotos* rellenos, lomo preñado de tocino, de almendras y de pasas, colosales patatas coronadas de rojo ají—lo mismo que doña Cándida con sus cintas y el Vesubio con sus llamas.

Contemplarais á la buena señora alcanzada y pesarosa de no poseer siquiera tres manos para estirar, descuartizar, cortar, arrancar, desgajar y despernar á los retostados *cuyes* que entraron boquiabiertos, en cruz—de la propia manera como el penitente aquél que, desnudo, para macerar la carne, se daba un baño de barriga en la nieve,—en una humeante cazuela, sobre un cúmulo de papas, empanadillas, lengüetas de plátano frito, cañutos de cebolla, medallones de clara argentina engastando el oro de la yema, rebanadas de aguacate ó sea esmeralda vegetal, plateadas sardinas y gordas aceitunas.

Entre plato y plato, la conversación había comenzado á trabarse, eslabonarse y animarse. A modo de las aguas que, al principiar á correr, tropiezan aquí con un guijarro y más allá con el desnivel del suelo y cambian de curso y culebrean, llenan un hueco y se desbordan, vuelven á caracolear y á encontrar dificultades, hasta que, establecido el cauce, se precipitan y en dirección duradera van desenrollando sus láminas de diamante,—así los temas de conversación, interrumpidos durante la

comida por la *importación* de los manjares ó por la *exportación* de los encarecimientos encomiásticos de la cocinera, del guiso, etc., torcían su curso, se perdían, eran reemplazados por otros temas, hasta que encauzados, cuando los estómagos dijeron *basta*, se precipitaron por los abismos de la política que, desde los albores de la independencia, viene siendo el argumento obligado de todo corrillo, de toda tertulia, de toda reunión de hombres desocupados.

—Felices ustedes los Reverendos Padres, dijo Peñamar dirigiéndose al Provincial, que no tienen que guerrear sino consigo mismos: la lucha de la existencia está reducida á su más simple expresión. Ustedes no necesitan luchar con sus semejantes ó con la naturaleza para arrancarles el pan de cada día; nó con las exigencias de la sociedad, en cuya superficie flotamos nosotros, como los buques, cada hora expuestos á la tormenta; nó con las ocasiones del mal, que nos rodean como el ambiente. Excepto con las propias pasiones, no tienen ustedes con quien andarse á cachetes. Yo, por el contrario, con éstas sólo no me peleo.

—Feliz usted, hombre ¿Y cómo es eso? Deme usted la receta.

—Cosa muy sencilla: de tiempos atrás estoy derrotado por ellas.

—Bravo la ocurrencia! Mire, don Arturo, ustedes los del siglo están siempre equivocados respecto á nosotros: los frailes no somos los herederos de Dios á manos lavadas que, después de un cielo terreno de beatífica holgazanería, á modo de ciertos creyentes, nos trasladamos á la gloria eterna. Nosotros, amigo mío, sostenemos los mismos combates que ustedes y aun agravados por la ley severa de la prohibición, que posee la propiedad de servir para la naturaleza más bien de espuela que de freno.

—La ley, la ley!, saltó Castillo. Las leyes serán siempre lo que son, mientras se presenten como las obleas de la carta, que reblandecidas por una gota de agua, ceden á la menor sugestión de la curiosidad, incitada por ellas mismas. Hasta que el hombre adquiera la fuerza de resistir á sus debilidades, hasta que el elefante se convier-

ta en el insecto racional que, en vez de romper la telaraña de las leyes, sea detenido por ellas; hasta entonces, que sucederá, supuesto que el hombre se perfecciona—sí señor, se perfecciona,—es menester que la oblea se convierta en candado y los hilos de la telaraña en espeso alambre de acero.

—¿De acero en lo dúctil y maleable? interrogó Peñamar.

—No, por cierto: en lo fuerte é inquebrantable.

—Ta, ta, apuntó Rey con su gesto de ave de corral. Ni el hombre compondrá las leyes, ni las leyes compondrán á los hombres: serán modificadas conforme á los intereses ó necesidades de los individuos y de los nuevos tiempos; pero se conservarán siempre flexibles naturalmente para el grande y poderoso, lo mismo que el acero es metal blandujo en manos del fundidor y del herrero. Y así debe ser, porque.....

—No diga usted herejías, gritó Pantorrés interrumpiéndole. ¡Tremendas herejías! ¡«Flexibles naturalmente»! No señor: la ley emana de Dios, y como Él no es susceptible de torcimientos ni debilidades. La justicia en la ley, no la ley en la justicia: ésta se podrá aparentemente quebrantar al acomodarla en el molde de aquélla, pero la ley nunca.....

—Válganos Patatús que par de.....exclamó don Mariano, y sin añadir más quedó mirando una buena pieza con aire de compasión ó de desprecio, ya al úno ya al ótro de los *honorables preopinantes*.

—Hemos torcido el asunto inicial, dijo Arturo; pero ¿quién pretende obligar á que camine en línea recta la culebra de la conversación? ¿Defendería usted, señor abogado Pantorrés, según lo que acaba de decir, una de esas causas en que la justicia tiene que dislocarse para caber en el copín de la ley?

—Claro que sí.

—Comprendo, replicó Arturo tomando aspecto serio, comprendo que para el juez, la ley sea algunas veces la hoz de la justicia. Ya que sirviendo como falsilla que evite los desvíos del criterio particular, resguarda el derecho en la mayor parte de los casos, aunque excepcionalmente se manifieste reñida con lo mismo que debe ase-

gurar; pero no me explico cómo un hombre de bien, un abogado de conciencia,—que no se encuentra en las condiciones angustiosas del juez, rentado por la nación é imposibilitado de eludir las cuestiones en que la ley se sobrepone á una justicia evidente,—no me explico cómo defienda pleitos injustos, que irán boyantes sólo merced á la excepcionalidad de los casos previstos por una ley miope.

Pantorrés—necesario es darlo á conocer, ya que no son las palabras de los hombres las que dan á conocerlos plenamente,—era, en verdad, un abogado de las leyes y no de la justicia: de los que, contentos con ser juristas, menosprecian la hombría de bien, creen que los fueros legales valen más que los de la conciencia, encuentran á regla que la prescripción proscriba la propiedad ajena, ó sea, que la injusticia añeja se torne en justicia, como el vino fermentado se convierte en vinagre, y que el ladrón consuetudinario, á fuerza de poseer lo robado y aprovechar de ello, se mude en muy legítimo y muy honrado dueño de los latrocinios.

Pero no siquiera tenía el fanatismo de la ley recta en sus curvas, fanatismo que le habría servido de disculpa por su ceguedad invenciblemente errónea; no señor: las leyes debían ir derechas, derechas, como los perdigones de una escopeta disparada por él, esto es, apuntada indistintamente, á levante ó poniente, á sur ó norte, abajo ó arriba, al ciervo ó á liebre, á la presa, eso sí, fácil de atrapar en provecho, ya que no de la justicia, del leguleyo. Los códigos eran para él los mandamientos de la ley de Dios, de la santa Madre Iglesia y hasta la Biblia, pero una Biblia de que él era el único Padre Scío.

Conocíle, más adelante, una ocasión que mi madre le fué á consultar acerca de cierto asunto relacionado con un terrenito que poseíamos y del que fuimos desposeídos inicuamente.

—¡Ah! es esa su cuestión, señora, le dijo apenas hubo ella expuesto el preámbulo, buena, muy buena, me encargo de su causa.

—No, señor, que es lo contrario, replicó desconsolada mi madre: estoy hablándole de las razones de mi contrario y no de las mías. No me explico bien.....

—Mejor, que mejor, añadió el abogado; pues entonces tenemos pruebas más claras para el triunfo.

Yo salí pensando—ya he dicho que desde temprano fuí reflexivo y un poco amigo de filosofar,—qué clase de claridad sería aquélla que iluminaba las pruebas en pro y en contra, presentándolas igualmente formidables para el triunfo de la iniquidad ó de la justicia.

Ya se ve, me he dicho á mí mismo ulteriormente, qué más puro y claro que la luz, y sin embargo se quiebra en los prismas, se refracta en el agua y ¡cosa todavía más extraña! se descompone en rayos de colores, arcoiris artificiales que prueban su complexidad sin embargo de ser ¡ay! símbolo de la verdad.

X

Pero, dada de mano la digresión, volvemos al diálogo de los comensales.

—Urge á la humanidad, exclamó Castillo, impelerla por la vía ascendente del pregreso, con fuerza de gigantes; sin respetar medios, atropellando cuanto se le oponga; demoliendo lo que estorbe; asentándola con pies de cimiento en cada etapa de su conquista; borrando el camino de atrás para impedir los retrocesos; puesta la vista en la cumbre más remota y sin mirar lo de inmediatamente delante, que podría sugerirnos desconfianzas, compasiones, contemporizaciones; allanando los montes; rellenando los valles, con el poder ciego de la fe en la omnipotencia de la destrucción, que es la generadora de una existencia nueva y depurada, como porción que es del círculo eterno de la naturaleza, cúmulo infinito de transformaciones en que la tierra se hace vegetal y el vegetal animal y éste es asimilado por el hombre, que día á día despojándose de lo innoble va preparando el advenimiento del Dios-humanidad, Mesías prometido, desde el momento primero en que la primera chispa de razón alumbró el caos cerebral del hombre.....

—Qué retahila de palabras! Respire usted amigo, dijo el Provincial, no sea que se asfixie en el vacío de sus frases.

—Respirar, respirar sí, prosiguió Castillo. De eso se trata, y el primer paso se ha dado ya en este rincón del mundo, que si no tuviese un cielo tan azul y un sol tan bello, diríamos que está olvidado de Dios. ¡Pólvora, sangre! continuó como hablando consigo mismo, la sangre ha principiado su labor de reblandecimiento de la tierra donde ha de germinar la santa libertad; la pólvora, que hace saltar las peñas y abre las minas, ha comenzado su obra de regeneración: puede ser que arroje al aire en mil pedazos la sociedad, sus costumbres, sus teorías, su rutina; mas descubrirá los veneros de la libertad, metal precioso con que se compran todos los bienes del universo. Puede ser que lance contra el cielo los fragmentos de las instituciones humanas; pero á las puertas del cielo hay que llamar así, á estallidos, á fin de que nuestras reclamaciones se presenten con el estruendo de conquistadores, no con el vil clamor de mendicantes.

—Titancicos á mí: conque Titancicos tenemos?

—Sí, padre, Titanes: pero los del fusil civilizado, no los de la honda salvaje; los Titanes de la razón, no los de los estúpidos peñascos: los que se sirven de la materia y de la fuerza bruta, pero en cuanto su propia inercia la constituye capaz de servir sin rezongar á la inteligencia.

—Bah, Bah! Señor D. Manuel. Déjese usted de eso. No gaste palabras que no serán entendidas, felizmente: que si lo fuesen, harían caer sobre usted mismo, en su rostro, en su cabeza, los restos de esa multitud de cosas que quiere usted lanzar insensato como metralla al cielo. No gaste palabrería que puede perjudicar en extremo á la causa de la libertad, á nuestra causa, á la de la independencia; palabrería que, al ser comprendida por el pueblo, por esa fuerza que usted quiere hacer servir de plomo en el ánima del arcabuz de su inteligencia, le alarmaría y le restituiría, con el poder de la inercia, de que usted ha hablado, á la tranquilidad de la costumbre, más cómoda, sin duda, para la plebe, que las agitaciones del

tumulto, del trastorno, de la revolución. Palabrería que, al ser repetida por varios de los cabecillas de nuestra emancipación, nos precisaría á creer á nosotros mismos, á la gente no tan ignorante, que estamos trabajando, no para salir de la tutela de los reyes, sino para sumirnos en las calamidades del despotismo de nuestras propias pasiones, sin trabas, sin diques, como furioso mar que inundase una aldea después de quebrantadas las rocas que en la orilla sujetaban el furor de sus oleajes. Acuérdese usted, además, amigo mío que no es el pueblo el que ha iniciado la emancipación, sino los grandes, los titulados, los ricos, los poderosos.....

—La peor de las plebes.....

—No, amigo Navarro, no es así. No son los descamisados de la inteligencia, del saber, de la fortuna, los que en América trabajan por su autonomía, fíjese usted bien en esto; y no tampoco por la conquista de la satisfacción de las venganzas y envidias, que son generalmente para el sedimento de las sociedades el motivo de las revueltas.

—Claro se está dijo Peñamar, nosotros queremos un pueblo, una nación, no un hacinamiento de ruinas y de cadáveres, en el cual vegetarán al pronto los hongos venenosos, aun cuando más tarde, si Dios quiere, vuelva á levantarse un edificio, no sabemos si mejor ó peor que el que D. Manuel Navarro quiere destruír.

A todo esto nada decía Rey y sólo miraba á los interlocutores, á derecha é izquierda, atontado como el novillo del patio. Parece sí quería sacar alguna palabra, pero no lo conseguía á pesar de los repetidos estiramientos del pescuezo. Entiendo, además, que el pobre hombre estaba en extremo angustiado de que se tuviese tal conversación allí, en *su* casa, casa de empleado actual y fiel, por consiguiente, á los posesores del erario; aun cuando, al consentir el hospedaje de Castillo, vislumbró allá en el seno de lo futuro la versatilidad de las cosas de la tierra, y juzgó prudente principiar la faena de bienquistarse con la revolución, sin separarse, por cierto, del amor y *lealtad* debidos á la Monarquía y al Conde Presidente señor Ruíz de Castilla, lugarteniente de Dios

y brazo del señor Fernando VII, trasplantado á esta porción de la América española.

Nada debía temer tocante á los convidados; pues con motivo del asilo dado al revolucionario, buena advertencia tuvo de no invitar, para los festejos del cumpleaños de doña Cándida, sino á quienes eran conocidamente adictos á la independencia. Mas, así y todo, la camisa no le llegaba al cuerpo y los cabellos se le ponían en punta al pensar que él, presupuestívoro, había dado motivo y lugar para aquel subversivo diálogo, que, al traslucir fuera, le ocasionaría acaso la pérdida del *modus vivendi*, que dicen los diplomáticos, y la expulsión del paraíso fiscal, cuya mayor cualidad está en que á nadie se le prohibe al hartazgo de manzanas.

—Señores, señores, por Dios—dijo por fin, haciendo salir las palabras como burbujas por el gollete de una botella,—piensen ustedes cuanto quieran en esos delirios de independencia, de progreso, de libertad; pero no los dejen traslucir: se comprometen ustedes, señores, comprometen *mi* casa, me comprometen á *mí*.....

—Destrucción, no es la voz propia, continuó Castillo sin hacer caso de las burbujas de Rey, ¿es por ventura destrucción lo que ejecuta el labriego al abrir el terruño con el arado, cuando desarraiga las plantas dañinas, las mata y las entierra para que abonen el suelo? Vengan los hongos, en buena hora: señal son de la fecundidad del terreno.

—Y se quedarán señoreándole, repuso sarcásticamente don Arturo. Curioso modo de tirar hacia la perfección es el de los terremotos. Ustedes los impacientes, quieren obtener la cosecha el mismo día de la siembra —para continuar el símil de usted—fecundando el haza, eso sí, para la precocidad del producto, con los cadáveres de los menestrales y de las yuntas y de todo ser vivo, vegetal ó animal—Ja, ja.....Dejen, señor don Manuel Navarro, dejen á un lado las vehemencias que degüellan las gallinas de huevos de oro y pierden las fuentes de la posteridad natural y tranquila, que se vienen de suyo sin más esfuerzo que el de la paciencia. Arrojemos grano á la bendita ave, recojamos día á día el noble metal que se nos proporciona y guardémoslo y seremos ricos

en año no remoto. Las revoluciones—hablo de las que no son suscitadas por móviles mezquinos—tratan de apresurar el perfeccionamiento de los pueblos, por medios violentos que, casi siempre, obtienen lo contrario de lo que se proponen. Nos conviene, no la revolución sino la evolución: si ésta nos trae alguna sangre y desgracias que no pueden evitar, qué hacerle.....Yo creo, sí señor, creo, tengo viva fe en la ley del progreso. La violencia, hija siempre de la falta de razón, atrapará quizá su presa, pero sangrienta, muerta, como la paloma que agarra el gavilán.

Partidario como soy de la emancipación, la encuentro, con todo—quiero ser completamente franco—la encuentro prematura. ¿Qué duda cabe acerca de que caminando el tiempo, América ha de independizarse? ¿Quién cree que el niño no ha de ser joven y el joven no ha de ser hombre? ¿Por ventura éste vivirá perennemente bajo la tutela del padre? No por cierto. Nadie, nadie puede suponer semejante adefesio; pero para que el joven ponga casa aparte, es menester que antes haya adquirido el desenvolvimiento de razón suficiente, el desarrollo de cuerpo necesario y por fin los bienes de fortuna bastantes para dejar de llevar la vida parásita del pupilo. ¡Vive el cielo! ¿No diremos que es tontamente precoz el niño que, andando á gatas aún, se sale de la casa paterna y pretende autonomía por esas calles de Dios, débil, indefenso, pequeñito? Sin embargo, señor mío, talvez el egoismo, acaso la aspiración de gozar yo mismo de la existencia de los pueblos libres, la verdad es que deseo que no desaprovechemos la excelente coyuntura ofrecida por las turbelencias de la madre patria, y quiero que, aun cuando en la infancia, el pueblo se emancipe pronto, lo más pronto posible. Todo será cuestión de costaladas más ó menos: caeremos; mas, al levantarnos, obtendremos la experiencia de la caída y procuraremos no caer otra vez: en último resultado, las niñeras no son sino gentes que han caído antes que los niños.

—Demonio con el discursote; pero al fin lo encuentro de acuerdo con mis ideas en el fondo y no rebatiré los pormenores.

—De acuerdo en efecto, señor Navarro, en cuanto á la impaciencia, semejante á la del goloso que se expone á la indigestión y hasta la prevee al engullirse en agraz la fruta que, si no la come él hoy, se la comerán sus hijos mañana. ¡Ah! la gula de lo prematuro!

—Qué prematuro, ni qué pan caliente; la libertad no admite esperas. Para ella están los pueblos siempre preparados: que son débiles, pequeños,.....pues bien, hijo, darles luz, mucha luz, aire, mucho aire, alimento, mucho alimento, es decir, libertad, libertad y libertad, ya verá usted cómo el chiquillo que en el hogar paterno va en cuatro pies se yergue y es gigante.

—Dios lo quiera. Ojalá, al morir, no me torture el arrepentimiento de haber trabajado en la preparación de campos de agramonteses, donde cada año, cada mes, cada día, cada hora, se librará un combate á nombre de principios indefinidos, de intereses vagos, de charla insulsa, siempre sí de pasiones viles, revueltas en el fango inmundo del hoy dormido lago de la tradición y de la costumbre. Por mucha libertad que le demos á la Nación, pequeñitos hemos de ser.—O nos independizaremos por nosotros mismos los de esta presidencia, cosa que estoy cierto lograríamos infaliblemente, ó nos ayudarán los vecinos para mancomunar los esfuerzos en provecho de la general emancipación: si lo primero, ¿qué nación vigorosa en lo interior y respetable en lo exterior conseguiremos después de los sangrientos y terribles sacrificios de una guerra de predominio, esto es, de una guerra exterminadora? Si lo segundo, quizá el vicio de guerrear, la necesidad del *ejercicio profesional* de hombres que habituados al fusil y á la lanza no empuñarán nunca la esteva y el azadón, y principalmente las ambiciones criadas, fomentadas, robustecidas por la savia de otras pasiones, ¿acaso no nos llevarán á la guerra de unos fragmentos con otros de un mismo todo, y en seguida al escandaloso fratricidio de los hijos de un mismo suelo?—Si al menos, separados de la metrópoli, nos conservásemos unidos los hijos escapados del hogar, tendríamos la fuerza común que nos daría un poder efectivo. Y á esto debemos tender, don Manuel, á no envidirnos.

—A dividirse, á dividirnos, replicó Castillo, empleando las repeticiones de palabras que demostraban la vehemencia de su alma, empeñada de continuo en grabarse, en enclavarse, echar raíces, vegetar, florecer y fructificar, todo en un día ó en una hora, sin dejar nada al de mañana.—A dividirnos, á fin de que la pequeñez del objeto no tiente la codicia de los codiciosos; á fin de formar pequeñas agrupaciones en que el pueblo se gobernará á sí propio por medio de jefes pacíficos, que renovables se remudarán á lo más cada año, para que el hábito del mando no les engolosine; jefes que serán á su vez gobernados por un senado permanente compuesto de cierto número de padres de familia, elegido por un modo directo por los demás ciudadanos asimismo cada doce meses, y al cual pertenecerán los labradores, los artesanos, los médicos, los abogados y hasta los clérigos y frailes, así el indio como el blanco y el negro, desde los quince años de edad y, si posible fuera, aun las mujeres, pues ellas también deben participar, por igual, de los derechos de los hombres. Ya que no la República de Platón, yo quiero la que los pasajeros de la «Flor de Mayo» fundaron en Plymouth; pero sin los fanatismos ni excentricidades de esos progenitores de los *yankees*. La igualdad.....

—Hermosa palabra, vana especialmente en la política.

—Vana, porque no se ha llevado á la práctica. Devuelva usted cuanto se ha usurpado al pueblo; haga que le crezcan las alas que se le han cercenado inicuamente, y le verá levantarse de su abyección é igualar en talla moral á quienes antes le supeditaban.

—Eso es—con sorna—y la desigualdad desaparecerá.....Ay! don Manuel, lo único que usted ha de conseguir es que lo soez, se sobreponga á lo noble, pero la desigualdad quedará la misma: la grosería será calificada de mérito, y el ganapán—llámesele enredador de pleitos, ó matasanos ó politicastros ó destripaterrones,—supeditará al ciudadano bien nacido, al culto, al delicado; la arrojada avilantez insultará á la tímida educación; el gañán con sus músculos desarrollados en las faenas brutas, hollará al literato que no ha desenvuelto sino

las fuerzas cerebrales; el jayán pasteorará á puntapies á una sociedad de orden invertido, y la nación irá á la consecución de *sus grandes destinos* como un hombre á quien se le obligara á caminar con la cabeza. En lo moral como en lo físico, la naturaleza está dividida en órdenes ó capas que no se invierten sino momentáneamente en los grandes cataclismos: las rocas forman el lecho de los mares, encima vienen las aguas y en su superficie flota el aire. Enciérrese á éste en lo interior del suelo, quiero decir, sobrepóngasele el peñasco, y se le verá cómo rompe el globo terráqueo para restituírse á las regiones elevadas que le pertenecen.

—Bueno, pero el peñasco es también susceptible de liquidarse.

—Ciertamente, y de convertirse en lava que todo lo destruye.....

Por fortuna para el lector y para Rey, la llegada de los postres puso punto á la peliaguda conversación. Doña Cándida era la docta pluma para los asuntos de respostería, y las cremas, los pastelillos, los confites, los dulces y mil otras innominadas gollerías fueron á endulzar los órganos gustativos, ya que no los ánimos, de los discutidores de política en la mesa del bueno de D. José II, cuyo caletre, en un feliz momento de inspiración, llegó hasta producir la siguiente frase de relativo ingenio:

—Señores, por todos los santos del cielo, tengamos la política de no hablar de política.

Naturalmente el diálogo preinserto no es el mismo que tuvieron aquellos señores en la comida consabida; pero sí la idea de cada cual, el meollo de la conversación, son los mismísimos, pues ha sido reconstruída como los fósiles de Cuvier: sobre el esqueleto efectivo conservado en los escombros de mis reminiscencias. Y si el lector la tiene por apócrifa, déla por no escrita y adelante.

XI

Los señores comensales no habían hecho ascos propiamente á las carnes, patatas, legumbres, frituras y más manjares salobres de la mesa de doña Cándida: pero no por ello estaban menos dispuestos á las golosinas y pasteles azucarados: los atacaron, pues, de firme, y sólo el raspar de las cucharitas en los platillos, y los saboreamientos y chasquidos de lengua interrumpían el respetuoso silencio.—Digo el silencio de la mesa, supuesto que en el patio la bullanga era de todos los diantres.

—El señor Rey don Fernando VII, que Dios..... dijo don José Segundo, tornando á la interrumpida charla, cuando como si fuese evocado, como si el nombrar testas coronadas hiciese brotar un testuz coronado de cuernos..... Allí, allí, á pocos pasos de nosotros,—no sé si he dicho que comíamos en el corredor,—por entre los maderos y pieles de res que cerraban *ad hoc* la entrada de la escalera, asomó ¡no te desmayes lectora! primeramente la cornamenta del novillo, en seguida la cabeza toda y, por fin, deshecha á golpes de la palanca cornúpeta la armazón de madera, el animal entero que, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo ya resoplando junto á la mesa del festín. Podéis presumir lo que pasaría.....

Doña Cándida sin aflojar el cucharon, se lanzó bajo la mesa en cuatro pies, con tal impulso, que por poco descalabra al Padre Adeodato, quien al entrarse á gatas por el otro lado, recibió un golpe de arriete tal, que en adelante no ha necesitado rasurarse la corona, cuya cicatriz atestigua la fuerza inaudita que el miedo comunica á las mujeres.

Don José, abotagado por el artazgo, pretendió asilarse lo mismo que su reverencia; pero no pudo doblar el abdomen, y amurallándose tras la mesa, levantó sobre

el rostro una esquina del mantel, como si fuese un escudo ó un blindaje.

Pantorrés, quién sabe qué pretendería: la verdad es que yacía tendido de barriga y con el sillón de vaqueta encima, probablemente impelidos—Pantorrés y el sillón—por Castillo y Peñamar al subir á la mesa.

Aurora y yo vagábamos despavoridos y de seguro habríamos recibido una caricia de la bestia, si los dos personajes recién nombrados no hubiesen visto nuestra turbación y aprietos y si, cogiendo cada cual á uno de nosotros, no nos hubieran levantado en vilo y depositado sobre la mesa del festín.

Falso! Yo no lo fuí sobre la mesa sino dentro de una enorme vasija de almíbar de azahares, donde me dí un dulce baño de asiento. Don Mariano tenía también un pie metido dentro de una fuente de crema, y asido del cuchillón pinchaba á la fiera, que mugiendo suministraba ora una cabezada, ora una coz á la mesa.

El torete debió de estar muy cansado, porque, de otro modo, supongo, no quedáramos tan bien parados. Luégo, los gañanes lo aturullaron, lo enlazaron y se lo llevaron.

Total, entre muertos y heridos: uno.

Además del agustino, lo hubiera sido también la victimaria doña Cándida, dado que es privilegio concedido tan sólo á los toros y carneros herir con la cabeza sin ser ellos heridos; pero salvó á la esposa de Rey, con menos cabo de Fray Adeodato, la monumental peineta que sujetaba las cintas, el moño, y randas del tocado.

El Provincial no era un alfenique ni mucho menos, y apenas le fué cauterizada con algodón encendido y ablucionada con aguardiente la coronilla, comenzaron los comentarios y carcajadas provocados por el terrífico acaecimiento.

—Cobardes! decía Rey, yo no me moví de mi puesto.

—Así es, pero me parece que le ví tratando de levantar la mesa con la nuca: entiendo que no pudo usted meterse debajo de ella, replicó el agustino.

—Quien muy de veras no huyó fué Pantorrés, añadió Castillo.

—Estaba aprendiendo á nadar en seco, agregó Arturo.

—El Padre pagará á usted el peinetón, dijo otro.

—Candidita más bien la pagará: *si quis suadente diabolo*.....

—Buena manera tiene Vuesa Reverencia de esconderse: con la cabeza y rodillas bajo la mesa, podía el torete ensartarlo por la parte que dejó fuera.

—El aturdimiento del susto, hijo, y de la embestida de esta mujer.....

—Si yo no arreo á la fiera, de cierto que ustedes continuarían ahí dando diente con diente, fareoló Rey.

—Cállese, hombre, si usted se tapujó hasta los ojos como si el becerro se le fuese á entrar por éllos, dijo por fin Pantorrés.

Con lo cual llamó la atención sobre su persona y produjo la más sonora carcajada que puede lanzarse á mandíbula batiente: todos los manjares de la gran comilona parecía que se hubiesen dado cita en las ropas, rostro y cabeza del jurista, quien con los menjurjes y el polvo de ladrillo que le embadurnaban, tenía perfecta semejanza á un pejerrey envuelto en harina y huevo y listo á zabullirse en la manteca derretida de la sartén.

La barba, la barba era lo que había que ver: sospecho que no habló hasta ese momento porque no se le permitió la pega ó parche que le formaba una sola pieza entre el bigote y la pera.

Al entrar en el salón encontramos que también allí existían destrozos: probablemente algunos gañanes se refugiarían sobre el lecho de doña Cándida, que hecho mil pedazos y con los travesaños y perchas revueltos en las cortinas, semejaba un buque que se hunde, como el del cuadro consabido.

He dicho que en el salón, porque en realidad era característico del mueblaje de aquel tiempo la colocación del catre en la misma puerta que unía la sala de recibo con la alcoba, á guisa de escenario de comedia casera.

Así como era característico también que sobre el cielo de la colgadura de la cama se guardasen los quitasoles y paraguas metidos en sus fundas, los sombreros y bastones y hasta algunos chirimbolos.

No por el desastre se terminaron las fiestas: en la noche hubo piras de chamarasca que nos llenaron de humo la casa, y cohetes y triquitraques que nos aturdieron, y *vacas locas y toros embombados*.

Pocos días después del pipiripao, de la acalorada discusión y del zarandeo que acabo de relatar, tuvimos una noche de perros ocasionada por una escolta que de improviso se presentó, á eso de la una de la madrugada, en el patio de la hacienda. Castillo, despertado repentinamente por doña Cándida, saltó del lecho; mas, después de una breve reflexión, decidió no esconderse ni fugarse. La pobre señora rogaba desesperada al terco huésped que, aprovechando del tiempo gastado por los soldados en registrar las otras habitaciones—era á trasmano la nuestra—se deslizase por la ventana, tomase un caballo en la cuadra y se escapase á lugar seguro.

—No señora, contestaba, quiero que me prendan, que me arrastren, que me aherrojen y que me fusilen; y así mi sangre, vertida por la iniquidad, será útil para nuestra santa causa. Cuantos más crímenes cometan los malvados de nuestros enemigos, más pronto resplandecerá el claro día de la justicia.

Yo reforcé también con lágrimas y sollozos las argumentaciones de élla y logramos, al fin empujarle y poco menos que precipitarle ventana abajo, al momento preciso en que los esbirros abrían estrepitosamente nuestra puerta.

A pesar del oportuno despeño de Castillo, nada se habría obtenido, ya que la ventana abierta estaba poniendo de manifiesto el punto de escape del sedicioso, si ¡oh admirable fecundidad inventiva de las mujeres! doña Cándida no me hubiera tomado en su regazo allí mismo y sacando partido de los sollozos y palidez que me produjeron el susto y la escena con don Mariano, no se pusiera á increpar á los de la escolta:

—Me matan á mi hijo, malhechores, pillos, asesinos! Metiéndose así, como ladrones que son; tarde de la noche á una casa honrada, me han espantado al chico de una manera que me lo matan, si señor, me lo matan sin falta!

Y como viese que el sargento se encaminaba á la ventana, agregó inteponiéndose:

—No cierre usted las puertas, nó, nó, que el pobrecito necesita aire para no sufocarse.

Y tan bien fingió y tan primorosamente representó su papel, que hasta consiguió de los compasivos *cholos* que la ayudasen á restituírme al lecho y á darme en el espinazo y en los muslos unas furiosas friegas que, si no me sacaron del soponcio que no tenía, sí me magullaron y despellejaron de lo lindo. Cuando, por restos de sospecha, la escolta recorrió los alrededores de la casa, Castillo debió de estar ya en seguro.

Como, transcurridos los años, he llegado á conocer bastante á Rey, no escrupulizo en atribuírle la jugada; dispuesta, sin duda, por temor de que se repitiesen diálogos *comprometedores* como los del día de su esposa.

Ignorante ésta, como siempre, de los planes del marido, salvó á Castillo esa noche, y por la madrugada le hizo volver á la casa, de la de un peón, donde se había asilado.

Don Mariano, según entiendo, algo malició de la fechoría; pero, imposibilitado por la lentitud de la convalecencia para ir á vida de campaña y salto de mata, tuvo que proseguir en casa del muy pillo.

Felizmente, cambiando los acontecimientos en favor de los patriotas, don José ya se propondría también halagar á los revolucionarios.

XII

Excepto los festejos del natalicio de nuestra huéspeda, y el sustazo que he referido, nada más volvió á quebrantar la uniformidad de mi existencia y sus torturas, sino la compañía de Aurora, de este rayito de la aurora sensibilizado al tocar la tierra.

Pasaba la semana entera sujeto á estricta distribución de horas bajo la férrea mano de Castillo. A las cinco y media de la mañana indefectiblemente, al des-

pertarse con el rezo de los gañanes en los corredores de la hacienda, me daba voces y me obligaba á levantarme: abría yo entonces las ventanas del dormitorio de don Mariano, por donde se precipitaban dentro, junto con el fresquecito de la mañana, la azulina luz del amanecer, la fragancia del perejil y de las otras hierbecillas del huerto, y las mil armonías moduladas en las melodiosas gargantas de mirlos, güirachuros, gorriones y jilgueros.

Yo leía regularmente; y de esto aprovechaba mi maestro, para, mientras él fumaba cigarrillos y se agasajaba el cuerpo con el afectuoso calor de las sábanas, hacerme leer capítulos y más capítulos de sus libros. Salíase del lecho á las siete, me señalaba lección de aritmética, me ponía una muestra de califría que yo debía imitar en la hoja papirácea de un *cabuyo*, y se iba á dar largos paseos por el campo, hasta cerca del almuerzo, que él lo esperaba tomándome la referida lección y corrigiéndome las planas.

Pues profesando el principio higiénico de que el ejercicio de la libertad basta para desarrollar y robustecer el cuerpo social, opinaba también que recobraría completo, merced al paseo prolongado al aire libre, el uso de sus miembros, debilitados por las heridas y encogidos por las cicatrices.

Cuán de buena gana le hubiera seguido en sus excursiones, ó habría acudido á las llamadas de los pavos del corral,—siempre estuve convencido que se dirigían á mi sus gorgoteados,—si el grande temor que me inspiraba castillo no me hubiese sujetado inamovible, allí en el baucón pegado á la ventana tentadora, por donde me llegaban no sólo los gallipavos con sus rechinamientos, sino también las gallinas con sus cacareos, los tórtolas y palomas con sus arrullos, el sol con sus haces de rayos, que son siempre claridad para los ojos del cuerpo y alegría para los del espíritu.

Castillo no me enseñaba la doctrina cristiana, ni los rezos, ni ninguna de aquellas prácticas religiosas en que tanto cuidado puso antes mi madre, y aun observé que no iba al oratorio á misa los domingos que, por estar en la hacienda doña Cándida, llegaba de Quito el agustiniano. Falta qué note eno tanta más razón, cuanto

para mí tenía grandes atractivos aquella ceremonia, lo cual ha hecho que no olvide ninguno de mis sentidos los pormenores del sacrificio celebrado en ese recinto aislado, á través de cuyos vidrios veíamos las rosas trepadoras, los nogales, los sauces y los huabos, en cuyas ramas se espulgaba esponjada la cola de extremo blanco una tortolita, mientras el macho arrullaba hinchando la tornacolada garganta.

Paréceme todavía que asisto al divino oficio y que veo delante de mí un rayo de sol de la ventana, por el que subían y bajaban multitud de moléculas de polvo luminoso; más allá, el altar donde llamaba singularmente mi atención un San Isidro labrador con la aguijada en la mano y tras un par de bueyes tamaños como gatos, en proporción á la estatura del santo; junto á quien, á los rubicundos angelotes y á la Purísima alada, se arrimaban como ebrios á los tablamentos del retablo, un sinnúmero de floreros de madera, desquiciados con el peso de los ramos de cambray y gasa; paréceme escuchar, sí escuchar, el silencio religioso quebrantado solamente por el chisporroteo de las bujías, por las quejas de las tórtolas de afuera, por el canto de los mirlos y güirachuros, por el zumbido de alas de los pájaros-moscas, por la caída de algún *tocte* del árbol, por el murmullo del agua exterior, por los tropezones que daba en la campanilla el chico monaguillo y, sobre todo, por los *fortes* del rezo del Padre: «*per omnia sæcula sæculorum—Amen—Dominus vobiscum—Et cum spiritu tuo.—Et ne nos inducas in tentatiooooonem—Sed libera nos a maaaaalo:* paréceme percibir aún el olor de las margaritas y de los tulipanes que adornaban el altar, mezclado con el de cuarto cerrado que exhalaba la capilla y el de cera quemada que despedían temblequeando las llamas de las encorvadas mechas de los cirios; paréceme mirar las *indias* sentadas sobre los talones y los enormes pies de los *indios* arrodillados, cuyas anchurosas plantas desnudas servían de preferente almohada á Júpiter, menguado perro de Rey, que así reclinaba su cabeza en el basamento referido, como hincaba el diente de sus pantorrillas cuando se le presentaba la ocasión.

Entre el dia estudiaba las lecciones, que después de

almuerzo se me señalaban, trabajaba largamente en la imitación de los garabatos caligráficos de Castillo, en la suma de columnas cerradas de números, en *quien de ocho quita tres, quedan cinco*, en aprender el tortura-memorias de Pitágoras y, en especial, en pintar toda el arca de Noé en las márgenes de los libros, siempre que el maestro no estaba presente.

Este profesaba en la práctica—aunque no en la teoría—el principio clásico de «la letra con sangre entra», y, así, á punto estuvo varias veces de hacer penetrar materialmente en mi desventurado cráneo la dicha tabla pitagórica, que en verdad era una *tabla*, pues el papel estaba pegado con engrudo en una paleta semejante á la de los padrones de las haciendas. Y cuando me enseñaba quebrados, nada faltó para que mi propia persona se convirtiese «en las partes en que se considera dividido un entero».

Don Mariano era, en verdad, un hombre severo, duro si se quiere, pero recto, y yo le tenía, al propio tiempo que temor, cariño ó no sé cómo llamarlo. No dejaban de extrañarme, es cierto, sus inconsecuencias, en extremo sensibles para que pasasen desadvertidas: no perdía la ocasión de defender á los indios y de predicar sus *derechos* y de anatematizar los azotes, y á pesar de ello, los varapalos caían sobre mí como pan de cada día, mis orejas se estiraban horrorosamente por tracción de sus dedos, y los coscorres y soplamocos elevaban chichones á maravilla y criaban cardenales que daban gusto, en la bóveda cerebral y en los cachetes del triste huerfanito de Mideros.

Doña Cándida utilizaba también mi habilidad en punto á lectura; pero como hubiese sospechado que la señora ni fijaba mucho la atención, ni entendía bien lo leído, yo ponía punto aparte en los puntos seguidos y saltaba párrafos enteros para despachar pronto, pronto, la historia del Santo del día, las *Consideraciones y Propósitos* que me hacía leer en el «Año Cristiano», mientras cabeceaba como desgonzada sobre la fementida costura que descansaba en sus rodillas.

XIII

Insinué que era Aurora el bosquecillo, el oasis de ese mi desierto de números y de palotes, de esa mi aridez de afectos y de sentimientos. A la verdad, cuando Castillo me daba vacación, ó después de la comida hasta el anochecer, tiempo que me pertenecía por completo, volaba en busca de la chiquita, que se llevaba también, sola, sola, aguardándome con impaciencia. Nos asíamos de las manos y satisfacíamos primero la más imperiosa necesidad del muchacho: el correr; y después, íbamos á la espaciosa azotea que, dominando todo el valle, nos presentaba aquel admirable paisaje que despliega su belleza tan primorosa, tan completa, que quien no hubiese visitado nunca los valles interandinos ecuatorianos, y tuviese delante una pintura de estos lugares, la creería acaso producto ideal del artista, más bien que realidad de la naturaleza.

La gran llanura se extiende en una inmensa cuenca limitada allá lejos, por los brazos monstruosos de los Andes, estupenda columna vertebral de América, que en el Ecuador presenta varias particularidades dignas de atención, á saber: el sinnúmero de alturas magnas, coronadas de nieve perpetua, tan elevadas que, delante de ellas, las montañas de Suiza parecerían juguetes de algún gigante niño. Particularidad notable asímismo es la perenne vegetación primaveral que viste á estas alturas hasta el gaste de la nieve, la cual rara vez se desprende en aludes, merced á su cohesión eterna. Las caricias del astro padre del día, productoras de la exuberancia vegetal, y el encumbramiento de las estupendas moles que se confunden en la diafanidad del firmamento, les da además un color azul magnífico que no se ve en las otras prominencias del globo.

Sobre la cuenca, las mañanas y algunas tardes, se posaban blancas nieblas que, allí á mis pies, me parecían las espumas del aire en su insesante vaivén, debajo de las

cuales ondeaba el éter á las horas que el sol reverberaba en los prados y sementeras. Ese vaho se levantaba en espirales ó era barrido por las auras, y separado el telón horizontal que ocultaba el valle, se descubría el espléndido terciopelo verde en el cual resaltaban ya una casa de hacienda rodeada de bosquete, de huertos y alfalfares, ya una chocita pajiza empenachada de humo como jirón de neblina que hubiese quedado enredada en la cumbre, ya los maizales verdinegros con los surcos rectos, separados unos de otros, después de una lluvia, por líneas brillantes de plata bruñida, ya los terrenos de los labriegos cual los escaques de un ajedrez con los distintos matices de las variadas mieses, ya las dehesas salpicadas de ganados de diverso color, ya, por fin, el conjunto de prados, sementeras, arboledas, caseríos, cortado por dos serpientes de cristal, los ríos de San Pedro y de Pita, que arrastrándose casi al nivel del suelo, van derramando verdor, fecundidad y munificencia en el valle de Chillo, sin duda alguna, uno de los más hermosos y fértiles de esta tierra de promisión. Y todo esto de enero á enero, así en marzo como en agosto, bajo el cielo más diáfano del universo, á la luz más viva de la tierra, á una temperatura perennemente tibia que, sin las exigencias del pudor civilizado, nos permitiría vivir sin sastres y sin modistas, en medio de las no interrumpidas armonías de las aves canoras, en un ambiente aromatizado por las ondas fragantes que se desprenden en densos efluvios de una vegetación siempre de gala, siempre florida.

Mas, á fin de que ese primor de la madre naturaleza no sea continuadamente el Edén bíblico, ó quizá para que se goce aún de la variedad, fuente fecunda de belleza, el valle padece con frecuencia tormentas ¡pero qué tormentas, lector mío! De aquéllas en que se presenta lo sublime en toda su sublimidad, si me perdonas el pleonasmo.

Repentinamente, muchas veces sin señal alguna de tempestad, el aquilón arrastra con formidable empuje, de los puntos cardinales, estratos, cirros, cúmulos y más variedades de la grey celeste, de esos silenciosos animalones aéreos que, ora blanquecinos, largos, semejantes á

brujas que salen de un aquelarre, á hadas ó á espíritus semicoagulados; ora semejando bisontes, camellos, ballenas, grifos; ora como bosques flotantes al modo de las vegetaciones viajeras del océano; ora en disgregaciones caóticas ó en masas disformes, á manera de montañas de otros mundos disparadas á nuestra atmósfera por las convulsiones de un cataclismo, corren, vuelan, llegan, se embisten, se compenetran y entenebreciendo el día se descargan en torrentes feroces que, al chocar contra la tierra, se despedazan, y en polvo de agua son de nuevo levantados por el viento para correr por la llanura azotando las arboledas, las cacerías, los ganados, cual colosales volutas de diamante, é incendiados por el perenne resplandor de los relámpagos, que culebrean, estallan y braman en truenos prolongados por las repeticiones de ecos retumbantes. Las acequias se convierten en ríos, los arroyos en turbiones, los ríos en brazos de mar.....

El universo perece..... No tal: las nubes se han deshecho, las dehesas, los sembrados, las arboledas sonríen; todas las hojas ostentan temblosos globulitos de luz, que sin duda cayeron del sol arrastrados por el aguacero; las aves saludan alborozadas el nuevo amanecer; el mismo sol se presenta en el cielo azul y lanza sus más vívidos rayos sin siquiera esperar que terminen las últimas gotas de lluvia, y, por fin, los espléndidos arco iris se presentan como las esperanzas infinitas levantadas sobre el dolor de la penitencia.

En este paraíso, propiamente terreno, donde las sonrisas placenteras más regocijadas de la naturaleza son sustituídas por el enojo, por la rabia, por el llanto, por el frenesí de los elementos, había para mí, Adán-chiquillo, la Eva que ya conocéis, voluntariosita, golosita, cavilosita y curiosita como la madre del género humano, pero por menor y, por cierto, sin que de sus antojos y curiosidades tuviese nada que temer del mundo.

¡Qué disquisiciones, señores míos, qué problemas los que la tenían desazonada y cavilosa!

—Mira Antonio, me decía, ¿Hablan los pájaros?

—Yo creo que sí.

Otras veces me dejaba hecho un bausán porque se me descolgaba con cuestiones como éstas, en cuanto á

importancia semejantes á muchas de las que absorben á los filósofos y naturalistas:

—Dime ¿los clérigos usan pantalones?

—Caramba! que no lo sé.

—¿En qué nos diferenciamos de los hombres?

—Toma. En las barbas.

Sospecho que no la satisfacían plenamente mis respuestas, y continuaba dando y cavando en los tales problemas ó en otros que no quiero referir al lector, porque pertenecen al dominio de la fisiología ó á quisicosas de la naturaleza.

Rara vez el pobre Juan á hurto, participaba de nuestras inocentes distracciones; de aquí el que, deducida Aurora, mera espectadora de mis juegos varoniles, venía á quedar yo único Jefe de un batallón, que era yo mismo, y poseedor de una banda marcial que desempeñaba también yo sólo. De verse y de oirse era cómo daba garbosamente las perentorias órdenes de mando:

—Descansen, armas!.....Al hombro, armas! ..... Marchen, arm!.....

Y ejecutaba yo mismo, general y tropa, las maniobras, y con la tranca que hacía de fusil, me echaba á marchar por los corredores, encantando á Aurora, con el *chin chin chin* de platillos que producian mis labios, convertidos además en fagot, cornetín, requinto, bombo, pistón, corneta y trombón, todo á un tiempo mismo, y provocando los lamentables aullidos de Júpiter, colega y si se quiere condiscípulo mío en la ciencia de la travesura.—Era yo tan feliz, encontraba tan fácil la felicidad,—mal que pese á los coscorrones, gaznatadas, papirotazos y más halagos pedagógicos de Castillo,—que me admiraba ingenuamente de que no todos fueran felices en el mundo.

Hoy es,—tengo, y mejor dicho no tengo ochenta y nueve años que supongo que he vivido y se han escapado de mis manos como las aguas de un río que se tratáse de detener con las palmas; he visto á mi país cambiar de dueños como una acémila: del señorío de España al de la gran Colombia y después al despotismo, salvas escasas excepciones, de tiranuelos de tres al cuatro subidos muchos de ellos al poder, por artes de felonía, de

traición ó de vileza; he viajado mucho, he leído algo, he llevado la á veces angustiosa vida del hombre de bien; he sobrevivido, por especial merced de la Providencia, á casi todos mis compañeros de armas,—hoy es, y yo el contemporáneo del siglo XIX, recuerdo con infinita dulzura aquellas épocas bienaventuradas en qué los mismos panzagonzalos, cachetinas y puntapiés de mi maestro servían de guiso y preparación á las delicias de la compañía de Aurora, punto luminoso de mi existencia, lente por el cual he mirado siempre al cielo de Dios, padre caritativo de los míseros humanos.

Los domingos y los otros días de vacación, nos entregábamos á nuestras delicias predilectas. Aurora corría tras mí para cogerme, mientras entorpecía su carrera el bueno de Júpiter que, dándose por aludido, se cruzaba por delante de ella gruñendo jovialmente, y aun tenía la osadía de asirle de los vestidos. Yo daba vueltas al rededor de los árboles y burlaba sus ansias hasta que, á fin de complacerla, me dejaba aprehender y entonces fatigados, sonrientes, los rostros encendidos por el cansancio, nos arrojábamos más bien que nos sentábamos bajo un nogal que extendía sus seculares ramas sobre el baño; y ahí, viendo á los mirlos dar descompasados saltos cerca del arroyo, oyendo la música del agua al deslizarse, al comprimirse en gorgoritas por la cañería y al caer espumosa sobre el líquido ya acumulado, ahí estrechándonos las manos, mi hombro recibía la rubia cabecita de la niña y sin decirnos nada, pero ciertamente pensando en mucho, dejábamos correr el tiempo mientras deshojábamos las matas cercanas ó arrojábamos á las linfas los pétalos de las rosas, alhelíes, dalias y claveles que se hallaban á nuestro rededor. Me acuerdo en una de aquellas ocasiones, Aurora después de á fuerza de arrullos calmar un emperramiento que debió de ser muy tenaz—pues mucho fué el empeño que tomó por acallarlo—puso cuidadosamente en mis brazos su niño formado de una mazorca envuelta en pañales, y me dijo:

—Bésale: tú eres su papá ¿No?

Tengo averiguado que no es el rubor producto de la inocencia, como generalmente se supone. Lo

cual es tan cierto como que, mientras Aurora me miraba candorosa é inmutable, yo bajé ruborizado mi rostro de suspicaz chillón, malicioso adivinador, aunque muy rudimentario, de aquellas bribonadas, cual el séptimo sacramento, que sólo los grandes, los hombres ya formados, pueden ejecutar, de la misma manera como fuman, sorben rapé, gastan bastón y usan el cabello corto.

Debo advertir que por aquellos tiempos los chiquillos hasta los quince años, llevábamos la cabellera virgen de tijeras y atada en erecto moño sobre la coronilla.

Otro día; no hay tal, fué una noche.....Habíamos acompañado á los indiecitos en su rezo lleno de oraciones adefesiosas, híbridas entre quichua y castellano; habíamos cantado con ellos poéticamente al aire libre esos versos prosaicos que los mayorales enseñan en las haciendas; habíamos formado una batahola de diez mil demonios con el perro y los chicuelos, cuando éstos tañeron los horrísonos cuernos y se dispersaron; habíamos perseguido á la lechuza que se posaba en el sauce del oratorio; habíamos acudido, por fin, á la gran azotea y, de codos en el antepecho, envueltos en los aromas de los floripondios, escuchábamos una de aquellas sinfonías de la creación que resultan de los susurros de las auras, de los árboles, de los arroyos y lejanos ríos, del mugido de las vacas y correspondiente berrido de los terneros, de los gorgoritos de algún desvelado gorrión, del canto de las ranas, del ladrido de los perros, del rumor nocturno sordo y vagoroso, por último, que en ocasiones hace creer en la existencia de ninfas y sílfides que se hablasen invisibles cerca de nuestros oídos, y que otras veces parece la atenuación del estruendo del universo en su perenne movimiento.....

Contemplamos primero los arreboles de variados tintes, el azul primoroso del fondo del cielo, las ráfagas de nubes, brillantes, las aureolas de los lejanos montes, esas como chispas del sol que quedan refulgurando en el occidente al ponerse el astro del día, las pinceladas, en fin, de todos los colores admirables de la paleta de Dios; y, después, el centellear eléctrico en parpadeos de claridad fugitiva que recorren las cimas de las monta-

ñas en las plácidas noches ecuatoriales, Aurora pálida, blanca, alba, como la luz de la luna que alumbraba su rostro levantado hacia el firmamento.

—Cuando seamos grandes, me dijo, hemos de casarnos de verdad; porque yo te quiero mucho, mucho, y no he de querer á nadie como á ti.

En seguida, cambiando de conversación con versatilidad propia de niño y de mujer, é interrumpiendo no sé qué que yo le decía.

—Vé, agregó, cómo nos miran las estrellas.

Ulteriormente, en mi carrera de militar, quizá un poco libre, aunque siempre enamorado de Aurora, he tenido múltiples ocasiones de ratificarme en mi principio de que las mujeres en muchas circunstancias de la vida son más valientes que los hombres, y muy en singular, en asuntos de amor. ¿Quién es el atrevido que le dice á una dama «bonitos ojos tienes» si ella antes no ha sonsacado la frasecilla con miradas que significan *me quemo* ó sonrisas que dicen *cómeme?*

Las niñas, ingenuas por falta de conocimiento del mundo, y sin los falsos pudores, reticencias é ignorancias que afecta la coquetería, no se andan con indirectas de encogimientos de labios ni tácticas de ojos y, derechito al objeto, descubren su amor, claro, claro, á los muchachos, que dicho sea de paso, son generalmente unos tontarrones indignos de esas alboradas de olimpo terrenal.

Aurora, después de los desbordamientos de su almita de querubín, después de las referidas promesas de cariño, albo como su rostro y su espíritu, se dió á las dulces ternuras del amor en las variadas manifestaciones de destello de la Providencia divina. Quiso ser hasta algo como mi madrecita, pues me exhortaba á estudiar mejor mis lecciones para ahorrarme los enfados de Castillo y llegó aun,—cosa qué, si no es de ciencia infusa, debió de aprender de las tórtolas ó de las palomas con sus polluelos,—llegó á ponerme en los labios, bocados de los que ella comía. Y vierais ¡oh envidioso lector! cómo la Hebe, la Hebecita aquélla, abría la boca imitativamente mientras yo abría la mía para recibir las golosinas que ella

guardaba de la mesa y destinaba á nuestros festines privados.

Por proporcionarse el contento de ejercer dominio sobre mí y de verme tan dócil, tan sumiso, tan súbdito suyo, á las veces hacía la enojada, y yo me entristecía de ello, aun cuando adivinaba la intención de la picarilla. Más no me permitió nunca que la congoja durase un minuto, pues rompía á reír y á llamarme tonto y á castigar mi tontada con deliciosos golpecitos en las mejillas y con cariñosos pellizcos en la barba y en el cuello. Para ser de todo en todo franco, confesaré que yo entonces me presentaba tenaz y difícil de darme á partido.

Por inicua, aunque natural ingratitud, he olvidado hablar de mi madre, desde que, al separarme de ella, me encontré con Aurora. La separación, sin embargo, no fue absoluta, pues la pobrecilla se daba modo á dejar de vez en cuando los quehaceres que le proporcionaban el sustento diario, é ir á la hacienda de Rey, primeramente para llenarme de caricias y después para comunicar á Castillo los pasos que, á cencerros tapados, iba dando la causa de la emancipación. Gran complacencia experimenté, y sentí como si besara mi propio corazón, cuando en una de las ocasiones que fue á visitarnos, tomó la rubia cabecita de mi compañera y la besó llamándole linda, serafín y diamante. Aurora, poco acostumbrada á las manifestaciones del cariño y poco menos que olvidada por su madre,—que apenas se bastaba para las faenas domésticas, más bien esclava que esposa de su segundo marido,—cobró tanto amor á la mía cuanto puede caber en el desolado espíritu de un huérfano, ávido de los afectos de que antes ha carecido.

XIV

Por lo general las conferencias con don Mariano se tenían en reserva; pero de lo que escuché en algunas, á que concurrí accidentalmente, deduje la aproximación de un período de bruscas sacudidas y de trastornos

importantes. Oí hablar del acuerdo de los revolucionarios del centro con los del norte y sur, de fuertes sumas de dinero colectadas para la próxima guerra, de armas conseguidas, de postas despachados y recibidos, de hombres prestos á marchar, en fin, traslucí que los nublados de la política iban á descargar antes de mucho, sobre esta parte de la colonia, una formidable tormenta.

Ratificóme en mis sospechas una entusiasta discusión que, por aquellos días, se tuvo en el aposento de Castillo, entre éste y algunos jóvenes que llegaron de la ciudad, con el objeto de tratar del negocio que tan desasosegados é inquietos traía los ánimos de todos. Afirmóse que en el alto Perú, Santa Fé, Caracas y algunos otros lugares se había proclamado la emancipación, cosa que explicaba el abatimiento de las autoridades reales en Quito y la fuga de algunas de ellas; «pues, se dijo, cuando á los patriotas, privados de medios de comunicación, llegaban tales nuevas, muy de antes debió conocerlas el Conde Ruiz y sus paniagudos, reducidos por otra parte á la nulidad desde la instauración de la *Junta Superior*.»

El Provincial agustino, patricio sincero, como casi todo el clero secular y regular, nos llevaba también importantes noticias, los días festivos que iba para la misa. La edad de Castillo, muy joven todavía, y la costumbre general del tuteo en los clérigos y frailes, hizo que el buen Padre comenzase á tratar de tú á aquél. Circunstancia mínima que he recordado, porque dió ocasión á una de las pocas veces que don Mariano se dignó de dirigirme la palabra para cosa que no fuese récipe por malas lecciones; aunque estoy por creer que aun entonces no hizo sino entregarse á un monólogo al cual concurrí como las mesas y butacas del cuarto. ¡Inconsecuencias irreflexivas de un hombre que verdadera y lealmente soñaba con la República utópica, con la igualdad y fraternidad prácticas, con el gobierno de todos y para todos!

—Qué Patria, ni qué demonios, decía dando paseos á lo largo de la pieza. Mire usted. ¿No iremos á caer en las garras de los tiranos de cogulla, cuando nos hayamos libertado del pupilaje de España? ¿No estarán acaso estos badulaques trabajando por cuenta propia?....

La selva, la selva, vamos á las selvas, agregó después de un rato: estoy creyendo que la santa libertad se ha vuelto cimarrona y que sociedad es palabra sinónima de esclavitud.

No pasaba semana sin que llegase de la ciudad algún portador de noticias interesantes, que ponían más y más nervioso á mi pedagogo y se traducían, respecto á mi persona, en felpas de padre y señor, ó en vacaciones prolongadas, según que disgustasen ó plugiesen al revolucionario. Aunque, por lo general, lo primero era lo común, supuesto que aun las felices nuevas, invitándole á participar de la vida activa de sus colegas, le producían la contrariedad de provocarle á cosa vedada, por la falta de vigor en que se conservaban todavía los pícaros nervios y músculos, desobedientes á los mandatos de una voluntad de hierro y de una fuerza de alma potentísima.

Tortura y no pequeña de su espíritu tenía que ser, asímismo, el verse obligado á seguir en casa de persona tan despreciable como Rey, cuyas visitas á la hacienda eran siempre motivo de riñas desagradables con doña Cándida, sobre que hiciste esto ó no lo hiciste, que dijiste *ba* ó dijiste *be*. Con Castillo, es verdad que no las emprendía, porque desde muy temprano se le dió á conocer como de la cáscara amarga; pero no era guiso delicioso el de las comidas, en que, especialmente, el salvaje quería mostrar su señorío de horca y cuchillo con la esposa, con la huerfanita, con el pobre Juan y con Júpiter que, por desventura, era un dios destronado, sin rayos en la mano ni otros medios contentivos para llamar al orden al energúmeno de Don José.

Por fin le resolvieron á dejar el escondite las indudables nuevas de general conflagración, al propio tiempo que de simpatía y estímulo de las ciudades americanas; nuevas, no traídas ya por los rumores y decires poco fidedignos de las gentes, sino por papeles impresos que circulaban de mano en mano, mugrientos y rugosos, afirmando el entusiasmo aun en los patricios que comenzaban á decaer de ánimo, temorosos de que, siendo lo que hoy se llama República del Ecuador la única proclamadora de su independencia, se encontrasen aquí las fuerzas

del resto de la Colonia para ahogar nuestros conatos de libertad.

Así circulaban la «Exhortación patriótica» al pueblo bogotano, con que la Junta Suprema de Santa Fé execraba la tragedia del 2 de agosto: «Vuestro sentimiento por los sucesos de Quito ha llegado á su última exaltación sin que procuremos irritarlo más», decía el referido documento.....«Su causa no la ignoráis: es la misma que hoy protegéis con tanto ardor. Pero el quiteño, sí, el quiteño os dió la primera lección. El os abrió la carrera del honor, y él ha sellado con su sangre vuestra libertad. Su muerte justificará á la faz del universo entero la causa del americano y lo que ha tenido que sufrir de sus déspotas en trescientos años.»

Ofrecíanos protección á los huérfanos de los próceres, y agregaba:.....«Sí, sombras queridas, descansad en paz: héroes inmortales á quienes la patria debe su existencia y su felicidad, nuestra gratitud no tendrá otros límites que los de su duración, y al partir entre nuestras familias el pan frugal que hoy nos produce nuestro trabajo y la rica abundancia que mañana nos dará nuestra libertad, contaremos como primogénitos de ellas los hijos de vuestro casto amor conyugal. El bárbaro soldado no los asesinará otra vez; y distinguidos entre sus conciudadanos en los puestos eminentes que vosotros debisteis ocupar, nosotros respetaremos en ellos vuestra imagen, y diremos hasta la más remota posteridad: Ved aquí los hijos de nuestros libertadores; ellos no habían de ser eternos, pero la patria y su agradecimiento sí».

En Caracas—lo sabíamos también de buena tinta,—los patriotas acaudillados por los señores Rivas, y exasperados en sumo grado por los asesinatos de Quito, habían exigido de la Junta, naturalmente sin obtener tamaño despropósito. la expulsión de los españoles. Y, además, ésta habia mandado celebrar magníficas exequias por las víctimas quiteñas: «Apenas supieron los caraqueños la desgraciada catástrofe de Quito, se apresuraron á buscar medios de desahogar su sensibilidad de un modo digno del decoro y moderación americana», decía la *Descripción de los funerales*, que se celebraron en 3 de noviembre, es decir, cuatro meses después de la luc-

tuosa tragedia. «Un luto espontáneo cubrió á todos los habitantes de la Capital de Venezuela antes que el Gobierno decretase el que debía á la memoria de nuestros heroicos compatriotas; y para no limitar estos sentimientos á estériles demostraciones, se abrió inmediatamente una suscripción general, á la que dió principio S. A., para disponer y subvenir á las suntuosas exequias.»

En fin, nuestros hermanos de Chile, dignos descendientes de los héroes cantados por Ercilla, habían dado el primer paso hacia la emancipación, el 18 de setiembre de ese mismo año nefasto para España. Referíase y comentábase con vehemencia el acto del fraile Larraín, provincial de la Merced, que en una de las reuniones, sacó de la manga de su hábito un ancho puñal,—progenitor del famoso corvo,—ante cuyo relampageo exigió de los conjurados el sagrado juramento de la libertad.

Por último, la proclamación que, en abril de 1811, hizo el pueblo de su absoluta independencia de España, publicando con festejos ardorosos lo resuelto por la Junta en 11 de octubre del año pasado, puso fuera de sí á Castillo y, vencida la delicadeza del organismo por la prepotencia del espíritu, se entregó completamente á los trabajos de la ardua empresa que debía arrastrar á las privaciones, los sacrificios, á la muerte la mejor porción de los hijos de la patria.

Y no se crea que esos hombres no dejaban grandes comodidades, placeres y contentos. Antes he dicho, me parece, que la revolución fue incaoda por los títulos, por los ricos, por las gentes, en general, de suposición, y encontró tropiezos más bien en los mismos que tanto debían ganar con la República; pues, la plebe, avenida con los hábitos establecidos, se presenta siempre opuesta á las innovaciones.

No desagradará, de seguro, que presente un breve cuadro de las costumbres de nuestros mayores.

XV

GUSTABAN éstos sobremanera de la más cumplida holganza. Ya se ve, nada tampoco tenían que hacer. Los ricos mantenían en sus casas legiones de esclavos, cuyas ocupaciones reducidas á parte mínima, les permitían casi tanto *far niente* como á los amos. Baste decir que había una negra ó un negrito destinado sólo á llevar á la misa el tapete de la señora. A la cocina estaban dedicados, en las casas *grandes*, cinco ó seis cocineros, marmitones y pinches entre hombres y mujeres, y tres ó cuatro en las no opulentas; pero, á decir verdad, allí sí que tenían buena labor. Figúrense los lectores que los tales antepasados nuestros eran glotonazos en la más amplia acepción de la palabra.

Levantábanse á las seis y, para sustituir el afectuoso temple de las sábanas, calentaban el estómago con un increíble tazón de hierba-mate, de leche ó de la comida de los dioses que produce el cacao; á las ocho y media ó nueve, cuando más tarde, se servía el almuerzo en extensos comedores, tan vastos que en ellos cabían, además del capellán, administradores, mayordomos, escribientes y paniaguados, todos los miembros de una ó dos familias, parientas ó amigas que, con la mayor llaneza y desenfado del mundo, se trasladaban á la casa del «primo» ó de la «primita» —así se llamaban unos á otros aquellos excelentes ciudadanos.—Componíase el almuerzo de medio carnero, un cuarto de ternera, una hornada de pan, gallinas, huevos, pastelillos, en proporciones análogas á las gastadas en las bodas de Camacho el rico; y todo empujado á los estómagos por un océano de chocolate, acrecido con queso, hallullas, bizcochos, bizcochuelos, quesadillas, rosquetes, bodigos y empanadas.

Por allí, á las once ú once y media, despabilaban un piscolabis suficiente para mantener un ejército, y á las dos y media ó tres, hacían una merendita, ante la cual el almuerzo y el refresco no eran sino un ensayo imper-

fecto de comida, un quita-telarañas de la boca, un enjuague insignificante, un mero acto de uso para que no se enmoheciese la importante cavidad, portería de la alimentación y de la palabra. El Arca de Noé íntegra, con más todas las especies y variedades de vegetales alimenticios, los ejemplares masculinos y femeninos, toda la Fauna y la Flora ecuatorianas,—las más ricas del globo terrestre,—se sepultaban en los peroles, ollas, sartenes, cacerolas, tinas, tinajas, pailas, hornos y calderas, para presentarse vivas y gloriosas, con auréola de fragante vaho, en la mesa de los heroicos condes, marqueses, ricos-homes é hidalgos nuestros progenitores.

Naturalmente esos parcos personajes no habían de irse á la cama con el vientre pegado al espinazo; y naturalmente también la presencia de gentes de fuera, que acudían á la tertulia de los *primos*, obligaba á los cocineros á esmerarse con el objeto de que la colación se diferenciase algún tanto de la chirle de los hermitaños, y aquí era cuando se ostentaba la supina habilidad en la confección de *ajíes de queso*, de *cariuchos*, *llapingachos*, *coscorolillos*, ponches de chicha, sorbetes y *caspiroletas*.

La vajilla era de plata, y no faltaba quienes poseyesen de oro las bandejas, fuentes, cucharones, cucharas, cucharillas y tazas. Mas, cuchillo por lo general no había sino uno, el denominado por autonomasia *cuchillo de mesa* para diferenciarlo de los cuchillones de cocina.

Y eran tan poco comunes los cacharros de loza, que se postergaban los útiles de plata, para reemplazarlos por malas escudillas y malos platos de *china*, los dias de ostentación, de festín y de bodorrio.

Hacían bien los señores míos en emplear el *vil* metal en los utensillos mencionados, en candeleros, despabiladeras, sillones y otros trastos que no me da la gana de mentar, supuesto que si no se hubiese invertido en alhajas, en vestidos y en la fabricación de los referidos menesteres, nada, nada se habría sabido qué hacer con el oro y la plata.

La comida poco ó nada costaba: pues las vaquillas que se avaluaban por tres pesos—si alguna vez se hubiesen vendido;—los carneros que valían una peseta, las gallinas que importaban un real, la media docena de

conejos que costaba medio, los granos que no se vendían por nada, y los huevos que servían como dinero menudo para el mercado, se traían de las haciendas; y la sal y especies se compraban con la expresada moneda del cuño de las gallinas, ó se cambiaban con pan.

Los gallipavos, con ser oriundos de América, no eran muy abundantes, y por esta circunstancia, sin duda, á fin de ostentar, antes de degollarlos los hacían corretear por las calles de la ciudad en medio de la grita de la chusma, so pretexto de que con esta operación y la buena dosis de vinagre que propinaban al pobre pájaro, se le ablandaban los alones, se le ensanchaba el buche y se le enternecía la pechuga.

La ropa, lo he expresado, sí que valía un dineral. Figuraos, lector, que la vara de paño San Fernando importaba hasta veinte pesos y la de mala cinta, dos!

Invertíanse también cuantiosas sumas en las joyas mujeriles y en los racimos de chilindrines que pendían de los relojes de los hombres, sobre el tapabalazo, como las cadenas de un puente levadizo ó el manojo de llaves de la cerradura de una fortaleza.—Hubo quien llevara una muestra en cada uno de los cuatro bolsillos del chaleco.

Entiendo que el mérito de las alhajas se medía por hanegadas, ó sea por el número de piedras preciosas que se sembraban en los colosales anillos, aretes de á jeme, collares y manillas de á kilómetro, alfileres estupendos y medallones dignos de colgar de una torre.

Pero el desaguadero efectivo de los caudales era el juego. Las onzas y las peluconas se escapaban de las manos ¡Dios nos libre! como si no valiesen un comino: á las cartas, dados, *cruces* y hasta *pares* ó *nones* se perdían cantidades ingentes, la novillada de una heredad y aún las casas y las fincas.

El placer por excelencia, la diversión más á gusto eran los toros, que daban margen á entretenimientos mil y á goces pasados, presentes y futuros.—Ofrecíalos un propietario para la próxima corrida y en seguida, con el fin de elegirlos, se trasladaba á la hacienda del dadivoso una centena de personas, entre nobles y gentes del estado llano, y allí, para la acertada selección, dábanse al to-

reo, á las fraucachelas y á los bureos, por ocho ó diez días, al término de los cuales, muchas veces, pasaban á otro cortijo invitados por otro propietario con el mismo objeto de escoger fieras para la lidia.

Esta se efectuaba en una de las plazas de la Catedral, de San Francisco ó de Santo Domingo, cercadas previamente con barreras de madera y pieles de res y con tablados vistosísimos, ya por los cortinajes de seda, tapices, festones, banderas, flámulas y gallardetes que los ornaban, como por las vestimentas de las gentes que en ellos se exhibían.

Tal era la vocación de nuestros buenos antepasados á los cuernos, que hasta los frailes dentro de los conventos se entregaban á los placeres tauromáquicos: que el capítulo eligió provincial, pues novicios á capear; que el reverendo padre comendador cumple trasmañana sesenta y nueve años, claro está que el fausto acontecimiento ha de celebrarse con tres días de toros, la antevíspera, la víspera y el día. Que las pascuas, solemnidades de la Virgen y de los grandes santos debían ser de oír misa y de torear, no hay para qué decirlo. Y pues el 18 de octubre, día de San Lucas.....toreo de precepto.

Todos los sábados del año había toros en la «plaza de la Carnicería», lo cual daba gran precio á las casas ahí situadas, cuyos balcones-galerías se arrendaban á los aficionados.

Casi igual predilección tenían esos señores por los venados, sin duda también por ser sujetos cornígeros. Conocí á un caballero poseedor de una jauría de treinta enormes perros, que se comieron todos los bienes de su amo, quien tenía necesidad de comprar dos ó tres caballos ó burros viejos para la manutención semanal de los galgos. Las ramas de la cordillera andina, á pesar de las nieves, de las ventiscas y de los precipicios, eran frecuentemente visitadas por largas y paralelas hileras de hombres que, asidos de las sogas de los canes, silenciosos é irascibles antes del asomo del gamo, prorrumpían en interjecciones y gritos y se disparaban frenéticos en los vertiginosos despeñaderos, al aparecer el ciervo en el callejón por ellos formado.

Cuando algún personaje moría, Dios de piedad, entonces sí que la riqueza del difunto se conmovía hasta en sus más hondos cimientos, á fin de hacer participante á la ciudad entera de la tremenda desgracia. ¡Que mortuorio aquel!

Desde la puerta de la casa del difunto hasta la iglesia metropolitana se colocaban á trechos de quince á veinte varas, unos túmulos pavorosos donde el fúnebre cortejo, compuesto de mil ó más alumbradores y de 20 ó 30 desaforadas plañideras, hacia las pausas del cadáver descubierto, y cantaba sepulcrales responsos. Pero no era esto lo peor, sino el clamoreo de las campanas, los bufidos intermitentes de un bajón que llenaban los calderones de los ayes, sufrires, toses y estornudos de las lloronas, y el desgarrador ahullido de todos los perros de la vecindad, que con los nervios horriblemente exasperados por la música de ultratumba, se ponían en las bocacalles, con los hocicos abiertos de par en par y levantados al cielo á pedir paz para los muertos y silencio para los vivos.

Oíle referir á mi madre,—mi veracidad me obliga á no atribuírme lo que no ví,—que, del mismo modo como los habitantes de esta alta región de los Andes, formaban caudal común de sus duelos y tristezas, también la formaban de sus contentos. Así, v. g. las gentes nobles, las damas de la aristocracia, salían las noches de luna á la plaza grande, á jugar á la culebra, al gabilán y á tiscar con gran contentamiento de la plebe que embobada circuía á esos Arcadios. De buen grado, por cierto, hubieran bailoteado todas las noches; pero se lo impedía la falta de luna, único farol de alumbrado público q' entonces se veía en nuestras calles y plazas.

Oscuridad que hubo de sugerir en cierta ocasión á un propietario la ocurrencia de lanzar un torete por la ciudad, haciéndole seguir de criados que, á voces, suplicaban á los transeuntes:

—¡Por vida suya, detenganme ese mulo!
Algún comedido salió á contenerlo, y recibiendo una embestida, dijo al levantarse:
—¡Caracoles! que tiene orejas duras el condenado!

—A casa de una matrona respetable, mi contemporánea, concurrían todas las veladas del año, 40 ó más personajes, que pagaban á la anfitrion las estupendas cenas, proponiendo por turno el plan de diversiones de cada noche.

Cansé las nueve de una de ellas, la persona á quien correspondía el programa no asomaba y los tertulianos de la noble dama bostezaban hasta desquijararse y echaban pestes contra el Ddr. Arébalo—el bastonero de turno—quien, segun decir de los abunidos, no mostraba las narices en la reunion á causa de la "pobrera de ingenio"; pues, agotadas por los concurrentes las maneras de divertirse, nada de nuevo ni de bueno podía ya ocurrírsele al mencionado Ddr.

La tempestad de enojo había llegado

à un punto inconcebible, cuando; gracias al Omnipotente! un esclavo lleno de emoción por la magnitud del evento, anunció q.e Arévalo se venía calle-arriba. Mujeres, hombres, niños, pajes, doncellas, cocineros, pinches y huaricamas, todos se precipitaron al portón.

- El programa, el programa... Vomítelo pronto el badulaque, que la noche se nos acaba, gritaron casi à un tiempo los varones y las hembras.

- Escuchad, dijo solemnemente, el interpeldo. Una comisión, à nombre de las Señoras, irá à casa del Comandante de la Cavallería y le pedirá en préstamo para dentro de media hora 50 caballos del piquete con sus respectivas monturas, le invitará también para la jira, montaremos tan luego como lleguen los jamelgos, la noche está clara como el dia..... y en marcha, muchachos

à Pomasqui, à la quinta de Ña Justa Fille. ¡Brava! Primoroso! Espléndido! - Poco faltó para q. el Dr. fuese sofocado por el derrumbe de abrazos, palmadas y aun besos q. se le desgalgo encima.

Dicho y hecho: 1 hora después, las mujeres, unas à mujeriegas y otras à hombriegas en los bagajes y jaeces del Estado, los caballeros hasta 2 por bestia, criados y criadas, con guitarras y arpas en las delanteras de las sillas, atronaban à carcajadas y hurras el vasto y primoroso ejido del N, camino de Ña Justa Fille, persona manual, llana y abonada, partidaria en regla de bureos y francachelas.

Ni no se baya à sospechar q. esas buenas personas llevaban otra mona q. la del candor y contento. No H.H. mios, no las calumnieis: en esos patriarcales tiempos no se refrescaban las gentes sino con pepinos, inocente cerveza de nuestros progenitores.

Para las bodas y bateos las mujeres se prestaban entre ellas los anillos, aretes, collares y pulseras, y lo curioso es q. estos objetos eran conocidísimos de todo el vecindario, ya porq. el contento de la posesora de alhajas consistia

en mostrar su cofre al mundo entero, ya porq.e cada una de las amigas de la afortunada dueña en la ocasión respectiva se había usado de un solitario, de un aguacate, de perlas doncellas, de manillas, de corales. Aquellas buenas patriarcas, no engañaban á nadie, lo mismo q.e las afeitadas de hoy, contentándose con q.e el fulgor de las piedras preciosas aumentase el resplandor de los ojuelos y la modelación estatuaria de brazos y gargantas de las bellas quiteñas.

Más efectiva era la vida común entre gentes de medianos haberes con dinero y víveres -comadrita- q.e me haga el favor de prestarme el faldellín azul y el refajo amarillo. -Por vida suya, q.e me ha resultado un huesped, necesito un colchón, 6 cucharas, 12 huevos.— Entonces no habían fondas, ni hospederías.

De verse era el brote en q.e se ponían los quiteños en épocas de grandes fiestas y en semana Sta, acreditada por las procesiones tan suntuosas como las sevillanas.

Sin previo aviso, al anochecer del viernes de Dolores ó del sábado siguiente, iba desfilando por esa calle de Dios un escua-

drón de jinetes con zamarros de chivo, escondiendo en los chivicatanas chiquillos de rostro enfundado en pañuelos chillones, damas sentadas en el caballo sobre los elevados pulpitos de los sillones de plata, caballeros con el papahigo catalán, las piernas movidas como péndulos espoleando á las míseras jacas q.e 8 dias antes salieron de Riobamba, Tulcán ó Guaranda.

Asomábanse las gentes á los balcones para ver á quien le caía la lotería y muchas veces la familia curiosa tenía q.e entrarse de prisa y bajar al patio á recibir á primo Chombo que, con su esposa, cuñadas, hijos, hermanas, sobrinos, tios y tias, en 4.º y 5.º grado, hijos de éstas, yernos, nueras, nodrizas, criadas, chinas, el perrito de faldas, el perico y el mono caballero en la mula de las fretacas y sombrereras de hoja de lata, se venían á pasar la semana mayor, la de pascua y la de cuasi-

modo junto á los parientes de Quito.

Dígase lo que se dijere, así y todo, los inconvenientes de población pequeña, compensados por la cordialidad, no hacían que la vida en Quito fuese menos agradable que la de hoy. Ciertamente puedo asegurar, primero, que las mujeres eran menos nerviosas que en días de ómnibus, según opinión de un teólogo, á causa de que el café no se traía aun de la Arabia y el té no se extralimitaba de su categoría de droga, y 2°, que moría menos gente, lo cual acaso deba de atribuirse á los tabardillos, costados, reumas y flamas no estaban com-

plicados con médico; dado que si bien la Universidad de Santo Tomás de Aquino producía una tras otra grandes empolladuras de canonistas eximios y aún de jurisconsultos de punta, la medicina no era cultivada sino por cada hija de vecina, y esto sólo en el gran libro de la experiencia. De donde provenía que resultaban especialistas en cada enfermedad la persona que la padeció y las que asistieron al enfermo.

—Mire, hijita, se decía, véale á la marquesa de Pataenrostro que tuvo una *asentadura* en el pulmón y se curó con unas agüitas de hierbas cálidas.

La Materia Médica se reducía á los agentes denominados cálidos y frescos,—cosa que no entiendo bien hasta ahora; pues desconocidos eran los arsenales de la muerte—léase boticas—así como aquellos Carontes que despojan á los clientes del último maravedí por hacerles el favor de pasarles, en el barquichuelo de su ciencia, el pavoroso río que separa la vida de la eternidad.

XVI

El regreso á la ciudad no era, por cierto, para mi corazón lo que fué la salida al campo. Verificamos la partida apenas hubo nacido el sol, á fin de evitarnos la lluvia, casi segura en la estación de aguas después de mediodía. Tan avenido estuve con los encantos mil de la madre naturaleza, que, Dios lo sabe, mi pecho experimentaba una dolorosa compresión al pasar la gran puerta de reja, que del patio llevaba al fragante corral que precedía al callejón de entrada á la hacienda.

¡Cuán triste fué, sobre todo, el atravesar por el dicho corral! Las vacas, unas en pie y otras recostadas, rumiaban, arrojando por las anchas narices chorretadas de vaho, que se perdía en la niebla de la mañana; los terneritos, impacientes de su cercenado almuerzo, berreaban en coro aglomerados en la portezuela que los separaba de sus madres. Al pasar nuestros caballos por entre ellas, yo no pude menos que dirigirles con el alma,

con los ojos y acaso también con los labios, una tierna y cordial despedida, que quizá las queridas vacas comprendieron; pues sorprendí á varias con la vista fija en nosotros, cuando torné á mirarlas por última vez desde un recodo del camino.

Después el triquitraque de los jamelgos; el resbalar en el fango del camino; el chapoteado en las charcas; el piar de algunas avecillas que se levantaban azoradas al acercarnos á los matorrales de la vera; el croar de las ranas, de las cuales algunas con sus hijos á cuestas saltaban bajo las patas de las caballerías; el insistente ladrido de los gozquecillos que salían de las casuchas corriendo y fingiendo furia; el respetuoso y poético saludo de los gañanes; el humo azulado que, desprendiéndose de las pirámidales chozas pajizas, queda adherido á las cumbreras como admirado del frío que hace fuera del hogar: los girones de neblina repartidos en las cuencas y en las quiebras de los cerros; las tenues nubes que opacan el cielo azul; algunas ampollas enormes de agua, coronando las cumbres doradas ya en las partes salientes por el sol matutino.....Después.....

Después.....Estamos en la cumbre del Puengasí. No quiero mirar hácia el valle magnífico que se queda atrás, que se extiende á los pies de esa elevación que voy á trasmontar.....

Que trasmonté en seguida, pues tengo delante un panorama, aunque diverso, tan primoroso como el que no puedo ya percibir.

A la izquierda, allá lejos, el Cerro del Corazón, de pura roca y cubierto de nieve como el de muchas gentes, limitando el cordón de montañas, que en altibajos va hasta perderse en el norte de Quito; en las faldas del perennemente verdemanto de la cordillera, las áureas sementeras de cebada, de trigo, engastadas en una espléndida moldura de esmeralda; en el plano, el inmenso y bellísimo callejón, que componen Turubamba, Chillogallo, la Magdalena, sembrado de arboledas y casucas, cruzado de cercas más ó menos rectas, salpicado de ganados de variado color, que sepultan el húmedo hocico en la suculenta hierba de esas opulentas dehesas.—A la derecha, la ciudad, á modo de roji-blanco animal con los prolon-

gados brazos extendidos, uno hácia Machángara, otro hácia San Marcos, otro hácia la Alameda, otro hácia la Cantera, y en cuyo centro descuellan la torre de la Merced y los gallardos campanarios gemelos de la Iglesia de San Francisco. Por encima, las resquebrajaduras del Pichincha, la Chorrera que como hilo de plata se desprende de los pliegues de verdura, y, por fin, allá en lo más elevado, con la majestad de su excelsitud, uno de los picachos renegridos del volcán, cubierto de nieve más reluciente que plata bruñida.

Me entristeció, Dios mío, ó mejor dicho, reagravó mi tristeza el sonido de campanas que, traído por los vientos, llegaba á nosotros. Eran toques de muerto, de esos con que tan á menudo la ciudad del Yavirac recuerda á sus pobladores que *de morir tenemos*.

Poco más, no mucho más andar, y los cascos de los caballos golpeaban secamente en el mal empedrado de la calle del mesón y las plazas y callejas de la ciudad que, sin duda por haberme acostumbrado á la amplitud infinita de los compos, me parecía oscura, estrecha, sufocante. Yo amo mucho á la ciudad natal, lo confieso..... Pero no tanto cuando he permanecido algunos meses fuera de ella y, al regreso, tropieso con los rostros curiosos y tal vez desafiadores de algunas gentes, que, al parecer, se indignan de que otros respiren el aire que ellos respiran.

Por lo demás, la vuelta á la ciudad no me fué dolorosa; pues, apreciadas dignamente por Rey y su esposa las cualidades de mi madre, se le había propuesto que desempeñase ciertos quehaceres domésticos á trueque de habitar en la casa sin pagar arrendamiento. Relativamente esta era pequeña é incómoda; ya que por haber pertenecido al padre de Aurora, don José Rey la miraba con aversión y dejaba que se hundiesen los techos y se se desplomasen las murallas sin acudir á éstas ó á aquéllos con oportunos reparos. Ni más ni menos como los presidentes de República que dejan destruír las obras de sus predecesores.

Con tristeza, naturalmente, recordaba, eso sí, aquellos sitios donde tantos amigos dejé: á saber, los nogales y huabos, cuyas ramas me proporcionaron más de una

vez cómodos asientos y sabrosos frutos, es decir, sillón y mesa servida á un tiempo; el agua cuyos cantares me invitaban siempre á cantar también; las aves canoras, orquesta obligada de mis escenas idílicas; los presuntuosos gallos; los coposos patitos; sus madres, que mostraban la hostilidad moviendo la cola á uno y otro lado y abriendo desmesuradamente el aplanado pico; los ¡ay! finchados pavos que, al aparecer, se dan importancia porque saben de buena tinta que, como algunas gentes, son personajes infaltables de todo festín y comilona, en cuyas mesas se presentan como monumentos de sí mismos. Nada diré de Júpiter, la amargura de cuya separación sólo puede ser sopesada por quienes tienen desenvueltos los nobles órganos de la lealtad y del cariño.

La Providencia Divina no me separó pues de Aurora, merced á la feliz circunstancia arriba expresada, y, por consiguiente, mi corazón no experimentó aun uno de esos arrancamientos de una parte integrante de sí propio, que después serían la tortura de mi alma en todas las épocas de mi existencia.

En cuanto al organismo, la estada en el campo produjo resultados admirables, facilísimos de comprobar en la inutilidad á que, por su pequeñez, habían quedado reducidas mis ropas.

Así como los crueles martillazos de la adversidad estiraron mi alma á modo de un alambre y la desenvolvieron repentinamente la noche del 2 de agosto de 1810, mi cuerpo linfático, miserable, algo raquítico hasta la ida al campo, vivificado por éste, y, nutrido superabundantemente con sus aires roborativos y riqueza de luz, se desarrolló con gran vigor, de manera que al regreso á la ciudad, me sentí hombre hecho y derecho; y hasta di en la flor de mirar un poco sobre el hombro á las personas que antes miré con respeto, y aun creo que, por estos estrenos de exuberancia de vida, dejé de saludar en la calle á algunos conocidos y llegué á disputar la acera á personas de suposición. Perdónenseme estos hechos en consideración á mi franqueza y á que casi no hay muchacho que no confunda miserablemente la dignidad con la grosería; no conozco ni uno sólo que no haya ejercido la mala crianza como primer *derecho del hombre*.

Pues, como sabéis la juventud tiene sus dos períodos respecto á las fuerzas, digámoslo así: en la primera, es la bruta la que nos parece más estimable, hacemos gala de ser Sansones ó Caupolicanes, de ser enérgicos é inflexibles como postes, de descomponer un rostro de una puñada, de levantar en peso una ternera, de montar como un centauro, de vencer al *pulso* y al *dedo* á cualquier Hércules, y en este período, como somos adoradores de lo bruto, somos esencialmente groseros y malcriados. Pero más tarde, adquiriendo el alma el predominio que le corresponde sobre la materia, son ya otras *fuerzas*, las intelectuales y morales, las juzgamos dignas del hombre en cuanto hombre.

Muchos individuos, sin embargo, gustan de quedarse perpetuamente en el primer período y ejercer hasta la vejez las prerrogativas de la *juventud de la insolencia*. Cosa que acaece, en especial, en los pueblos pequeños y alejados de las sociedades civilizadas, donde la cultura, para bien de la humanidad, va día á día sustituyendo á la avilantez de los ganapanes.

Doña Cándida, vuelta á Quito, ya que su estada en la hacienda era inútil después de la venida del huésped Castillo, llevaba en el hogar esa existencia apática, que se establece como hábito ó como escudo en resguardo de las contrariedades y digustos perennes. ¡Infeliz Señora! El brutal marido, que en el campo, sin duda por consideración á Don Mariano, la veía sólo con aquel desprecio que no se digna ni de mirar al rostro de las gentes cuando se las da una orden, aquí, libre de testigos, se entregaba á las más salvajes demostraciones del despotismo interno á que, por desgracia, no pueden alcanzar las leyes y más salvaguardias del ciudadano.

Bestia de carga y de silla, en sus interminables ocupaciones, no encontraba al menos la palmadica del mulero á su acémila, al fin de la gravosa tarea del día que la compensase de la oscura labor inacabable, á que algunas madres de familia viven uncidas, menos venturosas que el buey, que al menos lleva junto á sí un compañero que compartá sus fatigas.

XVII

No tenía más esparcimiento que la visita, de vez en cuando, de algunas personas de calidad, cosa que la enorgullecía; pues el trato perpetuo de Rey la había contagiado, aunque en parte mínima, la fatuidad. Concurría, en especial, doña Manuela Vicuña, matrona anciana, madre de un oidor de Quito y la señora Manuela Sáenz mujer de Manzanos, creo que oidor de Cuenca. Ambas, realistas por los cuatro costados, hablaban de la política con valor, ó más bien dicho, con imprudencia propia de su sexo, y, así, gracias á ellas, yo sabía pormenores de los manejos políticos, medidas precautorias, etc. de los gobernantes.

Cierta noche las señoras se presentaron con regocijo que les saltaba por todos los poros del cuerpo. Refirieron noticias muy consoladoras para la causa realista, hablaron de que pronto, sí muy pronto los Montúfares y los más grandísimos pícaros de los demás *traidores* pagarían todas las hechas y por hacer. Y no se contuvieron en la pendiente de su entusiasmo y enojo ni por la entrada de un desconocido para ellas, cual era Castillo, quien, después de la venida de las tropas del sur el 11 de abril, y la publicidad de la proclamación de la independencia, se creía también sin trabas ni cortapisas, engañifas ni falsas apariencias, en pacífica posesión de la patria emancipada.

Antes bien, las buenas matronas se lucieron en punto á invectivas contra los revolucionarios, sin duda creyendo á don Mariano partidario suyo, y no pararon hasta que éste, harto de contenerse, estalló con su vehemencaracterística.

—Los reyes están ya cayendo en desuso, dijo. Milagro será que queden siquiera los de la baraja. Lo que es el zoquetísimo de don Fernando VII—las damas se santiguaron al oír el heresiarca calificativo,—no volverá á tomar el chocolate de Guayaquil ni fumar el tabaco de

Daule y Esmeraldas sin que le cueste su dinero. Definitivamente expulsamos, sí señoras, expulsamos de América hasta el nombre de ese vago é inepto.

Aturdidas, tal como si les hubiese caíde un peñasco encima, se quedaron las tres damas, inclusive doña Cándida, y cuando se le restituyó el dón de la palabra á una de las visitantes, balbuceó colérica.

—Y quienes nos gobernarán entonces?

—Nosotros mismos, señoras, nosotros mismos.

—Bien: usted y el calvatrueno de Moutúfar se coronarán reyes.....

—No, no, porque ya he dicho que los reyes se acabaron. Vendrá la república en lugar de la monarquía.

—República.....Diga usted qué es eso, señor faccioso?

—República, señora de mi alma—con fervor,—es el perfeccionamiento de la sociedad, es la sustitución del derecho al engaño ó á la fuerza, es el coronamiento del pueblo, el gobierno de todos, el convenio de unos con otros para ser gobernados,—¿Había leído Castillo á Rousseau?—, el gobierno electivo.....

—Explíquese más claro. ¿Qué es es electivo?

—Es el que se da por elección. Quiere decir que en vez de encontrarnos con un monarca impuesto, nosotros elegiremos un presidente, jefe, cacique ó llámese como quiera, y éste, que naturalmente ha de ser el mejor de los ciudadanos, ha de durar por tiempo limitado, no de una manera indefinida, á fin de que el mando pase á otras manos, que el pueblo gobernando aprenda á ser gobernado, que el gobernante no se acostumbre á dominar ni perciba las delicias de supeditar á los demás, que gobierne bien por temor al pueblo á cuyo seno tiene que volver.....

—¿Es decir que esos reyezuelos no durarán sino uno ó dos ó tres años?

—Sí señora.

—¿Es decir que, en vez de mirar como dueños las cosas públicas, las mirarán como ajenas y transitorias?

—Bien, señora: bien entendido.

—¿Es decir que cualquiera puede aspirar al gobierno de los demás?

—Clarísimo, señora, claro como la luz del día.

—Pues, señor, digo á usted que su república es una valiente majadería. Oigan ustedes: el amancebamiento sustituído al matrimonio—esas señoras *viejas antiguas* no se andaban por las ramas,—en lugar de un rey que mira al país como su propia esposa, que ha de durarle siempre, y cuya dignidad y honra son su propia honra y dignidad, un advenedizo, un *quidam* que vivirá sacando el mayor provecho de la patria, á costa de su decoro, riquezas y prosperidad, usufructuando de ella para entregarla envilecida, mendiga y prostituída á otro que, con celos del anterior, destruirá lo que aquel hubiese hecho,—si algo de bueno hicieren estos mayordomos de una hacienda sin dueño,—y para pasar así de una mano á otra, de un teórico á un práctico, de un hidalgo á un gañan, de un avaro á un pródigo, de un guerrero á un pacífico, esto es, al ensayo perpetuo de las especulaciones, de los caprichos, de las inclinaciones, de las extravagancias, de las locuras, de las picardías de hombres distintos. Y todo esto expuesto á los trastornos provocados por la ambición de todos, ya que todos tendrán derecho al mando, y fomentado por la impotencia y cobardía del gobernante precisado á volver mañana al pueblo vengativo, odiador, envidioso del cual salió.....

—No, señora. Está usted equivocada: elegir significa escoger, esto es, destinar lo mejor para algún fin; y el que nos gobierne será, lo he expresado, el mejor ciudadano, así como la alternabilidad un estímulo para efectuar el bien, no una ocasión para sacar de mal año el vientre de las malas pasiones, la avaricia, la venganza. El robo, el despilfarro, la tiranía, el peculado serán contenidos por la propia virtud del patricio y por el respeto á la opinión pública. La plebe misma, conocedora de los altos destinos á que es llamada, dejará de ser plebe para convertirse en ilustrada porción de una sociedad toda igual, nivelada por la educación, el interés de las prosperidades comunes y las aspiraciones á los empleos públicos. Apta para juzgar de quienes le gobiernen, sancionará sus actos cuando vayan encaminados á la felicidad social y anatematizará los desbordes casi imposibles en una autoridad comprimida por diques formidables. Y en to-

do caso, fíjese usted en esto, señora, la autonomía consistirá en que el gobierno no sea una esclavitud, ya que los gobernantes serán no impuestos por el acaso ó por voluntad extraña, sino por nosotros mismos. Nos mandará, lo he dicho antes, la persona que nosotros elijamos.

—La que elijan los que llevan la batuta de la política, querrá usted decir. La que señalen los insolentes á la grey estúpida, que va donde le muestran sin siquiera preguntar con qué derecho se le impone una voluntad que no es propia. La que prescriba el embaucadorcito de aquí ó el gritoncito de más allá.....Alguna persona desconocida de las que saca del mar de la oscuridad algún buzo de la política.

—La alternabilidad no será tampoco un trastorno anual, que traiga siempre agitado al pueblo en el ejercicio de los derechos políticos, con perjuicio de los deberes sociales y domésticos, y enardecido con las pasiones del interés propio ó del partido, dijo Peñamar, que entró cuando comenzaba el calor de la conversación. No, señor, si no es vitalicia la *jefatura* del estado, será por seis, ocho ó diez años, á fin de que el gobernante tenga tiempo para desenvolver sus beneficios, en imitación de la naturaleza misma que exige tiempo para germinar, desarrollar y madurara sus mieses. ¿Qué resultado, qué ventajas, qué cosechas obtendría del suelo, el labrador que lo arase y lo sembrase y, cuando empezasen á nacer las plantitas, impaciente, volviese á ararlo y sembrarlo? Los ciudadanos por otra parte, ocupados exclusivamente en las luchas eleccionarias y en las novedades y revueltas legales de los cambios de las personas del gobierno, de sus opiniones, teorías y planes, ó se fatigarán de las prácticas republicanas y las dejarán exclusivamente á los vagos y á los bulliciosos, á los amigos de la innovación y el alboroto, ó habituándose á la *politequería*, se entregarán á ella por completo, en daño de las profesiones, oficios ú ocupaciones tranquilos que constituyen al miembro útil del cuerpo social. Un presidente, además, que cesase al fin del primero ó segundo año de mando, terminaría cuando empezase á ser apto, cuando hecho el aprendizaje de gobierno principiase á conocer los hombres, las necesidades del país y maneras de re-

mediar éstas y de sacar el mayor provecho posible de aquéllos.

—Ta, ta, repuso Castillo. Resabios de monarquía, amigo Peñamar, usted es quien necesita hacer el aprendizaje de la República. Cabalmente la diferencia entre la república y la monarquía consiste en que en aquélla todos son reyes, mientras que en ésta no hay sino un rey; en ésa los ciudadanos, desde su nacimiento, se educan para mandar, en ésta para obedecer; las monarquías son manadas con un pastor, las repúblicas son.....

—Hombres pastados por un borrego ó un tigre, interrumpió una de las señoras.

—Aceptado el término, añadió don Mariano. Sí, puede ser un borrego, mas un borrego armado con la prepotencia de las leyes.

—Cuernos aparatosos, pero inofensivos en el testuz del carnero.

—O un tigre, en buena hora, pero con las garras embotadas por las leyes fundamentales y orgánicas, por el respeto á la opinión, por los remordimientos de la propia conciencia y por el temor á la autoridad del pueblo del cual emanó la suya.

—Muy bien: la Nación será entonces un colegio sin superiores, donde los díscolos estarán siempre triunfantes, donde las truhanerías merecerán encomios, donde la lealtad, la cultura, la honradez, la probidad, la abnegación, el amor al orden se denomirán delito ó torpeza.

—Oh! qué ignorancia. No, no, no. Me canso de de decir á usted no y no.

—Podemos ser ignorantes, somos en realidad ignorantes las mujeres; pero el corazón nos dice que de los horrores de la guerra no puede salir nada bueno.

—Usted ni sabe: todo eso es por bien del país y de los altos propósitos de un orden muy elevado.

—¿El fratricidio? ¿Las rapiñas? ¿Las violaciones? ¿Las inmoralidades todas, todas las calamidades de las guerras?

—Sí, señora, á usted no le coreesponde sino ser inocentemente feliz: los altos políticos saben lo que se hacen. ?Le parece á usted que las cosas aquellas que dijo son

malas? pues yo le aseguro á usted que no.....que *requete nó:* eso que usted en su sencillez cree que no es bueno, es excelente, supuesto que conduce, como se lo entienden los doctos, á salvar los principios.

—Dirá usted los *fines* de aquestos doctos, que juzgarán la patria haber suyo y se la disputarán con el encarnizamiento de litigantes, sacrificando para ello ¡qué les importa! la vida del padre de familia, la tranquilidad del hogar pacífico, la propiedad laboriosamente adquirida, la moral social, las inefables prescripciones del cristianismo.....»

Yo republicano sincero, yo combatidor del gobierno español, yo actor ó testigo de las convulsiones de estas naciones sud-americanas, cuántas y cuántas veces he traído á la memoria la conversación que acabo de trasladar al papel, y me he consumido en hondas meditaciones acerca de los problemas que encierran las palabras de esperanza del liberalismo de Castillo y los fúnebres presagios de esas ignorantes y rutineras mujeres, enemigas del cambio, eminentemente conservadoras de lo tradicional, quizá por razón de su sexo, que las radica, digámoslo así, que las esclava en el hogar, en el núcleo de la familia, en la inconmutabilidad de los sentimientos y de los afectos, y las hace traslucir peligros, ruina, desolación y muerte en el trueque de los asuntos públicos ó privados ¡cosa extraordinaria! y todo esto á despecho de su versatilidad natural.

Cuántas veces la he recordado, al ver apoderados de la personería del patriotismo y de la libertad á aquéllos á quienes, por carecer de familia, de propiedad y de antecedentes, menos debe interesarles cuanto atañe á la patria, cuyo amor es el complejo de los amores á la tierra, al recuerdo, á la tradición, al apellido, á la cuna de los hijos.

Cuántas veces he recapacitado en esa antigua discusión cuando he presenciado, especialmente en mi ciudad, el predominio de las pasiones lugareñas, la necesidad en que está el hombre que se estima de ocultarse y no intervenir en la cosa pública, para no *hacerse público*, esto es, el blanco de la soez envidia, de la atroz calumnia, de las ofensas materiales de parte de las gentes que, no pudien-

do salir de los barrizales de la canalla. tratan de envolver en cieno al que sobre ellas se levanta.

Cuántas ocasiones al ser testigo de cómo colocamos en los puestos elevados á hombres que no poseen sino el mérito de lo desconocido, cuando no las propiedades de sus defectos; á esos cínicos de la política, que ni siquiera ocultan la avidez ansiosa de apoderarse de la patria para saciar una hambre canina de despotismo; al ver cómo no exigimos de quien ha de gobernarnos ni los buenos antecedentes, ni los conocimientos indispensables para la ardua tarea de regir á un pueblo, pues, ¡inconsecuencia incomprensible! averiguamos la conducta de un criado como garantía para recibirlo á nuestro servicio y nada inquirimos para entregar los destinos de la nación á patriotas problemáticos; exigimos largos años de estudio al abogadillo que ha de defender un pleito miserable y al medicastro, que ha de curarnos un romadizo, y nada requerimos de quienes deben entender en la honra nacional y en los sagrados intereses de los gobernados y curar los males morales que pueden sobrevenirnos.

Cuántas al mirar á aquellos gebernantes egoistas, criminales, que sacrifican los bienes, el honor de la patria, por un poco de fútil humo de lisonja, producido en el incensario de una vil adulación.

Cuántas al contemplar el cobarde móvil de temor á la hez de la sociedad, que dirige la conducta de quienes deberían seguir siempre el camino de la rectitud, desposeídos de otros impulsos que no sean los de la razón y de la justicia.

Cuántas veces al ver á los tahures de la política inclinados sobre el tapete desgarrado de la patria, temblorosos, anhelantes, lívidos, crispados los músculos, espumajosos los labios, el alma sacudida violentamente por una iracunda esperanza ó por un temor preñado de venganzas, al verles, digo, inquirir los dados falsos que saltan del cubilete de las urnas y que van á darles ó quitarles un predominio ó una renta ó un empleo, que los hombres dignos no quisieran aceptar á trueque del rencor, del insulto, del odio, de la calumnia, de la envidia que, cual montecillo de monedas, cada uno de la turba de los jugadores pone junto á sí en la mesa de la infamia.

Cuántas al presenciar cómo la desapoderada ambición empapa en sangre los campos, los caminos, las ciudades.....¿Y todo para qué?—Para caer en poder de hombres ineptos, de intrigantes perversos, de troneras irreflexivos, de ambiciosos sin conciencia. Para recorrer incesantemente el *viacrucis* del abatimiento, del retroceso, de la miseria, del descrédito, del desprecio acaso de las demás naciones del globo. Para con nuestras barbaries estar invitando á éstas que nos reconquisten. Para ir de la opresión al libertinaje, del despotismo á la demagogia, de la degradación del imbécil al azote del tirano, convertida la República en propiedad del odiador del trabajo, en tema del monomaníaco de grandezas, en feudo ligio del descaro, en botín de los salteadores de solios, en patrimonio da los insolentes, en legado de pícaros, en mercadería de ladrones, en palestra libre de agitadores, de trastornadores sin ley, sin Dios, sin alma.

Cuántas al reflexionar que antes los reyes no desdeñaban el arado, mientras que hoy ocupan los empleos ó se empeñan en ocuparlos los que, pretendiendo exceptuarse de las leyes de la humanidad, quieren vivir sin hacer nada. Al reflexionar en que los incapaces para gobernar su casa se empeñan en gobernar los pueblos, los que no pueden conservar su hacienda se esfuerzan en apoderarse de la pública.

XVIII

Como Castillo, no habitando ya con nosotros, se hubiese desentendido de mi educación, fué menester que mi madre me pusiera á pensión,—que á falta de dinero, ella había de pagar planchando y cosiendo,—en la escuela del maestro Castaños.

Llevóme la pobrecita un lunes. Desde la calle de la casa donde estaba el local se escuchaba el gritar de los ochenta ó cien muchachos que estudiaban el *b a n ban, b o n bon; b u n bun*, dentro de la escuela. Cuando llegamos á la puerta, vimos al señor Castaños en el centro

de su grey, con un gran azote de procedencia animal en una mano, la oreja de un chiquillo en otra, y á éste medio colgado de las garras paternales del maestro, berreando como un chivato.

Al vernos, soltó á su víctima y salió hasta la puerta, donde se verificó la entrega formal de mi persona. Yo estaba robustillo, crecido y valeroso; pero, lo confieso, sentí cierto pavor cuando se alejó mi madre, y el pedagogo comprimiéndome el hombro fuertemente con los dedos, me hizo entrar. La pieza, escasa de luz y aire, de paredes ennegrecidas y circundada de poyos de adobes, exhalaba el olor ácido, pungente y característico de escolares aglomerados; olor que más tarde he encontrado en los silabarios y pizarras de los chiquillos en estado de desasnarse, y al que he acudido hoy, al escribir este capítulo, para que me lo inspire el memorioso sentido del olfato.

En la época de mi relación no se conocían los tales abecedarios y pizarras, y el papel era carísimo, de modo que los pedagogos se encontraban obligados á discurrir ingeniosos medios de suplir la falta de aquellos necesarios: algunos escribían las letras del alfabeto en tablas cubiertas de una lijera capa de arena, otros con punzones ó carboncillos en las hojas cortezudas de la *cabuya*, otros con yeso en los girones de paño de una casaca vieja, y otros ¡oh profanación de los signos del pensamiento! con un bastón en el suelo polvoroso que hollaban nuestras indoctas plantas. Pero el instrumento eficaz, el suficiente para hacer penetrar en las inteligencias los principios rudimentarios del saber humano, era ese como cetro del maestro, el látigo, del que no se desprendía jamás, como si su contacto fuese también el que comunicase el saber á los repartidores de la ciencia en cierne.

A mi entrada, toda la colmena calló. El maestro me puso frente á sí, me midió con la vista, quedó un buen espacio mirándome al rostro por encima de los enormes anteojos que, sin duda á causa del gran peso de las lentes y laxitud de la cuerda que los ataba en el calvo occipucio, se balanceaban de una manera tal en la punta de la nariz, que jamás el señor Castaños debió ver simul-

táneamente porambas lunas; pues, al menor desnivel de la cabeza, el un vidrio subía á la ceja, mientras el otro bajaba al pómulo. Lo cual, unido á un perpetuo mamullar aire, que inflaba y desinflaba incesantemente los excarrillos, le daba el aspecto más á propósito para hacer reír á muchachos; pero ¡caramba! yo aseguro que nunca hubo entre los discípulos del señor maestro quien se le riese en sus rucias, ralas y erizadas barbas.

Después del silencioso examen referido, se dignó de hablarme así:

—Mira, bodoque, los maestros somos los dioses en la tierra: no hay padre ni madre que merezca más respeto que nosotros; ¿estás? Nosotros convertimos los mulos en hombres, nosotros descortezamos los troncos salvajes, nosotros labramos el lodo en nuestra manos como el Criador en el sexto día de la creación, nosotros..... ¿estás, borriquín?

Y para fijar mejor en mi memoria sus elocuentes palabras, me sacudió un par de furiosos latigazos.

Mis conocimientos en letras humanas, puedo asegurarlo, eran ya por entonces, merced á Castillo, muy superiores á los del maestro, conforme luégo lo conocí; mas á pesar de ello, ese día, el siguiente y muchos más tuve que pasarme ejercitando la laringe con el silabeo á voz en cuello y con la canturía de los mandamientos de la ley de Dios, de los cuales había algunos que yo no entendía y que me cosquilleaban la curiosidad. ¡Véase cuán distintos éramos de los muchachos de hogaño!

Por fin, no sé qué casual incidente descubrió al maestro Castaños el estupendo pozo de ciencia que yo encerraba, y desde ese momento fuí elevado á la categoría de bedel, esto es, á *alter ego* del profesor, á señor de horca y cuchillo, ó sea, de látigo y soplamocos.

Y ahora que puedo mirar de igual á igual á aquel Júpiter Olímpico, exclamaré sin ambajes ni rodeos. ¡Ah! y qué grandísimo bruto era ese don Constantino Castaños!

Los infelices chiquirritines que allí concurrían indudablemente nunca aprendieron otra cosa que el arte del disimulo y quizá también el de la paciencia, ó mejor dicho, el del endurecimiento del alma y del cuerpo: punta-

piés, azotainas, bofetadas eran, no diré el pan de cada día, sino de cada hora, de cada minuto. Sin embargo, no puedo negar que aproveché y mucho en la famosa escuela: entre un condiscípulo, hijo de un sastre, y cierto libro de examinar la conciencia que cayó en mis manos, adquirí aptitudes teóricas de pecador omnisciente.

No había medio de complacer á don Constantino: si el pobre niño se mostraba triste y concentrado, aquel decía «que estaba discurriendo maldades», si daba alas á la natural viveza de lá edad, denominábalo «pillo, vagabundo, piel de Barrabás».

Tan estúpido era que, como hubiese ocurrido un asesinato, y el criminal fuese condenado á muerte—suceso extraordinario en este país siempre bueno,—Castaños reunió todos los escolares, nos llevó en formación á presenciar el terrible espectáculo con el objeto de que «escarmentáramos en cabeza ajena» y, de regreso en la escuela, nos repartió una furibunda zurra de azotes general; porque el azote era á modo de los mordentes en la tintorería, que primero preparan las telas para recibir los colores, y después los afirman y perpetúan.

Los alumnos eran ocupados en escarmenar algodón para el uso de la maestra, en devanar madejas y desgranar maíz.

Cuando el maestro estornudaba, la clase entera á úna, exclamaba: «Ave María Purísima», y cuando regoldaba,—cosa que hacía con el estruendo del burbujeado de un cántaro que se mete en un pozo—lo que mostraá la educación de quien nos educaba,—decíamos todos «de salud le sea al señor maestro».

Como castigo se empleaba en primer lugar el látigo, en segundo el cepo, con detención ó sin ella á las horas de ir á comer, esto es, con ayuno ó sin él, y por último el encierro en una pocilga oscura, malsana y en compañía de una calavera y algunos otros huesos humanos. No me parece necesario insistir acerca de la crueldad y estulticia de estas penas por faltillas que casi no merecían tal nombre. Los latigasos, si me permite cierto autor de medicina que invierta su pensamiento, son como las sangrías: quitan un elemento indispensable de vida, y no corrigen.

La privación de alimentos, si impuesta á un hombre ya desarrollado, sería pena bárbara, infligida á un niño lo es doblemente; pues, además que el hambre y la necesidad son naturalmente mucho más imperiosas en el adolescente, la carencia de alimentación atenta centra el desarrollo y contra una salud endeble que no ha adquirido todavía derechos sobre la vida: al niño que se le priva de una porción de alimento, se le quita asímismo una porción de desarrollo físico y otra de desenvolvimiento intelectual.

Sin embargo, en esa edad en qué las impresiones se suceden con la misma rapidez que las percepciones de los sentidos; en que la risa contrae los músculos de un rostro empapado aún con las lágrimas y sacudido aún por el hipar del sollozo; en que la alegría reemplaza á la tristeza, como la viva luz del sol ecuatorial se entremezcla á veces con los torrentes de lluvia que se precipitan de lo alto y forma arco iris grandes pendientes del cielo y arco iris chiquitos pendientes de las hojas; en esa edad había, de tarde en tarde, algunas horas que, haciéndonos olvidar de la lobreguez de la escuela, de los tormentos impuestos por la letra, «que con sangre entra», nos permitían mirar también verdaderos arco iris en la fisonomía del catedrático, y en que llegábamos hasta á amarle un poquito ¡tal es la generosidad de los corazones infantiles!

XIX

OCURRÍA acontecimiento tan estupendo las dos ó tres veces cada año, que se nos llevaba á paseo á la iglesia de Guápulo, ó á baño al río Machángara. Aquí los diminutos Adanes corrían en las orillas, se hundían en las arenas, se sumergían en las lodosas aguas, chapuzaban, se ahogaban unos á otros, se arrojaban lodo—entretenimientos propios de toda reunión de hombres grandes ó pequeños—y, á la postre, llevaban muchos á la casa pa-

terna excelentes chichones, eminentísimos cardenales, inmejorables reumatismos y tifoideas superfinas.

Más encantos poseía el largo viaje al Santuario de Guápulo. Partíamos de madrugada, perseguíamos vanamente los patos en los *lotorales* del entonces cenajoso ejido, descendíamos casi rodando el declevio que conduce al poético pueblecillo, entrábamos de sopetón en la plaza, dabamos asalto á la Iglesia, nos apoderabamos de las naves, de las capillas, de la sacristía, del caracol, de los techos, de las bóvedas, de las torres, de las campanas.....

¡Y qué de mojicones no nos repartíamos allí, en disputa de las cuerdas de los badajos, y qué campaneo aquel á que nos entregábamos frenéticamente hasta que veíamos asomar al maestro Castaños derrengado, fatigoso, asmático, respirando como fuelle de fragua!

Entonces bajábamos, nos postrábamos ante el altar de la milagrosa Señora de Guadalupe, rezábamos á voces algunas Ave Marías y Salves, y nos poníamos á seguir á don Constantino que, sacando de entre el raído chaleco el zurriago y colocando académicamente la siniestra bajo la cola del casacón, iba explicándonos á su manera los exvotos depositados por la fe sencilla é ingenua en los muros de ese magnífico edificio de piedra, que levantándose en lo hondo de las quiebras de uno de los pliegues del manto de esmeralda del Pichincha, es como la valiosa plegaria que se alza al cielo del pecho humilde de un justo desconocido.

Atónitos, boquiabiertos escuchábamos la interpretación de los cuadros, muchos de ellos digna obra del pintor aquél que, tratando de sensibilizar la bienaventuranza del alma leal suspendida del rostro del Criador, obtuvo uno como retrato del héroe de Cervantes cuando los gatos se le colgaron de las barbas.

—Este lienzo representa, nos decía, á un devoto que ofreció á la Señora una visita desde la ciudad, como penitente romero, y que, faltando á su promesa, montó á caballo y se vino con las comodidades de quien sale á recrearse y no con la pedestre modestia de un reo pecador; el caballo le ha dado un par de corcovos, le ha aventado por los aires y le ha roto siquiera cuatro costillas por

banda ¡muy bien hecho! El pillo ha conocido su bribonada y ha perpetuado el acontecimiento con este exvoto.

—La tabla que sigue, recuerda la misericordia de Nuestra Madre que dió por nulo, írrito y de ningún valor el pacto escrito que un indio, grandísimo hechicero, y su mujer, grandísima bruja, habían celebrado con el enemigo. Miren ustedes, muchachos, qué cara de me debes y no me pagas ha puesto el diantre en el momento de devolver el documento firmado por los indios.

—Díganos, señor nuestro, ¿y éste será el verdadero retrato del diablo?

—Naturalmente: cuando el pintor lo hizo.....

—*Caray!* Vea, señor, las espuelas de gallo en esas patas de mula, la cola de mono que da cuatro vueltas al rededor del cuerpo, las alas de murciélago, las manos con uñas largas, largas, la barba de chivo, los cuernos de carnero, el moco de pavo .....

—De todos esos animales tiene: de gallo la ira y la soberbia, de mula la perversidad, de mono la lascivia, de murciélago el odio á la luz, de tigre la ferocidad, de chivo muchas cosas, de carnero.....—aquí se le fue el santo al cielo,—de pavo la pituitocidad,

—Y esta pintura en que están el Señor y otras personas comiendo plátanos, choclos y chirimoyas ¿qué significa?

—Significa..... significa—estirando el cabestrudo pescuezo, tratando de nivelar las dos lunas para que correspondan á los dos ojos, y de leer la inscripción,—significa las bodas de Caná, en que, á súplica de la madre del tío del Zebedeo, el Señor dió de comer cinco mil panes y cinco mil peces á los concurrentes que llegaban á doce, digo mal, á trece: uno, dos, tres.....

—¿Y quién mandaría pintar este exvoto? ¿Alguno de los convidados á quien se le atragantó alguna espina?

—Si hombre, seguramente. ¡Qué talento tiene este chiquillo!

—Este otro cuadro manifiesta el prodigio de Nuestra Santísima Madre que dijo á los cielos «lluevan ustedes» y llovieron, después de una sequía espantosa, que en el

año de 1600 y tantos,—no alcanzó á ver el último número,—padecieron la ciudad de Quito y los alrededores: los campos habían ya perdido la yerba, las fuentes estaban secas, los ganados morían de sed y de hambre, la epidemia diezmaba á los hombres, el sol abrasador encendía la atmósfera: no queda recurso en lo humano, acúdese á la Reina del Cielo, se le hace una procesión, y ninguno de los procesionales alcanza á llegar enjuto á su casa, porque repentinamente se descuelga sobre ellos el chubasco más rico que se puede imaginar.

Así como hubimos concluído de ver los exvotos, se nos permitió volver á las azoteas del abovedado del templo. ¡Qué placer el que experimentaban esas larvas de ciudadano al resbalarse de asentaderas por los declives vidrianos del *artesón!* ¡Qué contento al pasar sobre el abismo por las cejas de los cornisamentos ó al suspenderse de una volutal Alguno recibió entusiastas aplausos porque, sacando todo el cuerpo fuera de la torre, estuvo estúpidamente colgado un buen rato del cordel de una de las campanas.

No dejaré de mentar aquí un pormenor para mí de alguna importancia: en una columna de la cúpula, en un arco del campanario, en una pared de la sacristía, en otra de la casa parroquial, en dos ó tres partes más, encontré la siguiente famosa inscripción:

José Segundo Rey Larreta y Espaderos, vino en 21 de agosto de 1808.

Rey, por lo visto, era uno de esos personajes que, previendo que no gozarán de otra inmortalidad, escriben sus nombres en las murallas de los edificios que visitan, en las peñas de los caminos, en las cortezas de los árboles; y dan ocasión, de tal modo, á las mafas de los que no perdonan á sus semejantes ni siquiera esta pueril y diminuta *inmortalidad.*

XX

He dicho ya que las visitas de doña Cándida me proporcionaban ocasión para saber mucho de lo que ocurría en cuanto á la causa de la independencia. Debo añadir que la sencillez natural de gentes no acostumbradas á andar en trastornos y revueltas, hacía que, de parte de patriotas y realistas, no se guardase el debido y necesario secreto en punto á los proyectos, pasos y medidas de los inocentes contrarios, que comenzaban á disputarse la posesión del suelo, el trueque de instituciones, el cambio de forma de gobierno, en una palabra, la mutación de cuanto más importante puede controvertirse en los campos de batalla.

En vez de guardar secreto, más bien, esas buenas personas, con candor de niños—no eran entonces otra cosa—se contaban á voces, gloriándose de próximos triunfos, las disposiciones que se habían dictado, los recursos adquiridos, las fuerzas de que se podría disponer, en suma, todo aquello que la más rudimentaria prudencia guarda en la más estricta reserva.

Había algo peor para la causa de la patria: los celos, las rivalidades, las pretensiones, que en todo tiempo han sido ruinosos á estos pobres pueblos, comenzaban á dividir pareceres y voluntades, que debían estar íntimamente unidos por idéntico propósito. Celos, rivalidades, pretensiones que, para aumento de desventura, no se ceñían al lugar, sino que consignados en cartas, aumentados, exagerados sin duda, iban á los jefes del ejército y produjeron los despilfarros, las tonterías digamos, la inutilidad de una victoria, el desperdicio de una ocasión favorabilísima á nuestra causa, cuando después del triunfo sobre Arredondo en Guaranda, y la resolución de nuestros hermanos de Cuenca de entregar la ciudad sin combate, el Coronel Carlos Montúfar contramarchó con sus entusiastas quiteños hasta Riobamba y por fin hasta Quito, con estupenda alegría de los enemigos, que

hasta entonces se juzgaban perdidos, y despecho profundo de los patriotas que se habían creído ya dueños de su patria.

Abatimiento de los nuestros que duró hasta las nuevas de los brillantes hechos de armas del otro Montúfar (don Pedro), de Checa y Arboleda, en Cuaspud, el Chupadero, el Contadero, Funes, y el paso del Guáitara, que abrieron á las tropas de Quito las puertas de la valerosa y tenazmente realista ciudad de Pasto.

La vuelta á Quito de las tropas, su entrada triunfal en la ciudad, el entusiasmo del pueblo, tan extraordinariamente patriota como realista Pasto, hicieron brotar en mi espíritu la resolución firme de incorporarme al ejército, del modo que fuere, en la primera salida que éste volviese á efectuar. Cómo lloré, no lo he olvidado, de alegría y de ternura, viendo abrazarse los astrosos soldados con sus mujeres, madres y hermanas; cómo envidiaba los desgarrados capotes de bayeta azul; qué elegantes me parecían esos simpáticos cholitos con el morrión encajado en la copa del sombrero de paja, el poncho doblado sobre el hombro, el canillón al brazo, el tahalí y demás correas blancas cruzadas en el poncho, la cartuchera de la cual colgaban las alpargatas y el consabido *pilche* de campaña, los pantalones remangados sobre el tobillo.....

Pero antes de pasar á los acontecimientos públicos, —para seguir el orden cronológico y el trazado en el plan de mis recuerdos,— voy á referir uno que, aun cuando particular, está estrechamente unido con la persona que más he amado en mi vida: con Aurora.

Doña Cándida, de tiempos atrás, se desmejoraba á ojos vistas: en las últimas semanas el enflaquecimiento era alarmante, la palidez extrema, lloraba con más frecuencia que antes, acariciaba á su hija con una ternura no contenida ya por la presencia de su marido, no comía, no dormía, ni se levantaba del puesto á pesar de las reconvenciones de Rey, que la apellidaba *poltrona*, *ociosa* y *haragana*. Por fin, un día no salió del lecho y hubo que llamar á dos curanderos—macho y hembra,— para que medicinasen á la buena señora, pues médicos ya hemos dicho que no había en Quito, después que se agotó

su sabia productora en el Doctor Francisco Javier Eugenio de Santacruz y Espejo. Como era bien querida y las quiteñas siempre han sido caritativas, acudieron dos ó tres familias amigas para asistir á la enferma. Esa noche y la siguiente y varias, pasamos en vela, dándole cada hora pócimas y aplicándole fomentaciones de un centenar de yerbas maceradas en aguardiente y hervidas en una *totuma* de plata sobre un gran brasero que obstruía la entrada del cuarto. Al séptimo ú octavo día, la casa se convirtió en un jubileo de personas de fuera, en un agitarse de aquí para allí de los de adentro, en un gimoteo general y en un tra storno de todo; por ahí, á las cinco ó cinco y media de la tarde, mi madre, llegándoseme bruscamente y dándome un empelloncito me dijo:

—Pronto, pronto.....A San Agustín, muchachio, y dile al Padre Adeodato que ya se nos acaba doña Cándida, que, por Dios bendito, se venga corriendo.....

Volé á la portería del convento y llegué simultáneamente con cuatro ó cinco mujeres que me precedieron. Poco después entrábamos al dormitorio de la enferma, acompañados del sacerdote su antiguo amigo, quien nos mandó desocupar la pieza con el objeto de oír la estertorosa confesión de la moribunda. Transcurridos diez minutos ó un cuarto de hora, se presentó en la puerta exclamando: Pero, hombres, para qué me han llamado, si es una santa! y se partió á traer algunos necesarios para la recepción de la Divina Majestad.

A los que creen que no creen, á quienes habiendo nacido de padres religiosos han padecido los eclipses negros que en las creencias producen las sombras de las pasiones, á aquéllos que educados en el convencimiento de la existencia de un Dios, han sentido morir la fe en el espíritu, ahogada por la mala fecundidad de los instintos brutales, aun á los mismos que no poseen noción alguna —cosa imposible—de la Divinidad, de la vida futura, de los nexos invisibles que unen la materia percedera del hombre-bruto con la sustancia inmortal del hombre hecho á semejanza de Dios, á todos éstos póngaseles delante del lecho de un agonizante, oblíguesele á ser testigos de la visita solemne del Divino Viático, del acto

conmovedor de recibir al Augusto Huésped, y ésos que creen que no creen, ésos que juzgan haber sepultado ya en la luctuosa tumba de la incredulidad el cadáver de una fe deshecha, sentirán si son hombres de bien, les aseguro, que las creencias duermen, no mueren; y aun éstos otros despojados de los rudimentos de inmortalidad, de espiritualidad, de eternidad, experimentarán también un latido interior del alma, semejante á la chispa que ignorándolo, lleva en sí encerrada y oculta la nube, hasta que la solicita una electricidad opuesta.

Nada más conmovedor, en verdad, nada más tierno, nada más divino, ni nada más humano, digámoslo así en el sentido de la espiritualidad del hombre, que los auxilios que la religión presta al moribundo. En el momento de la muerte de un católico es cuando yo, prescindiendo de ideas preconcebidas, de prejuicios de la educación, me he repetido á mi mismo el *non omnis moriar*, no todo yo he de morir, del filósofo poeta.

Nó, no muero todo, el que en los instantes mismos de la mortalidad, en el agotamiento de la vida, en el triunfo pleno de la muerte, se ase con mano vigorosa, se adhiere con una alma prepotente á la convicción de lo imperecedero, de lo perenne, de lo eterno. Nó, no puede ser, nunca jamás, que una alma, al atravesar las puertas de la eternidad, vaya á darse de rostro contra una muralla imprevista é impenetrable que le salga al encuentro, al otro lado de la tumba; no, tras el misterioso portón deben abrirse, se abren, espacios infinitos, que vislumbra, que ve, que conoce nuestra alma....si es alma.

Frente á la cama de la enferma, se había preparado un altar para que allí reposase el copón con las sagradas formas: junto á él nos arrodillamos los concurrentes, así como se dejó oír en la calle la campanilla del acompañamiento de Jesús Sacramentado. Todo, todo estaba revestido de solemnidad en ese momento indescriptible: el sonido mismo de las pisadas en la escalera me parecía inusitado. El sacerdote y cuatro ó seis alumbradores penetraron en el dormitorio, mientras los demás se postraban fuera: aquél se volvió hacia doña Cándida, la bendijo, tomó la hostia consagrada, la presentó en alto: *Ecce Agnus Dei qui tollis peccata mundi.*

«Señor yo no soy digna de que entres en mi pobre morada», exhaló tres veces la enferma con voz clara aunque temblorosa; tres veces sonó asímismo la campanilla, y acercándose el cura depositó en la lengua hinchada y ennegrecida, el Cuerpo Divino, repitiendo con acento convencido las palabras consoladoras que dan fin acompañante para el viaje eterno, á quien, al separarse de padres, hijos, hermanos, parientes, amigos, conocidos, va á franquear un abismo que ninguna otra cosa sino la fe puede jamás llenar: «El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo custodie el alma tuya en la vida eterna. Amén.»

Yo le observaba todo, á pesar del dolor y angustia que me abrumaban. Me fijé hasta en la turbación de Peñamar, que cogió el pañizuelo de pescuezo que el agustino, para ayudar al cura en la extremaunción, dejó en una silla,—y se arrodilló en el dicho pañizuelo y después se sonó en él, babeó, y por último, se lo echó al bolsillo, con grave detrimento del achacoso padre Adeodato que, al irse, buscó su prenda aun bajo la cama de la enferma.

Aurora sollozaba allí al pie del lecho de su madre, hincada de rodillas en el suelo y cuidando de que ella no la viese. Habríamele acercado: pero, como el dolor santifica, el respeto me lo impedía. Con todo, en la primera ocasión favorable, le besé el extremo del manto.

Yo tenía las mejillas completamente empapadas en lágrimas, que encontrando insuficientes las vías naturales de los párpados, afluían también á torrentes á la naríz y á la garganta; mas, lo confieso, mi pena no debió de ser muy sostenida: pues en una de ésas pensé, no sin sonreírme, que el involuntario robo de Peñamar salvaba al fraile de una buena cataplasma en el pescuezo, supuesto que ya he dicho que, antes de meterse el pañuelo en la faltriquera, se sirvió de él con todas las aberturas del rostro: las narices, los ojos y la boca.

¡Qué dualidad la del hombre! ¡Qué especie de bilocaciones experimenta su espíritu en todas las circunstancias y en todas las edades!—Si, señor, en todas las edades. En multitud de trances he tenido ocasión de observarlo; en los casos más serios la atención se divaga y se traslada á algo cómico; en las coyunturas más tras-

cendentales, se preocupa con alguna frusleria; y, al revés, en medio de un juego, de un esparcimiento, de una nonada, vuela á reflexiones filosóficas, graves, consecuentes, científicas, severas, majestuosas.

Esta bilocación, esta dualidad, esta ubicuidad, esta ductilidad, este maniqueísmo del entendimiento, de la memoria, de la voluntad, de la fantasía, del sentimiento, deben de ser, según los individuos y según la conformación potencial y frenelógica, los que producen esos sujetos tan fútiles, tan pueriles, tan pequeñitos, aun en los grandes intereses que el acaso les ha confiado ó que ellos mismos han conquistado, en un feliz momento de atención y fijeza sostenidas por su versátil disposición, así á lo diminuto como á lo vasto. ¡Cuántas veces los individuos, las familias, las sociedades, no tienen que lamentar las consecuencias de este desequilibrio de potentes fuerzas aplicadas á pequeños móviles, ó de escaso vigor utilizado en importantes propósitos! ¡Desgraciado del pastor que, nacido para rey, quiera gobernar su manada como á una nación, y desventurado el pueblo y malhadado el gobernante que tenga en las manos los intereses sociales y los maneje como un juguete sin valor, que puede conservar ó despedazar á su albedrío!

Las tentaciones todas, grandes ó pequeñas; las imaginaciones todas, cuerdas ó locas; los pensamientos todos, importantes ó tontos, van, vuelven, se fijan, huyen, revuelven con la tenaz volubilidad de una mosca importuna; mas, llega un momento en que son radicados ó desechados duraderamente, merced á la prepotencia de un acto de la voluntad ó á la imposición de los acontecimientos exteriores.—Perdón, lector benigno, si, confirmando mi anterior teoría, del soso acaecimiento del memorado pañuelo, te he sacado á divagar á consideraciones talvez magnas, si fuesen tratadas por un filósofo; y vengo, por fin, á referir cómo me volvió á la vida real, congojosa, amarga, el grito «ya espiró» que dió alguna de las personas cercanas al lecho de doña Cándida. Pero, no había espirado todavía la infeliz, y tanto que ella misma dió contestación á la imprudente.

—Nó, aún nó, dijo con voz casi ininteligible, sofocada por el estertor.

En todas las circunstancias, sin excepción, la buena crianza, la educación pueden reducirse á la siguiente fórmula: silencio, calma. El que ríe á carcajadas, el que habla á gritos, el que tose, come, se suena, ronca, hipa, estornuda con estruendo, abre y cierra las puertas á golpes, no ha recibido lecciones de silencio en su casa, es decir, lecciones de educación; el que anda de carrera, manotea, hace molinetes con el bastón, se vuela por la más pequeña causa de indignación, se hecha á morir por la más pequeña contrariedad, no conserva quietas las piernas mientras está sentado, se mueve y remueve, entra y sale, salta, se golpea contaa personas y muebles, no ha recibido lecciones de calma en su casa, esto es, lecciones de educación.

Pero si en todas partes y en todas las condiciones de la vida, la calma y el silencio son la educación, en casa de un agonizante son la necesidad. Los nervios periféricos, los centros nerviosos perceptores, finos, excitados, susceptibles, delicados, enfermos en una palabra, han menester descanso de impresiones; el alma, próxima á abandonar el cuerpo, conmovida, magullada digámoslo, lastimada, torturada, herida, combatida, necesita suaves tocamientos, impresiones atenuadas, calma silenciosa.....Va á elevarse á las alturas, va á separarse del suelo; mas no como el globo aerostático, que se levanta en una plazuela entre las voces y grita de una plebe estúpida y bulliciosa, porque es malcriada.....

Dos, tres, cuatro, veinte mujeres, acaso una sola que se multiplicaba por mil, entraba, salía, atropellaba al mundo entero, hacía crujir el pavimento, batía las puertas, abría estrepitosamente baúles y cómodas, gimoteaba á tambor batiente, se llegaba al oído de la enferma y á grito herido le clamaba cien veces los dulces nombres de Jesús y de su Madre .....que no son para gritados.....

¡Qué angustia, Dios mío! La desventurada acaso quería quedar sola, acaso deseaba hablar á solas á su hija, hacerle encargos, advertencias, darle consejos de esos que con urgencia debe dar el corazón materno al corazón filial desde el lecho de la muerte para que grabados profundamente no se olviden jamás. ¡Dios mío!

Los importunos, las importunas, ese sinnúmero de vecinas ociosas no lo permitían, no lo entendían siquiera, á pesar de que los opacos ojos de la moribunda se volvían en torno, buscando premiosos, anhelantes, á alguien que ahí debía estar para recibir al menos una bendición tácita del espíritu, ya que lo demás lo impedían las agonías de una ansiedad contenida por la presencia de testigos desconocidos.

Yo lo comprendí; gracias al cielo: yo entendí lo que decían al rodar en las órbitas esos ojos vidriosos, lentos, fúnebres, y, llegándome á Aurora, la tomé de la mano con aquel imperio que no admite réplica, y, abriéndome paso entre ese grupo necio, que se llevaba estudiando la fisonomía de la agonizante y anunciando «que ya muere», «que vuelve otra vez», «que boquea», coloqué á la hija delante de la madre.

No sólo éstas dan la vida á los hijos; los hijos pueden también darla á las madres en algunas ocasiones: doña Cándida cesó en su ronquido de muerte, levantó los ya laxos párpados, extendió las amarillas y huesosas manos y asiendo la de Aurora y la mía, que se encontraban aún cogidas, levantó ligeramente los dedos, bendíjonos y suspirando: ¡Hijos míos! entregó blandamente el alma al criador.

Qué sentí en este horrible segundo, qué experimentó mi ser, qué choque, qué estallido, qué lobreguez, qué presión, qué tirantez, qué ansiedad honda padecí en mi corazón, no puedo explicarlo. Una mano negra, fría, convulsiva, recia me oprimía la garganta.....

.....

¿Qué era de Rey hasta tanto?—No lo sé, y me alegro sobre manera de no haberle visto próximo á la moribunda en ese momento: habría sido algo como profanar la hora sagrada de su esposa. En las almas más perversas hay un destello de Dios, como en las charcas más inmundas se refleja un rayito de la luz del cielo: Rey, tacaso obedeció á una sugestión de delicadeza en ese instante, y quizá, quizá, esta sugestión, reflejo de los rayos del sol en el pantano de su espíritu, le alejó de esa santa oscura, que debía, en aquella hora, batir ya, entre coros de ángeles, palmas de martirio, semejantes á las que

empuñaban los que de los circos, de los anfiteatros, de los coliseos, salían á la eternidad por la puerta que les abrió en la de la prisión corpórea, una pantera, una hiena, un oso, un tigre ó un león africano.....

Aurorita, desencajada, sollozante, sin derramar una sola lágrima, atónita, yacía poco después en otro cuarto, solitaria, abandonada, olvidada de todos; yo me senté junto á ella, é incapáz de pronunciar palabra alguna de consuelo, le tomé suavemente la mano que comprimiéndola contra mi rostro, la bañé en los aluviones de mi llanto. Así me encontró mi madre, quien después de amortajar el cadáver y de disponer la multitud de atenciones que sobrevienen en casos análogos, venía en busca de la huerfanita, presumiendo con acierto que nadie, excepto yo, la acompañaría.

Pronto, la mujer admirable, la viuda del héroe del 2 de agosto, la valerosa, la abnegada madre mía, tuvo que tornar á las ocupaciones mil de única huéspeda de la casa; pero no antes de cubrir de besos el rostro de la niña y de recomendarme que no la desamparase un instante. ¡Recomendación innecesaria!

Así pasamos largo, largas horas, iluminados primero por la tenue luz de un semi-arito de luna y de algunas estrellas que brillaban entre copos de nubes en el azul oscuro del firmamento, y más tarde, por una luz sanguinolenta y temblona que salía á bocanadas por las puertas y ventanas del salón.

Allí, se había levantado un enorme catafalco cubierto de panas y terciopelos negros, franjeados con galones de plata y bordados de grandes calaveras asentadas en cruces de canillas; sobre el túmulo, rodeado de lagrimosos y chisporroteadores blandones, reposaba la muerta en unas horribles andas, vestidas también de un cobertor negro salpicado de gotas de cera. El rostro amarillo de doña Cándida, comprimido con un pañuelo para sujetar las mandíbulas y las lívidas manos, en cuyos dedos cruzados sobre el pecho estaba atado un Crucifijo, sobresalían en el pavoroso monumento. Al rededor, recostadas cómodamente en los estrados, hablaban de cosas indiferentes, seis ú ocho amigas *íntimas* de la finada.—Una criada les repartía agua-mate con bizco-

chos, que ellas recibían suspirando, sonándose estentóreamente y repitiéndose con tono inconsolable:

—Ay! Para sufrir mismo se necesita comer.

¡Sublime filosofía irracional, profunda reflexión psicológico-animal, que multitud de veces he vuelto á escuchar y aun de labios de gentes que yo creía gentes!

Rey, al día siguiente, á la hora de costumbre, salió á recibir á los amigos, ya correctamente afeitado, vestido de luto, con corbata y sombrero negros, flamantes, preparados sin duda al efecto, adquiridos anticipadamente, comprados digámoslo así con *premeditación y alevosía*. ¿Cómo quien ama de veras, ha de consentir por un momento la muerte de la persona amada? ¿Cómo ha de tener las previsiones fútiles del dolor quien lo recibe en el pecho como un huésped temido é importuno?— No sé si soy un extravagante ó, lo que es lo mismo, si mi corazón está dispuesto de una manera excepcional para los pesares; pero lo cierto es que me parece un..... un infame el que piensa en sí mismo, en las superficialidades del propio egoismo, en el *locado* del dolor, cuando está expirando un padre ó una madre á quienes debemos la existencia, una esposa compañera de nuestra vida, un hijo porción de nuestro sér, un hermano sangre de nuestra sangre; cuando, en fin, está sobreviniéndonos uno de aquellos arrancamientos del espíritu que en adelante se conservarán perpetuamente llagosos, vivos, sanguinolentos, doloridos.

El pesar es un tigre horrible, feroz, para quienes tienen el alma tristemente dotada de exquisita sensibilidad. Muerta la víctima, descuartizada, destrozada, masticada, devorada, él se pasa aún la lengua por las garras y labios chorreando sangre, se lame y relame, y vuelve todavía en rededor los sanguinosos ojos buscando restos, detritus, sobras de su festín. Así sucedía con Aurora, pobrecita presa de un animal carnívoro, que no había ya de abandonarle el corazón.

Pero no así con Rey; yo veía que su pena era, al contrario, una fiera que se domestica: cada vez que entraba alguien de fuera, se ponía cariacontecido y despedía unos suspiros de Chimborazo por lo huracanados y fríos; mas, luégo, hablaba de asuntos sin importancia,

para volver á hacerse el triste, el melancólico, cuando tornaba á presentarse otro doliente. Su tristeza se parecía á las bravatas y gruñidos del perro de casa: qué inquina, qué feroces miradas á los recién llegados, qué de meneos de cola después de un momento, qué de lengüetas. Insisto: la apariencia de tribulación de Rey era una fiera que se amanzaba.

Yo estaba en la edad de la sinceridad del sentimiento, y me indignaba la falsía de ese hombre á quien, no lo negaré, profesaba cordial antipatía, naturalmente provenida de su comportamiento con la malaventurada doña Cándida, con la débil Aurora, y aun conmigo y con mi madre, que trabajaba en la casa, de seis á seis del día y de la noche, sin más remuneración que una pésima mesa y una detestable habitación: «la mesa limpia y la ropa puesta», como decía con gracia el Padre Adeodato, invirtiendo la fórmula aquella de una buena hospitalidad: «la mesa puesta y la ropa limpia».

¡Llegó la noche! Tan materiales somos en las mismas revelaciones de la espiritualidad, que ¡ah! Dios, no sé qué sea peor para los deudos de un fenecido: si el momento de la muerte, ó el instante de la sacada del cadáver. Pobrecita Aurora! Yo constantemente, mi madre cada vez que se le permitían el cuidado de la casa y los quehaceres, fuimos las únicas personas que la acompañamos en aquellos minutos desgarradores.

Todo se acabó.....Huésped de su propio hogar, doña Cándida se fué para no volver. El silencio, la oscuridad, reemplazaron al lóbrego bullicio y á la iluminación de incendio de la noche antecedente y del tiempo que precedió á la salida del cuerpo. El murmullo bajo de un responso rezado en la puerta de calle y el rumor de las pisadas del recogido acompañamiento, nos anunciaron la separación eterna.

Doña Cándida no era rica y, por consiguiente, no hubo plañideras, ni responsos cantados, ni posas, ni piporros, ni nada de aquellas disculpables ostentaciones, con que pudientes herederos hacían, como lo hemos dicho ya, copartícipes á todos los vecinos de la ciudad, de la desventura de una familia rica. Sólo las campanas, que así lloran por el fiel indigente como por el creyente rico,

clamorearon al penetrar la muerta en el templo, clamoreo que debió de producir en el corazón de Aurora algo como el batido del puñal que se conserva enclavado en la herida.

A la siguiente noche se verificó el *duelo* en la casa mortuoria, ceremonia dignísima de ser vista.

En la pieza más extensa, despojada previamente de muebles, habían sido colocados en hileras ochenta ó cien cojines alquiladizos, sobre los cuales las dolientes envueltas en luengos mantos negros, iban sentándose así como llegaban, sin desplegar los labios ni siquiera saludar con algún movimiento á las que les habían precedido ni á mi madre que *recibía el duelo*. Supongo que todas se durmieron en breve; pues, durante la hora y media ó dos horas que se prolongó la pantomima, no se oía en el salón sino uno que otro artificioso suspiro. —Por fin una tosecita, sin duda acordada de antemano, sacó de la honda y filosófica meditación á la concurrencia que, como si inopinadamente hubiese sido acometida de romadizo, se entregó á ruidosas sonaderas, tras las cuales y algunos *¡ay qué buena era! ¡Dios la tenga en gloria!* se salieron tal cual llegaron, quiero decir, sin chistar palabra.

El día de la muerte de la señora Cándida, el de la traslación del cadáver y el del duelo, la casa estubo de bote en bote, según entiendo, por la atracción de las abundantes viandas con que las familias amigas trataban de consolar á los deudos, recordando el gran proloquio de nuestros mayores: duelos con pan son menos.—Sin embargo, para hablar la verdad, aquellas comilitonas funerarias no se merecían el honor de la descripción, como las de los antiguos sajones, pintadas por Walter Scott en alguna de sus históricas novelas.

La compasión aumenta el cariño, ó más bien dicho, es cariño ella misma. ¡Qué ternura, qué entrañable afecto me inspiraba Aurora, esa delicadita criatura que yo tenía á mi lado, más alba que de costumbre merced á su vestimenta lúgubre, con sus primorosos ojos acrecidos por el engaste de la ojera, sin padre, ni madre, doblemente huérfana, digo mal, triplemente huérfana por el *padrastrazgo* de Rey!—No quiero hacer reír á mis lectores, por

eso no les refiero que yo, junto á ella, me consideré como su padre .....Yo, yo, el hijo de una proletaria, viuda, desvalida.....Yo, el hijo de un pedazo de carne de cañón.....Yo el destinado quizá también para carne de cañón, para comida del monstruo de la guerra, que había asentado ya sus enormes patas y enclavado sus afiladas garras en estas tierras, antes tan pacíficas y patriarcales, así olvidadas de una lejana cultura como de las calamidades, destrozos, cataclismos de las revueltas, de las catástrofes de pueblos que se denominan poderosos, quizá sólo porque son guerreros, esto es, bárbaros y crueles.

XXI

Pero volvamos, por fin á los asuntos públicos.

Se resiste mi amor patrio á traer á la memoria, se duele de recordar las mezquindades, las miserias, con que se presentan enturbiadas las nobles y grandiosas acciones del prólogo de la guerra de nuestra emancipación. Perdónoseme, pues, que sólo las miente á la ligera, para no producir solución de continuidad en mi relato; pero, sin detenerme mucho, tanto más cuanto tampoco participé en ellas de otra manera que como mero espectador.

Quito, la ciudad hidalga, de recto criterio, de magníficos soldados, de desprendidos y magnánimos patriotas, de esclarecidas virtudes cívicas, adolecía ya por 1812 de defectos que—pena da decirlo—se conservan todavía y acaso se han hecho habituales, con grave daño de la prosperidad propia y de la graedeza de toda la Nación. Las envidias, el parcialismo, las innobles rivalidades, salían al frente de la caballerosidad, de la hidalguía, del patriotismo, para hacer nulos sus generosos esfuerzos, y para dar el triunfo, á la postre, á la canalla,—que así denomino á quienes se dejan dominar por las soeces pasiones, pertenezcan, no me importa, á las elevadas ó á las ínfimas clases sociales.

Los Montúfares «soñaban ya mucho», su nombre

se comenzaba á recomendar por los falsos triunfos obtenidos en el sur y por los ciertos y gloriosos del norte .... Pues, esto bastaba para que se declarase la guerra á dichos señores, para que se desenmascarase tremenda, después de haber estado fomentando latente allá cuando don Carlos recuperó Guaranda y se dirigió á Cuenca: odios y rivalidades sordas que, llegadas á noticia del coronel, produjeron la descabelladísima retirada de Caspicorral.

Ninguna virtud ni mérito alguno se reconocía ya al antes aclamado coronel Montúfar y á su respetable padre. El Marqués de Villa-Orellana, aspirante sin duda á un puesto que aún no se labraba, arrastrando en pos de sí una parte del pueblo y apoyado por el militar don Francisco Calderón, se hacía lenguas en descrédito de sus antagonistas. Estos, á la vez, rodeados de sus parciales, envenenados contra aquellos, llevaban en sí los gérmenes de la malaventura de una causa que, apenas naciente, encontrába en sus adeptos, mayores dificultades para salir boyante, que las presentadas por los enemigos. ¡Pobre país! La envidia, la vanidad, los celos, la soberbia, eran los primeros frutos brotados del suelo que fecundó la sangre de los héroes del 2 de Agosto de 1810!

A causa de tan innobles pasiones, se originaron las escandalosas escisiones de la Constituyente instalada el 1º de enero de 1812; por su causa, se produjo la insultante entrada en Quito, hacia mediados de marzo del mismo año, de las tropas de un soldado abanderizado, en son de conquistador; por su culpa, se dió así el primer paso en los ejemplos de inmoralidad, insubordinación y predominio militar, que tan perjudiciales tenían de ser más adelante á estos pueblos desgraciados; por causa suya, vemos glorificadas las parcialidades en el ascenso concedido á Calderón; por ellas en fin, se pierde desde temprano la fe en lo porvenir, en la República, en la libertad....

¿Y cual fué el resultado de aquellos talvez irreflexivos, pero siempre culpables procedimientos? Óiganlo ustedes.

Sabíase de cierto que el General español Montes organizaba un ejército en la costa para someternos. Quito, já bizarría, allegó en breves días 1500 soldados, en su ma-

yor parte voluntarios, y más de trecientos mil pesos de donativos particulares, de los que sólo el propietario don Guillermo Valdivieso, entregó cien mil duros; las familias pobres cosían las ropas, preparaban hilas y hasta formaban los cartuchos. Pronto, muy pronto, equipos, vestuarios, tiendas de campaña, todo estuvo listo: por un momento dejó de verse la efervescencia de las negras pasiones, y brillo espléndido el sol del patriotismo.

El 1º de abril las tropas, formadas en la plaza de la Catedral, recibían los vítores de una multitud inmensa, que acudió á entusiasmarlas; y poco más ó menos á las doce del día, marcharon hacia el Machángara solemnemente acompañadas de mujeres, viejos y niños, que no acertaban á separárseles y de los que, por último, muchos se resolvieron á seguir con los soldados y á compartir con ellos las fatigas de la campaña.

¡Triste de mí! Yo hubiera sido también uno de los que tuvieron la suerte de partirse con los batallones, si mi madre, previendo lo que sucedería, no me lo hubiese impedido allí, cuando ya entremezclándome con las agrupaciones de las orillas del río, traté de escaparme.

Afligido, contrariado profundamente, volví, pues, á la ciudad, no sin tornar á ver, mil veces, con los ojos lacrimosos, la subida por Lulumcoto de los bienaventurados patricios que iban al campo de batalla, al campo del honor, al campo de la gloria.... y sin separarme de ellos con el pensamiento, me ofrecía para mis adentros ser indispensablemente de los suyos en otra partida.

Muy á tiempo, gracias al cielo, no partí en esa ocasión; pues tres meses después, en los primeros días de julio, vimos entrar en la ciudad consternada, grupos y grupos de derrotados macilentos, enlodados, desgarrados, víctimas exclusivamente de la desunión de aquellos indignos republicanos: es decir, de las maquinaciones de los Montufaristas, y de las imprudencias, debilidades y sencilleces del Jefe de la expedición.

Recordemos levemente los acontecimientos.

Hasta el pueblecillo de Achupallas, el ejército de Calderón ningún tropiezo encontró, y aún las penalidades mismas del camino, fueron apenas notadas por quienes llevaban todo género de comodidades y convertían cada *alto*

en una *tambarria* en forma; mas, al llegar al pueblo referido el Jefe supo de buena tinta, que aquella mañana se habían visto tropas enemigas en esas agrias montañas, y temeroso de una sorpresa, formó el ejército, le recomendó orden y cautela, y dividiéndolo en tres columnas, de vanguardia, centro y retaguardia, prosiguió la marcha. No estuvieron desacertadas las precauciones antedichas, supuesto que á poco la primera columna fué sorprendida por los fuegos de los pedreros que, desde Paredones, disparó el enemigo. Calderón dispuso entonces que algunos caballos flanqueasen la avanzada contraria y la puso en inmediata fuga; sin oposición, pues, nuestras tropas prosiguieron hasta el pintoresco pueblo de Biblian y lo ocuparon pacíficamente. Al otro día, presentóse el ejército realista en posiciones favorables para el nuestro, y el Jefe trató de aprovecharlas; pero los oficiales partidarios de Montúfar se resistieron á ello, y Calderón, falto de energía, se dejó imponer la voluntad de los subalternos y dejándose estar en la inacción permitió que desmoralizara las tropas un comisionado de sus rivales llegado la víspera. Tres días después, trató otra vez de atacar á los realistas, y otra vez impidiéronselo los montufaristas, hasta que por fin envueltos el 24 de junio por las fuerzas enemigas, se vieron en la ineludible necesidad de combatir, y ¡maravilla inconcebible con soldados tan indisciplinados y desobedientes! obtuvo Calderón la victoria de Verdeloma. Pero imprudente ahora, como débil poco antes, insulta á la oficialidad que se resistió tres horas antes del combate, y obtiene por resultado que le abandonen y se retire con las respectivas tropas en lamentable confusión, cuando les da la orden de seguir hasta Cuenca, á fin de aprovechar de la victoria obtenida.

Como esta inexplicable derrota se verificaba á ojos mismos del enemigo, teniente coronel del Valle, y como se abandonaban, no tan sólo las armas difíciles de llevar como los cañones, sino que también eran arrojados los fusiles, aquel Jefe recogió apresuradamente algunos dispersos y corriendo á ponerse junto á los prisioneros que vagaban, ya por allí de su cuenta, apuntó con los propios morteretes dejados en el campo á esos indignos hijos de Quito, y tuvo la satisfacción de barrer pelotones enteros

de soldados, mujeres y acémilas, que, en la confusión de la fuga, se empujaban y arrollaban mutuamente en los desfiladeros estrechos, perpendiculares de la sierra andina.

Otro crimen de otra especie, debía también cubrir de baldón entonces á la pobre causa de la independencia: el imperdonable asesinato realizado en la persona del anciano Conde Ruiz de Csstilla, por un pueblo soez que, comprendiendo que la anarquía ata los brazos á la justicia y contando con la impunidad del desgobierno producido por las pasiones de bandería, perpetró uno de los delitos más sin objeto y censurables que se han cometido en estas de suyo pacíficas y benignas tierras.

El conde Ruiz de Castilla, D. Manuel Urriez, destituido de la Presidencia, por los patriotas, se conservaba retirado de la cosa pública en el *Tejar* ó sea en la Recoleta de la Merced. Anciano, achacoso y sincero creyente como buen antiguo español, se había entregado, en ese semillero de hombres austeros y penitentes, á sólo las prácticas piadosas: muchas noches salía junto con los frailes, á recibir en la puerta de la iglesia los cadáveres que llevaban á enterrar, y, cuando la comunidad, salmodeado el responso y más preces fúnebres, se recogía á las celdas, el ex-presidente continuaba en el templo oscuro, mano á mano, con aquellos en los mudos diálogos que el alma sostiene con el repulsivo cuerpo del que se ha despojado ya de ella. Aún se refería que el Conde se sustituía á los muertos para orar recostado en las andas.

Dícese que Carlos V en San Jerónimo del Yuste se arrepintió en breve de su separación del mando y del mundo: Ruiz de Castilla, besaba con lágrimas en los ojos, el sayal que vestía, y contaba con que le sería dado terminar en ese pacífico cementerio de muertos y de vivos los días de existencia que Dios tuviese por bien concederle.

Cuán fallidas salen las esperanzas humanas!

Una mañana, porciones de pueblo agrupadas en las esquinas, leían carteles, fijados en ellas durante la noche, en los cuales se noticiaba la próxima invasión á Quito de reaccionarios del norte, é imprudentemente se incitaba á la excitable plebe á "escarmentar á los traidores".

Algunas fieras, como las bovinas por ejemplo, son inofensivas cuando están reunidas: la fiera humana, al contrario, se encruelece, emprende los desastres cuando se congrega. El motín es una bestia carnicera cuyos miembros andan dispersos en el tranquilo hogar del padre de familia, en el calmoso bufete del letrado, en el sosegado taller del artesano; un cartel, un grito, á la manera de la trompeta de Josafat, convocan ya una garra, ya un colmillo del monstruo que, manso aún, recorre las calles hasta organizarse, incorporarse, compactarse; integrado ya, se desespera, olfatea la sangre, la destrucción, el horror, abre las tremendas fauces, y se lanza al degüello, al incendio, al crimen, que horrorizarían al artesano, al letrado, al ciudadano honrado, incapaces quizá de concebir, no diré de cometer, las atrocidades que realiza el bruto completado por la suma de las moléculas de perversidad que hay en cada ser.

Dos ó tres, probablemente los autores de los carteles, dos ó tres, de esos cuya alma cruelmente dotó la naturaleza al propio tiempo que de memoria, entendimiento y voluntad, con el instinto de la carnicería, de la inundación, del incendio, del terremoto; hombres brasas, hombres terremotos, hombres cráteres, propulsados por la mano que empuja al Judío errante, con fuerza ciega, fatal, misteriosa, para recorrer sin descanso todos los caminos de las pasiones hasta caer al tenebroso abismo q' excavan sus propios fines con la fatídica, poderosa y repugnante agitación. Dos ó tres de esos individuos, digo, con actividad increíble, hacia medio día, habían reunido todos los átomos de aire que forman la tempestad, todas las gotas de agua que forman el aluvión y, conmoviendo el suelo, atronando la atmósfera con vociferaciones soeces, aullidos de un infierno que Dios permite se desborde de vez en cuando en las ciudades, el motín se precipitó al asilo del desventurado anciano, ajeno de todo punto á la tormenta que le iba á tragar.

La casa de ejercicios, el cementerio, la iglesia, el convento nidada de santos, las puertas todas destrozadas, fueron invadidos por la delirante multitud, ávida de devorar un cadáver, como las manadas de lobos que acosados del

hambre se descuelgan algunas noches sobre ese mismo cementerio para desenterrar y roer carnes y huesos humanos descompuestos.

Y cadáver era en realidad lo que en breve exhibió en alto, cual estandarte de triunfo, la zarpa del tigre, que había penetrado en los claustros y en la celda del anciano.

Lívido, desencajado, hipocrático; el cabello blanquísimo pegado por el sudor de la agonía á las sienes ensangrentadas, la barba cubierta de polvo de ladrillo, la ropa desgarrada: tal fué presentado el Conde, *ecce homo*, con carcajadas estúpidas á la parte de fiera que quedó en la extensa calle.

—Matarlo, ladraron algunos lanzándole guijarros.

—No todavía, replicaron otros: primero pasearlo por la ciudad.

Y en efecto, lapidándolo, punzándolo con cuchillos de jiferos, arrojándole cieno, le arrastraron hasta la plaza principal, donde moribundo, le recogió la autoridad y le asiló en un cuartel, donde expiró tres días después.

Relator de todo cuanto me ha impresionado con más ó menos viveza en mi prolongada existencia, no he podido pasar en silencio el vergonzoso hecho que acabo de referir, estimulado, además para ello por esa obligación de moralizar que juzgo impuesta por Dios á los que, mal ó bien, manejan una pluma ó poseen el don de la palabra, por desventura hoy en el día á menudo dislocados de su fin civilizador....

No quiero disculpar á mis copartidarios: del infame asesinato mencionado, del descalabro de Verdeloma, de la retirada de Caspicorral, del desorden y turbulencia en que yacían las poblaciones, de la esterilidad de los sacrificios de los ricos, prestos á entregar su dinero, y de los pobres, prontos á derramar su sangre, de los cimientos de desorganizacion social que se echaban en los pueblos, de esto, y de todo lo que de ello se desprende como natural consecuencia, se tuvieron la culpa única y exclusivamente los *partidos políticos*, ó mejor dicho las ambiciones personales, perenne tumba de la prosperidad de algunas de las naciones sud-americanas.

XXII

En los cataclismos morales, como en los cataclismos físicos, asoman del seno de la tierra millares de insectos, atraídos, sin duda, por el festín de la putrefacción. Una infinidad de entes nulos, desconocidos, dañosos, brotó á la superficie de la sociedad para sostener, para fomentar la pésima situación anómala de la patria.

Creo que antes hablé ya de Pantorrés, el digno amigo de Rey; aunque en esta infamia que aquí denominamos *política*, era incomparablemente peor que el viudo de doña Cándida: puesto que reunía á la más refinada hipocresía, el odio más violento á la revolución, á la monarquía y, sobre todo, á los hombres de ambos partidos, ya que la facción característica del rostro de esta lóbrega alma era la envidia.

El perverso leguleyo atizaba sin cesar los mutuos enconos de los marqueses de Villa-Orellana y de Selva Alegre: pobres personajes que, desconocedores de los hombres, no poseían la ciencia del mundo que, á vueltas de dolorosas lecciones, nos enseña á desconfiar especialmente de quienes nos adulan, y á distinguir la verdad de la falsía, lo sincero de lo apasionado.

Lisonjero, á pesar de que no quería á Sánchez, ó quizá por que no le quería, le hablaba de poder, de gloria, gases que inflan la mísera ampolla del orgullo.—Así como un airecillo sutil que se cuela por una hendija, produce instantáneamente una pulmonía fulminante, del mismo modo basta muchas veces un soplico de adulación para determinar en el alma graves enfermedades de vanidad: he conocido gentes afables, modestas, humildes si se quiere, que, de un momento á otro, se han puesto híspidas, arrogantes, soberbiosas, insoportables, á causa de haberles, hecho perder el seso los humos de la lisonja que en las brasas del interés queman los viles.

El marqués de Villa-Orellana era un buen hombre, un buen patriota en el fondo, pero ¿cómo un persona que

no sea muy inteligente y muy experimentada puede rehuír los deletéreos influjos de la insidiosa adulación? Para ello es menester una cabeza muy firme y, por desventura, no son comunes las que están á prueba de las atracciones de los abismos.

No se si Pantorrés tentó á Villa-Orellana hasta con un trono. Bien pudiera haber sido: conozco muchos *Pantorreses* que no omiten medio alguno de empequeñecerse á sí propios, cuando les guía el propósito de ensoberbecer á sus amos.

A Montúfar no le faltaría tampoco un felón de éstos que hacen la política de trastienda, y he ahí triste y perfectamente explicadas las desventuras del país, y sembrados los gérmenes de los vicios que, está de Dios, han de corroer, quien sabe hasta cuando, el corazón de la República.

Tiempo me parece, asimismo, de apuntar otros que, por los ejemplos de lo alto, adquiría ya por entonces nuestro ejército, á saber: la insubordinación y, como consecuencia de ésta, una volubilidad tal, que se ponía en derrota después de una victoria si no se accedía á algún voluntarioso capricho, ó aún sin siquiera causa alguna aparentemente justificativa.

Una época de pruebas había llegado para la patria. Desastres tras desastres debían sobrevenirnos como lógico efecto de la desunión: San Miguel, Mocha y Panecillo fueron las etapas de nuestra deshonra, por donde el General español Montes llegó hasta Quito, la ciudad del 10 de Agosto del año 9, la "ciudad faro y luz de América"....

Lo que pasó en ella el 8 de noviembre, no es para descrito. Hasta la noche anterior, todo el mundo se preparaba para la defensa con un entusiasmo tal que, á durar, nos habría otorgado la victoria; may ¡ay! á las diez ú once, corren rumores de retirada, susúrrase la imposibilidad de la defensa, se habla de las amenazas del Jefe enemigo, se teme su venganza, se tiembla, el pánico nos invade verdaderamente sin motivo alguno, y comienza la *derrota de la población en masa*.

Al amanecer del 8, el ejido norte estaba materialmente cubierto de individuos de todos los sexos y condiciones, que se movían con dificultades, asidos de sus pe-

queñuelos y cargados de baúles, maletas, cofres, colchones y hasta utensilios de cocina. Si la historia no apoyase mi aseveración, no se me creería que hasta los frailes y monjas de clausura abrieron sus rejas y se lanzaron, á la desbandada, camino de Ibarra.

Las previsiones del pueblo no anduvieron del todo erradas, pues, en verdad, las tropas de Montes al ocupar á Quito, lo entraron á saco; aún cuando, es verdad también, este Jefe no dejó consumar sus infamias á la soldadesca, y, antes bien, la contuvo, y aún obligó á los ladrones á devolver las rapiñas á los dueños que se presentaron en los cuarteles á reclamarlas.

XXIII

QUIEN no posee doblones, no teme ladrones. ¿Qué diablo podía obligarnos á la fuga á mi madre y á mí? Ni siquiera el amor á la vida, que por lo general, se pospone al amor al dinero. Y además, para farolear un poco, estando Aurora ahí solita ¿podía yo separarme de su lado?

No hay necesidad de que refiera al lector que don José Segundo Rey Larreta y Espaderos estaba desde muy temprano á la entrada de la ciudad, en espera del General Montes, á fin de victorearle, seguirle y "ser de los primeros en la manifestación de su fidelidad á la sacrosanta causa del Augusto Amo, representante de Dios en la tierra".

Toda la tarde se pasó en las calles agasajando á las tropas, y, por la noche, fué á dar plácemes á la señora esposa del Oidor Manzanos, la heroína realista del Paso de Piedra que, nueva María Pérez, la Varona, ó flamante Monja Alférez, combatió valerosamente en la jornada del 2 de setiembre, y á caballo, empuñado en una mano el sable y en otra la bandera española, penetró la primera al pueblo de Mocha y apeándose subió á la torre de la iglesia, donde, después de enarbolar el pabellón real, se puso á repicar triunfante las campanas.

La referida señora, quiteña é hija de don Simón Sáenz, ofrecía la particularidad—no muy rara entonces,—de militar en las filas monárquicas, mientras algunos de sus hermanos pertenecían al partido republicano: para nadie, que conozca un poquillo nuestra historia, verbigracia, es desconocido el nombre de doña Manuela Sáenz, la valerosa salvadora d' Bolivar en la luctuosa noche del 25 de setiembre de 1828, quiteña también, y hermana de padre de doña Josefa, la guerrera bajo las ordenes de Sámano.

Don José Segundo, con el propósito de adular más á la señora de Manzanos, hasta le pidió, algunos meses después, el oficio con que se le envió el escudo de honor, concedido á sú valeroso comportamiento en la batalla, y, llevándolo á casa, me entregó para que lo copiase: circunstancia casual por la que poseo una copia auténtica de aquel curioso documento que, estoy cierto, no desagradará ver á los lectores.

Hélo aquí:

"Número 10

Quito, 22 de diciembre de 1812.

Señora doña Josefa Sáenz de Manzanos.

"Atendiendo al mérito que V. S. contrajo tan particular en su sexo de haber concurrido, y presentádose con su caballo y armas en el ataque y toma de las fortificaciones de Mocha en medio de la Tropa, y expuesta á las balas, según lo representé á S. M. en 24 de setiembre por haberlo presenciado, y que á todos he concedido un Escudo, habiendo dado cuenta á la Superioridad, se lo acompaño á V. S. á fin de que pueda hacer uso de él.

Dios guarde á V. S. I.

Toribio Montes".

Esta señora era la misma que, como lo dije en mi narración, poco tiempo antes, en compañía de otra señora entusiasta por la causa monárquica, visitaba á doña Cándida y nos hacía sabedores, á mi madre y á mí, de los acontecimientos que, secretamente, llegaban á oídos de los empleados y de los demás enemigos de la independencia. Referí aún cierta conversación ó, más bien dicho, cierta

disputa que, acerca de política, se trabó entre dichas señoras y Peñamar y Castillo, disputa que se me gravó profundamente en la memoria.

La otra señora, doña Manuela Vicuña, por aquella época mismo entregó diez y siete mil pesos, amén de algunos miles más en bayetas y liencillos, á las viudas de los soldados realistas de Pasto; por lo cual obtuvo una rendidísima correspondencia de acción de gracias del Cabildo de esa ciudad, y, posteriormente, de parte del Monarca la insinuación de que pidiese lo que gustase. Por consejo del Presidente de entonces, solicitó para sí el Marquesado de San Rafael *libre de lanzas y medias annatas*, la Cruz de la Orden Americana para su hijo el Oidor y una Prebenda para otro hijo suyo sacerdote.

Repito que nada es pequeño tratándose de la independencia de un pueblo, y, por tal consideración, consigno en este relato hechos como el anterior, y pormenores, como el oficio dirigido á la señora Sáenz, que no constan en la Historia, y que, aún cuando hoy puedan ser mirados con menosprecio como pequeños, mañana, vistos á la distancia de las edades, que posee la propiedad de engrandecer los acontecimientos, tendrán una magnitud que ahora no podemos prever.

Al siguiente día de la entrada de Montes, partió el Coronel D. Juan Sámano con seiscientos hombres en persecución de la los patriotas. Excepto unos pocos curiosos y partidarios del Monarca, nadie salió de su casa á presenciar la formación y desfile del ejército, que atravesó buena parte de la ciudad, desde la plaza mayor hacia San Blas, por calles desiertas é invadidas sólo por un silencio sepulcral. ¡De cuan distinta manera partieron ocho meses antes, hacia el sur, las tropas del Coronel Calderon! ¡Qué vítores entonces; qué mudos desprecios, odios y venganzas hoy! Cómo estaban el 1º de Abril llenas las ventanas de una frenética multitud, que arrojaba flores sobre el conmovido ejército mandado en conquista de la libertad! Cómo ahora los balcones herméticamente cerrados, semejan á los ojos de la víctima aherrojada, que se cierran con vehemencia para al menos no mirar las violencias de la iniquidad!

XXIV

SANCHISTAS y Montufaristas tornaron otra vez en Ibarra á la nefasta discusión de quien mandaría el ejército; y, la discordia ¡nada valieron las rudas lecciones anteriores! volvió de nuevo á envenenar á esos desgraciados que se denominaban patriotas, aunque carecían de la primera de las virtudes que forman la compleja virtud llamada patriotismo: la abnegación. Pronto, por lo mismo, debían ser cruelmente castigados, y así lo fueron.

Después de la felonía de Sámano y del triunfo de los patricios en San Antonio, las tropas, testigos y aún copartícipes de la división de partidos—como para confirmar lo que no ha mucho dije respecto de volubilidad é insubordinación,—sin causa que justificase paso tan necio é inexplicable, se pusieron en retirada hasta Ibarra, convirtiendo, de tal modo, otra vez en rota un triunfo obtenido á costa de innegable valor y de cruentos sacrificios....

Estaba resuelto, por lo visto, que nuestras tropas sabían combatir, pero no aprovechar de su bizarría, y que sus triunfos se convertirían en derrotas.

Que esta tristísima originalidad ha de achacarse á las desavenencias de las gentes de suposición, de los Jefes y superiores, manifiéstalo el que antes de las mezquinas rivalidades de los marqueses de Selva Alegre y de Villa-Orellana, el ejército independiente, aún teniendo que habérselas con enemigos valerosos y en puestos militares difíciles de vencer, como los de la campaña de Pasto, por ejemplo, triunfaron siempre y llevaron viento en popa los principios liberales.

Y no se crea que la infausta querella, letal para la patria, fuese al menos provechosa á los individuos sostenedores de las parcialidades. Nada menos que eso: el Comandante Aguilar, *sanchista*, el Capitán francés Gullon, varios individuos de tropa y el mismo denodado Coronel Calderón, aprehendidos días

después del incomprensible descalabro de San Antonio, fueron incontinenti pasados por las armas en Ibarra; D. Nicolás de la Peña y su esposa la señora Rosa Zárate, tomados en Tumaco, fueron asimismo fusilados; D. Carlos Montúfar, que consiguió escapar, mediante oportuna fuga, de los fervorosos odios del momento, salió con gruesos grillos, á principios del año siguiente, camino de Panamá, donde se conservó en presidio, hasta que ciertas felices circunstancias le permitieron evadirse; y, por fin, los dos Marqueses rivales fueron apresados y confinados en Loja.

Sólo Pantorrés había obtenido ya un empleo de Montes, juzgando terminada para siempre la causa de la Patria.

Verdad histórica, hecho confirmado y que no puede ponerse en duda, es que la guerra de la independencia fué guerra de hijos de españoles contra españoles: los indios, propiamente tales, los negros y muchos mestizos, se eran *res nullius*, esto es, propiedad del primer ocupante, dado que la recluta los convertía, ora en soldados del Monarca, ora en soldados de la Patria. Así se comprenderá, pues, cómo fusilados algunos Jefes, desterrados otros, la paz pareció haberse afirmado en Quito.

El pueblo, además, se ha dicho con razón, se encuentra casi siempre bien avenido con la rutina.

Es cierto que el clima benigno nuestro, la temperatura invariable, tibia y deliciosa, sin estaciones ni cambios, produce los efectos debilitantes de un baño caliente indefinidamente prolongado, agradable pero enervador; mas, es cierto también, que las cualidades del alma, si bien son adormecidas en ocasiones por las influencia exteriores, se despiertan cuando se las excita y se muestran en su temple verdadero.

XV

El General D. Toribio Montes, que conoció de luego á luego la docilidad de nuestro pueblo, así listo para entrarse á ejercicios espirituales en la casa de San José del Tejar, ó sea de Recoletos de la Merced, y darse ahí penitentes azotainas, como para capear un toro y aún matarlo; así para empuñar el fusil y constituirse héroe en el combate, como para cubrirse el cuerpo con un hábito de betlemita y el rostro con un antifaz, y andarse por esas calles de Dios, disfrazado de tan original manera, haciendo desternillar de risa á los transeuntes, con sal y gracia extraordinarias. El General, digo, que en breve comprendió que el pueblo tenía grandes aficiones al *panem et circenses*, al terminar mayo de 1813, publicó é hizo jurar la famosa constitución que el año anterior se dió en España, y á fin de solemnizar *el fausto acontecimiento*, dispuso asistencia á la Iglesia Metropolitana, canto del *Te Deum* y corridas de toros.

Para ser del todo franco é imparcial, debo decir que, hasta aquel día, los vecinos de San Francisco de Quito no salían de sus casas sino á los más premiosos quehaceres y se restituían al hogar de prisa, dejando escuetos y solitarios portales y cailes, en vía de muda protesta contra el Gobierno español, apoderado otra vez de nuestros destinos, después de tres años de un ensayo de autonomía; mas los preparativos de las *fiestas*, cosquillando la natural curiosidad y congénita vocación á lo cornúpeto, hicieron que prinsipiacen las gentes á salir "á darse un paseo" por la plazuela de Santo Domingo, donde se verificaría la corrida y, por último, que no quedase bicho con calzones en sus cuatro paredes, cuando los clarines y los lejanos silbos y gritería anunciaron la presencia del *novillo del encierro* en la plaza....Pero vamos despacio y desde el principio.

A mi edad aquella, sin cometer perfidia, están los hombres dispensados de ser á todas horas pertinaces. Con la máxima precedente, pretendo disculparme de mis visitas cuotidianas al lugar de las fiestas, al ir y al volver de la escuela del maestro Castaños. Lo cual me permitió, desde que comenzó la obra de tablados y de barreras, presenciar el progreso de los importantes trabajos.

Excepto en Méjico y Lima, en ninguna otra ciudad americana, que yo sepa, construyeron los españoles plazas de toros propiamente tales, y de aquí el que, para saciar su invencible afición á ver correrlos, en Quito, Cuenca, Guayaquil, Ibarra y Riobamba, se necesitase habilitar *ad hoc* una placeta en los grandes día.

He dicho que la elegida en esta ocasión para el efecto era la de Santo Domingo, vasto coso á cuyo rededor, mal que pese á los dueños de la casa, se levantaron los tablados, y cuyas bocacalles esquineras se cerraron con estacadas y cueros de buey, lo cual daba ya un aspecto taurino á la plaza.

Tras el ángulo en que desembocan las calles del "Mesón" y de la "Loma" estaba el toril con su respectivo *trinquete*, palabra naútica con que se designaba el potro en que las pobres fieras debían recibir, cosidas á la piel, la ensilladura de las ricas y bordadas *cólchas* ó los *patacones* y monedas de oro previamente agujereados, las primorosas guirnaldas y los viesosos lazos de cinta del cerviguillo y de la cola.

A los lados del toril, lugar preeminente, se levantaban seis palmos más que los otros los palcos del Excmo. señor General don Toribio Montes y del ilustre y leal Ayuntamiento, adornados con cortinajes, grímpolas, colgaduras y otros paramentos de los dos colores de la bandera, y, entre ellos, leoncicos de hoja de lata, que los muchachos abobados contemplábamos, sin saber á punto fijo si eran gatos ó alguna otra alimaña.

Qué multiplicidad de colores reinaban en los demás tabladillos! Todos los tapices, cobertores, tapetes, damascos, muselinas, y hasta los rodapiés y sábanas de las casas habían en esa ocasión salido á lucir como adornado de las andamiadas aquellas, bajo las cuales las *llapingacheras*, buñoleras, melcocheras y vendedoras de puerco

hornado tenían plantados sus reales que, con las tufaradas, conservarían sin cesar las bocas de los vecinos del piso superior hechas un agua, naturalmente de apetencia....ó de bascas.

Los grandes sillones, con su estiramiento propio—también entre los muebles hay algunos que se dan importancia,—estaban aún vacíos en los palcos, supuesto que no era de *buen tono* el que las Señorías y Mercedes concurriesen al capeo del toro de las doce, de la entrada, de la descubierta ó del encierro, como se lo llamaba; y que, en verdad, no era tampoco un toro formal y completo, sino uno de los bueyes cabestros, sin *colcha* ni cosa que lo valga, que se sacaba á la arena con el exclusivo objeto de impedir el fastidio de los aficionados, constituídos en la plaza desde la aurora para no perder ni la música de martillos de los operarios, què daban la última mano á la compostura de esos como retablos de nacimiento ó monumentos de Jueves Santo en villorrio como ya lo expresé, denominados *tablados* por antonomasia.

Mas, quizá algún sabio coronista haya descrito ya las corridas, y, enemigo como soy de ejercer profesión de eco, pongo aquí punto, y diré sólo: primero, que aquellas fiestas no fueron de las eximias, supuesto que no hubo oro y pedrería en los matadores y jinetes de los toros, ni cadenas de plata para el acarreo de la chamarrasca, ni cooperación de la mayor parte de la gente rica, comprometida en la revolución; y, segundo, que don José concurrió á los festejos, á pesar de lo reciente de su duelo, aunque á hurto, y colocándose á retaguardia en los palcos, manifestando así que, si algún dolor le había quedado por la muerte de su esposa, era el dolor de no ver los toros en paraje donde á él se lo viese. Yo, que no tenía de quien recelarme y que gozaba de sinnúmero de localidades apropiadas para mirar á mi gusto el toreo y aún estar próximo y casi en contacto con los brutos,—pues con mis camaradas nos apoderamos anticipada y preventivamente del madero superior de una de las barreras,—yo, digo, gocé de la íntima é inefable fruición de pinchar con una lezna á las fieras, siempre que pretendían forzar el palenque hacia la parte donde nos constituímos con algunos otros discípulos de maestro Castaños.

XXVI

Mi afán por presenciar los mil incidentes de la plaza, provenía con mucho del carácter de relator de los referidos incidentes, á que me obligaba Aurora al regreso a casa.

—Hoy, hija mía, hubo seis peloteados, le decía asumiendo la seriedad consiguiente á un cronista. Sólo un *gateado* de Pedregal aventó á cinco cholos, á uno de los cuales tuvo pataleando en el aire como un cuarto de hora.

—Jesús me valga!

—Figúrate, hijita, que el pobre bajaba y el toro lo recibía en las astas, y lo tiraba otra y otra vez al aire, hasta que se acercó un vaquero á caballo y le clavó el *apartador* al dicho gateado, que si no.....

Además de la natural inclinación á ponderar que poseemos, juzgo que me incitaba á las exageraciones el susto pintado en el rostro de la chiquita mientras verificaba mis relatos. Susto que se convirtió en pánico cuando le conté cómo un atezado, bravo como un demonio, rompió las vigas de mi barrera y cayó al otro lado sobre nosotros, que nos salvamos por milagro de Dios debajo de una piel de vaca, por encima de la cual pasó pisoteándonos la fiera.

Huélgame mucho referir estas pequeñeces que constituyen la vida del corazón; y mi espíritu rumia con delicia, con éxtasis, estos recuerdos que le restituyen á una época que, en la existencia individual, puede compararse á la del hombre antes de la salida del paraíso.

Temblorosa, sin ánimo casi ni para hablar, Aurora se puso á contemplarme y como á investigar en mi rostro el daño que me hubiese causado el bruto en el percance referido.

—Nada, chiquilla, nada tontita linda, nada, nada me ha sucedido, le dije, acometido por los remordimientos de mi dañado prurito de exageración.

—Mira, Antonio, tu no me quieres, exclamó al fin.

—¿Y de dónde sacas semejante adefesio?

—De que te expones á los peligros....De que no piensas en que yo moriría si á ti te sobreviniese alguna desgracia.

Y esto lo balbuceó pugnando con el empeño de brotarle las lágrimas. Cosa que me conmovió tan sabrosamente, que tuve la crueldad de atizar otra vez la congoja del querubín.

—Oh! No digas eso. Yo no hago falta á nadie en el mundo. ¿No ves cómo para mi madrecita misma soy carga pesada? ¿No ves como la pobre se afana, trasnocha, se mata, para proporcionarme una camisa nueva, ó un libro de los que pide el maestro Castaños?....Mejor sería morirme....

—Calla, calla, por Dios! gimoteó sin pretender más sujetar el llanto. Yo, yo, soy esa....yo, que no tengo á nadie en el mundo....yo que no recibí nunca las caricias de mi padre, muerto antes que yo naciese....prohibido de Dios hasta de conocerme....yo, cuya madre tuvo pena de morirse sólo, y lo conocí, sólo porque no le era dado llevarme consigo....¿No te acuerdas cómo hizo con la mano en el momento de bendecirme? ¿No te pareció que hacía señas á mi alma para que la siguiera? ¿No viste que, al hundirse en el abismo de la muerte, se cogía de mí con la mirada, para arrastrarme con ella á la eternidad?....

Lo he dicho otra vez, mas juzgo necesario insistir en ello, á fin de que no padezca detrimento la verosimilitud de melto: Aurora era un sér excepcional, sazonado precozmente por la desgracia así como ciertas mieses maduras por las escarchas, á expensas del desarrollo físico; de modo que contrastaban su pequeñez, su tenuidad perdóneseme la palabra, su anemia, con la exorbitancia de la vida espiritual. Yo la encontraba imcomparablemente más *sabia* que el maestro Castaños y aún que Castillo, sobre todo en eso que no podía yo definir cuando chico, pero que ahora denomino las adivinaciones del genio.

—No, hijita mía, le contesté, medio inspirado también, ó como influído por los contagios, de su alma perspicaz, no, no estás sola en la existencia: es falso que yo

quiera morirme; al contrario, quiero vivir y ser grande y fuerte para defenderte, protegerte y ser todo aquello de que tú careces: tu papá, tu mamá, tu hermano, tu marido—aquí me ruboricé como un tomate—Por eso, especialmente, deseo ser soldado, para llenarme de gloria en los combates, ascender á teniente, á capitán, á coronel, hacerme así merecedor de mi hijita, de mi hermanita, de mi mujercita....

Al llegar á este punto, no sólo no me ruboricé, sino que enardecido por el entusiasmo de mi propia elocuencia, hasta abracé á Aurora, que sonreía, á pesar de sus ojitos empapados, como escintila y lanza rayos de mil luces, reflejando el sol, la gota de rocío que pende de los pétalos de una rosa.

—¿Me das permiso para que me haga soldado?

—No, porque han de matarte, como mataron á tú.. .

Se calló porque comprendió que iba á herir mi corazón con el recuerdo.

—Es cosa distinta, le repliqué: á mi pobre padre le tomó un ejército entero dentro del cuartel; los comprometidos no acudieron, además, á tiempo. Castillo me ha dicho que el heroísmo, en vez de salvarle, le sirvió para perderle.

—No, por Dios, no hablemos de eso. Yo soy tan desgraciada que han de matarte. Todas las noches, antes de quedarme dormida, pienso, pienso tanto en mi desgracia, pienso, pienso tanto en ti, en que debes ser feliz, que me duele el pensamiento....

—Gracioso! ¿qué es doler el pensamiento?

—Doler el pensamiento es doler aquí—poniendo el dedo en el entrecejo,—á fuerza de pensar mucho en alguna cosa. Algunas noches también siento á mi madre que viene, me abraza, me oprime y me lleva consigo. ¿Sabes que eso debe de ser la muerte repentina?

—¿Qué?

—El llegar una persona, que nos quería y que murió antes, abrazarse de nosotros, estrechar nuestro cuerpo contra el suyo, oprimirlo más y mas, sacarnos el alma, é irse llevándola.

—Déjate de bobadas, chiquilla. El instinto, el corazón, Dios que es tan bueno, me dicen que has de vivir largo, y que yo, asimismo, he de salir con felicidad de las batallas y he de llegar á ser algo de provecho, y que hemos de ser felices, porque, para eso, fueron desventurados nuestros padres.

Nada replicó á esto Aurora, y antes, asiéndome la mano, me dió como tácito permiso para que me entrase soldado: ó acaso, y es lo más probable, temerosa ya de desagradarme, no quiso insistir contrariándome en lo de mi intento. A veces aún estoy por creer que esa niña, vieja por la madurez y el sacrificio, adelantaba entonces mismo en su interior la resolución de lo que más tarde había de poner en planta.

XXVII

Consecuente en mi propósito de no relatar sino aquello que presencié, nada debo decir acerca de los hechos, virtualmente relacionados con nuestras emancipación, que, después de los acontecimientos de San Antonio, se realizaron en el Norte: tales como los varios triunfos de Nariño, la derrota y prisión de este valeroso, patriota y desgraciado caudillo y, por último, su destierro á Cadiz.

Diré sólo que, al acercarse á Quito la escolta que conducía al General, el pueblo noble, abnegado y heroico siempre, preparó de prisa un golpe para arrancar á Nariño de manos de los verdugos que le conducían; pero, denunciado el proyecto, sospecho que por Rey ó Pantorrés, el presidente Montes ordenó que de Guaillabamba se trasladase al prisionero, por el valle de Puembo y faldas orientales del Ilaló, á Chillo, para sacarlo por Uyumbicho al camino de Latacunga, sin tocar en la Ciudad del 10 de agosto.

Tampoco hablaré, obediente al mismo propósito, aún cuando con verdadero pesar, de las penalidades del Coronel Carlos Montúfar en las prisiones de Panamá, de su

fuga, de la actividad con que en el Cauca organizó, en compañía de otros patriotas, los batallones que, tras los descalabros de Ovejas, Pital, Mondoma y Tembladera, obtuvieron el brillante triunfo del río Palo, en el cual Montúfar y Servies, que comandaban respectivamente la derecha y el centro, atacaron á la bayoneta las fuerzas superiores y aguerridas de Videurrázaga, para ser por último destrozados en Tambo. Derrota que, sobre ser decisiva contra los patriotas del centro ocasionó que el constante, el paciente, el desprendido Montúfar fuese fusilado en Buga.

¡Pobre martir! Otro de los progenitores de nuestra emancipación, olvidado por algunos, desconocido por otros, á quien, si, á quien ¡bien merecido se lo tiene! debemos, en cumplimiento de la sagrada deuda de la gratitud, erigir una estatua en alguna de nuestras ciudades.

Pasaré en silencio, asimismo, la calma, el abatimiento llamémoslo más bien, en que los patriotas cayeron á consecuencia de las malas nuevas que, tocante á la revolución, llegaban de todas partes; los refuerzos formidables con que España robustecía, su causa en América; las persecuciones de que fueron víctimas las personas más notables de Quito, según se dijo "contra la voluntad del señor Montes"; la sustitución de éste por Ramírez; el casi asesinato del doctor Ante; la ninguna esperanza, digámoslo por fin, que nos quedaba del Norte, una vez vencidos los últimos recursos de los patriotas, y del Sur, que hasta entonces para nada había contribuído á favorecer la independencia.

Digo mal: en esos mismos días, en premio de nuestros dolores y de nuestra constancia en los varios años, en los eternos tiempos de tantas contrariedades y desiluciones, llegó don Mariano Castillo, portador de noticias de tal magnitud que, por sí, bastaban á compensar las amarguras pasadas y á volver por la honra de nuestros hermanos de la costa, á quienes los impacientes de la sierra acusaban de impasibilidad é indiferencia respecto de los intereses americanos, cuando no de adhesión á la esclavitud y al caduco régimen monárquico.

Don Mariano venía sólo de Ambato; pero nos traía

las nuevas que de Guayaquil habían llegado dos ó tres postas sucesivos y que, entusiasmando aquella siempre liberal población, originaron varias asociaciones políticas secretas para los trabajos subsiguientes.

¿Cuáles eran estas nuevas? ¿Poseían, en verdad, una importancia efectiva? ¿No eran acaso de aquellos insignificantes episodios que exaltan la fantasía pueril, crédula, susceptible de entusiasmo delirante de los revolucionarios? ¿Podría influir, de manera más ó menos poderosa, en el desenvolvimiento de los sucesos prósperos para los independientes?

Sí: no era posible dudarlo. Y los acontecimientos ulteriores demostraron, no mucho más tarde, que lo sucedido en Guayaquil el memorable 9 de octubre de 1820, serviría grandemente al triunfo de la magna causa, abrazada ya con ardor por cinco futuras Repúblicas. Junto con la noticia de la libertad de Guayaquil—Sí, Señor: libertad!—nos llegó también, por fin, la nueva de la victoria de Boyacá, ocultada hasta entonces merced á la incomunicación en que vivíamos y á las precauciones del suspicaz y desconfiado Presidente.

—¡Guayaquil libre, decíanos Castillo, Guayaquil libre! la emancipación, la República están tocándonos á las puertas: dinero, facilidades para la comunicación, armas y hasta tropas tenemos hoy. Somos un mendigo, un malaventurado que, en la víspera del suicidio por hambre, por desesperación, se encuentra rico, opulente. ¡Viva la independencia, viva la libertad, viva la República!

En realidad el que había estado á punto de suicidarse era don Mariano, conforme él mismo nos contaba á mi madre y á mí: oculto en los alrededores de Ambato, desengañado acerca de las antiguas aspiraciones, sintiendo el alma fogosa sofocarse en la estrechez de algo como una jaula de fieras en cuyos hierros desgastaba inutilmente las uñas y los dientes, por decirlo así, de una voluntad, de una energía formadas para la lucha, para la guerra, para la sangre. Allí en su escondite, recibió uno de los postas que, en todas direcciones despacho la Junta gubernativa de Guayaquil, y corrió á la población en busca de los amigos, de los copartidarios, á fin de organizar asociaciones que pusiesen disponibles los pocos elementos de

que aún podía disponer la emancipación. En seguida, se vino á Quito de posta *él propio*, para darse la no pequeña complacencia de narrarnos *él mismo*, el fausto acaecimiento.

Castillo estaba enfermo y envejecido por la inactividad y la desesperación: desde su partida á Ambato, poco después de la muerte de doña Cándida, como antes quizá se ha dicho, había tenido que entregarse á una existencia opuesta á los bríos de su espíritu: el pensamiento en los hombres poseedores de *alma que vive* es una especie de dinamita que está incesantemente haciendo explosiones tremendas.

—Cáspita!, muchacho, me decía tomándome con inusitada cordialidad de la cabeza, tú sí que has crecido y te has robustecido como un becerro; mientras á mí se me han fugado los cabellos y se me han desertado los dientes, y me he convertido en una caña delgada, endeble ¡ay! acaso inútil para sostener las penalidades de la campaña y hacerme matar en el campo de batalla. No debí haber vivido para esto: cuánto siento que los brutos del 10 de agosto no me hubiesen muerto y remuerto de veras.

—No diga usted eso, querido maestro mío: la vida de campaña le vigorizará pronto. Quiera Dios que no tarde el día en que haya necesidad de salir á unirse con algún ejército, á unirnos, sí señor, porque yo iré con usted....

¿En realidad, chiquillo? Saldrás tú? Partirás tú? Marcharás tú también?

—Sí, sí, sí, con tal que usted no diga nada á mi madre; con tal que nos preparemos á ocultas de ella, la pobrecita; con tal que yo me escape el día menos pensado....

—Ven, animalito, abrásame, así, duro, más duro.... aprieta sin miedo. ¡Cómo se conoce que eres hijo de tu padre y educado por mí! Llámame *maestro*, te autorizo para ello, tontarrón....sin escrúpulos....abraza fuerte....

Si no temiese equivocarme, aseguraría que ¡cosa imposible! don Mariano Castillo se enjugó los ojos con las mangas de la levita.

XXVIII

Desde la conversación aquella que relaté, no había vuelto á hablar con Aurora respecto de mi partida, y cuando alguna vez incidentalmente insinuaba yo, aunque fuera de un modo remoto, lo de nuestra separación, ella cambiaba, con la habilidad de que las mujeres de talento están dotadas, el asunto de nuestra charla; y, de tal modo, no volvió nunca á contrariar mis resoluciones ni á favorecerlas, al menos con un silencio que hubiera podido interpretarse como un tácito consentimiento. Noté, eso sí, que desde la ocasión aludida, no se manifestaba contenta cuando delante de ella se referían incidentes, de cualquier naturaleza que fuesen, relacionados con el enorme incendio que se extendía por el continente entero, devorando con las destructoras lenguas un poder robustecido por tres siglos de poder indisputado. Con lo cual, y con sus otras bondades, y con las caricias de mi madre, encontraba tan fácil, tan natural el ser feliz, que continuaba admirándome de que no todos lo fuesen.

Pero era necesario volver á tratar del asunto, no siendo posible que yo me escapase sin decir una palabra de despedida, sin estrechar quizá por última vez la mano de ése mi angel bueno, mi segundo angel de la guarda. Y más cuando el corazón me anunciaba un no sé qué indeterminado, vago, fluctuante, pero no, por cierto, parecido á la dicha.

Sí, discutido el punto detenidamente con Castillo, resuelta la partida, comprometida con él mi palabra, fuí acometido, no diréde arrepentimiento, pero sí de una congoja, de una aflicción, que antes nunca me habían torturado. ¡Ah! Dios mío, por qué me obligué á una empresa superior á mis fuerzas! ¿Cómo, con que valor dejaré esta pobre casa, á la cual me unen aún los vínculos de tantas desdichas? ¿Cóme podré recibir la última bendición habitual de mi

madre, la noche anterior al día de la fuga? ¿Cómo ¡cielos! me arrancaré de junto á mi Aurora parte integrante de mi alma?

No habría, os lo aseguro, realizado la oferta á Castillo, si las propias angustias no me hubieran obligado más y más á llevarla á cabo. ¡Cosa extraña que nuestra misma debilidad nos impela en ocasiones á las grandes empresas!

En verdad: buscando quizá quien me retrajera, acudí al P. Adeodato, cuyas burlas acerca de lo que él llamó quijotería y muchachadas irrealizables, estimularon tan poderosamente mi amor propio, que desde ese momento, aunque la aflicción no cesó, yo me habría hecho fusilar, á ser necesario, á fin de probarle al buen sacerdote que no era ya el chiquillo feble, desvalido, que él estaba acostumbrado á mirar.

Después, fuí á casa de Pantorrés, con el objeto, nada caritativo por cierto, de excitar su envidiosa aflicción, recordándole la gloria de que se habían llenado Febres Cordero, Letamendi, Urdaneta, Escobedo, Elizalde, Roca, Vallejo, Lavayen y los demás promóvedores del famaso hecho de Guayaquil, y la de que se llenarían ellos y *otros* más, que preparaban medios de llevar adelante la emancipación de la patria.

De ahí pasé á la habitación de Peñamar, á quien relaté de plano mi propósito y de quien recibí buenos consejos y, lo que era más valioso, el ofrecimiento de consolar á mi madre después de mi partida y de visitarla con frecuencia.

Sírvase usted decirme ahora, señor lector, ¿me era dado, después de todo esto, dejar de partirme *á la guerra*, como me repetía á mi mismo con tanta fatuidad pueril? Y luego mis antiguas conversaciones al respecto con Aurora ¿no pasarían á sus ojos por fanfarrias ridículas, caso de que yo me quedase, cuando se presentara coyuntura para una expedición?

Las ocasiones que se buscan llegan siempre. Mi madre no estaba en casa: una tarde,—cerca de oscurecer es el mejor momento para las confidencias, para las confianzas, para quitarnos de encima el peso de una idea que debe convertirse en pensamiento comunicando á una persona

ó á las personas que nos rodean.—Una tarde digo, Aurora sentada cerca de una maceta de trinitarias que ella cultivaba con esmero, haciendo esfuerzos de vision para concluir una costura, cantaba entre dientes, subía y bajaba apaesuradamente la mano, con la aguja asida por el índice y el pulgar; con el rostro inclinado sobre la tela, fija en las rodillas, hizo la que no me veía acercar, cuando yo, andando de puntillas, me encaminé á ella,—y digo que hizo la que no me veía, porque al ponerme á su lado, aunque no levantó los ojos, noté algún sonrojo en la alba frente, sombreada por la abundante, crespa y dorada cabellera.

—Mucho trabajas, Aurora, le dije.

—No tanto, como debiera, me contestó: la costura, además, es un gran entretenimiento.

—¿Entretenimiento? Lo será de las manos; en cuanto á la imaginación, juzgo que andará suelta.

—Pues, por eso entretiene. Figúrate que ahora mismo recordaba á mi madre y pensaba en unas cuantas cosas, que talvez hubieran sucedido si ella no hubiese muerto.

—¿Qué cosas?

—¡Curioso! Y para qué quieres saberlas?

—¡Pícara! y tú por qué quieres ocultármelas?

—Porque no te importan nada.

—¿Porque no me importan nada, Aurora? ¿Hay por ventura algo tuyo que no me importa mucho, muchísimo? ¿De cuándo acá me supones indiferente á lo que te pertenece? ¿De cuándo acá me guardas un secreto, manifestándome antes que me lo guardas? Ah! Aurora, tu estás cambiando para mí, y esto no es nuevo, no: tiempos hace que me parece encontrarte reservada, sin confianza conmigo, menos amiga, menos hermana mía.

—¡Antonio!

—Sí, Aurora, es la pura verdad: no me buscas ya, no me hablas con la intimidad que antes, casi no me miras: alguna ocasión he creído contrariarte al llegarme á ti, no exagero, te he visto ruborizar, desasosegarte, quizá fastidiarte....

—¡Antonio por Dios!

—Sí, sí, sí. Y esto, Aurora, me desespera, esto me mata, esto me hace pensar de nuevo en quitarme de tu lado, en alejarme, en ir á unirme al primer ejército que asome.

—Ah! ya caigo en la cuenta: buscas pretextos, Antonio, para volver á pensar, para volver á hablarme de lo que tanto me duele, digo mal, de lo que tanto me dolía cuando yo era chiquilla. ¿Piensas todavía en eso? Los años no te han dado juicio? ¿Eres aún un muchacho novelero, capaz de proyectar esas tonterías que me.... que aflijen á tu pobre madre? ¿Serás capaz de arrancarte de *ella*, que no podrá vivir sin ti, que te seguiría á pie, descalza, de rodillas, á todas partes, á fin de no separársete una hora, un minuto, un segundo....?

Y cortando el hilo de la costura con los dientes,—tijeras que más á mano tienen siempre las mujeres,—y mirándome con atención con los ojos lacrimosos, el rostro encendido, la voz anhelante, continuó:

—Yo no te detendría, Antonio, no tengo derecho para ello, ni aunque lo tuviese, no me opondría á tu voluntad, ni te daría el disgusto de contradecirte. Mucho tiempo hace que reflexionando en eso en *eso* que dices, he comprendido que mi comportamiento debe ser el que acabo de expresarte. Pero estás bromeando conmigo ¿no es cierto?

—Por desgracia, no, Aurora, no chanceo: de Quito se han dirigido propios tras propios á Guayaquil para que salga cuanto antes el ejército á recibir los hombres de la sierra, que desean incorporarse en él, que desesperan por acabar con el gobierno español, con los aborrecidos Ramírez y Aymerich. Castillo me ha asegurado que dentro de ocho, de diez, de quince días á más tardar, sabremos que nuestros deseos se han cumplido y que volverá á comenzar la guerra, que se temía hubiese ya terminado.

Aurora, pálida, temblorosa, por toda contestación, me asió la mano con la suya, fría, helada como la de un muerto, me la estrechó, sin poder proferir palabra alguna, y á la postre me abrazó un buen rato. sollozando, empapándome de lágrimas el pecho.

Tuve que darle un ligero empelloncito para despren-

derla de mí, al ver asomarse á Castillo. Aurora corrió á ocultar sus lágrimas.

El pensamiento, más rápido que la electricidad, comparó en el acto mismo la lágrima que noté en D. Mariano cuando le anuncié mi partida, con el llanto de Aurora al dejarle traslucir mi próxima separación: del primer modo, me he dicho después, lloran los hombres, los amigos; del segundo modo las mujeres, las madres, las esposas. Ellos se conmueven cuando encuentran quien apoye sus ideales, quien coopere al triunfo de un negocio, de un interés, de un partido; ellas cuando nos separamos de su lado, cuando su corazón no podrá apoyar al nuestro en el dolor ó en el conflicto.

Las HH. de la Caridad desenvuelven su heroicidad en los campos de batalla, para remediar las *heroicidades* de los héroes.... El egoísmo de los amigos, de los camaradas, de los hombres que nos circuyen, ha producido en mi corazón el mismo efecto que el sol abrasador en los desiertos: ahí en los caldeados arenales se momifica en seguida el animal que cae. A mi, gracias á Dios, el contacto con los hombres no me ha podrido el corazón, aunque si me lo ha secado.

Lector mío, si deseas cariño en cualquiera de sus vivificantes formas, sólo, sólo lo hallarás en las mujeres....

Pero no por esto dejes de buscar entre tus amigos uno suficientemente bondadoso que te censure tus defectos ó se lamente á grito herido de tus vicios ó te apadrine en un desafío. Las mujeres dan de comer al menesteroso; los hombres nos instan para que bebamos. Lo cual encierra una filosofía completa.

Aunque lo anterior no lo expreso propiamente por Castillo, sino por el mal prurito en que caen los viejos de filosofar y de ser pesimistas. Castillo me quería, y estoy cierto de su afecto, porque menor que él, ignorante, pobre, y además su protegido, no había motivo para inspirarle los celos, las rivalidades, ni siquiera provocarle el rubor de haber recibido un beneficio mío, causas que engendran el *cordial cariño* de Caín en muchos individuos.

Es coincidencia notable por repetida, esta de que se nos presente una persona cuando la nombramos, ó que

se nos sugiera ó se nos ocurra una idea, una palabra, una acción en-simultaneidad con las acciones, las palabras ó ideas ajenas, y aún con los acontecimientos. D. Mariano, cuando se presentó en casa, casi en el instante de nombrarle, iba además á buscarme, para hacerme saber que trasmitida la noticia de la proclamación de la independencia de Guayaquil, á los patriotas de las poblaciones serraniegas, éstos, entusiasmados é impacientes, salían de todas partes desenterrado sus armas á unirse con las tropas que se sabía ya expedicionaban de la costa hacia el interior.

—Una de estas partidas, añadió, acaba de atacar y vencer al destacamento que marchó hace un mes de aquí para estacionarse en Machachi. Los nuestros poseen esas armas y acaso necesitan gente para emplearlas. Arriba, pues, Antonín, arriba: á preparar los bártulos, que trasmañana pegamos el madrugón.

—Pero....

—No hay pero: ya sé que vas á decirme que quieres partir mañana, hoy, en este rato. Creeme que yo pienso lo mismo que tú; mas, antes de salir, necesito poner en circulación unas proclamas que el Coronel Urdaneta nos ha remitido de Babahoyo; ¡que proclamas hijo! Nos habla en ellas del inicuo yugo español, del deber en que estamos de sacudirlo, de la protección que recibiremos del Cielo para salirnos con la nuesrra, de las infamias de nuestros opresores, de que la hora del castigo á los tiranos ha llegado....

—No digo eso: sino que, más bien, ha de ser necesario que retardemos un poco la salida, á fin de....

—¿A fin de qué? Retrocedes, mocoso? ¿qué? ¿qué, qué? esplícate presto, bribón....

—No, señor, no retrocedo: estoy á sus ordenes, querría sólo disponer mis vestidos, alistar algo de lo que pudiera ofrecérseme, dije para disculparme.

—Ah ¡magnífico! Esta es otra cosa, agregó riéndose de buena gana. Tienes razón: para ir á los combates necesitas casaca de baile, pantalón corto, sombrero de pico, guantes blancos, zapatos de charol. Mira, gran bruto, basta y sobra con tener manos para sostener y disparar el mosquete, y ojo derecho para apuntar. En cuanto

á ropas, es muy conveniente un pellejo que resista á las espinas de los matorrales, á los guijarros de la cama de madre tierra, á los planazos de los jefes, y que tenga la propiedad de cerrarse pronto y por sí mismo cuando le abran ojales las balas de la infantería y las lanzas de la caballería.

Si ello no te gusta, melindroso, ya puedes quedarte pegado, pegado á los follones de tu madre y abrazado de la Aurorita....

—Alto ahí! No tiene usted derecho de insultarme, repuse sin poder contenerme. Eche usted á andar en el acto, y ya verá usted si me quedo atrás. Dios querrá que nos veamos en el campo de batalla, y entonces me insultará usted, si tiemblo y me muestro cobarde.

—Bien! Bien! Así me gustas: así estás hermoso, Antoñito; no enjugues esas lágrimas del pundonor: ese llanto es bueno, eso, ese es el que se convierte en creciente, en aluvión, en formidable poder para la realización de cosas grandes....

Trato concluído, punto en boca, secreto sacramental, y pasado mañana al aclarar me aguardas en el Machángara. Palabra de honor, chicuelo, trae la mano. ¿Palabra?

—Palabra....

XXIX

No olvidaré jamás la noche aquella. Poco después que salió Castillo, me sentí anonadado; pasada la excitación del momento, caí de nuevo en las anteriores torturas; algo más, seré franco....en verdadero arrepentimiento. ¿Pero cómo hacer? ¿Podía volver atrás en los compromisos adquiridos con Aurora, con Castillo, con Peñamar, con el P. Adeodato, conmigo mismo? ¡Cuántas veces me repetí las anteriores preguntas, sin hallarles respuesta! ¡Cómo se reagravaron mi indecisión y lucha cuando entró mi madre y me habló de asuntos insignifi-

cantes en otras circunstancias, mas entonces, según me parecieron, relacionados con mi fuga, quizá adivinada por la pobrecita viuda!

—En la semana entrante, dijo, tendré muchas ocupaciones y será menester que me ayudes.

¡Ay! Pensé, en la "semana entrante" estaré quien sabe dónde y ¡mal hijo! no podré ayudarte de ningún modo, mádre de mi alma, sino, al contrario, complicar tu trabajo con los trabajos que te traerá mi ausencia imprevista.

—Aurora, el angelito de Dios, continuó, abandonada de todo punto por su padrastro, que no asoma á la casa ni se acuerda de ella sino para regañarla, no tiene ya ropas para salir á misa y á fin de pagarlas, tú, ella misma y yo tenemos que ocuparnos más que de costumbre. Pobrecita que cariñosa es. cuán humilde, cuán dulce: es imposible conocerla, tratarla y no amarla.

Comprendí ahora que era una mala acción la que yo iba á cometer. ¿No lo era por desventura el hurtar mi trabajo, mi ayuda, á mi madre y á Aurora?—En mis interiores recriminaciones llegué hasta á compararme con Rey, el prófugo del deber doméstico, el desnaturalizado, el descorazonado.

La conversación continuó, poco más ó menos, rodando, versando acerca de puntos todos, todos pertinentes á mi proyecto, sometido á una discusión íntima de mi espíritu, amarga, dolorosa, cruel.

Felizmente la intensidad de la labor del alma debió de agotar las fuerzas del cuerpo; pues, así como me acosté me dormí, tan por completo, tan bestialmente, que mentiría si dijese que al menos soñé con algo: fué un dormir pesado, propio de muchacho, como piedra, según gráfica expresión del vulgo.

El amanecer, las luz que ilumina las tinieblas del pensamiento lo mismo que aclara la naturaleza externa, me volvió á las cavilaciones de la víspera pero ya no á la intensidad del dolor: antes bien mientras me vestía pensaba en todos aquellas argucias del amor propio, que nos impelen á los mayores sacrificios, impasibles, cuando no satisfechos ó contentos. Veíame envidiado por mis condiscípulos, admirado por el maestro Castaños, llorado

y echado menos,—cosas extravagantes que gustan también,—por Aurora, nombrado por los vecinos, *tenido como hombre* por todos.

El día lo pasé casi sin discurrir acerca de nada; pues la aglomeración, la superposición digamóslo así de ideas, no me permitía detenerme en ninguna: estudiosamente, esto lo recuerdo bien, rehuí la presencia de mi madre y de Aurora. Recuerdo bien, además, que, por la tarde, al encontrarme con Rey en el zaguán, le negué la salutación habitual y hasta me le sonreí con menosprecio. No sé si lo notaría, aunque hice lo bastante para que mis actos no pasaran inadvertidos.

A la hora acostumbrada, á las nueve de la noche, me daspedí de mi madrecita y, al besarle la mano, se la estreché con amor contra mis labios; ella correspondió mi ternura,—¿Le predeciría algo el corazón?—besándome varias veces la frente.

Sentí comprimido el pecho, pero no lloré. Al empezar á desnudarme se me ocurrió ir en busca de Aurora, mas desistí de la idea y me acosté. El sueño estaba lejos, la cabeza me ardía, las sienes me latían con violencia, una cuerda ó una mano fortísima me apretaba la garganta: escuchaba, prestaba atención, hoy por primera vez al chisporroteo del velón de sebo y sobre todo al murmullo entre dientes del rezo nocturno de mi madre, sentada junto á su lecho. Mañana estaré lejos, no la veré, no la oiré....Sí, sí la veré, me quedo, no me voy....Así pasó una hora, acaso más, un ligero ruido me atrajo la vista hacia la puerta, se abrió ésta suavemente, y penetró Aurora quien de puntillas se acercó á mi madre y habló con ella largo, en voz tan baja que me fué imposible atrapar siquiera una palabra. ¿Hablaban de mí? No me quedaba duda de ello ¿Le refería acaso mi resolución? ¿Había previsto que la madrugada siguiente debía verificar la fuga? ¿Se lo oiría á D. Mariano? ¿Se me impediría en consecuencia, la partida? ¿qué sería de mí entonces? ¿qué pensaría Castillo de mi quedada? Ah¡ seguramente iban á repetirse las ofensivas expresiones con que fuí insultado el día anterior....Nó, no me quedo ya, me aseguré á mi mismo ¡conque se pretenderá detenerme, conque Aurora no ha podido guardar mi secreto, conque yo pa-

saré por un muchacho ridículo, risible, retenido por.... las faldas de su madre!—No señor, me añadí, dando por ciertas las suposiciones acerca de la conversación de mi madre con Aurora, yo saldré de aquí como un ladrón, con tino, con las precauciones debidas, y Castillo no me echará menos ni me insultará.—Y desde ese instante ya no me preocupé sino con la manera cómo me levantaría en silencio, cómo burlaría el cuidado de mi madre, cómo me escaparía sin ser visto ni oído....

Y luego debí aletargarme, pues no puedo dar razón respecto de la salida de Aurora ni de la hora en que se acostó mi madre; aunque puedo asegurar que sentí en mi rostro, quien sabe cuando ni cómo, la tibia respiración de alguien que me besó blandamente.

Principiaba la azulina luz del amanecer á penetrar por las junturas de puertas y ventanas, gorjeaban los gorriones, silvavan de vez en cuando los solitarios, cantaban los gallos, las campanas de la iglesia vecina llàmaban con premura á misa del alba. Levanté con sobresalto la cabeza: era de día. D. Mariano debía estar esperándome acaso con impaciencia ¿Y mi madre y Aurora no estarán por ventura, aguardándome también para detenerme? Estarán en cama aún? ¿Se habrán levantado?

De prisa, aunque con cautela, haciendo el menor ruido posible, me vestí y me escurrí fuera del lecho; pero ¡precaución inútil! las ropas no estaban junto á la cama de mi madre, lo que probaba que se había ya levantado, lo cual confirmé acercándome.

De la cabecera, junto á las almohadas, colgaban dos rosarios: el de mi madre y el de Aurora, que, muchas noches después del rezo, ellas dejaban ahí; los tomé, los besé y me los guardé. Besé también,—seré franco, referiré hasta estas pequeñeces íntimas que no comprenden los que no tienen corazón,—besé también, la aún tibia almohada de mi madre, me enjugué las lágrimas, y partí

Al salir la puerta de calle volví á experimentar ortura de corazón y ¡cosa especial! recordé la mañana del 10 de agosto, aquella mañana solemne, tan llena para mi de incidentes inexplicables, pero inolvidada á causa de todo lo que acaeció y he referido á principios de este re-

lato; en seguida, y por natural asociación de ideas, recordé también los sucesos posteriores, los del 2 de agosto del año siguiente: los degüellos, la pérdida de mi padré, el hallazgo de su cadáver despedazado entre el cúmulo de carne sanguinolenta de las naves de la iglesia de San Agustín ¿No estaría yo quizá condenado á la misma suerte? ¿El hijo no heredaría de su padre aún las desventuras del mismo término desastroso? ¿No estaba acaso el corazón dándome en el pecho esas propias campanadas, con qne el presentimiento prevé las desgracias, así como el metal anuncia el próximo fallecimiento de un semejante nuestro con los toques de la agonía? Puede ser, Dios mío; pero no me pertenezco, algo me empuja, algo superior á mi voluntad me lleva....Tampoco asoma mi madre....Nadie, nadie en la calle....Nada me detiene....

Eché á correr....

FIN DE LA PRIMERA PARTE

RELACION

De Un Veterano de la Independencia

Por Carlos R. Tobar

Segunda parte

I

Sin aliento, sudoroso, impelido, en verdad, por una fuerza interna, por una como velocidad adquirida exterior é interior, descendí de la plaza de Santo Domingo por la calle del Mesón; al frente, subiendo de la quebrada de los gallinazos, iba Castillo, con prisa á su manera. Poco rato después, le dí alcance: el pobre hombre débil y envejecido, respiraba fatigosamente, pero así y todo, apresuraba como podía su pasito menudeado y nervioso. Al enfilarme con él, se paró, dió un sonoro resoplido, sacó los pulgares de las aberturas axilares del chaleco y, cuando pudo hablar, dijo:

—Vaya, hombre, te he ganado....Creí que estarías cansado de esperarme y he venido echando los bofes por

esas malditas calles, con más altos y bajos y tropezones que mis esperanzas de libertad. Te has dormido, chicuelo....

—Sí, señor, y por eso he corrido como un galgo, temeroso de que usted no me encontrase en Machángara y desconfiase de mí.

—Así hubiera sido; y no te habría aguardado, créemelo: con media hora más de sueño, te quedabas, hijo, y te perdías una soberbia ocasión de principiar tu vida de hombre, de ciudadano, de patriota. Sigamos caminando....Por ahí, en la Recoleta ó en Machángara, haremos un corto descanso y charlaremos respecto del plan de nuestra excursioncita.

Al echarnos á andar, no pude menos que sonreir al ver á Castillo claudicando ya y con todas las señales de cansancio desde las primeras cuadras del viaje ¡Y así el buen sujeto pretendía llegar á algún campamento volante y ponerse á la vida de campaña y á salto de mata!

No narraré las penalidades que nos sobrevinieron durante la penosísima jornada de ese día memorable: diré solamente que, impelido por el alma de acero, Castillo anduvo y anduvo, con cortos descansos hasta las ocho de la noche, hora en que llegamos á Machachi, el hambre engañada apenas con unas tortas de maíz que compramos por ahí á la una ó dos de la tarde en unas casucas pajisas de Tambillo. ¡Habíamos caminado desde las seis de la mañana! Con todo, no me encontraba en extremo cansado: acaso el pasito de D. Mariano,—que me permitía adelantármele para esperarle sentado en el recuesto de una de las ricas lomas del tránsito ó junto á uno de los magníficos arroyos de las márgenes de la ruta, donde me hacían compañía, con su croar y su presencia, las abundantes ranas que chapoteaban en las charcas y entre las yerbas acuáticas,—acaso estos descansos, digo, debían de haberme servido mucho para que el estropeo no fuese cual naturalmente tenía que ser el de la primera jornada, acrecida por las precauciones de mi compañero, quién, temeroso de la persecución particular de que podía yo ser objeto ó de la oficial que podíamos ser objeto ambos, pre-

ferría ir por dentro de las dehesas dejando el camino llamado real á cauta distancia.

Por otra parte la fatiga, la novedad de la empresa, las mismas dificultades del camino y hasta la extrañeza de la figura de Castillo, supongo que me fueron sumamente provechosas para distraerme de mis penosos pensamientos. D. Mariano, en efecto, me inspiraba entre lástima y ganas de reír: con saber que las dehesas carniceras por que atravesábamos estaban casi todas regándose con una cuarta de agua, podéis imaginaros como llevaría el pantalón de diablo-fuerte que pegándose á los tobillos dejaba salientes las orejas de los zapatos de fuelle, sonorosos como bombas aspirantes-impelentes al sorber y al desalojar el agua de que se llenaban ó vaciaban alternativamente. El saco de pañete, desabotonado al desgaire y abierto sin cesar por los estupendos ventiscos del sur semejaba alas abiertas, lo cual con el flébil sombrerito de paño atado á la cabeza por medio de un grau pañuelo de nariz, todo humedecido por la mollizna del anochecer, le daban aspecto, al comenzar la oscuridad, de una de aquellas figuras que yo he mirado muchas veces en el cielo al caer la tarde, formadas por las nubes, empujadas por los vientos, precedidas de animales apocalípticos y seguidas de cerros, olas, humaredas y bosques inconmensurables.

Ya en la choza, donde solicitamos alojamiento, el pobre hombre se dejó caer en tierra, se recostó de lado, puso la cabeza sobre la palma de la diestra, y clavando el codo en el suelo, suspiró, tosió, escupió y exclamo:

—Oh! Bienaventurado, tú, pichón de patricio, que has podido iniciar la existencia de tal, por un acto de vigor de espíritu, de virilidad de miras y que tienes en perspectiva un horizonte inmenso de victorias, de glorias, de emancipación, de libertad. Feliz tú, oh Antonio Mideros, llamado á gozar de la República, quiero decir, de las delicias de una sociedad arcangélica; formada de hermanos todos cariñosos, todos iguales, todos empeñados en la prosperidad común: sin envidias, sin preponderancias, sin mío ni tuyo; bendecidos por Dios, alumbrados, vivificados por un sol de edén, alimentados por una tierra pródiga, acariciados por un aire tibio, fragante, robora-

tivo; agasajados que no gobernados, por autoridades sabias, desprendidas, abnegadas, justas, amadas por los subditos....no súbditos....sino miembros de una familia rica, próspera, contenta, beatífica....

En todo esto, yo me andaba recorriendo el ámbito de la choza con la vista y con el olfato á fin de descubrir algo que pudiéramos llevar á la boca: y así que descubrí un depósito de huevos, híceselo notar á D. Mariano, quien necesitó de que yo le repitiese dos ó más veces mi asunto, para volver al mundo de la realidad: tan abstraído se hallaba en su navegación en las nieblas del firmamento.

—Tienes razón, añadió, la materia vil, el bruto humano nos hace descender de las alturas, de nuestros sueños de hoy, de la adjvinación de las realidades de mañana: comamos, hijo, sí comamos, pues hemos menester de cuerpo de ganapán, de elefante, de ballena para luchar, vencer, glorificarnos. Preponderen los músculos en buena hora, ya le llegará el día al cerebro: tras la explosión de la pólvora que lanza la estúpida bala, queda en el aire el humillo sutil, el gas intangible que se eleva en gallarda espiral hacia el cielo....Toma un real, compra á esas buenas gentes una docena de huevos, cenemos y durmamos, ó mejor dicho pastémonos y ronquemos.

Mientras comíamos, los huevos fueron también motivo de reflexiones político-filosófico-sociales brotadas del excitado magín de mi maestro.

Tomando uno de ellos entre el índice y el pulgar, y contemplando un rato al soslayo.

—Lo futuro, dijo, es ni más ni menos que uno de estos huevos: tiene por fuera una cubierta dura, pétrea que es necesario romper para que salga el avecilla y hienda el espacio con su vuelo y realice los misteriosos destinos que le corresponden. Nosotros, con nuestros mosquetes y con nuestras espadas, vamos á desempeñar esta importante comisión: con ellos vamos á picotear por dentro de nuestra cárcel para abrirnos horizontes infinitos á las aspiraciones más legítimas.

Pero nunca concluiría si me propusiese referir todas las consideraciones que, casi siempre en forma de soliloquio, murmullaba ó declamaba, según los casos, el bueno de D. Mariano. Consideraciones que tampoco le dejaban

dormir probablemente; pues yo le oía suspirar interjeccionar y aún lanzar frases enteras durante las noches que pasamos en las cercanías de Machachí, y después las que acampamos en Latacunga y Pujilí.

II

En efecto, al pueblecillo últimamente nombrado fuimos á incorporarnos con un escuadrón formado por los Quiteños entusiastas que, de dos en dos, de cuatro en cuatro, se habían escapado de la ciudad y, como nosotros, buscaban ávidos la coyuntura de ser útiles á la causa republicana.

Aquí se repartieron armas-escopetas, cuchillos, pistolas de arzón, estoques y lanzas,—y se nos sometió á ejercicios de veteranización que, para decir cosa cierta, se reducían á formarnos, marchar al son de un tamboril nada bélico, dar dos pasos adelante y dos pasos atrás y hacernos los que mordíamos los cartuchos, los metíamos en los mosquetes y los que los disparábamos al aire.

Gastar de veras una onza de pólvora hubiera sido una prodigalidad imperdonable.

En Pujilí continuabamos hasta que se nos agregaron no despreciables refuerzos de Ambato y Latacunga, con los que juzgándonos suficientemente fuertes para alguna empresa de provecho, fuimos á acuartelarnos en las casas; de Tilipulo, donde, la verdad sea dicha, no tuvimos el menor motivo de queja respecto á la vida de campamentos pues, no transcurrió día alguno sin que nos entregásemos á la innata y persistente afición de los cholos quiteños: el toreo. Cada una de las novillonas destinadas á racionarnos, nos servía para el objeto, lo que como entretenía tanto á los jefes, daba también ocasión á las prodigalidades de chicha y aguardiente con que premiaban los buenos lances de los soldados.

Yo hallaba en extremo divertido aún el servicio de avanzadas y hasta alguna escaramuza en que me encontré

por haber tropezado mi compañía con algunos hombres de á caballo, destacados sin duda para reconocer nuestras fuerzas y posiciones.

Por uno de ellos, tomado prisionero—entre muertos, heridos y prisioneros, único—supimos la salida de Quito de un batallón, encargado de debelarnos y de reunirse en seguida con el Comandante Fominaya, jefe del ejército enviado contra los republicanos del Sur. Noticia que puso en alarma á nuestros caudillos, quienes nos ordenaron no salir esa noche del cuartel y dormir con las armas en la mano: la vida de campaña comenzaba, pues, para nosotros.

Así como oscureció, se reunieron en consejo los jefes y trataron extensa y acaloradamente acerca de si debíamos continuar á la defensiva mientras recibiésemos órdenes del Coronel Urdaneta, ó si debíamos obrar por nuestra propia cuenta saliendo al encuentro de González, que se venía de Quito ¡empresa temeraria.! ó caer inopinadamente sobre la guarnición de Latacunga, ver de vencerla, apoderarnos de sus armas y municiones, robustecernos y buscar á Fominaya, que quizá andaba ya acosado por los nuestros de Guayaquil. Nada se resolvió; eran las diez de la noche, y aún los más curiosos nos retiramos de escuchar el consejo habido en un salón abierto, ante las tropas, y sin ninguna de las reservas necesarias en ocasiones semejantes: tales eran el candor y la impericia de esas buenas gentes reclutadas por el entusiasmo de un patriotismo efectivo, pero algún tanto inconsciente.

Digo, pues, que me retiré y me dormí en mi cuadra, no sin haber recordado antes, como de costumbre, á mis ausentes. Las doce ó la una de la noche serían, cuando un disparo me despertó, y despertó asimismo al ejército entero.

—A las armas, muchachos! exclamó Castillo, recostado junto á mí en un bancón con tres patas de ladrillos. En el momento mismo las compañías todas, con sus capitanes á la cabeza, estuvieron formadas en el gran patio; yo, creo que por el frío de la hora, me puse á tiritar, lo cual con grande esfuerzo procuré ocultar á mis compañeros, quienes, según me pareció, se encontraban en los

mismos apuros que yo. Reclutas como éramos los más, no es de extrañar que nos tomase de nuevo el modo algún tanto brusco de despertarnos. Hablábamos todos á la vez, nos interrogábamos acerca de lo que ocurría y esperábamos inquietos la vuelta de un subteniente, que fué mandado á las avanzadas para averiguar la verdad.

Poco después oíamos tropel próximo y el grito del centinela del portón.

—Alto ahí! ¿Quién vive?

Un momento de silencio profundo, tanto afuera como adentro, interrumpido sólo por el ruido de los baquetazos con que los poseedores de fusiles los cargaban, en seguida, ótro "quién vive" del mismo centinela y la contestación clara de

—La patria! Mueran los godos! Vivan los quiteños!

El oficial de guardia primero, posteriormente los jefes y, por fin, los que pudimos nos acercamos á la puerta y nos convencimos de que, en realidad, no eran enemigos los que llegaban, sino un refuerzo y ¡qué refuerzo, santo Dios! ciento y tantos valientes al mando de mi antiguo conocido el señor don Feliciano Checa y de los tenientes Flor y Pino, que entraron saludados por los vivas más entusiastas y estrepitosos que se pueden escuchar y los abrazos cordialísimos de nosotros que,—dicha sea la pura verdad,—acabábamos de pasarnos un sustazo mayúsculo. El tiro que nos despertó, había sido disparado por uno de nuestros bisoños de la avanzada respectiva, antes de saber quiénes se aproximaban.

III

Además del regocijo general, me esperaba á mí un verdadero contento particular: entre los recién llegados se hallaba Juan, mi compañero de infancia, el criadito de la familia Rey, de quien no he hablado hasta hoy sino muy de paso, pero que, en lo futuro, ocupará puesto importante en estos recuerdos de una época de zozobras, de intranquilidad, de gloria.

Juan, estimulado por Aurora, habíase también fugado de la casa común, venía á compartir los azares de mi vida, como compartió mis juegos de niño y, sobre todo, me traía noticias de los míos....

Ni él ni yo estábamos para dormir, y, en consecuencia, le propuse que saliésemos á un huerto de la hacienda, donde sentados bajo un árbol, empleamos la madrugada en el tristemente agradable relato de lo que había acaecido en la casa desde el momento de mi partida.

Refirióme Juan cómo, en efecto, conforme yo lo sospeché, Aurora, comunicó á mi madre los proyectos de escape en compañía de Castillo; mas, suponiéndolos para mucho después, la infeliz señora y la niñita, la mañana de nuestro viaje fueron á misa como de costumbre y aún retardaron el regreso á la casa, con motivo de haber hecho llamar al P. Adeodato á la portería, á fin de participarle lo que él se sabía ya, mi propósito, y consultarle acerca del mismo.

Don Mariano y yo habíamos, pues, tomado una considerable delantera cuando las dos tornaron al hogar, no me hallaron en él, fueron á casa de Castillo, supieron su partida y echaron en seguimiento mío. Acaso no fuimos alcanzados, además, merced á nuestra precaución de desviarnos del camino público, y á que las pobrecitas no persistieron en la persecución á causa de estar indecisas respecto á la dirección seguida por nosotros; pues muy bien podíamos haber ido al norte, á donde también acudían al-

gunos patriotas, en vez del sur, dirección que instintiva y acertadamente habían tomado aconsejadas por sus leales y cariñosos corazones.

Por la tarde, así como llegaron de la inútil y fatigosa andada, se entregaron á todas las sinceras manifestaciones de un dolor leal é ilimitado. Dolor que fué cruelmente acrecido por Rey,—multitud de veces se ha dicho con razón, que las desventuras caminan siempre acompañadas,—quien al entrar esa noche y averiguar el motivo de los lamentos, cometió la inaudita crueldad de prevenir á mi madre que al día siguiente mismo, sin falta, desocupase las mezquinas habitaciones; "pues él, D. José Segundo Rey y Espaderos, *amigo íntimo* del Excmo. Señor Presidente, y realista por los cuatro costados *no quería*, *no podía*, *no debía* conservar en *su* casa á una *malagradecida*, *infame* que ponía en peligro su reputación—la de él,—su *fortuna*, su *vida*, *mandando* á reunirse con los grandes bellacos, pícaros, facciosos, al bribonzuelo *del* Antonio, que la víspera se pasó junto á su respetable persona sin saludarle y hasta con cierto aire de mofa, desacato que no castigó de contado porque las grandes faltas deben ser ó bien calladas ó bien castigadas."

Cuántos pesares, cuántas dificultades sobrevendrían á mi madre al dejar la casa de Rey, es decir, la de Aurora, habitada por Rey ¡Ay cuántos! pues, quizá lo he dicho antes, el mísero edificio que el segundo marido de doña Cándida dejaba premeditadamente destruírse, así como la heredadcita de campo, que Rey denominaba *mi hacienda* pertenecieron al padre de la huérfana y correspondían, por tanto, á ésta.

La iniquidad del padrastro de Aurora había aún subido de punto, supuesto que, según me lo narró Juan, como la chica hubiese demostrado su aflicción de separarse de mi madre, y como mi madre demostrase asimismo la voluntad de no separarse de la niña, D. José Segundo, hizo el disgustado al principio, mas terminó por ceder "con la condición de que la desnaturalizada no volviese á acordarse de él para nada ni volviera á pisar los umbrales de *su* casa."

Aurora, pues,—acontecimiento que llenó de gusto, aunque aumentaba las penurias de la viuda,—continuaría

junto á ella, por ella vigilada y fomentando el recuerdo y el afecto hacia mí en sus conversaciones incesantes respecto de mí. Juan, en consecuencia, quedaba entregado exclusivamente á Rey, lo cual le decidió á fugar para reunírseme, á lo que contribuyeron no poco mi madre y Aurora, quienes le recomendaron mil veces el que me cuidase y me evitase los peligros. Mil veces besé, lector benigno los pobres vestidos enviados por las dos: un pañuelo tenía en una esquina ¡ay corazón mío! las iniciales de Aurora. Pero quizá estas cosas tan importantes para mí no interesan al lector....

Los que alguna vez se hayan separado de la tierra donde nacieron, saben que avivándose el santo amor á ella, nada es indiferente de lo que la perteuece: recordamos lo más insignificante con delicia, pensamos en los amigos como si fuesen nuestros parientes, en los conocidos como si fuesen amigos, en los enemigos como si no lo fuesen Pregunté á Juan por todo y por todos, hasta por Pantorrés y Rey.

El primero, según me dijo Juan, desenmascarado ya, hablaba mal indistintamente de los varios caudillos de la revolución; y censuraba también cuanto se hacía sin su intervención entre los realistas, quienes acaso por temor á su avilantez le habían dado un empleo aún más lucrativo que el antes poseído.

Rey comenzaba á juzgar mal parada la causa monárquica y estaba ya visitando á algunos de los patriotas.

—Talvez antes de mucho, agregó, recibirás carta de él, en que te felicite por tus triunfos.

Con la llegada de Checa y de sus compañeros no podía quedar duda acerca de las ulteriores combinaciones. Resolvióse, pues, atacar sin pérdida de tiempo la guarnición de Latacunga, y, al efecto, se dividió el ejército en dos partes, de las cuales la primera, al mando del Comandante Ruiz y compuesta de 150 hombres escogidos, marcharía en seguida á incorporarse con las fuerzas volantes del Comandante Pino, á fin de asaltar reunidas la plaza mencionada, guarnecida por ochenta ó cien veteranos comandados por el Coronel realista Morales.

La otra, fuerte de ciento ó ciento veinticinco patriotas, debía continuar en Tilipulo con el Coronel Checa

á la cabeza, en espera de órdenes de Urdaneta, y para recibir los voluntarios de todas partes, que acudían sin cesar á ponerse á disposición de la capitanes republicanos.

Merced á su influencia, Castillo obtuvo permanecer, conmigo y Juan, á los expedicionarios sobre Latacunga, hacia donde marchamos tan pronto como hubimos alistado los bagajes y cambiado con bocas de fuego las armas blancas que la mayor parte poseíamos. Con lo que, puede asegurarse, los hombres de Checa quedaban poco menos que desarmados.

Aquí juzgo de mi deber consignar que D. Mariano Castillo no quiso aceptar del Coronel últimamente nombrado, por mucho que le instó, el grado de Capitán.

—No, señor, dijo, si fuese forzoso para continuar en el ejército el tener algún grado, me desertaría; sí señor: es en el único caso en que llegaría á desertar. Crea usted, señor Checa, no es tampoco indispensable la gradación ni en la milicia: cuando no hayan coroneles ni generales en los batallones, tendremos batallones de coroneles y generales, quiero decir, que entonces todos los soldados combatirán iguales en el valor, como iguales en las esperanzas de gloria.

El Coronel Checa, algo más entendido en achaques militares y menos utopista que Castillo, se sonrío al disimulo pero nada le replicó, supuesto que le conocía bastante, lo mismo que los demás camaradas.

IV

En breve estuvimos en el el Cutuchi.

Hacia las cinco de la tarde, hora que pareció más propicia á los Comandantes Ruiz y Pino, entramos á tambor batiente por dos lugares distintos de la ciudad, según las disposiciones de aquellos, y llegados á la casa del estanco de pólvora, lo tomamos sin disparar un sólo tiro, gracias á que el oficial de la escolta estaba de antemano comprometido con el segundo de los jefes mencionados, aún cuando los soldados ignoraban naturalmente el referido compromiso. Acto continuo, repartidas con abundancia las municiones y puestos los fusiles de los rendidos en manos de los latacungueños, que nos seguían entusiasmados vitoreándonos, nos lanzamos al cuartel de Santo Domingo, á corta distancia del que tuvimos para detenernos, pues acertadamente colocadas las tropas realistas en el techo de la iglesia, podían fusilarnos á mansalva. Más, como Ruiz nos parapetase tras el atrio y nuestros tiros fuesen certeros, las bóvedas fueron en breve desocupadas y nuestros esfuerzos se dirigieron al cuartel trancado por dentro.

Aquí, Pino y Ruiz, dándonos ejemplo, pistola en mano, llegaron hasta arrimar los hombros contra las puertas; yo volví á sentir el entusiasmo, diré más bien, el contento del 2 de agosto y adelantándome á Castillo, que apenas podía andar por el cansancio, me puse junto á los dos Comandantes, casi en el propio instante en que, descorriendo los cerrojos inopinadamente, Morales á la cabeza de los suyos nos presentaba el pecho y nos descerrajaba sus armas. Pero, con tan mala suerte que, ilesos, aprovechando del descargue, volamos sobre ellos y casi tocándonos, disparamos sobre el imprudente Comandante, que cayó exánime, y con cuya muerte y la de un sargento quedamos dueños del campo; pues la guarnición se nos entregó incondicionalmente.

Diré la pura y neta verdad: yo me temía allá, cuando en las noches de insomnio en mi tranquilo lecho, pensaba en la sangre, en la guerra,—yo me tenía que acaso llegado el caso de concurrir á una batalla, el ánimo me faltase. Gracias al Cielo nada de esto me sobrevino en mi bautismo de fuego, lo cual talvez debo explicármelo porque la fantasía, el pensamiento mismo no tuvieron aquel día tiempo para la excogitación, para la imaginación del peligro, de los horrores del combate: pues la prisa en los movimientos primeros, la presteza en les aprestos del ataque, lo súbito de la toma del estanco y del cuartel no me habían permitido la reflexión que, alguna vez, puede ser la ocasionadora del miedo.....

Las campanas repicaban á despedazarse, la población se había iluminado como por ensalmo, los vivas aturdían, el regocijo se mostraba en todos los semblantes, el Cotopaxi participa también á su modo del contento general: una magnífica columna de fuego y humo se levantaba del primoroso cono de hielo. Soldados, pueblo, el mundo entero comenzaba á entregarse al placer inexplicable de la bebida.

Junto á mí estaba Juan: á una señal mía me siguió, tomamos él de los pies, yo de la cabeza el cadáver de Morales, hicimos otro tanto con el del sargento los depusimos cuidadosamente en el cuarto de banderas, los cubrimos con un pabellón amarillo y rojo y nos detuvimos á hacer compañía por un momento á los cuerpos de esos desgraciados.

Esa noche, en memoria de la del 2 de agosto de 1810, me hice la promesa á mí mismo de ser compasivo, piadoso con los cadáveres de los valientes que caen en el campo del combate.

Después de los sucesos del año 10, como mi vida,—relatada ya en lo que de alguna manera pudiese inspirar interés,—tornase á la normalidad del hogar pacífico, tranquilo, virtuoso, yo no había vuelto á ver otro cadáver que el de doña Cándida; no tenían, pues, nada de extraño el respeto y las reflecciones que me inspiraban los despojos sangrientos, yertos que Juan y yo mirábamos delante. A juzgar sólo por el horror que me han producido siempre las escenas cruentas, no debí seguir la carre-

ra militar; pero, como lo he observado con frecuencia, hay una dualidad en nuestro ser, que da explicación de las curiosas contradicciones de nuestro carácter y de nuestra conducta. ¿Habíame, acaso, presagiado, preguntábame á mí mismo, Aurora cuando á pesar de sus prudentes reticencias, me manifestó temor de que tuviese yo un fin igual al de mi padre? ¿Dentro de corto tiempo, mañana, trasmañana, quizá, no me hallaría yo como Morales, tendido en el suelo, con un boquete sangriendo en la frente ó en el pecho, mal que les pesen á mi juventud, á mi robustez, á mis esperanzas, á mis ilusiones, á mi ambición, á mi amor?

Ah! Yo ví á doña Cándida, enflaquecer, empalidecer poco á poco, yo la ví morir con lentitud, preparándose para ello y disponiéndonos también á los que la rodeábamos á la cruel y eterna despedida.....Pero eso provenía de que Dios solamente tenía parte en esa muerte, y El dispone, prepara todo con sabiduría infinita: Dios, con todo de ser Dios, se duele, digámoslo así, de nuestros dolores.

A Morales yo le había visto también una hora antes, vigoroso, vivo, vivo, tanto cuanto lo está el que es alentado, no sólo por el alma, sino por la ira, la valentía, las pasiones que atizan la existencia como el soplo del fuelle atiza el fuego de la fragua!.....Ahora estaba hecho *obra del hombre*.....que no sabe dar la vida, pero sí sabe quitarla.

Yo ví á doña Cándida, muerta, es cierto, pero viviendo todavía en el cariño de su hija, de los parientes, de los amigos, cuyas lágrimas, cuyos sollozos, cuyo dolor me consolaban á mí, porque adivinaba un acto de justicia en esas manifestaciones póstumas á la virtud, á la abnegación, al sacrificio.

Yo acababa de ver á la soldadesca pisando el cadáver de un valiente, para penetrar en el cuartel, para salir de él, para ir á entregarse, no al dolor de los funerales, sino á los festejos, á la crápula, al desenfreno del contento brutal.....Ah! Dios mío, el hombre no siempre es hombre: algunas veces es fiera. No siempre es á tu imagen y semejanza: muchas veces lo es á imagen y semejanza del demonio!

Y á pesar de estas consideraciones, yo continuaría en la carrera militar, y yo mataría también á mis semejantes en el campo de batalla, y cortaría también existencias recientemente comenzadas para la vida de la fantasía, del porvenir, de la dicha, y privaría también á las madres de sus hijos, á las esposas de los esposos, á los hijos de sus padres, al hermano de sus hermanos!.....

Juan y yo salimos á contemplar el Cotopaxi, monarca de Latacunga, que,—como muchos poderosos,—manifiesta su prepotencia sólo por la destrucción. En las calles todo era algazara, trastorno y beodez: nos costaba trabajo libertarnos de las porfías de los borrachos por hacernos beber. Felizmente á poco vagar, dimos con Castillo, que andaba en busca de nosotros y contestaba con empellones y varoniles interjecciones á los afectuosos camaradas que lo atrapaban y trataban de escanciarle en los labios botellas de aguardiente.

Por fin, exclamó al vernos, por fin os encuentro, aguiluchos míos; me temí partir sólo y así habría sucedido si hubieran pasado diez minutos más sin hallaros. De prisa, chiquillos, á montar: dejemos á estos brutos bebiendo, entregados al placer de volverse aún más brutos si cabe; nosotros no perderemos el tiempo: vamos de postas á Ambato á comunicar á Ricaurte y á los demás compañeros el triunfo de esta tarde, á fin de, si fuere posible, aprovechar de la desmoralización que la misma noticia producirá en Fominaya, y combatirlo con ventaja.

Llevónos en seguida á la casa donde se encontraban los comandantes Pino y Flor, y donde estaban listos excelentes caballos para los postas, que en ese instante iban á partir á Pujilí, Machachi y Quito, y á Ambato, Guaranda y Babahoyo; y después de recibir pliegos y algunas órdenes secretas de los jefes, que tornaron á la difícil empresa de ver cómo atender á la soldadesca y encerrarla en un cuartel, partimos, seis ú ocho hombres hacia el norte, y Castillo, Juan y yo hacia el sur.

V

Al salir de la ciudad, las tinieblas nos rodearon por completo; mas á nuestras espaldas enrojecía el negro cielo la encendida respiración exhalada de las entrañas del enorme monstruo, cuyos rugidos, los días de furia, se oyen en un radio de treinta á cuarenta leguas. Erase la primera vez que yo veía al Cotopaxi de cerca y su imponente aspecto debía, como es natural, impresionarme con tanta más viveza, cuanto que, su recuerdo tenía que quedar en la memoria unido en los sucesos de aquella noche. Tan obscura era, que cada cierto número de pasos Castillo tenia que llamarnos, á fin de evitar que nos extraviásemos los no conocedores del camino; pero, una hora ó dos después, ó la vista se había acostumbrado á las tinieblas, ó la noche aclaró un poco, pues empezamos á distinguir aunque confusamente las grandes piedras y los cabuyos de las cercas, en cada uno de los cuales, lo confesaré, me parecía ver un soldado con su fusíl apuntándonos, ó á Morales y al sargento muertos pocas horas antes. Experimenté también por vez primera un fenómeno que después he sentido otras ocasiones al caminar por la noche: veía las zanjas dar vueltas á mi rededor, al propio tiempo que me parecía que mi caballo galopaba hacia atrás. El fenómeno me produjo tal desazón que me pegué á las ancas del jamelgo de Castillo y cerré los ojos, aun exponiéndome á los ramalazos de los arbustos de las orillas de la vía.

De tal modo anduvimos muchas horas entumecidos y doloridos los miembros, sintiendo algo como el delirio de la fiebre ó como una terrible embriaguez. Abrí los ojos despertado de ella, dirélo así, por los repetidos cantos de gallos á diestra y siniestra del camino: estábamos en un callejón formado por muchas chozas pajizas. Desviamos á la izquierda por un sendero tan estrecho como una zanja, anduvimos como diez minutos más hasta llegar á una

casuca aislada y miserable, á cuya puerta llamó Castillo y donde, nombrándose para hacerse abrir, nos mandó que nos apeásemos. Luégo se presentó un indio y nos saludó poéticamente con el *alabado* de costumbre; D. Mariano le preguntó la hora, á lo que contestó sin titubear, apenas echada una mirada al cielo.

—Las dos de la mañana.

—Bien, díjole Castillo: pon nuestros caballos tras la choza, donde no sean vistos; á las cuatro, corta un poco de alfalfa, cárgala y llévala á Ambato á casa del Sr. Corregidor D. Jorge Ricaurte, á quien entregarás esta carta, que has de esconder entre la misma alfalfa con toda clase de precauciones para que no se pierda. Si encuentras soldados ó alguien que te pregunte á dónde vas y qué llevas, muestra tu alfalfa y nada de mentar la carta. ¿Estás?

—Sí, patrón.

—Toma cuatro reales por el mandado, y préstanos tu choza para dormir un rato,

Entramos y, mientras se aderezaban unas zaleas para recostarnos, D. Mariano nos refirió que en esa miserable casa había él vivido con nombre supuesto, oculto aun de su familia que le presumía muerto después de la matanza de agosto,—de que se libertó maravillosamente, conforme lo hemos relatado al principio de estas memorias,—desde su separación de la finca de Dª Cándida; hablónos de la fidelidad de Blas, el indio dueño de la casuca, y de la seguridad que abrigaba de la llegada de los pliegos á su destino, aunque comenzasen los propios y el movimiento de tropas, que serían la consecuencia de la toma de la plaza de Latacunga, efectuada por nosotros la víspera.

No debí de pasar un cuarto de hora despierto. Juan me precedió en el dormir, pues roncaba como un trombón desde antes que D. Mariano terminase sus disposiciones á Blas.

Era día perfectamente claro cuando éste nos despertó cosquillándonos el cuerpo con la punta del pie.

—Alza, Antonio; alza, Juan. A ensillar los caballos y á aprestarnos: puede ser que hoy tengamos un bailecito como el de ayer. Miren, aquí está la respuesta

de D. Jorge. A esta hora habrá ya cundido la buena nueva en Ambato y se estarán aprontando los nuestros y alistando las armas, con el respetuoso objeto de recibir al Coronel Fominaya como se merece un súbdito fiel, un vasallo humilde de su majestad, el Rey neto D. Fernando VII, el amado, el suspirado, el anhelado.....á quien cargue el diablo, amén. Levantarse pronto, chiquillos. Vamos fuera, Antonio, vuélveme á leer la carta, anda de prisa, perezoso.

En realidad, Ricaurte, qué se había pasado de toda su alma á los patriotas, contestaba á Castillo manifestando cordial regocijo por el triunfo sobre Morales. Triunfo tan oportuno, cuanto que Fominaya, acobardado sin duda del poder de Urdaneta, se replegaba de prisa y en desorden á Ambato, donde entraría de seguro ese mismo día, á fin de proseguir á Latacunga, incorporarse las guarniciones de ambos asientos. y reunirse con el ejército salido de Quito. «La victoria de ustedes añadía D. Jorge, va á producir aquí una verdadera explosión de contento y de algo más.....Aprovecharemos—este es mi plan, conforme á la opinión de los Sres. Flor y Pino,—del desconcierto que ocasionará en las tropas realistas la noticia de la victoria de Latacunga, que exageraremos lo más posible para mejor conseguir nuestro objeto, y apenas se entreguen al sueño, descanso obligado después de una marcha forzada, caeremos sobre ellos. El Cielo nos favorece visiblemente; pues, siendo como es hoy, día de feria, podremos disponer de las gentes que acuden de los pueblos vecinos, y formaremos agrupaciones no sospechosas y.....ya lo verá usted. Quizá contaremos también con el apoyo decisivo de cierto personaje que es muy amigo mío. Pero no me es posible escribir á Ud. más extenso: voy á desenvolver el plan antes expuesto; mi mujer, que es más patriota que yo, me ayudará eficazmente. Ojalá lleguen con oportunidad los jinetes que me anuncia D. Francisco Flor. Espero que esta noche nos veremos y nos abrazaremos victoriosos».

—¿Qué te parece que hagamos? me preguntó D. Mariano, tan luégo como acabé de releerle la carta. ¿Vamos al encuentro del refuerzo que vendrá de Latacunga, á fin de instigarle á redoblar la marcha, ó nos vamos á

Ambato á aguardar la llegada del ejército realista? Lo último sería lo mejor, porque, mira Antonio, no quiero perder ni los preparativos, ni el medio, ni el fin, de la función de hoy, que va á ser, con seguridad, tan feliz como la otra.

—Pero ¿No correrá Ud. peligro de ser tomado? ¿No infundirá sospechas á las autoridades la presencia de Ud.? ¿No será mejor que mandemos á Blas otra vez á casa de Ricaurte para que nos traiga noticias acerca de lo que sobreviniere? En cuanto á los del norte, yo me temo mucho que continúen agasajando al aguardiente.

—Tienes razón, muchacho, tú vas á ser tan prudente y acertado en el consejo como valiente en la pelea. Bueno; no te digo pues que tengo yo un buen ojo: por algo he de haberte educado.

Castillo no se sentó un instante; paseando de acá para allá, hablando solo, impaciente, pasó dos ó tres horas desde que despachó de nuevo al indio, siguiendo mi opinión.

Por ahí, á las diez ú once del día, no pudo más, y con aire de quien manda un ejército entero nos gritó:

—A caballo, en marcha, adelante, á Ambato.....

VI

Montamos, en efecto, y poniendo al galope nuestros estropeados bagajes, en breve tuvimos á la vista el hermoso río de la entrada de la simpática ciudad, festonado por las preciosas arboledas de las márgenes. Al vadearlo, escuchamos fragor de atambores y cornetas, lo que motivó nuevo entusiasmo de Castillo, manifestado por deprecaciones y espolazos y zurriagazos al escuálido animal que, mosqueándose los ijares, fingía galopar en el ascenso de la otra parte del arroyo. Por un atajo se nos asomó, poco después, nuestro mensajero y nos refirió la llegada de Fominaya.

—Bravo! exclamó el fervoroso patriota, el lobo se nos mete en la trampa: dentro de media hora lo mataremos á palos.

Anunciaba bien D. Mariano; pues, al principiar nosotros la Calle real, vimos allá, al otro extremo, que las gentes corrían, y luégo escuchamos los *mueras* al Rey, los *vivas* á la patria y algunos disparos, y miramos cerrar de prisa las puertas y las ventanas de las casas, y oímos las llamadas anhelantes de las mujeres á sus chicuelos que acudían á las agrupaciones, y vimos los rostros inmutados de los transeuntes, y alguno que otro individuo presuroso que empuñaba una espada, una lanza, una escopeta, un machete, un estoque ó un cuchillo. Lo cierto es que, al llegar á la plaza principal, á pesar de nuestra prisa, quiero decir de la fementida prisa de nuestros trasnochados caballos, nos encontramos con el Coronel Fominaya que, en medio de varias personas respetables del lugar, era llevado prisionero. La toma del cuartel de Ambato se había verificado, pues, de una manera muy rápida, muy fácil y muy sencilla, merced al cansancio de las tropas, al acobardamiento de las mismas, producido por las ponderadas noticias del *combate* de Latacunga, al entusiasmo del pueblo amba-

teño, esencialmente valeroso y republicano, y, necesario es confesarlo, á la eficaz cooperación del propio ayudante mayor de Fominaya, el *personaje* con cuyo apoyo contaba D. Jorge Ricaurte.

La República era dueña, por tanto, de una porción de territorio, extendida de sur á norte setenta leguas, y comprendida entre los pastos de Machachi acariciados por los fríos aquilones de las nieves andinas, y las ardientes playas de Guayaquil besadas por las azules olas del Grande Océano. ¡Viva la República!

Poseía más: dos mil hombres bien armados, y recursos suficientes para la campaña.

Algo más, todavía: el patriotismo depurado ya de gentes que, como Checa, Flor, Pino, Ricaurte sacrificaban comodidades, bienes de fortuna, tranquilidad, todo á las esperanzas de una próxima emancipación; y de individuos que, como Castillo, yo y otros mil, abandonábamos el hogar, y entregábamos nuestra sangre, nuestra vida, nuestro sér sin limitación alguna, sin condición de ninguna clase, á las penalidades de marchas estupendas, de privaciones tremendas, de guerra sin cuartel, de la carnicería en el campo de batalla, del fusilamiento caso de ser vencidos y tomados prisioneros.

Pero así *se hace patria*, así venceríamos á nuestros aguerridos enemigos, así les obligaríamos á soltar la presa de que el formidable león ibérico estaba apoderado hacía trescientos años.....

Si señor. Así lo esperaba Castillo y así lo esperaba yo de los felices augurios que se presentaban á los patriotas. Próximo nos parecía ya el minuto marcado en el reloj eterno para la cesación de los horrores que, á nombre de una civilización calumniada, habían cometido los Arredondos, los Arrechagas, los Payoles, dignos descendientes de los Carvajales, de los Valverdes, de los mismos Pizarros, que sembraron sangre en estas tierras conquistadas; sangre malaventuradamente fecunda que continúa dando cosechas de sangre y de miserias que á su vez, ahogan los gérmenes de progreso, arrastrados por los prolíficos vientos de la civilización con prodigalidad repartida por el mundo.

Mas ¡cosa singular! se oponían al movimiento del

horário de nuestra redención, no sólo la ignorancia y la rutina del pueblo servil descendiente de esa raza á la que los teólogos y los filósofos europeos habían negado aun la racionalidad, sino gentes que, educadas, sacadas á medias por la fortuna ó por algunas aptitudes del fango de la ignorancia y de la miseria, conservaban todavía adherido á su alma el cieno trasmitido por la tradición, por el ejemplo, por la viscosidad hereditaria.

Dígolo porque el ejército enemigo estaba compuesto en su totalidad, ya de americanos,—de los mismos que De Maistre, y Buffon juzgaban próximos á la irracionalidad por degeneración,—ya de sujetos que seguían la causa real, no por afecto á ella sino por el odio, la envidia que les inspiraba la suposición de los notables que habían incoado la emancipación. Pues, me parece que lo dije antes: la guerra de la independencia fué comenzada, sostenida, terminada por los hombres de viso, por los titulados, por los favorecidos de la fortuna y de la monarquía: mientras que se opusieron á la emancipación los que ulteriormente debían sacar mayor provecho de ella. Pena da decirlo: en los campos de batalla del sur de Colombia la grande, no se derramó casi más sangre que la americana. Guerra de españoles contra españoles se ha dicho que fué: con más propiedad puede decirse que fué guerra de hispano-americanos contra hispano-americanos.—Aunque es cierto también que, excepto los diez mil hombres del General Morillo y los pocos más arribados de la Madre patria, lo mismo acaecía en el resto de la colonia revolucionada.

Cómo se equivocaba mi juventud ¡Cómo erraba el vehemente patriotismo de Castillo! Amargas pruebas debían salirnos al encuentro todavía: las derrotas, la traición, la felonía debían aun purificar los espíritus de quienes se juzgaban en vísperas de la infinita bienaventuranza que ofrece la santa religión del patriotismo.

No haré sino recordar brevemente las catástrofes sufridas por nuestros héroes humillados, con la mayor de las resignaciones,—la resignación de la impaciencia fustigada por la voluble fortuna—cuando, como antes lo he dicho, todo parecía sonreírnos.

Poco después de la rendición de Fominaya y, á con-

secuencia de ella, el Coronel Urdaneta, á la cabeza de nuestros bizarros hermanos del Sur, entró en Ambato en medio del ferviente regocijo de una población genuinamente republicana, de las músicas marciales y del entusiasmo de las huestes libertadoras, es decir, de las columnas victoriosas en Latacunga, de la de Pujilí, de la venida de Machachi, de las formadas últimamente por voluntarios ambateños y latacungueños y, por último, de las pasadas á nosotros con el ex-Ayudante mayor del Jefe realista, Coronel Delgado, á cuyas órdenes había sido puesto el ejército patriota.

Formado éste en la plaza mayor y revistado por Urdaneta, se encontró ascender á mil quinientos y pico de hombres, regularmente armados, municionados y vestidos. Con ellos, juzgaba yo, podía conquistarse el mundo. ¡Ay cuánto hubiera dado porque Aurora y aun mi madre estuviesen allí y me mirasen con mi uniforme flamante el brillador fusil presentado á nuestro nuevo Jefe y.....lo diré de una vez, mis presillas de cabo, con que esa misma mañana fuí galardonado por la toma del cuartel de Latacunga, y, según sospecho, por la influencia de mi desprendido antiguo maestro y actual compañero!

Victoreamos al Coronel Urdaneta y entramos á nuestros cuarteles.

VII

¡OJALÁ no hubiésemos tenido que salir de nuevo esa tarde.

¡Qué acontecimiento! no he podido olvidarlo jamás.

Creo que nunca he mentado á Ramón Cabrales, un antiguo discípulo de Castaños, terror de éste y de toda la escuela cuando yo comencé á concurrir á ella: persuadido de que efectuaba una hombrada cada vez que se burlaba del profesor, casi no hubo día que el pobre maestro no experimentase el tormento de conservar en clase al insolente perillán que, por desgracia, hijo de un influyente personaje, no podía ser expulsado de la escuela, ni castigado como los demás por D. Constantino. Ninguno de nosotros dejó de ser víctima del orgullo, soberbia y perversidad de Cabrales.

Pues bien este *personaje*, no sé cómo ni cuando, se había también reunido á nosotros y formaba, en consecuencia, parte de nuestro ejército, al cual debía cesar de pertenecer la misma tarde de ese día inolvidable.

He dicho que entramos en nuestros cuarteles.

Fuí á mi cuadra, coloqué mi fusil en el pabellón respectivo, salía hacia el patio, cuando poniéndoseme delante mi antiguo condiscípulo me preguntó con aire provocativo qué significaban las presillas de las mangas.

—Ya lo ves, le contesté, quieren decir que soy cabo.

—Cabo, cabo ¿Y de qué.....?

Comprendí el objeto que se proponía Cabrales y, tratando de evitarlo, pretendí seguir andando; mas no lo conseguí, pues me asió fuertemente del cuello y me dijo:

—No, señor, no te escaparás antes de que te arranque esas presillas que no mereces y con las que, durante la formación, has estado insultándome ¡Abajo presillas! y diciendo y haciendo, mientras me tenía sujeto con la diestra, con la izquierda me agarró de la manga.

Seis ú ocho soldados que estaban cerca, vinieron á ponerse á nuestro rededor y á presenciar la camorra. Yo quería evitarla á todo trance, y procuré desasirme sin dañar á mi agresor; pero éste, estimulado sin duda por mi conducta, que interpretaría de cobardía, y azuzado por uno ó dos de los espectadores, me dió una terrible puñada, que me llenó de sangre el rostro. No pude entonces contenerme, ó, mejor dicho, ignoro lo que pasó por mí, sólo sé que los camaradas empezaron á aplaudirme.

—Bien, mi cabo.

—Bravo, cabito.

—Merece ser sargento.

Poco después nos separaba el Capitán, quien, averiguada la causa del desorden, impuso á Cabrales la pena de quince días de arresto con cuatro horas de cepo de campaña. Cabrales hizo el que se resignaba á su condena y se dirigió al lugar donde había de cumplirla; yo acudí á quitarme la sangre que me cubría ojos, narices y boca, y me estaba lavando agachado en una esquina, cuando simultáneamente oí la detonación de un tiro, el silbido de una bala y la voz ahogada que dió uno de los que me acompañaban, el teniente Rodríguez, que tambaleó, extendió los brazos como buscando apoyo y cayó de espaldas: acababa de romperle el cuello y destrozarle la medula un balazo que Cabrales dirigió á mí y mató de redondo al mencionado teniente. Nadie se ha explicado cómo el asesino tuvo ocasión de apoderarse tan rápidamente de una arma, cargarla y disparar sobre nosotros.

Rodríguez era muy bien quisto de la tropa, y aunque no lo hubiera sido, la infamia de Cabrales no podía menos de indignar al cuartel entero. Así fué que un grito unísono pidiendo castigo ejemplar se levantó del batallón.

¡Pobre teniente! Poco antes, esa mañana, joven, lozano, hermoso, lleno de salud, soñando acaso con triunfos, ascensos, libertad, gloria; una hora más tarde, un minuto después, cadáver sangriento, deforme, horroroso. ¡Y pensar que la bala había sido dirigida contra mí, que Dios la desvió de mi frente, que yo era quien, según voluntad del homicida, debía estar allí tendido, lívido, yer-

to! Ay, Dios, cómo me arrepentí de la centella de orgullo, con que, en el momento de la revista, deseé que mi madre y Aurora estuviesen en uno de los balcones de las casas de la plaza de Ambato para verme con mi uniforme nuevo y mis presillas de cabo flamantes.

Castillo era enemigo de los castigos; pero, conmovido vivamente su hidalgo corazón por el acontecimiento que acababa de verificarse, y excitada su natural vehemencia por el espectáculo del cadáver y talvez por el cariño paternal que me profesaba, iba de arriba á bajo en busca de los jefes, discurría con ellos con fervor, acudía á asegurar en un calabozo á Cabrales y quizá á libertarle de la justicia apasionada de los enfurecidos soldados, á levantar á Rodríguez y depositarle en la Comandancia sobre una mesa cubierta con la bandera de Miranda.....Cuyos colores de iris debían flamear en el campo de la victoria, debían enardecer á los hijos del sol ecuatorial, debían hacernos héroes hasta á los más pequeños de las filas republicanas; pero cuyos pliegues no estaban, nó, llamados á ser el cobertor funerario de una víctima del odio y de la envidia fratricidas. Destinados estaban á cubrir muertos, pero muertos gloriosos; muertos que vivirán eternamente en el recuerdo y en el corazón de los pueblos agradecidos, no los muertos del frenesí de la ciega soberbia, de la incontenible envidia, de la indomable avilantez .....Ah ¡Si el acontecimiento relatado será un fúnebre presagio de lo que sucederá en lo futuro á las naciones dueñas de esta hermosa enseña! Si ella tendrá que cubrir con vergüenza los cadáveres de lrs víctimas de Caín!.....Si el alevoso fratricidio de hoy simbolizará las guerras civiles, las revoluciones, que desgarrarán á los pueblos de Bolívar, que los infamarán, que los asesinarán, suscitadas con cualquier pretexto, por la cohorte satánica de codicias, envidias, ambiciones, concupiscencias, rivalidades, enormes miserias de Republiquillas que serán grandes sólo en sus pasiones.....y en el desprecio que inspiren al mundo.

La excitación del bisoño ejército no se calmó algún tanto sino con la reunión de un breve y sumario consejo de guerra, que condenó á Cabrales á ser pasado por las armas. Diósele un confesor en el acto, y esa misma tar-

de los batallones, otra vez formados en la plaza, esperaban lúgubremente al reo de alto crímen militar. Este solicitó hablarme en su calabozo, á donde acudí, sin rencor alguno, llevado más bien de la conmiseración. El miserable creyó sin duda que su vida dependía de mí; pues arrastrándose de rodillas á mis pies, me la pedía con tal terror de la muerte qne no lo olvidaré jamás. Díjome que los mimos de sus padres y las lisonjas de ruines y pérfidas gentes le habían infatuado y perdido.

Nada pude obtener en favor suyo.

Cuando entró el oficial de la escolta que debía sacarle á la plaza, cayó en un desmayo que fué luego sustituído por la más completa imbecilidad. Sostenido en peso por dos capellanes, y al lúgubre y lento sonido de una caja destemplada, amarillo, casi muerto ya llegó al fatal tabladillo, donde un pregonero leyóle la sentencia, que conminaba también con pena de muerte á los que levantasen la voz en favor del reo; vendáronsele los ojos; ocho soldados—de los cuales sólo cinco tenían, sin saberlo, los cartuchos con balas,—sin hacer el menor ruido, salieron de las filas y se colocaron á diez pasos del desgraciado; el oficial levantó la espada; los fusileros prepararon los gatillos y tendieron los mosquetes hacia Cabrales. ¡Horrendo instante! No ví bajar hacia el suelo la punta de la espada del que mandaba la ejecución, pues comprimí fuertemente los párpados uno contra otro.... Brrum.....Abrílos con la descarga. Cabrales se sacudió un segundo convulsamente, un caño de sangre enrojecía el pañuelo blanco que había resbalado de la frente doblada sobre el pecho. Un cabo avanzó con rapidez hacia el reo y á boca de cañón le disparó en la sien el golpe de gracia.....Era inútil: cuatro de las cinco balas del pelotón le habían destrozado el cuello en el mismo lugar donde penetró el proyectil asesino al teniente Rodríguez.

Creo que la agonía ó mejor dicho la muerte de Cabrales comenzó al salir del calabozo. Matóle, antes que los arcabuzazos, el miedo: la insolencia es hermana gemela é inseparable de la cobardía.

Justicia de Dios—¡Y habrá quien no crea en tí!—la víctima y el victimario ahí están, bañados en sangre, in-

sepultos aún.....Del mismo modo he vuelto á ver después, muchas veces, caídos en el fango, ó en el sepulcro, al propio tiempo, casi sin un segundo siquiera de intervalo para saborear el infernal placer de la venganza, al odiado y al odiador, al envidiado y al envidioso, al occiso y al homicida.....

El ejército, al son de marchas guerreras dió una vuelta por la ciudad y tornó emocionado á los cuarteles.

La siguiente mañana hiciéronsele exequias á Rodríguez y, después de las descargas de ordenanza, enterrámosle consternados. Dos sepultureros silenciosos y solos habían llevado antes á otro cementerio el cadáver de Cabrales.

VIII

No estaba lejos el día de una batalla en forma. Hasta entonces nuestros hechos de armas no habían consistido sino en escaramuzas ligeras ó asaltos de feliz resultado, debido más bien á favorables circunstancias que á la pericia de los jefes ó al valor del ejército; pero, dentro de muy poco, las cosas no pasarían lo mismo: íbamos en breve á medir nuestras fuerzas en regla con los veteranos de Pasto, enviados por Aymerich. En efecto, sabíamos de buena tinta que á la división de 500 infantes y 50 caballos, traída del Norte por el teniente coronel Francisco González, acababan de agregársele las guarniciones de Quito y sus alrededores, que bajo las órdenes del Jefe citado, debían de haber llegado á Latacunga, de donde se nos vendrían encima de un momento á otro.

Urdaneta, en consecuencia, no perdía tiempo; disciplinaba á los reclutas, aprestaba caballos y monturas, reparaba los armamentos, nos exhortaba á todos.

Llegó el día. El 21 de noviembre recibimos la noticia de que González se nos acercaba y, reunidos en consejo los oficiales, resolvieron que no se expusiese la población á los horrores de un combate dentro de ella, y salimos hacia el sur. El 22 los dos ejércitos se avistaron á corta distancia en las llanadas de Huachi.....

Acto continuo, órdenes de los Jefes, humo, pólvora, ira, delirio, detonaciones, sangre, ayes, maldiciones, muerte, horror.....Nuestra vanguardia destrozó al enemigo, que retrocedía á empujé nuestro. Nuestro, sí: Castillo, Juan y yo instintivamente no nos habíamos separado, é íbamos en primera fila; nadie delante de nosotros, si no era el enemigo. Poníamos los pies allí mismo donde estaban levantando nubecillas de polvo las balas de los contrarios; no sé si alguien caía junto á mí, nada veía sino lo que se me mostraba en el campo de Gonzá-

lez: el brillo de los fusiles, los fogonazos las humaredas.....¡Victoria !victoria! retroceden las tropas, huyen ya, hemos triunfado!

De un flanco enemigo se levanta un torbellino de arena ¿Qué es eso? Es la caballería que, con González á la cabeza, está ya á pocos pasos de nosotros, y que lanzas en ristre, los caballos á la carrera, llega, nos lancea, nos pisa, nos acaba ....

Es de noche: las estrellas brillan en el cielo; como siempre ajenas á las calamidades humanas, las veo escintilar en el azul del firmamento; tengo frío, sed, mucha sed, los oídos me suenan como si se descargasen fusiles todavía, quiero levantarme, quiero gritar.....no puedo.

Pero hay alguien á mi lado, gracias á Dios: una mano cariñosa me acaricia las mejillas, una persona me mira fijamente, nota que abro los ojos, que me muevo, y se inclina sobre mí y me calienta el rostro con su respiración y me dice algo, que no oígo, no entiendo por el pronto.

Era Castillo. Después de un momento de reposo, vuelve á hablarme: le comprendo ya. Me encarga quietud absoluta, silencio, cautela, me anuncia que va á separárseme un momento para tornar en seguida y llevarme consigo.

¡Qué dolor tan grande experimento en la cabeza! Un movimiento inconsiderado me ha hecho rozarla contra el suelo. Estoy en una zanja, al aire libre. Ya, ya lo recuerdo todo: el combate, nuestro triunfo, la caballería enemiga, la pechada de un caballo que me lanza al suelo ¿qué más? No lo sé. ¿Vencimos por fin? ¿fuimos acaso derrotados? ¿qué fué de nuestro ejército? ¿qué de Juan? ¿A dónde acaba de irse Castillo? Todas estas y otras preguntas más, acuden á mi mente, se superponen, se reemplazan, me aumentan el dolor de la frente, me ocasionan mayor hielo, me dan miedo, me anonadan.....

Felizmente no tarda D. Mariano: aquí está, y acompañado de otro sujeto en quien reconozco luego al dueño de la choza donde penetramos después de la jornada de Latacunga. Me tienden en una frazada y me conducen

silenciosamente con mil dificultades por dentro de las zanjas dando mil rodeos por senderos extraviados. Allá lejos suenan aún algunos disparos. Las precauciones de mis conductores me hacen explicármelo todo. Sí todo: hemos sido derrotados, no me queda duda, destrozados, aniquilados, nuestros valientes batallones han sido destruídos por completo, mis compañeros están muertos; Juan.....

Ah! No me dolía ya la cabeza, que la palpaba cubierta de un gorro de coágulos, arena y pedrezuelas,—lo que me dolía horriblemente era el corazón ¡Cuánto mejor hubiera sido que no volviese jamás del letargo en que estuve hasta hace un instante! Por qué D. Mariano no me hizo el beneficio de acabarme de matar ahí en el lugar donde me encontró tendido y de donde debió arrastrarme á la zanja? ¿Por qué, si no quiso darme con su mano el compasivo golpe de gracia, por qué, por qué no me dejó abandonado al hielo de la noche, á los colmillos de los lobos, á la voracidad de los cuervos y buitres? ¡Dios de los cielos, quizá es cosa mala ésta de pensar en independizarnos y por eso nos castigas con tanta severidad!

Muchas horas después, comenzaba á aclarar cuando llegamos á la casa, donde tantas ilusiones habíamos acariciado, poco hacía, acerca de los futuros acontecimientos de la guerra.

Castillo, silencioso siempre, con precauciones esmeradas, me arregló en el pobre lecho de nuestro huésped, y ordenóle que entibiase un poco de agua, con la que me lavó cuidadosamente la cabeza que volvía á dolerme con intensidad.

—Gran rotura, gran rotura, exclamó por fin como hablando consigo mismo, conforme su costumbre. Pero nada, nada; es sólo una caricia con la mano un poco tosca de un caballo; ni un balazo ni una lanzada: aquí están las señales de las herraduras. Valiente abertura! Si le tomaban más de lleno los cascos, reclutita al cielo. Pero, cien mil demonios, ¿de dónde salió ese escuadrón de Barrabás? La victoria era nuestra, esos cobardes estaban ya corriendo, corriendo.....¿qué acaeció? ¡Malditos sean! si no tuviese que cuidar á este pillete,

que está con un buen boquerón en la sien, ahora mismo me pegaba un tiro.....

Sentóse en seguida en una piedra cerca del fuego, é hincando el codo en la rodilla y apoyando la mejilla en la palma, se quedó como extático ó cataléptico.

Yo le miraba el rostro contraído, macilento, hosco, iluminado por las llamas sanguinolentas que se levantaban enrojeciendo la mísera vivienda, y que me puse á comparar con la habitación de mi madre; así como me comparé á mí propio, hoy cubierto de sangre, herido, tirado sobre una piel de oveja, conmigo mismo allá en los benditos días de la infancia, cuando atacado por alguna ligera enfermedadcilla, mi madre me obligaba á guardar cama, junto á la cual pasaba horas de horas, interrumpiendo la costura para mirarme, para arreglarme las blancas sábanas, para propinarme las bebidas endulzadas ya con los trocicos de azúcar, ya con el almíbar de sus labios que probaban amorosamente el calor y el sabor de los aromáticos líquidos ¡Ay! me trasladé así, por la magia del recuerdo á la hacienda de doña Cándida, á los plácidos juegos con Aurora.....con Juan, con el desventurado Juan, con Júpiter, el perro aquel.....Luego volví á oír disparos de fusil. ví á González y sus soldados, sentí el atropellamiento de un caballo, rodé por la tierra.

Posteriormente he encontrado semejanza entre las ideas extravagantes, confundidas, entremezcladas, interrumpidas, sobrepuestas del delirio y esos patrones llenos de líneas curvas, rectas, cruzadas, cortadas, que reparten los periódicos de modas y que deben, á mi juicio, representar gráfica ó esquemáticamente los pensamientos de los locos.

Cuando, cuatro ó cinco días después, torné á mi acuerdo, me refirió Castillo cómo mi trastorno cerebral, la calentura espantosa producida por la herida y, puede ser, por las sacudidas morales del día del nefasto Huachi, mi enfermedad, digo, le salvó la vida á él: la idea del suicidio le había acosado sin cesar, á punto estuvo de realizarla, llegó alguna vez á tomar con ese objeto una pistola; pero le venía el pensamiento del abandono en que yo quedaría, y retiraba de la calenturienta sien la fría boca del cachorro.

Yo miraba con verdadera indiferencia la vida: lo mismo era para mí que D. Mariano, en sus monólogos, me hiciese saber que supuraba mucho ó que no supuraba la tenaz herida, que estaba más ó menos hinchada, que se presentaba de buen ó de mal aspecto; pero sí; á pesar de esta apatía acerca de mí mismo, no pude menos de notar el enflaquecimiento, la lividez, el encanecimiento de Castillo. El día en que me levanté por vez primera del lecho, y D. Mariano me extendió la mano para que en ella me apoyara, no me fue dado contener la sorpresa ocasionada por la flacura de los dedos, descarnados como los de un esqueleto. Ese día me narró con lujo de pormenores, como desquitándose de su silencio anterior, como vengándose de un mal que se le hubiese hecho, con evidente crueldad, todos los pormenores del desastre: parecía que se gozaba en mi pesar cuando me refería la muerte de casi toda nuestra vanguardia, el tremendo degüello durante la derrota, las inhumanidades, las ferocidades de las hienas humanas que se llaman soldados vencedores. Relativamente no habían sido muchos los muertos nuestros en el combate: las tres cuartas partes de los cadáveres se encontraban en los callejones de sur y norte, de oriente y poniente del campo de Huachi. Allí, en esos callejones, donde se aglomeraban, se atropellaban los fugitivos, eran alcanzados por la caballería y lanceados sin conmiseración. La sed de sangre, la venganza, el frenesí que se apoderan del hombre contra el hombre, cuando no se teme la ley divina ó la humana, hicieron que la carnicería prosiguiese toda la noche en los pueblos de las cercanías: ancianos, mujeres, niños fueron victimados en las calles de las poblaciones y aun en las propias casas, amén de casi una tercera parte de nuestro ejército, cuya sangre enrojeció esos malhadados arenales, donde todavía otra vez la causa republicana tenía que experimentar un horrendo descalabro. El infortunio, en fin, había sido completo.

—¿Y Juan?.... Pregunté irreflexivamente.

—No lo sé, me contestó contrariado Castillo,—no me preguntes por nadie en particular: quiero angustiarme, quiero llorar, quiero morirme por la desventura de la patria en general, no por los amigos, por los conocidos,

por los copartidarios que tuvieron ¡ay! mejor fortuna que tú y que yo....

Parecióme comprender la suerte de Juan, y para ocultar mi dolor, me separé de Castillo, abrumado de nuevo por los recuerdos, y tambaleando como un borracho, me fuí á la cama, donde otra vez me acometieron el desvarío y la fiebre ..

IX

MEDIA semana más tuve que guardar cama, y quién sabe cuanto tiempo aún me hubiera durado la convalecencia, si hubiese estado para los mimos y regalos de quien enferma en la casa estable, en medio de la familia, entre las comodidades del hogar; pero el soldado, y, en especial el derrotado, el vencido, el que no posee, por lo mismo, nada ni á nadie en el mundo, sino es enemigos, no puede alegarse á sí propio que no está suficientemente curado ni bastante fuerte para volver á la existencia penosa, pesada, alguna vez insoportable del paria, cuya vida misma está á merced de cualquiera.

Don Mariano, pues, me ordenó que hiciese la prueba respecto de si podría ya sostenerme en pie por algunos días, á fin de que nos alejásemos de la casa de Blas, hasta entonces por milagro no visitada por las partidas de militares, que cruzaban en todas direcciones esos antes tranquilos campos. Sólo una noche durante los primeros días de nuestro asilo, cuatro soldados habían obligado á nuestro huésped, á segar y entregarles gratuitamente el alfalfar de cuyo producto se mantenía.

Por fin, un día salí de la casa de Blas en compañía de éste, que armado de su hoz, iba á una siega de trigo, invitado por un pariente suyo, dueño de un pegujar.

No nos es dado comprender cuánto valen un rayo de sol, una bocanada de aire puro, una simple mirada á los campos y al cielo, sino después de un encierro, de una prisión, de algún tiempo de carencia de estos elementos de vida cuyo precio es incapaz de estimar el hombre libre, el pródigo, llamarélo así, que gasta, que disfruta sin tasa, sin limitación alguna los bienes de la munificencia, de Dios: de la atmósfera, de la claridad de la libertad de ir y venir, de la de mirar en todas direccio-

nes, de la de aspirar los aromas de las plantas, de bañarse en luz, de respirar viento, de introducir al ser posible huracanes en el pecho, de absorver todas las exhalaciones deliciosas de las tierras, de las aguas, del ambiente....

Cuando llegamos al ondulante trigal, allá en una loma apartada, la siega había principiado: en la parte ya cosechada se levantaban aquí y allí los montoncillos de gavillas, mientras los segadores cantando en coro, en una línea irregnlar de pacífica batalla, arremetían á la noble mies, asiéndola con la izquierda mano y cortándola con la derecha.

Pacífica batalla, si. Quien, como yo, acababa de levantarse del lecho de *enfermo de males de los hombres*, no podía menos de formar símiles entre la guerra y la paz, la labor bendita del hombre-hombre y la maldita agitación del hombre-fiera. Hoy veía las gentes contentas, cantando, cariñosas, pasándose unas á otras el plato de comida ó el cantarillo de chicha en cuyos bordes unos labios en pos de otros, depositaban el ósculo de paz, la herencia de Dios, que no teniendo nada mejor que darnos, al separarse nos dijo: «la paz os dejo, la paz os doy». Ayer, en el campo de Huachi, yo ví los hombres embrabecidos, enfurecidos, posesos, blasfemando, dentelleando con las bocas escoriadas, con las fauces negras, los cartuchos de pólvora asesina, tan parecida á las pasiones humanas.... Hoy los felices campesinos chanceaban entre ellos, reían á carcajadas, las mujeres suspendieron el trabajo para castigar con afectuosos pellizcos las bromas de los novios ó de los esposos. Ayer el ronco bramido de los cañones, que no deja oír razón alguna, las bayonetas de la infantería, las lanzas de la caballería penetrando en las carnes de bestias bravías cuya alma había sido reemplazada por un soplo del demonio....

Una circunstancia imprevista, pero en realidad muy casual, hizo que decidiésemos la partida la misma noche del día en que Castillo me encargaba que experimentase si podíamos salir de casa de nuestro huésped.

Fué el caso que acabábamos de dormirnos, por allí á las diez ú once de la noche, cuando fuimos intempes-

tivamente despertados por las voces de individuos que llamaban de fuera.

—Vienen á prendernos, dijo D. Mariano á media voz. Yo te defenderé, muchacho aquí tengo estas pistolas con las que puedo matar á dos esbirros ó, en caso necesario, á tí y á mí propio para escabullirnos así de sus manos: que se apoderen de nuestros cadáveres los miserables.

Felizmente no iban por aprehendernos. Blas había salido á la puerta, y, ya por estar ésta entreabierta, ya porque la separación de las cañas del tabique de la choza permitía escuchar todo ruido ó conversación exterior, oíamos perfectamente lo que se hablaba fuera y hasta podíamos conocer á los interlocutores por el metal respectivo de voz. Y fué lo que sucedió: cuatro personas extraviadas por la oscuridad de la noche eran las que llegaban á nuestro escondite y éstas, admírate lector, eran Peñamar, Pantorrés, D. José Segundo Rey y un asistente del último; pues Rey, como luego lo supimos, iba á los pueblos vencidos *con un alto empleo*, que le permitiría *castigar á los bandidos que hacían armas contra el señor Rey de España y contra él, Rey también por nacimiento y por representación del augusto monarca, dueño y amo de estos dominios americanos.*

Todo esto se lo espetó á renglón seguido el mismo Rey al pobre Blas, que en la puerta de la cabaña y con un tizón en la mano para alumbrarse, esperaba lo que gustasen mandar los usías de á caballo.

Pero ¿qué hacía ahí Peñamar? me pregunté á mí mismo, cuando conocí su voz al decir á nuestro huésped «que les hiciese el favor de mostrarles el camino real para Ambato».

Luégo lo supimos. Véase cómo.

A fin de escuchar mejor la conversación de nuestros antiguos amigos, D. Mariano y yo instintivamente íbamos acercándonos á la puerta á tienta paredes, y estábamos ya muy próximos á Blas, cuando éste, fuertemente empellado por otro personaje al que no habíamos oído hasta entonces, tuvo que cederle el paso y permitirle que se lanzase sobre mí....

Por poco me arroja al suelo.... con las manos so-

bre mis hombros, me sujetó contra el tabique de la choza, que crujió. Oí el martillado de una pistola de D. Mariano, quien sin duda habría disparado sobre mi adversario, si yo no le hubiese reconocido oportunamente.

Era Júpiter, que me estaba empapando el rostro á lengüetadas.

Atraído por el admirable olfato, ó quizá por haberme visto á pesar de las tinieblas de la noche y de la choza, empujó á Blas como lo he expresado y se arrojó sobre mí para agasajarme y lamiscarme.

Los ladridos afectuosos del perro debieron de llamar la atención de Rey y hacerle comprender que había gente no extraña en la choza; pues con fanfarrona voz gritó.

—¡Hola los de adentro, presentarse en el acto á mi autoridad! Asistente, apearse y prender fuego á esta manada de lobos.

—Presente, esbirro, contestó Castillo, saltando hacia la puerta y apuntando con la pistola de arzón á Rey, que por poco cae de su caballo: tal fue el gran susto que se llevó al encontrarse de manos á boca con D. Mariano y conmigo, que salí también armado con una barra de labranza.

—Ya ves que no somos lobos, infame, agregó en seguida: los lobos, los chacales sois vosotros, hez de la canalla, á quienes ¡Vive el demonio! extinguiremos tarde ó temprano nosotros los libres, los hombres, los honrados. Largo de aquí, miserable, ó te derramo los sesos.

Pantorrés, hasta tanto, y el asistente repuestos de la sorpresa y comprendiendo, sin duda, que estábamos solos, esto es, que no había más gente dentro de la choza, se precipitaron encima de nosotros lanza en ristre; mas, en el instante mismo, Peñamar descargó inopinadamente un golpe furibundo en la cabeza del soldado, que le hizo caer del caballo, cuando sobre mí ya, iba á atravesarme de una lanzada; Castillo sacó el cuerpo al embiste de Pantorrés y le disparó un balazo, que encabritando al caballo le hizo lanzarse por el campo, no sé si también azuzado por el miedo del jinete. Más, sea lo que fuese, Rey, apenas vió lo acaecido, hincó las espuelas á su rocín y, dejando caído hasta el sombrero, puso

pies en polvorosa como alma que lleva el diablo.

—Saludos á las estrellas, gritóles entónces Peñamar; buen viaje, compañeros de mis entrañas. Hasta la vista.

Bajó en seguida de su caballo y abrazándonos efusivamente, nos ofreció explicarnos más despacio lo de su venida con el viudo de Doña Cándida; empujó después con el pié el cuerpo del asistente, que continuaba aturdido en el suelo por el batacazo y por la manera brusca con que se apeó del caballo, y añadió:

—No hay que perder tiempo, señores: D. José Rey Larreta y Espaderos, y D. Francisco Pantorrés no son hombres que perdonarán el *desacato* que acabamos de inferirles, y tanto más, cuanto uno y otro odian á Ud., D. Mariano, y á tí, Antuquito, muy cordialmente. Nada diré por modestia, del gran aborrecimiento que á mí me profesan. De prisa: yo tomaré á Antonio á las ancas, D. Mariano, Ud. ármese con los despojos en leal batalla de este desventurado, el caballo en buena ley pertenece también á Ud. Mientras Rey y Pantorrés se orientan, llegan á Ambato, equipan un ejército para buscarnos y se vienen aquí, nosotros podremos haber ganado trecho suficiente para no ser habidos: venturosamente los dos caballos que van á servirnos no están estropeados, supuesto que D. José Segundo los adjudicó á los bienes de S. M. sólo al anochecer: al pasar por una caballeriza que antojó á ese esclarecido personaje. Vamos pronto, señores, encarguemos eso sí al infeliz dueño de esta casa que la abandone, si quiere salvar al menos el pellejo; pues con él y la mísera cabaña se ejercitará seguramente el *heroísmo* del *sotagobernador*, de quien y de cuyo empleo hablaré también á ustedes cuando las circunstancias nos lo permitan.

Algunos minutos más tarde, partíamos de la choza de Blas, á quien Peñamar entregó cuanto llebava en los bolsillos, en vía de indemnización anticipada, por la pérdida segura de la choza y del pobre menaje, y á quien recomendó con insistencia la oportuna fuga. Innecesario juzgo referir que nos acompañaba Júpiter, que, seguramente, no hizo ningún sacrificio al abandonar por mí á su antiguo compañero.

X

MIENTRAS caminábamos durante la noche y parte de la mañana, hasta hacer alto en las cercanías de Mocha, Arturo nos refirió lo calamitoso de la vida en Quito, bajo el gobierno del pueril é inepto Cara-Calzón,—como se había dado en apodar á Aymerich, sujeto que, probablemente de bajo nacimiento, como podría conjeturarse por su ánimo estrecho, pequeñez y bajeza de pasiones, había llegado á la ciudad del 10 de agosto desconocedor de sus costumbres y hombres, y de los miramientos indispensables á una sociedad culta, habituada al trato de gentes no vulgares, y extrañosa por lo mismo, hasta de las plebeyas maneras del ex-Gobernador de Cuenca, que, rodeado enseguida de los truhanes de la ciudad, organizó un Gobierno que sólo la impotencia del pueblo podía tolerar, aunque sintiendo en el alma el peso de tan grande vejamen. D. José Segundo Rey Larreta y Espaderos naturalmente en su propia ruindad poseía méritos suficientes para obtener colocación ventajosa de parte de Cara-Calzón, y naturalmente también era el principal déspota y tirano de estas tierras desventuradas. Los propios partidarios de la causa monárquica se habían de luégo á luégo separado de Aymerich, esto es, los monarquistas de viso y delicadeza; pues por lo que respecta á lo soez del partido, ya lo hemos dicho, llegó á apoderarse por completo del pueril presidente, á quien se halagaba con torpes lisonjas y se ganaba incondicionalmente con solo invitarlo á una francachela, aunque fuese de las de escaleras abajo.

Pero, en singular, los principales amigotes de Cara-Calzón eran los *vivos* de la política: los que la víspera festejaban con frenesí cualquier triunfo de los republicanos, los *encontradores* obligados de los victoriosos, los pertenecientes á familias que, de acuerdo entre sus

miembros, se dividían aparentemente y se declaraban, únos fervorosos realistas y ótros entusiatas patriotas, á fin de, triunfasen éstos ó aquellos, tener siempre lo que se denominaba el *zafo*, es decir, el medio de mascar á dos carrillos, de poseer buenos empleos con los ótros, de evitarse los gastos á que la guerra obligaba voluntaria ó forzosamente á los adictos, ó á los enemigos de los bandos opuestos, y, sobre todo, á conservar un predominio vejatorio y humillante sobre los ciudadanos honrados, que nada podían contra ellos, atados los brazos por la propia hombría de bien, encarnizada enemiga de toda alma leal.

Como especialmente de los amigos puede decirse lo de las monedas, «que las malas excluyen las buenas», Aymerich quedó en breve rodeado exclusivamente del desecho de la sociedad, y, lo que es peor, fomentando ódios contra la hidalguía, la dignidad, el decoro que no se le acercaban por la natural incompatibilidad que hay entre lo noble y lo innoble. De aquí que, de palacio, de los conciliábulos de los gobernantes, convertidos en reuniones de tahures, saliesen cada día las calumnias, los insultos tabernarios, los desfogues de las más viles pasiones contra caballeros esclarecidos y hasta contra matronas respetables. A la participación activa de tales villanías se debía especialmente el empleo de sota-gobernador de los pueblos vencidos del Sur, que Rey acababa de obtener y que le llevaba á Ambato, después de haber ejercido en Tambillo, Machachi y Latacunga los primeros actos de su *elevado* empleo, consistentes en ditirámbicas proclamas preñadas de estúpida fatuidad y en imposición de contribuciones, de dinero, vituallas y caballos para «su escolta», compuesta de dos asistentes conductores á todas partes del paraguas y los zuecos de su señoría.

Imposibilitados por las circunstancias para sacudirnos del yugo infamante, añadió Peñamar, ¿qué recurso nos queda aún á los vecinos pacíficos, sino emigrar ó, lo que es preferible, agregarnos á la revolución? Pero hoy las cavilosidades y recelos de los empleados de Quito tienen puestos los ojos en todos cuantos juzgan enemigos, y, por consiguiente hasta las acciones más inocen-

tes son calificadas de modo desfavorable. Y de tal manera ¿cómo salir de la ciudad sin que esto no sea calificado como algo atentatorio á la seguridad del Gobierno? De aquí el que aun los aborrecedores de la mentira, como yo, nos viesemos en la imprescindible necesidad de ocultar nuestros proyectos y discurrir medios que nos permitieran fugarnos de la canalla, ya que no sacudirnos de ella. He buscado, pues, el patrocinio de Rey, crédulo como todo ruin de todo lo que halague á su vanidad brutal, y me le he ofrecido como su *edecán*,—este término burlesco le decidió á cuanto yo quisiera,—mientras me fuera dado salir de la vilipendiada ciudad y ponerme en ocasión de unirme á los copartidarios, que están en Bodegas, según lo sabemos de cierto, organizándose y preparándose para lavar la vengüenza de Huachi.

—Alto ahí! vociferó Castillo, qué verguenza ni qué diablos; un desastre en el que el honor queda inmaculado, es una desventura no una vergüenza. La desgracia no es jamás un crimen y sólo el crimen es la vergüenza.

—Justo: no me he expresado bien, replicó Arturo, pues en verdad he empleado pésimamente la palabra vengüenza: nuestras tropas en Huachi fueron vencidas, mas no derrotadas; se las destrozó, pero no se las infamó.

La noche siguiente, dado ya descanso á nuestras caballerías, seguimos hacia Guaranda, en cuyas cercanías nos alojamos, y desde donde Castillo pudo ponerse en comunicación con los patriotas de aquel asiento, que esperaban, en realidad, como nos lo aseveró Peñamar, la noticia de la aproximación del nuevo ejército reorganizado por los entusiastas hermanos nuestros de la costa. Allí nos visitó un joven fúgado de Quito que ratificando los informes de aquél acerca de Aymerich, nos refería que Cara-Calzón, al contrario de lo que un biógrafo ha dicho de Bolívar, prefería á los tunantes y perduleros y «más que á éstos á los chismosos y embusteros», lo cual tenía convertida en un infierno la desventurada ciudad de Quito. Refirió, asímismo, que sin duda, alguna nueva muy importánte les había llegado á los realistas, pues que el Coronel Piedra no daba

puertas, de varios días atrás, ni por un momento á sus soldados, y aun se sabía que los hacía dormir sobre las armas.

Si queríamos estar presentes en la indudablemente próxima función que se preparaba, debíamos, en consecuencia, partirnos cuanto anses al sur. Así lo verificamos: al día siguiente, muy de madrugada, ensillamos nuestros caballos, montamos, y en marcha.

XI

El invierno había comenzado ya en la región de descenso de la cordillera, y me bastará recordar esta circunstancia para que el lector comprenda las dificultades que tuvimos que vencer para llegar á Sabaneta, por allá cerca de las doce de la noche: enterrados en los baches hasta la cintura, llevando del diestro á los caballos, que hacían prodigios de equilibrio en los precipicios, y esfuerzos increíbles para salir de los atolladeros; llegamos, digo. por fin, hacia media noche al pueblecillo de Sabaneta, donde al menos tuvimos la satisfacción de encontrarnos ya entre los nuestros; supuesto que allí estaba acantonada la vanguardia del ejército, compuesta de una centena de hombres enviados á la descubierta por el Comandante García, acuartelado en Babahoyo, de otra centena de gentes fugadas de Quito, Latacunga, Ambato y Riobamba, y de algunos de los salvados en la rota de Verdeloma, seis ó siete días antes.

Como era la primera vez que yo contemplaba las maravillas de la naturaleza de la fecunda costa de nuestra privilegiada patria, no causará extrañeza el que confiese que olvidé algún tanto el cansancio físico y la tribulación moral que me roía el alma desde la jornada de Huachi, al recorrer los bosques de palmeras, plátanos, achiotes, naranjos, ceibos y los mil otros bellísimos árboles, donde se posaban millones de vivientes, hasta entonces desconocidos para mí; al ponerme á orillas del riachuelo, incesantemente poblado de canoas remadas ó *palanqueadas* por los montuvios casi desnudos; al sentir por la noche la influencia de un ambiente tibio y perfumado, de un cielo azul purísimo salpicado de estrellas, aclarado á menudo, allá arriba por ráfagas eléctricas y abajo por millaradas de insectos luminosos.

¡Cuánto pensé aquellas noches en mi madre, en Aurora, en mi pobre casa que talvez no volvería á ver!

El 28 ó 29 de diciembre, llegó el grueso del ejército con el valiente argentino Comandante García á la cabeza, y esa misma tarde, después de revistarnos á los de la vanguardia, ordenó que reunidos todos, saliésemos en dirección de Balsapamba.

Enuncié antes los trabajos pue tuvimos que vencer á la bajada, Peñamar, Castillo y yo. Figúrese el lector cuáles serían los que se presentaron á un ejército entero, seguido además por un sinnúmero de mujeres, acompañantes obligadas de los batallones en campaña desde los tiempos de la emancipación!

Vencidas, sin embargo, esas y otras, contrariedades por el entusiasmo, que posee la propiedad en él natural de hacer milagros, nos encontramos, el 2 de enero de 1821, en el sitio denominado *Tanizagua*, situado á diez kilómetros de Guaranda.

Fenómeno psicológico es éste que todos los hombres hemos experimentado algunas veces en la vida: el de preocuparnos con asuntos fútiles ó al menos, completamente extraños al que debía absorbernos por completo, la víspera, algunos momentos antes de un acontecimiento magno, de importancia grande para nosotros mismos ó para los que nos pertenecen de cerca. El referido fenómeno, no nuevo para mí, se repitió esa noche víspera de la segunda batalla en que debía hallarme.

Desde el campamento escuchábamos los *alertas* de los centinelas enemigos y veíamos una que otra fugaz lucecilla en las avanzadas, poco más atrás de aquéllos. Busqué á Peñamar y le supliqué que nos alejásemos de nuestras gentes para conversar algo íntimo, que el respeto inspirado por Castillo había impedido hasta entonces llegar á mis labios, anduvimos un buen espacio por el quebrado suelo de los alrededores, huyendo del enjambre de mujeres, sobre todo, que iba de una parte á otra agenciando víveres, proveyéndose de agua, etc., á pesar de que principiaba á entenebrecerse la atmósfera. Bastante separados de los nuestros tropezamos con una quebrada profunda, á cuyas orillas, cortadas perpendicularmente sobre el precipicio, nos sentamos mi

condescendiente compañero y yo. Allí en versátil charla pregunté por mi madre, interrogué con rodeos por Aurora.

—Y Pantorrés? le dije á Arturo, sólo ahora se me ocurre acordarme de él. ¿Qué hacía con Ud. y con Rey la noche de la sorpresa en casa de Blas?

—Pantorrés, me contestó Peñamar, traía también no sé qué empleo para hoztilizar en compañía del teniente de Gobernador D. José, á los infelices habitantes de Latacunga y Ambato. Las adulaciones infames á Aymerich y el ingenio desplegado para la calumnia respecto de los presuntos enemigos de Cara-Calzón le han conquistado de parte de éste una afectuosidad tal, que no puede pasar un instante sin la compañía del ruin abogado. Tales para cuales, añadió Arturo, los cerdos con los cerdos: nosotros contraeríamos una fiebre tifus si se nos obligase á pasar una hora sumergidos en el cieno de la pocilga, en que se acarician el cuerpo aquellas bestias inmundas.

A continuación charlamos de una multitud de cosas, poco menos que indiferentes, y dejamos así transcurrir hora tras hora, sin darnos cuenta de ello y sin fijarnos mucho que digamos ni siquiera en el frío de la noche, no muy templada en Guaranda y sus alrededores.

Un ladrido vigoroso de Júpiter y un salto brusco hacia nuestra derecha, nos sacó abruptamente del olvido de lo que nos rodeaba; y casi en seguida llegó á nuestros oídos el tropel de caballos que se nos acercaban.

—Estamos perdidos, me dijo en voz queda Peñamar: por aquí cerca debe haber un paso hacía el otro lado, por donde algunas avanzadas contrarias, atraídas por nuestra imprudente conversación, se vienen á nosotros. Sujeta al perro, muchacho, y ciérrale el hocico; no hay que moverse, la oscuridad de la noche puede darnos tiempo para pedir á Dios que se compadezca de nosotros, ó perdone nuestros pecados. Silencio! se acercan!

En efecto, varios hombres á caballo, cuyas pisadas distinguíamos perfectamente, pasaban á corta distancia nuestra y se apostaban, en seguida, encerrándonos entre ellos y la quebrada, para tomarnos con seguridad. Las voces nos llegaban ya claras.

—Cabo, Ud. y dos números, á pie, decía la voz de mando; con las armas en peligro acérquese por allí y fuego con ellos, si presentan la menor resistencia; aunque lo que importa es tomarles vivos para saber lo que pasa en el campo de los insurgentes.

Oímos apearse á los soldados, martillar sus armas y encaminarse á nosotros....

—Matémonos, Antonio, me dijo al oído Peñamar, Colguémonos de una de estas ramas suspendidas en el abismo, y ayudándome con un empellón á ponerme al borde se lanzó fuera.

Imité la acción de Arturo: me así de una rama de uno de los arbustos colgantes sobre el precipicio y quedé balancéandome, medio desvanecido, aferrado con los dedos crispados al tallo, que crujió, se doblegó y me encubrió allá entre los matorrales á dos ó tres metros bajo la superficie del suelo, y á quien sabe cuántos del fondo de la horrible quebrada abierta bajo nosotros. Casi simultáneamente pasó, rozándose por encima de mí un cuerpo, que trató de detenerse por algunos segundos en los chaparros y chapoteó en seguida en el agua del fondo de la quebrada. ¡Dios mío! Debió de haber sido Peñamar á cuyo peso cedería su débil asidero.

—Vaya ahí se precipitó el uno, exclamaron encima de mi cabeza, ó acaso ambos, prosiguió una voz; pues no es posible que se oculte aquí el otro zorro.

Y, mientras lo decía, golpeaba con la culata del fusil los matorrales de los cuales yo pendía, desfallecido ya, próximo á deslizarme y á destrozarme en la hórrida sima.

—Fuego á la conejera, por acaso, dijo uno de ellos, y una bala silbó junto á mi cabeza.

La eternidad del averno debe de ser así. Desde aquella noche memorable yo la concibo de ese modo: un instante inacabable, con ansiedad, con dolor infinito, con agonia de muerte sin morir, con existencia sólo para el tormento indefinible, sin esperanza, sin consuelo, sin luz, sin refugio, sin sostén, pesadilla cierta, sin un despertar benéfico....

Pero la detonación del disparo, nos salvó; supuesto que atrajo hacía el lugar donde se vió el fogonazo, á

algunos soldados de nuestras avanzadas, que pusieron en fuga á los contrarios, y al escuchar nuestras voces, nos sacaron, no sin alguna dificultad, de la ya insostenible posición en que nos hallábamos.

Nos hallábamos he dicho, pues que Peñamar no había caído al abismo, como yo lo presumí, sino al contaario; algún tanto más afortunado que yo, dió con una desigualdad de la peña, donde, apoyando las puntas de los pies pudo conservarse con menos tortura y cansancio, durante los minutos transcurridos en la tremenda situación que he descrito sin entrar en pormenores que acaso ocasionarían fastidio al lector.

Júpiter, el pobre Júpiter, que nos buscaba, que trató de acompañarnos en nuestra manida sobre el precipicio, que, quién sabe, trató de colocarse junto á nosotros sobre las ramas, fué el que, pasándo por encima de mí, rozándome, casi arrastrándome consigo, cayó á lo profundo, como lo comprobaban las magulladuras, la cojera y el lodo, con que se nos presentó poco rato después que nos restituímos al campamento.

D. Mariano, afectuoso á pesar de su corteza ruda, me aplicó un buen réspice de cariño, así como me oyó la relación del suceso y de la milagrosa manera como nos habíams salvado. No mucho después debía encontrarme nuevamente en circunstancias análogas.

No son las balas enemigas, señores míos, el único peligro que atenta contra la vida del pobre soldado.

XII

Esa misma noche, poco después del toque de silencio, fuimos despertados en nuestra tienda por un ayudante de campo del comandante García que llamaba á la suya, de capitán arriba á todos los jefes del ejército. Por allá, á media noche, cuando volvieron Castillo y Peñamar, supimos que acababa de disponerse la marcha para la madrugada: la mitad de nuestras tropas debía procurar colocarse sigilosamente á retaguardia del enemigo, á fin de que la otra mitad le amagase de frente y permitiese á aquella atacarlo de improviso por las espaldas. Mi compañía era una de las que habían de efectuar, aprovechando de la oscuridad del amanecer, ese importante movimiento: no hubo, pues, que pensar en dormir. Avivamos el fuego y echamos en él á asar nuestra ración de carne, seguros de que, si no almorzábamos antes de la salida, nos quedaríamos sin desayunarnos quién sabe hasta qué hora. Peñamar nos entretuvo sobremanera, durante la velada, contándonos anécdotas ridículas de Aymerich, de Rey y de otros personajes que, para vergüenza de la patria, gobernaban esta porción de la colonia. En consecuencia estuvimos listos para la partida en el momento mismo en que los ordenanzas nos anunciaron de viva voz que debíamos salir:

Un cuarto de hora mas tarde, en efecto, desfilábamos silenciosamente por los barrancos al oeste de nuestro campamento: el hablar y el fumar estaban prohibidos so pena de muerte, Por lo demás, las tinieblas de la noche y la niebla espesa frecuente en esa época en aquellas regiones, si bien aseguraban nuestra empresa respecto de los *godos*, nos impedían adelantar mucho que digamos por un terreno desigual y conocido sólo por las guías,

no muy seguros tampoco de no ser extraviados por la densa oscuridad.

Con todo, al amanecer estuvimos colocados convenientemente, lo cual sabido por García le decidió á trabar la batalla. Como lo he dicho, nosotros debíamos conservarnos inmóviles hasta que el Comandante en Jefe nos ordenase efectuar el ataque por la retaguardia del Coronel Piedra.

Magnífico fué el impulso con que nuestras tropas atacaron el frente del enemigo, que se replegó á una altura, próxima á nuestro campo; circunstancia que indujo al jefe á disponernos que entrásemos en batalla, lo que efectuamos con actividad y decisión, tomando entre dos fuegos á los contrarios, y obligándoles á retroceder aun más por la misma altura.

García entonces mandó cargarles con ímpetu para completar la derrota, y, con tal objeto, se lanzó dentro de la misma quiebra, en cuya orilla nos sobrevino á Peñamar y á mí la aventura que no há mucho relaté. Esperábamos con ansia la salida de los nuestros al otro lado; mas, lo que vimos, fué fusilarlos á boca de cañón, degollarlos, despedazarlos, por una porción del ejército realista, cuya presencia ni siquiera sospechábamos, y que, oculta hasta entonces en las anfractuosidades de la profunda ranura, pudo á mansalva pasar á cuchillo á trescientos soldados selectos, y tomar prisioneros al resto de la división, incluso el valeroso aunque imprudente caudillo.

Mientras el clérigo Benavides, con las ropas talares echadas al viento, al galope de su caballo, semejando á un enorme murciélago negro, acudía allá y acullá á enardecer la matanza capitaneando los tercios que cambiaban la faz del combate, Piedra con los suyos tornó contra nuestras ya desmoralizadas tropas y nos acuchilló sin misericordia.

Perdida toda esperanza, Castillo, Peñamar y yo, que nos habíamos dado modo á no separarnos durante el combate y el desastre, hincamos las espuelas en los ijares de nuestros caballos é instintivamente nos dirigimos hacia el sur refugio único, por entonces, de la acosada libertad.

Pero ¡cosa rara! Ninguno de nosotros, á pesar de

la derrota y del dolor natural ocasionado por ella, iba entregado á la desesperación ni á las ideas lúgubres, como después de Huachi. ¿De qué provenía esto? ¿De una adivinación interior de que nuestra malaventura había llegado á su mayor grado y comenzaría á declinar? ¿De la insensibilidad estúpida con que la Providencia resguarda nuestra alma cuando se ha colmado la resistencia del pesar?

Puede ser.... Lo cierto es que, convencidos de que no se nos perseguía, pusimos los caballos al paso para no reventarlos, y comenzamos á comentar filosóficamente y con cierta frialdad, los acontecimientos del día.

—Nuestros soldados son ya soldados, dijo Castillo. ¡Qué precisión en el obrar, cuánta obediencia á los superiores, qué serenidad en el peligro! Si el fraile aquél no nos juega tan bien la partida, y si García no cae tan miserablemente en la trampa....

En el propio momento, un retumbo como de trueno ensordeció el horizonte. Tiramos las riendas, detuvimos las cabalgaduras, dímos vuelta hacia donde parecía venirnos el estruendo: sobre el campo de Tanizagua, se divisaba en alto una nube inequívoca de humo.

—Tornan á batirse, exclamó D. Mariano. Volvámonos.

—Alto! Gritó Arturo, conteniéndonos: aguardemos un momento. Lo que hemos oído es, no cabe duda, una descarga cerrada; pero nada más se oye, ni fuego graneado, ni tiroteo suelto, ni maldita la cosa. ¿Qué puede ser?—Y al decir esto se ponía la mano izquierda á guisa de visera sobre los ojos para tratar de ver lo que acaecía, y la derecha tras la oreja para atrapar los sonidos, y todo estirándose sobre los estribos á fin de crecer algunas pulgadas. Aguardamos, sin embargo, unos cuantos minutos y por fin proseguimos el camino de nuestra derrota, volviendo á cada paso á mirar hacia atrás, y admirados de que tampoco nadie nos persiguiese.

Pasados algunos días supimos que el Coronel realista Piedra, y el Cura Benavides, héroe de la jornada, habían después de derrotarnos, resuelto fusilar en el campo mismo al desgraciado Comandante García, para lo cual formando un batallón entero de los vencedores, se per-

mitieron el lujo de cubrir al desgraciado jefe con la granizada de balas, de quinientos mosquetes, á la vista de los consternados prisioneros.

En seguida cortaron la cabeza del valiente patriota y, entregándola á un alférez con la respectiva escolta, la enviaron como un trofeo de las celadas de nuestros salvajes del Oriente al pueril Aymerich, cuyo carácter sabían los seides que complacían con actos como el expresado.

Millares de los cuervos del Machágagra, atraidos por la putrefacción de la cabeza de García, fueron los únicos vivientes que acudieron á *escarmentarse* con la vista de ella, encerrada en una jaula y expuesta por varios días á la entrada del puente del río mencionado, por orden del Gobernador de la humillada Quito....

XIII

Al llegar á Babahoyo, encontramos gentes dispuestas á volver por el honor de nuestras armas; allí se nos incorporaron además los que pudieron escapar de la carnicería de Tanizahua; allí nos llegaron nuevas de importancia respecto de auxilios que debían venirnos del norte; allí supimos que la causa de los libres, si bien desgraciada en el sur, iba boyante en el norte; allí, por último, se nos dijo algún tiempo después que Bolívar había vuelto á nosotros sus ojos y nos enviaba el mejor de sus capitanes, á cuyas órdenes, en adelante, vencedores ó vencidos, nos cubriríamos siempre de gloria, y de peldaño en peldaño subiríamos la trabajosa cuesta de nuestras aspiraciones hasta coronarlas, bañados de luz, radiantes de felicidad, iluminados por el sol ecuatorial, aplaudidos por una ciudad entera ebria de contento, en lo alto del Pichincha, volcán que, si apagado ahora, si falto ya de la antigua corona de fuego, posee para nosotros la eterna aureola, los perennes resplandores de una gloria imperecedera....Pichincha, titánico monumento, digno de los triunfos de titánicos esfuerzos!!

Pero no hay que adelantarse á los sucesos.—No quiero tampoco hablar más de pesares: allá lejos comenzábamos á divisar el cambio de fortuna, allá veíamos algo así como el levantarse del astro del día en un oriente no ya de dolores, allá vislumbrábamos la clara estela de la esperanza; y, en consecuencia, no es tiempo de que, prestando atención á las contrariedades, á los obstáculos, á las torturas del momento, empañe ó al menos conturbe el gozo de la reacción de una suerte hasta entonces adversa. No se aflija, no, el filósofo de que la

fortuna sea variable, sino, más bien, alégrese de que lo sea.

Mas si en lo público, digamos, si en la lucha de la libertad, asomaban arco iris en el cielo tempestuoso de nuestra desventura, por la ley ineludible de las compensaciones, yo tenía entonces en el alma una espina, que me apenaba profundamente. Peñamar había recibido de Quito una carta minuciosa del P. Adeodato, en la que le hablaba, entre otras cosas, de mi madre y de Aurora.

El estado de guerra, desastroso siempre, había hecho á Quito invivible: verdadera guerra civil, llevaba la zizaña á todos los hogares; las divergencias de opinión entre miembros de una misma familia, las acaloradas disputas entre los propios parientes ó amigos, los alejamientos, los aislamientos, los recelos, las desconfianzas mutuas, tenían las casas herméticamente cerradas: ni una sola persona ariesgaba salir, después de las seis de la noche por los escuetas calles, recorridas sólo por uno que otro vagabundo y por las escoltas que preferían la oscuridad para aprehender ya á una ya á otra de las víctimas de la delación incesante, constituida en sistema por los Gobernantes y en medio de venganza de las odiosidades, de las envidias, del infinito número de pasiones, en fin, que se desarrollan como los gusanos en la prutefacción, en las turbulentas épocas de trastorno.

Nadie poseía lo que poseía: al levantarse del lecho cada mañana nadie sabía si tornaría á ocuparlo por la noche; y al partir á las impostergables ocupaciones diarias, los hombres y hasta las mujeres volvían á mirar la propia casa como un bien que se aleja, como algo que no se verá más. Todos desfallecidos, desanimados daban de mano á los habituales quehaceres: el abogado arrojaba su pluma receloso de alejarse en breve en una prisión como el artesano abandonaba el material comenzado á labrar, temeroso de ser encerrado ese mismo día, esa misma hora, en uno de los cuarteles y enrolado en las filas realistas. La soldadesca, en cambio, campaba insolente dueña exclusiva de la ciudad, ultrajaba á las gentes de respeto, insultaba á las mujeres, injuriaba á todos.

Tal la situación general del país, era aún incomparablemente peor para la infeliz viuda de Mideros y para

su hija adoptiva: sin poder obtener trabajo, sin siquiera poder salir para mendigarlo, el hambre horrorosa, implacable, devoraba esas demacradas antiguas esclavas de la pobreza.

De buena gana habría yo volado á socorrerlas, á trabajar á su lado, á compartir cuando menos con mi madre y Aurora las privaciones mil, las desventuras, las penalidades generales y particulares; pero ¿Cómo verificar mi deseo? Tornaban á mi espíritu acongojado todos los remordimientos de los días de mi partida del hogar; sentía dirélo así la nostalgia de las pesadumbres de los míos; mas, me separaban de éstos, no sólo la distancia material que, por grande que sea, se vence fácilmente, sino el estado de guerra, la división de partidos, el mismo crédito, lo diré sin inmodestia, que adquirido por mí en el ejército patriota, me condenaba aun á muerte, caso de caer en manos de Aymerich ó de algunos de sus esbirros ¿Qué hacer? La carta del P. Adeodato á Peñamar, no me había llevado otra cosa que amarguras sin cuento, acrecidas por la persuasión en que yo estaba, primero de que Arturo algo me ocultaba por prudencia del contenido del pliego,—que nunca quiso entregármelo para que yo lo leyese,—y segundo de que mi madre misma, varonil, abnegada, santa, no revelaría en su entera magnitud todas las desgracias que anidaban en la buharda de la viuda y de la huerfanita.

Por felicidad, sí por felicidad, la fiebre del campamento iba á apoderarse de nuevo de mi cerebro y de mi corazón; y, si bien el soldado á sus solas, en el desvelo de alguna noche ó en la ociosidad de algún momento desocupado, pensaría en la familia, tanto más querida cuanto más malaventurada, las ateneiones de la agitada vida de campaña, la continua compañía de los conmilitones, la agitación de instructor de los bisoños reclutas y voluntarios que á cada instante se agregaban á nuestras tropas, debían dislocar con frecuencia el recuerdo de ese hogar, que principiaba ya á ver como una cosa que me perteneció allá en una existencia anterior y distinta de la actual, ó como un sueño dilicioso que, al volver al acuerdo, dejó en el espíritu solamente el penoso rezago de increíbles congojas.

Por entonces nos llegó la noticia del arribo á Guayaquil del General Antonio José de Sucre, conforme lo expresé anteriormente; y por fin, después de poco vino á reforsar nuestra guarnición una fuerte porción del ejército libertador, la vanguardia. mandada por el Comandante Nicolás López, mal americano, acerca de quien juzgo necesario referir algunos precedentes para la mejor inteligencia de los sucesos que van á ser relatados: la infamia tiene también sus prerrogativas.

López nacido en Venezuela, pero como muchos de los nativos de nuestro suelo, contrario á su causa, se encontraba al servicio del Rey. Mandado por Calzada á desempeñar una importante comisión ante Aymerich, fue tomado prisionero por los nuestros en Machachi, declarándose desde ese momento, de tal manera partidario de la emancipación, que aun cuando por resto de desconfianza de Urdaneta no tomó parte en la batalla de Huachi, se puso en derrota con las fuerzas republicanas, y compartiendo con ellas los peligros y penalidades de la persecución, llegó á Guayaquil donde tan bien supo fingir fervoroso celo por la República, que el General en Jefe le confió, en compañía del Coronel Bartolomé Salgado, la importante plaza de Babahoyo. Aparentando López ardiente celo de los intereses revolucionarios, se atrajo astutamente á los oficiales tibios en el servicio de la República ó contrarios á ésta, como un Capitán Valdés, retiró á los leales, y cuando juzgó el momento oportuno para el desenvolvimiento de su inicuo plan, se declaró desvergonzadamente traidor á la causa, por la cual antes había traicionado á la del Monarca.

Algunos creen que López, fiel al Gobierno Colonial, pasó todo el tiempo transcurrido desde que fue tomado prisionero hasta la felonía de Babahoyo, preparándose para ella, esto es, esperando la ocasión de ser lo más útil posible á Aymerich; yo no lo creo, pues para suponerlo sería menester suponer también, necesario es confesarlo, una abnegación extraordinaria en el Jefe traicionero: que abnegación y grande se necesitaba para compartir, según lo he dicho antes, hasta los riesgos y penalidades de una derrota, como acaeció en la de Huachi, después de la cual, por otra parte, á los perdidos casi casi, no nos

quedó, por el pronto al menos, esperanza alguna de reacción. Más bien es de conjeturarse que López, con vista del ejército de reclutas traido por Sucre, de las escaseces pecuniarias á que habían reducido al rico puerto los ingentes sacrificios del patriotismo de sus hijos, acaso también, disgustado de no recibir los ascensos á los cuales se juzgaría acreedor, por el mérito de su primera deslealtad, decidió voltariamente tornar al partido que, según su opinión, iría boyante y volvería á ser dueño de la tierra americana.

Cómo realizó López su proyecto, voy á decirlo.

El 17 ó 18 de julio de 1821, hacia la tarde, mandó formarnos, y, después de hablarnos con vaguedad de nuestros desastres, de la penuria, de la obediencia debida á los superiores jerárquicos, victoreó con entusiasmo al ....al Monarca Español. No sé qué hubieran hecho Castillo y Peñamar si hubiesen estado presentes, en vez de andar en cierta comisión, como se comprende, estudiosamente dada por el Jefe; lo que es por mí diré con franqueza que en ese segundo experimenté la sorpresa en forma de algo á manera de un vahido; mas en seguida, como movidos por un impulso simultáneo, seis ú ocho de los oficiales salimos de filas con un aire tan resuelto que, notado por el desleal,—Apartarse, gritó, los que no quieran seguirme; y mandando al propio instante, batir atambores, partió de la población estupefacta.

Nosotros nos lanzamos como locos en busca de un barco cualquiera para ir á Samborondón, donde conocería yo en breve al futuro triunfador de Pichincha, al Gran Mariscal de Ayacucho, al entonces no oscuro ya, pero aun no ilustre General D. ANTONIO JOSÉ DE SUCRE, alma de la campaña del Sur, ídolo de sus compañeros de armas en esa época de entusiasmos febriles, á quien debo consagrar un capítulo completo.

XIV

ERASE el General de mediana estatura, aunque algo más alto que pequeño; delgado, sin ser enjuto de carnes; la cabeza simétrica y sin prominencias; la frente vasta, en especial hacia los lados, por donde formaba entradas en los cabellos negros, recios y ensortijados; la piel morena, menos en las partes habitualmente cubiertas por el sombrero, de lo cual se desprende que la *empretecieron* los rigores de la intemperie; las cejas delgadas y pecfectas; los ojos castaños, expresivos y dulces, excepto en el fervor de la batalla en que se encendían y relampagueaban; la nariz larga, combada, no fea; la boca regular; los labios finos, pero salientes, sin duda por la costumbre de la rasura, á que sometía también la redondeaba barba y las tersas mejillas, sombreadas apenas por una estrecha y corta patilla. El entrecejo, ligeramente marcado, rara vez se acentuaba para mostrar el rostro ceñudo. Sonreíase con alguna frecuencia, pues era hombre vivo é insinuante, y descubría los dientes blancos é iguales. No reía sino difícil y momentáneamente: nunca fue propenso á las ruidosas demostraciones de la alegría, del pesar ó de la cólera. Mesurado, amable, reflexivo, la discusión con los compañeros, la conversación con los amigos, las órdenes á los subalternos salían de sus labios en suave sonido, como la tranquila expresión de una inteligencia cultivada, de un criterio recto, de un corazón benévolo, en una palabra, de un alma superior. Dócil, subordinado, desprendido, no arriesgó jamás, como subalterno, el feliz éxito de una batalla, empujado por las rivalidades, celos ó caprichos, que movían frecuentemente á algunos oficiales voluntariosos, tercos y soberbios. Previsor, prudente, sereno en el peligro; humanitario, generoso en la victoria, no prodigó nunca, como jefe, la sangre de los patriotas ni de los realistas,

ni precipitó acontecimientos, ni guerreó por el lustre de su nombre, sino siempre para provecho de la República y por amor á la libertad. Filósofo armado, más bien que militar, miraba la sangre,—sudor rojo de las magnas ideas y ¡ay! de los mezquinos intereses,—con la pena de quien prefiere al bárbaro degüello los combates de la razón en los pacíficos campos de la tribuna ó de la imprenta. Baralt se admira de que Sucre hubiese tenido enemigos; á mí no me sorprende: los resplandores del mérito hieren los suspicaces ojos de la envidia y despiertan las malas pasiones de quienes no pueden brillar sino en el caos.

La envidia....reflejo tenebroso de las virtudes, mar tóxico que pretende tragar al mérito, pero que lo lleva en su superficie y lo hace flotar más visible; la envidia ....cuervo que atraen los olores de lo que se perfecciona y no los hedores de lo que se corrompe; la envidia, digo, le hirió, picoteó en sus cualidades, pero no penetró jamás en su corazón para roerle, ni en su espíritu para envilecerle. Amó á sus compañeros como á coadyuvadores de la empresa, aun cuando algunos de ellos lo odiaron como á reprensión viva de sus defectos. De familia noble y rica, amaba la independencia como madre de nobleza y de prosperidad, no como causa del desbarato, del envilecimiento, de la plenitud del mal en el vacío del orden. Las cualidades de Sucre prepararon el crimen que nos le arrebató: la rectitud de alma no le permitió encorvarse para ver la perfidia que rebullía á sus pies. Si el plomo al destrozarle la cabeza no le hubiese muerto en el acto, habría perecido seguramente poco después dilacerado el corazón por la ingratitud y la felonía. Al caer no mordió la arena de la lid; acaso besó la tierra que le fue tan querida.

Poseyó una sola ambición: la de la virtud.

Tenía no se qué de atrayente y que al propio tiempo inspiraba respeto, en la fisonomía, en las maneras, en las miradas en las palabras: era uno de esos hombres que en las cualidades del cuerpo y del alma llevan el diploma de una gran destinación providencial. Si hubiese nacido en Europa, acaso habría sido rey; como nació en América.... le asesinaron.

XV

SUCRE, que no era hombre para quedarse con los brazos cruzados en los momentos premiosos, mandó sin pérdida de tiempo en persecución de López y Salgado á los Jefes Cestaris y Castro, quienes si bien no pudieron escarmentar á los traicioneros, sirvieron eficazmente para proteger la deserción de las tropas que, pasado el estupor de la sorpresa, querían restituírse al campamento de sus hermanos. De tal manera, de los ochocientos hombres seducidos, apenas llegó poco más de la mitad á los reales de Aymerich, quien concedió á López las charreteras de Coronel, que éste, para recomendar mejor su conducta, rechazó hasta ganarlas en el campo de batalla.

Ya la defección de López, ya las ofertas que al Coronel Francisco González, se hacían de Guayaquil de parte de otros felones «para acabar de un golpe con el genio de rebeldía», decidieron al ultimo á aproximársenos inconsideradamente sin esperar á D. Melchor.

Un oficial Pino, Castillo y Peñamar, llevaron á nuestro General la nueva de la proximidad de González, al propio tiempo que varios postas de la serranía comunicaban las marchas forzadas del Presidente Aymerich para reunirse con aquél. Sucre determinó en el acto batirlos en detalle, y el 18 de agosto, levantando el campo con una presteza admirable, sin descansar ni por la noche, condujo el ejército hasta la boca de Yaguachi, donde al día siguiente avistamos al enemigo, le embestimos sorpresivamente y le pusimos de rota batida. ¡Ochocientos cuencanos, de los mil de González quedaron en el campo! ¡Qué matanza, cielo santo! las tropas, frenéticas, se vengaban delirantes del degüello de Tanizahua. Esos bosques seculares, vírgenes, acaso no

hollados por la planta humana presentaban murallas impenetrables á los infelices vencidos, que se entregaban así á la cuchilla del vencedor como fieras acosadas en el seno de la selva, para servir después de alimento á los leones ó á los caimanes....

El ejército republicano no tuvo más bajas que veinte muertos y otros tantos heridos. La gran diferencia entre las pérdidas del enemigo y las nuestras se explica facilmente parando la atención en que las tropas de aquél acuchilladas en la desbandada eran todas colecticias, mientras las de Sucre, además de las veteranizadas parte en Huachi y Tanizahua, y parte en el servicio de guarnición, estaban formadas, por lo que respecta á las no forasteras, de *montuvios* adiestrados en la caza al manejo de las armas.

¡Qué grande me pereció el General cuando, después de la batalla, se multiplicaba en el empeño de impedir la prosecución de la matanza! Ser simplemente valeroso, es ser simplemente un tigre ó una pantera; saber vencer y saber vencerse esto es ser un hombre. Dejarse impeler por sólo las horrendas pasiones de fiera que por desventura yacen más ó menos latentes en el alma humana, es lo que constituye á los perversos, aunque el mundo los llame *grandes*, como al primer Napoleón, el asesino en Jaffa de los cuatro mil prisioneros albaneses y el envenenador de sus propios soldados enfermos que le estorbaban para el asalto de San Juan de Acre.

Sucre poseía aquella grandeza más envidiable que no se mide por el estruendo de los fragores de la batalla, ni por la intensidad del rumor de los estertores de la agonía, ni por la vehemencia de las explosiones de la iracundia y de la venganza; sino por el grado de dominio sobre sí mismo, de amor á los semejantes, de integridad de espíritu, que sobreponiéndose á las miserias de las pasiones desbocadas, levantan al hombre sobre su magnífico pedestal de ente amasado por las propias santificantes manos de la Divinidad.

Si Sucre hubiese vivido, si la perfidia no hubiese cortado la noble existencia en el vigor de una robustez virilizada por la magnanimidad, si hubiese tenido tiem-

po de legarnos ejemplos de morigeración y de honestidad pública, seguro estoy de que, siendo de hidalguía, de moral, de desinterés, las huellas que él nos trazara para la vida republicana, muy otros habrían sido el presente y el futuro de esta porción desgarrada de la magna Colombia,—de este pueblo dócil, patriota, amante de la libertad y del progreso, que hoy se revuelve en la malaventura de falta de hombres, de falta de caminos, de falta de recursos de todo género para su agricultura y para su industria,—ahogado además en la carencia de estímulos que le empujen hacia la cumbre donde le llaman su feracidad material, sus instintos levantados, las especiales dotes en fin con que la Providencia le ha favorecido.

Así Washington trazó á su país el camino por el que la rectitud, la probidad, el sentimiento religioso del deber conducen á segura prosperidad á las naciones. Así por el contrario los pueblos que no poseen hombres modelos, son á modo de mares rocallosos, despojados de faros que eviten los naufragios y los desastres.

Tan luégo como fue posible reunir el ejercito, Sucre le prodigó alabanzas, encareciendo las dirigidas al General Mires y al batallón Santander, cuyo bizarro Jefe D. Félix Soler murió en la refriega.—Si no fuese inmodestia, agregaría también que se me concedió la charretera derecha, así como á mi llegada á Babahoyo se me había otorgado la izquierda, entiendo que por influencias de D. Mariano y D. Arturo que, en cambio ellos sí, se negaron en absoluto á aceptar ningún premio de los merecidos por el valor, por la abnegación, por el trabajo, por las mil y mil virtudes que despliega continuadamente el militar que, comprendiendo la alteza de sus deberes, sabe cumplirlos en la medida de la conciencia.

Sin descansar después del triunfo, partimos hacia Babahoyo para, en prosecución del plan concebido, batir á Aymerich, que á marchas redobladas había llegado á aquel lugar, seguro de que González no arriesgaría un combate antes de que, unidas las dos fuerzas, les fuese dado acabar de una vez con los independientes. Mas, algunos de los derrotados en Yaguachi dieron oportuno aviso al Presidente, ya del descalabro, ya de que Sucre

se le venía encima, y, levantando de prisa su campamento, se puso á trepar las gravosas montañas que conducen al interior; por lo cual nuestra tarea se redujo á picar la retirada del enemigo, á apoderarnos de sus rezagos de parque y bagajes, y á favorecer la deserción é incorporación á nosotros de cerca deuna centena de mozos adictos á la independencia, mal de su grado enrolados en las filas realistas.

Algunas compañías ligeras, de tal manera nos acercamos á la retaguardia de Admerich que en las zetas de la subida, no sólo podíamos saludarla con nuestros fusiles, sino hasta hablarnos de una parte á la otra. Miento esta particularidad, porque fue ocasión de un gran contento para mí.

A la cabeza de algunos soldados atrevidos, me adelanté del grueso de nuestra partida y me aproximé inconsideradamente al enemigo, quien desde la altura debió de ver lo que acaecía; pues, emboscando una compañía en la vera del camino, consiguió encerrarme y tomarme entre dos fuegos. Confieso con ingenuidad que había cometido una grave imprudencia y que me arrepentí de ella dolorido por mis compañeros; pero comprendiendo al propio tiempo que mi misma imprudencia no podía remediarse sino por el heroísmo, y á la voz de «rendirse á discreción».—«A morir como valientes. A la bayoneta», vocé á los míos y espada en mano me arrojé sobre los que nos interceptaban el paso, que nos recibieron con una descarga cerrada á boca de cañón y así mismo con las puntas de las bayonetas. Nuestro inesperado ataque les hizo titubear; pero muy superiores en número y apoyados por casi toda la retaguardia que nos cargaba ya por atrás, correspondían bayonetazo: con bayonetazo bañadosen sangre, dando y recibiendo golpes, empujando abajo con el cuerpo mismo á los contrarios, la embestida por las espaldas habría de seguro terminado en pocos minutos más nuestra desesperada resistencia, si la mano de la Providencia Divina visible, tangible siempre para mí en todas mis congojas, mis conflictos y mis necesidades, no hubiese acudido milagrosamente en socorro nuestro. A nuestra espalda en las propias filas contrarias, se grita impensadamente ¡Viva la independencia! ¡Viva

Bolivar! ¡Viva Sucre! Con lo que la barrera de hombres que teníamos delante, se desploma, se derrumba, se precipita por los barrancos, para encontrarse á su vez detenida por los auxílios que de la parte inferior nos llegaban también.

Ha hablado me parece en otra ocasión de la tensión nerviosa que sostiene el organismo en los instantes de los grandes eventos, y que desaparece, se relaja, termina, al concluir estos supremos instantes: yo caía desfallecido en el suelo al finalizarse esos rápidos sucesos que he descrito, en más tiempo, en verdad, que el en que se realizaron.

Pero no comprenderá aún el lector en qué consistió el *gran contento* á que aludí, Voy á decirlo.

Aquellos *vivas* salvadores, aquellos que con la oportunidad de peripecia de teatro, nos libertaron de la muerte, cuando exangüe y agotado acaso no podía ya sostener un segundo más ladesigual lucha, aquellos vivas que todo lo cambiaron repentinamente, aunque salidos de las filas enemigas habían partido ¿de quién?....De Juan.... Sí de Juan, de mi compañero de infancia, de mi hermano dirélo, á quien había yo llorado por muerto, cuyo cuerpo quedó tendido en Huachi; pero que, curado de sus heridas, y agregado al ejército de los vencedores, buscaba una ocasión de tornar á nosotros. Ocasión de la que aprovechó temerariamente al reconocerme entre los más atrevidos perseguidores de Aymerich.

Figúrese el que esto lea, que vió morir y enterrar á un hermano suyo muy querido, muy querido, y que transcurridos algunos meses, viene él mismo á enjugarle las lágrimas. Pues bien: la intensidad del contento que experimentaría ese lector afortunado, fue la que sentí cuando torné á estrechar en mis brazos al inmejorable Juan. Por bien empleadas dí las heridas, y hasta la benévola reconvención del General por mi acto indiscreto, á trueque de tornar á tener á mi lado al recuerdo vivo de la tranquila infancia, del suspirado hogar, de los pocos seres que, en mi desvalimiento, se apoderaron en absoluto de todo él cariño de que es capaz un corazón singularmente formado para la ternura.

No soy propenso á la credulidad, y al contrario, he

gustado de burlarme de las creederas comunes en los militares y, en especial, en época de campaña; pero lo cierto es que pasan cosas que....si no son sobrenaturales, se parecen á las sobrenaturales como un huevo á otro: el día, esa tarde, á la hora de mi milagrosa salvación merced á la intervención de Juan, cosa ya de suyo bastante extraordinaria, sucedía allá en Quito, á sesenta y tantas leguas de distancia, algo misterioso, que relataré á su tiempo, ligado á los acontecimientos que acabo de referir.

XVI

No juzgo de importancia para los lectores la historia de Juan, desde que cayó lanceado á vista de Castillo, que estuvo persuadido de su muerte hasta que volvimos á juntarnos, y tanto por esto, como por obedecer inquebrantablemente al propósito de ser breve en esta mi ingenua relación, omitiré aquel y otros pormenores, y proseguiré la de lo notable de la campaña que marchaba de prisa á su desenlance.

La persona del interior que por primera vez va á la costa, encuentra ahí, según creo haberlo dicho antes, tanto que le sorprende, así en la naturaleza como en las costumbres, de todo punto diversas de las serraniegas, que se siente como transportado, no á una parte de la misma nación, sino á un pueblo antípoda, dirélo así: tales y tantas son las diferencias que imponen la variedad de temperatura, la distancia de la cordillera, la proximidad del mar.

Tendido en una hamaca,—catre, sofá y todo del *montuvio*,—en una de esas casas *sui generis*, sostenidas en alto por los cuatro gruesos postes que semejan las cuatro patas de un cuadrúpedo, viendo correr delante un manso y hermoso río donde se reflejan las palmeras, los plátanos, los árboles del pan, de cacao, de achiote, los naranjos, los cafetos, los ceibos y las guaduas; escuchando los destemplados gritos de los monos, de los loros, de los pericos y los graciosos silbos de otros pobladores del bosque; rodeado del ambiente tibio y cargado de las emanciones de una vegetación estupenda; debilitado aún por la hemorragia, la fantasía volaba por los espacios infinitos, con algo así como la libertad ilimitada del delirante. Una noche de ésas, precisamente la víspera de la partida de las tropas, debí no sólo delirar en silencio, sino también á voces; pues D. Ma-

riano, dejó su hamaca, vino á sentarse en la mía y, tomándome de la mano con ternura de padre, me interrogó cariñoso.

—¿Qué te duele Antonio? ¿Tienes calentura?

—No, señor, le contesté: el elevado calor de la atmósfera y la debilidad de la cabeza, me hacían desvariar acaso. ¿Parten ustedes mañana?

—Sí, hijo mío, y voy á confesarte una flaqueza, que no te la diría si no estuviésemos á oscuras: me repugna irme, me siento fatigado, desfallecido.....cobarde... ¿Cobarde? No es la palabra: desalentado....Y sabes que quizá tú, belitre, te tienes una partecica de culpa en esto.

—Yo?

—Tú....Mira, chico, alguna vez había de decírtelo; pues que sea hoy. Yo, que sacrifiqué todos los sentimientos de familia por servir á la patria, yo que ni siquiera he querido hacerme presente en mi pueblo á mis hermanos y decirles «aquí estoy vivo, no cual ustedes lo creen fuí degollado el glorioso 2 de agosto, aquí estoy en consecuencia, para recuperar mi puesto en mis intereses, en mi hogar, en mi familia, siquiera entre los vivos..» Nada he hecho, con la abnegación que yo me sé y que á tí no te importa nada, nada he hecho, digo, para tornar á ser viviente: me entregué al país, á la noble causa de la independencia y con el corazón muerto excepto para ella, sin alma excepto para ella, cadáver para los míos excepto para *mi* patria....Creía, creía, haberme desprendido, despojado, alejado de todo....Mas, no ha sido así: débil soy....ay! hombre soy: te he constituído hijo de mi corazón muerto, de esta alma que no es mía. A falta de otros afectos, te he consagrado todos los míos....Y....y,—creo que sollozaba,—y ese corazón que yo juzgaba muerto, me duele al pensar que me separo, que te dejo, que no volveré á verte....

—Pero ¿por qué dice Ud. eso? ¿No volverme á ver? ¿Qué significan sus palabras? ¿Qué va Ud. á hacer?

—Nada, Antonio, nada. Pero no sé qué voz íntima me anuncia que no tornaré á estar contigo....Y no vayas á suponer que tengo pena porque me he despojado de mi familia, de mis bienes de fortuna, de mis derechos

civiles, de mi casa, para vivir errante; de no haberme casado, de vogetar en el aislamiento, especie de eremita en el desierto del campamento; de dejarte mañana, el hijo de mis privaciones, de mis negaciones, de mis sacrificios, hijo póstumo de un muerto en vida, única familia de un hombre sin ninguna familia. Lo que me apena es que quizá todo sea estéril, que estemos abriendo con la pólvora la grieta donde hoy sepultemos un dueño, y por donde mañana brote de los infiernos un amo; no por reconquistar los derechos del pueblo, sino por labrar la riqueza de un hombre, de una familia, de las dinastías, de los que andarán á traer á la Patria como á un borracho, tambaleante entre el despotismo y la revuelta, entre el desastre y la infamia, entre la ambición de uno y la necedad de todos, entre la ruina y la desolación, entre el descrédito y la miseria, entre las hipocresías de un patriotismo mentiroso y las estupideces de la inconsciencia de las muchedumbres; entre los delirios sin freno de utopías quiméricas y la realidad de desengaños evidentes; entre la tiranía despotismo de uno, y la revolución, tiranía, de muchos; entre las convulsiones de la epilepsia y los esfuerzos de romper la camisola de los orates; entre los fraudes, hurtos é infamias de unos, y entre las ambiciones, las codicias, las concupiscencias de otros; entre la fermentación de la inmundicia de la vida de los gusarapos de la iniquidad, y la putrefacción cadavérica de los residuos de algo que no fué afrenta. Me duele también haberte separado de tu madre, haberte prohijado, haberte constituído heredero de mi misma orfandad de mi carencia de nombre, de recursos, de existencia, de ilusiones, de esperanzas....Si alguna cosa tangible pudiera entregarte....sería esta pistola compañera de la que ha de servirme para el suicidio: ¡gran cosa el legado de la soga del que se ahorca!

Callóse un rato, anhelante, lívido, la mirada vagabunda en el espacio, y prosiguió:

—¿No escuchaste ayer aquí mismo esa conversación fervorosa de esos oficialillos que, al propio tiempo que hojeaban febrilmente con los dedos las barajas, hojeaban tremendamente con los labios el libro del porve-

nir de la América? ¿No les oíste, dí, no les oíste? ¿No?—Pues ésos, ésos se preguntaban, hoy que el enemigo está al frente vigoroso, poderoso, formidable, hoy que no tienen todavía más glorias que las de las derrotas, se preguntaban: «¿Para qué quisieras ser Presidente de la República?—Yo, contestaba uno, para reunir un capitalito decente é ir á establecerme en Europa. —Yo, decía otro, para fusilar de una vez á todos los pillos,—los pillos son todos los que no piensan como él.— Yo, respondía otro más, para ser tan Emperador como Napoleón, para engrandecer mi familia, para proteger á mis parientes, para sacarlos de la obscuridad»....¡Ah Antonio! Si no confiase todavía en Sucre, si no conociese su alma, si no supiese que él no participa de los pensamientos de estos infames sin Dios, sin ley, sin conciencia, sin pudor; si él, el General, no hubiese estado aquí en este nido de sabandijas tóxicas, putrefactas, habría yo prendido fuego á esta casa y al parque, con lo que hubiera también obtenido la ventaja de libertarme de una existencia ya casi sin esperanzas, y de constituírte á tí heredero de lo único que puedo darte: la muerte, antes de que te dañen los hombres, de que te carcoman el alma tus propias pasiones; antes de que comprendas que sólo la sociedad de zorras conviene á las zorras, que sólo los cerdos pueden vivir entre cerdos, y dejes de ser paloma para ser zorra, ó armiño para ser marrano. Pero bien: esperemos aún; sí confiemos todavía en Bolívar allá y en Sucre acá.

Cerca del amanecer, D. Mariano comprimió mi cabeza contra su pecho y no sé si se adormeció, ó si; juzgándome dormido, se conservó en quietud completa. Cuando los rayos del sol principiaron á tamizarse, diré así por el tupido ramaje del bosque, depositó dulcemente mis sienes sobre la cartuchera que me servía de almohada, me besó, ¿se me creerá? me bendijo, y descendió de prisa por la escalerilla de la casa. Yo, en un término medio, entre la posesión de mis facultades y entre el anonadamiento de las emociones, de la anemia y del insomnio, comprendiendo, por otra parte, merced al conocimiento que tenía de Castillo, que no debía fomentar de un modo ó de otro, ni por la contradicción ni

por el asentimiento, la nerviosidad cercana á la manía de su alma de oro, pero que, cual de oro, le conducía también á la perdición, dejéle hablar, desahogarse, soliloquiar como lo he expresado, no sin experimentar, por cierto, las torturas del corazón que el lector, quien supongo me conoce yo, puede conjeturar que experimentaría yo, acostumbrado á mirar á Castillo verdaderamente como á mi padre.

Poco después experimenté también el dolor de despedirme de Arturo, á quien en breves palabras referí lo que me había pasado con D. Mariano, á fin de que le vigilase, á ser posible, y le precautelase respecto de sí mismo, enemigo más temible que aquéllos con quienes se iba á combatir,—Yo seguiré á ustedes, agregué, tan pronto como las piernas no se nieguen á sostenerme. Quedéme en extremo triste.

Mis heridas aunque no de gravedad, me precisaron, pues, á separme de Castillo y Peñamar, y quedarme con otros heridos y algunos enfermos de fiebres y de disenterías, comunes en aquellos lugares, en aquel hospital de sangre improvisado en la montaña, mientras con la tristeza que he dicho veía partir al ejército hacia Guaranda, aunque mermado á causa del estratégico envío que antes Sucre había hecho de una brigada á Cuenca por la vía del Naranjal, y un cuerpo á Latacunga por el camino del Zapotal.

Las tropas mandadas por el General en Jefe, según lo supe después, entraban en los términos de cada jornada al día siguiente del en que los desocupaba el ejército realista hasta Riobamba, donde éste pudo tomar un respiro, y hasta Mocha, donde los nuestros asimismo pudieron entregarse á un corto descanso, exigido imperiosamente por las incesantes fatigas de una verdadera parsecución á Aymerich.

XVII

Tan luégo como me fue humanamente posible ponerme en marcha, partí á la sierra en compañía de Juan, quien, tanto por alguna contusión recibida en la jornada en que me salvó, cuanto porque lo tomé para mi asistente, me había servido de enfermero. Nuestra prisa no fue, con todo, bastante á alcanzar á nuestros batallones que apenas clavadas tiendas en Guanujo habían continuado al norte, en la cual dirección los realistas marchaban también apresurados.

Gracias doy al Cielo de no haberme incorporado con el ejército; pues no transcurridos muchos días en Guaranda, donde la debilidad ocasionada por las heridas no del todo cicatrizadas nos obligó á detenernos, nos llegó la cruel noticia de una nueva derrota padecida por nuestras armas en el ominoso campo de Hauchi.

Allí, en esas fatídicas llanadas,—donde yo recibí el bautismo de la malaventura con mi propia sangre,—acababan de ser destrozados los tercios republicanos. Lo que los ecuatorianos denominamos desde antiguo el «correo de brujas» fué el que al amanecer el día 13 de setiembre nos dió la primera noticia de la derrota. ¿Pero quién la ha traído? nos preguntábamos los unos á los otros. Nadie sabía dar razón; pero lo cierto es que al amanecer del día siguiente unos cuantos oficiales de los nuestros, aun tratando de disimular el desastre, mostraban en los rostros y en el aspecto en general, y revelaban hasta en la contradicción de sus relatos, la verdad de lo acaecido el 12. Yo angustiado además por Castillo y por Arturo, me pasaba en la plaza averiguando por ellos á cuantos llegaban, que hacia la tarde fueron muchos. Respecto del General ya me sabía que felizmente no había muerto ni caído prisionero, que

hubiera sido lo mismo; pues imposible que Aymerich no lo hubiese fusilado y hasta dejado su cabeza expuesta en jaula de hierro, como la del infortunado García.

—Arturo, Arturo, Arturo que viene, participóme con aire de gran regocijo, Juan que continuó espigando nuevas en la población, cuando yo, delicado aún, me había recojido á mi alojamiento.

Poco después, en efecto, reuníame con Peñamar, quien, por otra parte, ninguna noticia pudo comunicarme acerca de D. Mariano: la llegada de aquél, pues, en vez de tranquilizarme aumentó mis temores. —Imposible nos fue dormir: la noche entera la pasamos en fúnebres reflexiones acerca de nuestra situación, al parecer desesperada, y en la repetida relación de los varios incidentes del combate y de la rota.

Sucre, conocedor de la buena caballería de que disponía el enemigo, habíase resistido á librar la batalla cuando nuestra descubierta lo avistó á tiro de fusil; mas, por desgracia, el General Mires,—que conservaba todavía con la aureola del triunfo de Yaguachi, en gran manera debido á él, el prestigio y la influencia naturales,—opinó que habiendo sido casi una persecución la que los nuestros hasta ese día habían efectuado sobre el ejército de Aymerich, debíamos cargarle en el acto; y en mala hora se da la orden de formarse en batalla á campo abierto, mientras los realistas, apoyados en una ensenada al remate de la llanura, nos esperaban en columnas ligeras.

Rotos los fuegos de parte nuestra, lo mismo que en la anterior jornada de Huachi, la caballería carga con furia sobre los cuadros formados prestamente por el advertido Sucre: la primera, la segunda fila han caído; pero la muralla de pechos y de bayonetas ha resistido á pie firme, los hombres como enclavados en el suelo, compactos, apuntalados, digámoslo los unos por los otros se conservan inmóviles.—Nada más primoroso que el cuadro de veteranos: los jinetes, en el vértigo de la carrera, se estrellan contra esa peña erizada de bayonetas y que estalla en mil tiros; los pechos de los brutos y las lanzas de los soldados hacen caer cincuenta, ciento, más hombres, que son reemplazados en el acto por

nuevas bocas de fuego y nuevas bayonetas que detienen el aluvión de muerte de los escuadrones.

Se rehace la caballería mandada por Moles, recibe un considerable refuerzo de caballos de refresco, nos enfila por el flanco izquierdo compuesto de reclutas, rómpese el cuadro y....nuestra derrota.

Según el parte del Jefe estado mayor español, quedaron 800 soldados patriotas tendidos en el campo, y prisioneros el temerario General Mires, cuarenta oficiales y casi todo el resto del ejército, constante antes de entrar en batalla de 1600 hombres. El mismo General Sucre fue herido en la refriega, aunque levemente. Armas, municiones, bagajes, tropa todo lo perdimos en el segundo Huachi; menos el honor y á Sucre....

He oído aseverar que los españoles pagaron muy cara la victoria, pues perdieron cosa de mil hombres, inclusive el Jefe Payol. Y así debió haber acaecido, supuesto que, á pesar del encarnizamiento del degüello en los primeros momentos de la derrota y en los alrededores del campo fatal, no se efectuó la persecución del General en Jefe y de los oficiales que con él consiguieron salvarse, y que por su propia fatiga y por el cansancio de sus caballos pudieron fácilmente ser alcanzados por los jinetes de Moles.

—¿Y Castillo? ¿Y Castillo?

Volvía yo á preguntar temáticamente á Arturo, quien al menos, después de afirmarme por su palabra de honor que no había visto morir ni muerto á D. Mariano, me dejaba una vislumbre de esperanza, como se comprende, sin fundamento alguno, puesto que para nada servía la tal afirmación procedente de un derrotado, esto es, de un desventurado que no pudo pensar durante la catástrofe en otra cosa que en salvar instintivamente no más que el propio pellejo.

Los residuos de Huachi replegaron todos á Guayaquil, cuartel general de la libertad. Peñamar, Juan y yo, recelosos de que antes de mucho Guaranda fuese ocupada por los seides de Aymerich, que no perdían ocasión de saquear y hostilizar de todos modos las poblaciones que, por los azares y contingencias de la guerra, eran ocupadas sucesivamente por los unos ó los otros

beligerantes. Imposibilitados además de tornar á la Costa de donde, como adehala, Juan y yo traíamos unas pertinaces fiebres intermitentes, resolvimos internarnos, esperanzados de topar con Illingworth ó quizá con Luco, en cuyas filas pudiéramos darnos de alta y evitarnos los peligros de andar solos, en el desamparo de vencidos, *res nullius* de cuya vida podía disponer quienquiera, ó de ser tomados por unos de tantos bandidos que, merced al desbarajuste de la guerra, infestaban los caminos públicos desde el Carchi hasta Pisque, y desde Tiopullo hasta el Arenal y las montañas del descenso á las Bodegas.

Emprendimos, pues, el gravoso viaje á pie y por atajos, á fin de evitarnos algún mal encuentro.

Mientras el cuerpo está sano, no sólo las penalidades y los peligros son soportables, sino que se convierten en un estímulo de nuestro vigor y hasta en un placer cuando son domeñados; pero el malestar físico, empequeñeciendo los bríos del alma, nos afemina y anonada. Sin Arturo y Juan, yo me habría dejado morir congelado en el Chimborazo, ó de inanición en una de las etapas interminables, desiertas, tristes, que aún hoy el viajero acomodado transita con los mil sinsabores con que le sale al frente una naturaleza no domada por la industria humana, agria é inhospitalaria.

En nuestros descansos, forzosamente prolongados, al aire libre ó en alguna choza abandonada de los hatos del páramo ó en las cuevas que los *repuntadores* abren para guarecerse de las ventiscas y de las nevazones, Peñamar, con rostro al parecer tranquilo, olvidado de los reveces pasados y de los contratiempos actuales me hablaba de sus teorías filosófico-científicas, de esa aglomeración no del todo digerida de sabiduría descabalada que él poseía, y conseguía abstraerme de mis lúgubres pensamientos.

—Oye, me decía ¿No será un ente con vida el mundo que habitamos? ¿No seremos respecto de él lo que el arador que serpea bajo nuestra epidermis es respecto de nosotros? ¿Este bosquecillo en donde nos escondemos no será uno como el moho que la humedad ha hecho criar en el pan que estás limpiando, operación con la

cual de cierto das muerte á millones de habitadores, y acaso, acaso destruyes pueblos y ciudades? ¿Ves las gotitas de rocío que brillan en las hojas de las hierbecillas? Pues quizá esa luz vibrátil, nueva vía láctea, estará atrayendo los telescopios de los racionales microscópicos, tal vez más racionales que nosotros, pues las facultades intelectuales no están en relación con el volumen: díganlo sino la hormiga comparada con el carnero ó el mismo hombre cotejado con la ballena ó el mastodonte.

Por rodeos y vericuetos, una tarde á la postre, á indicación mía, nos encontramos á corta distancia de la choza de Blas, de la en que, lo recordará el léctor, nos reunimos con D. Arturo. Llevábame la esperanza, si no de encontrar á D. Mariano, de recibir noticias suyas suministradas por el dueño de casa. Mas otro desengaño debía también amargarnos: no quedaban sino escombros carbonizados del antiguo albergue.

No necesitábamos que nadie nos explicase lo acontecido para comprenderlo, ó mejor dicho, para recordar lo que teníamos previsto: allí se veía la mano negra de Rey. En el desvalido Blas y en su mísera habitación el Sota-Gobernador se vengaría de las ofensas de Castillo y Peñamar. Nuestro compañero Júpiter púsose á manifestar el reconocimiento del sitio de la choza, ahullando lúgubremente sobre los escombros.

A distancia no pequeña descubrimos, gracias á una lucecita,—pues la oscuridad de la noche nos envolvía,—una casuca, á la cual nos encaminamos y donde la bondad natural que caracteriza á nuestros indios nos dió hospedaje. Allí supimos que, por felicidad, Blas vivía; aunque muy alejado de su pueblo por el pánico que le inspiraban Rey y Pantorrés, cuyos desafueros, despotismos y crueldades tenían amedrentadas en particular á las pobres gentes del campo.

El incendio de la casa de Blas y el temor de que por algún evento se descubriese nuestro paradero, nos decidió á proseguir al siguiente día nuestro viaje al lugar menos pensado: á Quito.

—Estás imposibilitado, Antonio, me dijo Peñamar, para la vida de campaña, y Juan no lo está menos: si no

son ustedes atendidos de la manera debida por un médico, no respondo de las consecuencias. Además, menos difícil me parece conservarse oculto en una población no pequeña, que en un cortijo ó en un poblacho, y ¡qué contentazo no darás tú, capitancito, á tu madre que te llora sin descanso!

—Pero ello será como una deserción, repliqué flojamente.

—Deserción de qué? ¿De la muerte? talvez porque tu anemia y el paludismo te matarán luégo. Por lo demás, no tenemos la culpa de no haber obtenido noticia alguna del General Illingworth, á quien proyectábamos reunirnos. Deserción sólo puedo cometer yo, que sano, voy acompañando á ustedes soldados de San Juan de Dios que, hablemos con franqueza, será milagro no dejen los mondos huesos en las veinte y tantas leguas que tenemos que recorrer.

—Y entonces para qué tomarnos la molestia de andar? ¿no sería más cuerdo morir aquí mismo que ir á ocasionar ese dolor más á mi madre?

—Nó, porque la robustez de la edad y las extravagancias de las enfermedades pueden reaccionar en el organismo, para lo cual contribuirán no poco la vuelta al hogar, los cuidados de tu madre, y de contado la esperanza misma de verla.

No me atreví á replicar.

Al amanecer del siguientedía pusímosnos en camino, y al oscurecer nos alojamos en los suburbios de Latacunga. ¡Cuánta diferencia entre la manera cómo iba yo á entrar hoy en esa población y como salí de ella! Vencedor, lleno de ilusiones, poco menos que seguro de q' sólo recorría una vía de triunfos y de glorias; ahora enfermo, desvalido, desfallecido, derrotado, llevando en el alma una puñalada más, la falta de D. Mariano, y el recuerdo de su última conversación.

No debo impacientar al benévolo lector con la ingrata relación de lo ocurrido en las cuatro jornadas que me ví precisado á hacer hasta las dehesas de la Magdalena, donde, hacia el lado del río Machángara, resolvimos descansar hasta la noche, á fin de colarnos en la ciudad después de oscurecido. La misma dolorosa com-

paración que en Latacunga se me ocurrió respecto á las distintas situaciones en que había transitado por aquellos lugares, me afligió en todo el trayecto que, como lo he dicho, caminamos en cuatro días, ya por la necesidad del reposo á que me obligaba la debilidad, ya por los desvíos y rodeos á que estábamos impelidos en nuestra condición de insurgentes. Sin embargo, el murmullo del río de mi pueblo natal y la idea de que en breve abrazaría á mi madre y á Aurora, hicieron por fin palpitar vigorosamente mi corazón de sentimientos no fúnebres cual los que hasta entonces me habían acompañado.

Tan presto como se ocultó el sol, me puse en pié, y pedí á Arturo y Juan que siguiésemos; mas el primero contuvo mi impaciencia alegándome el peligro de exponernos á la luz del crepúsculo vespertino. Fué, pues, menester aguardar que se extendiese completamente el manto de tinieblas de la noche para encaminarnos, como ladrones, á nuestra propia casa, Tropezando aquí, cayendo allí, guiados por el instinto de Júpiter, faldeamos el Panecillo y nos encontramos por fin encima de la Cruz de Piedra, palenque de mis primeros pasos en la ardua carrera en que me hallaba empeñado: parecióme ver ahí los cadáveres de los combatientes del año 10, que yo *bolsiqueaba* para llevar cartuchos á los compañeros que defendían la bocacalle. Bajamos por tras San Juan de Dios para evitar la guardia del Hospital militar, subimos la calle del Mesón, entonces tan detestable como lo peor del antiguo descenso de Guápulo, penetramos en los fangales de la Plaza de Santo Domingo y en la quebrada de Manosalvas, subimos á Santa Catalina, todo en la oscuridad más completa, aun cuando no serían quizá más de las nueve,—pues Quito gozaba en aquella época sólo del buen alumbrado de la luna, cuando la había--y sin tropezar con otros vivientes que los perros que, en manadas, se buscaban la vida en los precipicios que nuestros mayores cándidamente denominaban calles, torcimos hácia San Marcos. Lo que, por lo demás, no debía contrariarnos á Peñamar, Juan y yo; pues las rondas, linterna en mano, se estarían por la *Plaza grande* por las calles del Comercio, del Correo, de la Platería, de la Concepción y del Sagrario, pero no aventurarían sus huesos más allá de los lugares

mencionados, únicos donde era posible caerse sin matarse; ya que, aun cuando tenían tantos pedriscos y desigualdades como el lecho de un río, al menos no poseían un abismo para recidir en su seno á los tunantes y trasnochadores, como sucedía en toda la extensión recorrida por el arroyo de Jerusalén y por las dos *quebradas* centrales, y en todas las corroídas acequias cuyas aguas se precipitaban mugientes, lodosas, fétidas en aquellos albañales, naturales grietas del astroso vestido del Pichincha.

XVIII

¿Ha salido U. alguna vez fuera del país, Señor lector? Algo más ¿Ha salido U. á campaña? ¿Ha meditado Ud. en el campamento en vísperas de una batalla, en el sosiego de su casa, en la paz doméstica, en los seres queridos de su corazón, á los que estaba U. seguro de que no volvería á ver jamás? ¿Y después de esto, ha regresado Ud. al hogar, donde le esperaban una madre, una hermana, una esposa ó una novia? ¿Sí? Pues es U. capaz de encarecer mi emoción en el momento en que, deteniéndose Peñamar ante una casa en la calle larga de San Marcos, me dijo:

—Vaya, mi capitancito, hemos llegado ahí dentro tiene U. á su madre, á quien dará las buenas noches á mi nombre. Mañana, entre estas horas, vendré á saludarla personalmente; ahora sería inoportuna mi presencia: no debe haber extraños cuando, después de larga ausencia se abrazan madre é hijo.

—Traté de retener al excelente amigo; pero me apretó la diestra, se la apretó á Juan, y nos repitió el «hasta mañana».

Tembloroso, jadeante, llamé á la puerta con tal timidez que Juan tuvo que volver á llamar hasta que, abriéndose una ventana baja y asomándose á ella mi madre, sí mi madre, con su dulce voz preguntó

—¿Quién es?

—Yo, señora, Juan, que le trae noticias de su hijo.

—¿De mi hijo, de mi Antonio? Dijo trémula la pobrecita.

—Sí, buenas noticias; pero abra Ud. luégo, añadió Juan, mientras yo me sentaba en el umbral sin poderme sostener.

Rechinaron los cerrojos, crujió la gruesa y clavetea-

da puerta, y mi madre, dejando caer la vela que traía en la mano, me recibía en sus brazos convulsos: ¡Feliz oscuridad! La becé mil besos, la empapé en mi llanto, sin que lo viese Juan: el enfermo, el débil se vuelven niños, en especial, cuando les acaricia su madre. Llevóme ella como un lazarillo al aposento, me encaminó á su lecho y sentándome en él, comenzó con las blandas manos á recorrerme suavamente la cabeza, el rostro, el cuello, como deben de hacer las madres ciegas con los hijos que han estado ausentes y á quienes no han *palpado* largo tiempo.

—Estás flaco, Antonio, exclamó suspendiendo repentinamente su exámen acariciador. ¿Estás enfermo, hijo de mi alma?

—Nada, madre, dije para librarme de esas adivinaciones incomprensibles del cariño. ¿De dónde se te ocurre semejante cosa?

—No me engaño, replicó, voy á verte la cara.

Y á tientas salió á la entonces difícil operación de encender una vela: los fósforos fueron importados á Quito en una época muy posterior.

Afuera, en el corredor, encontró Juan, que prudentemente se había quedado sin entrar, y á quien en el instintivo y disculpable egoísmo nuestro, habíamos olvidado. Al oírles hablar, me dirigí á la puerta y le llamé.

—Mande, mi capitán, respondió.

—Qué capitán, ni qué nada. Antonio á secas, soy para tí: aquí dejas de ser mi asistente para ser mi hermano. Vente, abrázame, Juan.

No pudo contener un grito de dolor mi madre, al verme á claridad de la bujía: la demacración y lividés, añadidas al desarrollo durante el tiempo de la ausencia, debían de haberme vuelto inconoscible.

—Pero, hijo de mi corazón, me dijo, ¿cómo has venido, cómo has llegado? Si eres un esqueleto. Dios mío! Para eso te separastes de mi lado. ¿Estás herido? ¿Qué enfermedad tienes?

No hubiera terminado en sus interrogaciones, que me hacía con aire de desesperación, si Juan no hubiese intervenido para calmarla, explicándole que mi deterioro provenía, ya de las fatigas del viaje efectuado á pie y con carencia absoluta de recursos, ya de unos *fríos*, contraídos en la

costa. Reflexión que la calmó algún tanto: pues quien ha vivido en Imbabura, en particular, conoce perfectamente los estragos de las fiebres; estragos con los que, por lo demás, están como familiarizados los *calentanos*, esto es, los habitadores de los valles calurosos, donde son endémicas las «tercianas», cual las denomina el pueblo, aun cuando los accesos sean cuotidianos y aun dobles cada día.

Una pregunta me bullía en los labios, pero no me animaba á hacerla, temeroso de que mi madre se considerase como defraudada en lo de dedicarle exclusivamente los primeros instantes de mi restitución al hogar. El lector puede comprender que esa pregunta era: ¿Y qué es de Aurora?

El examen rápido de la habitación me acababa de manifestar dos cosas: primera, la extrema pobreza de su dueña, y segunda, que élla vivía ahí sola; pues el menaje se reducía al catre en que estábamos sentados,—por faltar un sofá y hasta una silla,—una mesa en una esquina, y una caja en otra esquina. Que en la miserable casuca no habitaba otra persona, desmostrábalo también el silencio que reinaba y la expedición de los actos de mi madre, que no parecía cuidarse de no llamar la atención á vecino alguno.

Por último no pude contenerme por más tiempo, é indirectamente,

—Estás sola? le dije.

—Sola, sola, contestóme.

—Y....alguien, que antes te acompañaba?

—Chist....Mañana te lo contaré todo, después que hayas descansado. Por hoy, bástete saber que está bien, que es siempre un ángel, y que vive con más comodidades que esta pobre viuda.

—¿De veras? Pregunté entre dudoso é intranquilo.

—¿Te ha mentido alguna vez tu madre?

—Perdón, madre mía: no eres capaz de ello.

—Pues, paciencia hasta mañana, y acuéstate.

Y, cual lo verificaba antes de que yo cumpliese los seis años, principió á desabotonarme la desgarrada chaqueta.

—Pero ¿dónde voy á dormir? pregunté, señalando el único lecho.

—Aquí, aquí mismo.

—Y tú?

—Delante de tu cama, como cuando enfermabas siendo chiquito ¿Te acuerdas? Hoy estás enfermo también, y éste es mi puesto, el que con más gusto puedo ocupar.

Y haciéndome suave violencia, me obligó á meterme entre las sábanas.

—Para quitarte escrúpulos, añadió, te probaré que tengo un repuesto, y que solamente vamos á hacer un cambio, ya que voy á ocupar tu cama.

Y, con efecto, del arcón fué sacando de una en una, dobladas, guardadas religiosamente; olientes á sahumo de alhucema, mis antiguas mantas, las mismas que yo dejé cuando abandonando el hogar, me fugué con Castillo aquella mañana memorable.

Juan, con parte del expresado repuesto, fué trasladado á un cuartucho vecino, mientras yo, vencidos en parte los escrúpulos, obedecía á mi madre y tomaba plena posesión del lecho, que me agasajaba el cuerpo entero, me lo acariciaba, me lo abrazaba dirélo así. Prescindiendo de la inefable dicha de estar junto á mi madre, ¿sábe el lector cuánto placer se experimenta al acostarse en lecho blando, con sábanas blanquísimas y frazadas suficientes, después de mucho tiempo de fatigas y azares, de dormir á la intemperie, sobre el duro suelo, sin desnudarse, con las ropas raídas, lodosas, mojadas por la lluvia ó el granizo? ¿Sabe por desventura lo que es tiritar con el escalofrío de la fiebre, acurrucado contra una piedra, ó encogido sobre la hierba empapada por el rocío?

¡Qué bienestar, Providencia divina, al oír, como en otros tiempos, junto á mí el murmullo de los rezos de mi madre, que con acrecida devoción daba gracias á Dios por el retorno del hijo pródigo al hogar desamparado de la viuda desvalida!

Ah! Si Aurora hubiese estado allí, ya supiera, yo de cierto lo que es la felicidad!

Aquella noche correspondía un acceso de intermi-

tentes; pero, sea por el abrigo, ó sea más bien por las sacudidas morales del día, que tan poderosa influencia ejercen en las enfermedades y sobre todo en las fiebres palúdicas, no me acometió; y la verdad es que, aunque no dormí por no serme fácil sacudirme del desvelador pensamiento, pasé con tal calma y bienestar, que no cesaba de agradecer al Cielo,—mi perenne bienhechor aun en los inevitables sinsabores de una agitada existencia,—el visible beneficio de haberme librado de tantos y tantos peligros, y de haberme restituído salvo al seguro del hogar.

Al alborear, según costumbre, la viuda comenzó á levantarse.—Díle los buenos días, que ella correspondió con las caricias de mi infancia.

—Que no se sepa mi venida, le previne.

—¿Por qué?

—Porque soy insurgente ¿lo has olvidado? Necesito, lo mismo que Juan, conservarme á ocultas para que el Sr. Aymerich no me aloje cómodamente en un calabozo.

—Dios nos libre!

—Arturo, Juan y yo hemos caminado por senderos excusados, y muchas veces por la noche: conque ya ves cuan necesario es el secreto.

—No sería difícil guardarlo, supuesto que nadie me visita si no es el P. Adeodato, á quien supongo desearás *también* ver.

—Por cierto.

—Y á quien voy á buscar ahora mismo, para que te proporcione manera de hablar con otra persona, que no temerás te denuncie á Aymerich.

—¿Aurora?

—¡Qué facilidad tienes de adivinarlo!

—Háblame de ella, te lo ruego.

—No todavía: en este momento urge ver al padre. Es la hora apropiada, pues sale al confesonario—Nadie se me igualará como carcelera: echaré llave al portón por la calle, por acaso alguien me buscase, evento que, como te he dicho, es muy poco probable. Hasta luégo, hijo de mi vida. Llamaré á Juan para que te haga cta-spañía mientras vuelvo. ¡Cuidado con levantarse oahm

entonces!—Y me mostró el dedo en señal de amenaza, como lo hacía cuando yo era chiquitín.

Juan entró luégo; hícele sentar algo contra su voluntad, en mi cama, y nos pusimos á conversar acerca de las diferencias entre la agitada existencia de fuera y la tranquila y dulce de familia.

Lo mismo que á mí, tampoco le habían vuelto las intermitentes.

Fué menester recibir también los saludos de Júpiter, que, al oírnos hablar en el cuarto, llamó fuertemente á la puerta, con las uñas y aúllos perentorios.

XIX

No se hizo esperar mucho mi madre; pues, apenas el buen agustino supo mi llegada, dejó el confesonario, se puso el manteo y el sombrero, y se vino con aquélla á casa.

—Loado sea Dios, entró diciendo y se precipitó á abrazarme, operación que ejecutó también con Juan. Vamos, revolucionario, ya sabíamos que eras alférez; conque refiéranos algo de sus aventuras, señor alférez.

—Capitan, le corregí.

—¿Capitán? Sí, barbiponiente?

—Sí, señor, Capitán, y de una manera bien merecida, agregó Juan.

—Calla, Juan: eso no te corresponde á tí decirlo.

Mi madre me miraba con unos ojazos de sorpresa y de orgullo, tales que, por fin, experimenté asímismo algún orgullito por mi grado.

—Yo soy su asistente, continuó el buen muchacho, y sé de cierto que se merece el grado de Coronel....

—Silencio, adulador: ya os diré como és él quien merece los ascensos que no ha recibido aún.

La prisa de mi madre para traer al P. Adeodato provenía de que, entendido como era éste en medicina, debía ser él quien me recetase. Cosa que no sorprenderá al lector, quien probablemente sabe que en las épocas no muy antiguas de este relato, no abundaban en San Francisco de Quito los médicos, y esto á pesar de haberse fundado bastantes años antes en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, las enseñanzas de las materias de la Medicina con *un* profesor; de la carencia de los cuales resultaba que cado hijo de vecino y sobre todo cada comadre podía ejercer libremente y á contento la ardua profesión hipocrática, dando así pábulo á la innata afición de nuestras gentes á la ciencia de curar.—Ciencia reducida, por otra parte tocante á remedios, al conocimiento de la calidad frigida ó calida de unas cuantas hierbas, de la *harina de Castilla*, del vinagre, del aceite, de la sal común, de la manteca de cacao, de la saliva y de algún otro líquido; y, respecto de enfermedades, del mal de costado, del tabardillo, de los fríos, de los flatos, del mal de *ojeadura*, del ventoso y de la reuma. Por lo demás, la tradición asevera que las gentes morían menos que ahora: estando irresoluble aún si escaseaban los médicos por falta de enfermos, ó si escaseaban los enfermos y muertos por falta de médicos.

Además de los vecinos y vecinas empíricos, había facultativos tal cual doctos, á los que pertenecían generalmente los clérigos, padres regulares y aun monjas de clausura. Para confirmación de lo que me bastará citar al Sr. prebendado Bernal, muerto no há mucho tiempo, especialista en obstetricia y sabedor *ad pedem litterae* de los preceptos de Moscorrofio y de las probadas verdades de Fr. V. de Burgos, que en su obra de *Propietatibus rerum* sostiene, como sus contemporáneos, que el gallo cuando viejo pone un huevecillo en los estercoleros, del que, incubado por el sol, brota el basilisco.

El P. Adeodato, sin embargo, perteneciente á una orden donde se instruía á los religiosos, y de donde habían salido hombres de veras doctos como el Ilmo. Sr. Dr. D. Fray Gaspar de Villarroel, conocía las experiencias de la Condesa de Chinchón, corroboradoras de las prácticas antiguas de los indios de Quito y del Perú; y, en

consecuencia, realizaba milagros con la quina, siempre que se le presentaba ocasión de hacer uso de este específico maravilloso.

Tan pronto, pues, como sació su justa curiosidad acerca de los percances de la guerra, que he narrado anteriormente, me pulsó, me examinó la lengua, me interrogó tocante á la forma de la enfermedad, é indicó á mi madre el modo cómo había de propinarme la admirable corteza. Lo propio hizo respecto de Juan, cuyo organismo menos maltratado que el mío, prometía más presta curación.

—Dígame, Padre, qué es de Aurora, le dije así como terminó el oficio de médico, y no sin ruborizarme hasta los pelos.

—Le he ofrecido que vuesa reverencia le hablará de ella, dijo mi madre á la sazón.

—Sí, sí ¿qué misterios hay por medio? añadí animándome vivamente.

—Ninguno, señor militar: repórtese Ud. y escuche. No sé si llegaría á tu noticia, Antonio, que Aurora fué prohijada por tu madre, poco tiempo después de tu partida.

—Sí, señor, me lo refirió, no recuerdo si Juan.

—Pues bien. Tu madre despedida con Aurora de casa del padrastro de ésta, comenzó una serie de penalidades de que no quiero hablarte sino ligeramente.

—Pero de las que, en gran manera, fuí aliviada por este santo sacerdote, dijo mi madre.

—La plancha y la aguja, prosiguió, no descansaban, pero no proporcionaban lo necesario para la vida. Tras el hambre vienen siempre las enfermedades, y tu madre enfermó gravemente.

—Pobre madre mía!

—Aurora, ángel en forma humana, velaba junto á la cabecera de la enferma, le propinaba los remedios, preparaba los alimentos....

—Con las limosnas de vuesa reverencia, interrumpióle otra vez la viuda.

—Cállate, por Dios, mujer. No es esto de todo punto exacto: lo que hemos hecho ha sido simplemente adelantar un poco de dinero para que se nos desquite en el

aplanchado de los lienzos de la iglesia, agregó el padre noblemente ruborizado, mientras yo hacía inauditos esfuerzos para contener las lágrimas.

—Por último, continuó, cuando mejoró la enferma, cayó la enfermera: una terrible tifoidea por poco se lleva á la santita al cielo. Sanó también, gracias á Dios, y tanto por no seguir siendo gravosa á tu madre, como dice con un exceso de delicadeza la niña, cuanto, en especial, por otras razones que ella se tiene, entró en un convento.....

—¡Cómo! ¿se ha hecho monja? interrumpíle al sacerdote.

—No, hombre. He conseguido de las virtuosas Carmelitas que la tengan en su seno, sin el carácter de novicia, ni nada. Mejórate un poco, que te sea dado, además, poder ir buenamente por las calles, y la verás y conversarás con ella....con tu hermana.

—Gracias, padre, le dije tomándole la mano y estrechándosela con efusión.

—No hay de qué, muchacho.

—Sí hay de qué, padre, y habrá mucho más, si Ud mismo se digna de decirme qué otras razones precisaron á Aurora á separarse de mi madre.

—Impaciente estás: te las dirá aquélla.

—En la necesidad de conservarme oculto, no veo cuándo será posible ir al Convento de Aurora. Dígame Ud., sacie Ud. mi curiosidad, si no hay impertinencia en mi súplica.

Con tal interés dirigí ésta al Agustino, que, no pudiendo negármela, me dió la explicación siguiente.

—Rey, el infame padrastro, ha echado sus cálculos utilitaristas respecto del porvenir de la niña, y ha resuelto casarla.

—Casarla? grité, saltando como si me hubiese mordido una serpiente.

—¿No ves como te causa daño esta conversación? Mejórate y la proseguiremos.

—No, señor, hoy me causaría mayor daño quedarme á medio saber lo que atañe á Aurora, repliqué asiendo al sacerdote como si fuese á escapárseme. ¿Y con quien quiere casarla?

—Con un antiguo conocido tuyo, con un bribón tan bribón como D. José Segundo, con quien ha hecho compañía, poniendo cada cual un caudal de iniquidades: con Pantorrés.

—¡Pantorrés, Cielo santo! si es tan viejo como Rey....

—Y qué importa eso, hombre de Dios? Para el sacramento podrá acaso ser un inconveniente; pero para el negocio, para los arreglos de dos que se entienden, la diferencia monstruosa de edad no vale nada, hijo.

—¿Nada?

—Nada.

—Nada, según esto, será el cariño, será la simpatía al menos? Nada serán la incompatibilidad de las edades, la repugnancia que la vejez inspira á la juventud....?

—¡Cómo se conoce que estás con los ojos vendados para las cosas de la vida! Todo eso valdrá mucho para el sacramento establecido por Dios; pero, nada, nada, lo repito, para los que establecen los hombres, frecuentes deformadores de la obra de la Divinidad. ¿Qué se sacrifica á una niña? Adelante! ¿Acaso no se degüella en los campos de batalla, acaso no se envenena cuando es necesario; acaso no se calumnia, no se mata el crédito, el porvenir de un hombre, de una familia para salir boyante en un propósito? ¡Qué importa el destino de una mujercita, qué su infelicidad, su desesperación, un infierno en vida, si en cambio el intrigante ha comprado con el porvenir de ese sér desvalido, una renta, honores, el supeditar á sus semejantes, ir arriba, arriba á un puesto vedado hasta por la Providencia misma, supuesto que negó toda dote al intrigante....excepto la intriga! ¿Crees tú que la vida de un hombre,—sea un padre de familia sostén de unos cuantos desventurados, sea un ciudadano inteligente, virtuoso, útil, sea un patriota ilustre,—vale algo á los ojos del aspirante infame que no tiende sino á la consecución de sus propósitos fijos, invariables, maniáticos? La propiedad, el crédito, la existencia de los demás para él, no valen más que el gusarapo, que el insectillo, que al seguir nuestro camino pisamos, sin darnos cuenta de ello, sin que quede una sombra de su recuerdo en la conciencia, en la conmiseración.....La

oposición le importuna; pero no le detiene: los conciudadanos, la delicadeza, el honor le gritan: ¡atrás! mas él no oye sino la voz interior de sí propio, y, atropellándolo todo, rodando él mismo por el cieno de la infamia y de la desvergüenza, va por el misterioso sendero hasta que la mano justiciera que rige la creación, le sale al paso, le azota, le huella y con la planta le hunde en el fangal de su propia ruindad.

—Prosiga Ud., padre.

—Habíanse entendido, supongo, tocante á los bienes de fortuna de Aurora que, con el acrecimiento del valor de la propiedad territorial, llegará probablemente á ser algo de provecho andando el tiempo. Se habían entendido, asímismo, tocante á las ventajas de poseer un lazo de unión el Sota-Gobernador y el Recaudador de tributos, que eso son ahora los dos personajes, fieles, fidelísimos, por otra parte, á Su Majestad el Sr. D. Fernando VII. El abogadillo tampoco hará ficros á la espléndida belleza de Aurora; pues es menester que sepas que su cuerpo es tan de arcángel como su alma..... Y.....

—Han resuelto los dos malvados sacrificarla.

—Ni más ni menos. Y lo hubieran logrado, si no hubiesen tenido, por razones de sus empleos y de la revolución que estar á menudo ausentes de Quito, y si la niña no me hubiese pedido que la alojase en el Carmen, antes de que la arrancasen del lado de tu madre.

—Qué? ¿Lo pretendieron?

—Naturalmente.

—Pero esto es inicuo....

—Sobre toda iniquidad.

XX

La casita de San Marcos donde vivía mi madre era de la Sra. Doña Manuela Vicuña, á quien presenté muy de ligero á mis lectores en la primera parte de esta *Relación* y á quien voy á hacer conocer más despacio, á fin de no dejar incompleta mi galería de cuadros de la vida colonial.

Principiaré por decir que la mentada señora, la más pudiente quizá de Quito, se merecía como nadie la posesión de los crecidos caudales con que la Providencia había correspondido el inteligente trabajo de la distinguida matrona, cuyas casas de San Marcos, de la Recoleta dominica y del Carmen alto, estaban repletas gratis de familias menesterosas, á quienes además la señora distribuía cada año una parte no pequeña del pingüe producto de sus múltiples fundos de Chillo y de Machachi, de los varios obrajes y de la gran fábrica de tintorería que, como complemento de éstos, poseía en la Recoleta antes nombrada.

Doña Manuela, viuda de un Oidor y madre de otro, sobrina del Obispo D. Bartolomé García, fundador del Colegio de San Fernando, manejaba y administraba por sí misma las cuantiosas riquezas adquiridas en gran parte por sus propios esfuerzos. Mi madre, aunque de familia de independientes, había sido recomendada á la realista señora, como mujer virtuosa, trabajadora y pobre, y, en seguida, so pretexto de alguna laborcilla que se le encargaba, comenzó á recibir una protección ¡cuán distinta de la de D. José II!

Con tal motivo le fué dado descubrir hasta los pormenores íntimos de lo doméstico de aquella noble y patriarcal familia, que como otras de nuestra Presidencia,

podía servir de modelo de un hogar esencialmente cristiano.

Si no lo hubiese oído de los lábios mismos de mi madre, y si posteriormente no lo hubiese visto con mis propios ojos, no lo creería: en la mesa conventual de Doña Manuela comían, no sólo los amigos pobres de la casa y los comensales invitados al efecto, sino gentes desconocidas que llegaban á las piezas de espera de la casa en el momento en que los criados daban las voces: «á la mesa, la sopa está servida».

No era pequeño el número de personas que adeudaban á la pudiente matrona dos, cuatro, ú ocho mil pesos sin pagaré ni otro documento; y creo que lo he dicho ya, hubo vez que mandó juntos quince mil duros, una gran partida de fardos de bayetas, lienzos y otras telas para las viudas de los soldados realistas muertos en Pasto.

En su casa de habitación vivían cuatro ó cinco huérfanas á quienes había prohijado, y puede asegurarse que nunca llamó á sus puertas un desvalido que no saliese con recursos suficientes para más de una semana.

Pero dedicado este recuerdo de gratitud,—virtud sumamente rara en mi patria,—á uno de los benefactores de mi familia, vuelvo á la interrumpida relación.

Los medicamentos del P. Adeodato y muy en especial los remedios del alma propinados incesantemente por mi madre, en forma de atenciones, de cuidados, de caricias, de mimos, me restablecieron en breve; sólo una circunstancia me contrariaba: no poder salir de casa y, en consecuencia, no ver á Aurora, cuyos afectuosos recados no me bastaban.

Otra contrariedadcita vino también á perturbar la delicia de la compañía de mi madre: en la tercera ó cuarta visita nocturna y cautelosa de Peñamar, nos anunció lo que acaecía en el campamento. Sucre, hombre de actividad incansable, aprovechaba del no decaído patriotismo de la entusiasta é hidalga ciudad del Guayas, y organizaba un nuevo ejercito para volver á acosar al león español. Los republicanos de la Capital, noticiados de ello, tornaban á fugarse de Quito para restituírse á la vida de campaña, que no podía ya concluir sino con el exterminio de uno de los dos partidos empeñados mortal-

mente en una guerra sin otro término posible.—Aun otra contrariedad más: Juan se aburría soberanamente de la inacción, del escondite y hasta de la tranquilidad de nuestra casa y se sentía *nostálgico* de la inquieta existencia de soldado. Hasta Júpiter me parecía que demostraba con bostezos y pandiculaciones el *cansancio* del *descanso* prolongado....

¿Lo confesaré? ¡Incomprensibles extravagancias del humano corazón! Saboreábame todavía con las dulzuras domésticas, y, sin embargo, sin caer en la cuenta de las divagaciones del pensamiento, empezaba á olvidar las penalidades pasadas y á rememorar con insistencia los atractivos de los percances guerreros. Alguna vez me sorprendí á mí mismo suspirando por las antiguas esperanzas é ilusiones, segadas en flor con mi regreso á Quito.

Parecía que mi madre caía en la cuenta de esto, pues redoblaba sus afectos para conmigo como si quisiese reforzar con su ternura los lazos que, ella se sabía, no fueron bastantes vigorosos otra ocasión para retenerme á su lado. Con la instintiva adivinación del amor materno, paréceme que discurría acerca de la manera eficaz de obtener su objeto.

—Hoy verás á Aurora, me dijo una mañana al volver de misa, y al día siguiente de uno en que más caviloso había yo pasado.

—¿De veras? Exclamé sin serme dado refrenar el gozo.

—De veras, hijo: el P. Adeodato ha conseguido que salga por algunas horas del Convento y vendrá á casa á ver á su hermano....A quitarle de la cabeza ideas locas que talvez de nuevo van apoderándose de ésta, de ésta, de ésta, agregó besándome amorosamente las sienes.

—No lo creas.

—¿No creerlo? ¿Acaso una madre no adivina ó mejor dicho no lee lo que pasa en el corazón de sus hijos? ¿Pudieras tu ocultar á los ojos de mi amor, que las fantasías de patria, emancipación, república te tienen embebecido largas horas? ¿No sueñas despierto, por ventura, en glorias, en triunfos, en.....los galones de Coronel?

—Perdón, madre mía.

—Perdón....No, no eres tú quien debe pedírmelo, sino ese delirante de Castillo que te trastornó el magín..

—No hables de él, madre. No mientes á los muertos quiza....

—¿Muerto? No necesita entonces de mi perdón; perdónele Dios.

—¿Conque Aurora viene hoy? ¿Y por qué no lo ha hecho antes, si no había dificultades para salir del Convento?

—Te lo dirá ella.

—Te lo dirá ella....Desde mi primera conversación contigo, noto un no sé qué misterioso, un algo que se pretende ocultarme respecto de Aurora. A fuerza de preguntas, de insistencias, de impertinencias, averiguo la mitad, quizá una pequeñísima parte de lo que desearia saber. ¿Por qué no se me habla con franqueza? ¿Hay más de lo de Pantorrés?....Sí: ella será mas franca; ella me lo dirá todo; ella no sabe esconder nada de lo de su pecho.

—Injusto, injusto. ¿Me recriminas?....

—No, madre de mi alma, díjele reportándome, y tomándola en mis brazos y enjugando sus ágrimas con mis labios.

Húmedos tenía aun los ojos, cuando sonaron unos pasitos en el corredor, que hicieron latir apresuradamente mi corazón, y prudentes golpes á la puerta, que yo adiviné quien los daba, y....Aurora se nos presentó en el umbral. Aurora, sí, la misma Aurora.

No hay tal: no la misma. La que yo dejé en casa el día de la partida, era una niña, chica, blanca, casi transparente, vaporosa; la que ahora veía, érase una espléndida belleza, una espléndida mujer, una primorosa obra de Dios, una de estas figuras estatuarias, hermosísimas, que abundan en Quito; pero pulida por una mano sabiamente estética: figura magnífica en el pormenor y magnífica en el conjunto.

Habíame dirigido á ella para estrecharla contra mi pecho; mas quedéme suspenso; y ni ella probablemente, ni yo, hubiéramos sabido qué hacernos, si mi madre, dándome un empelloncito no me hubiese dicho:

—Anda, muchacho, abraza á tu hermana.

.....

XXI

AURORA, sentada, junto á mi madre, teníala asida de la mano, como si temiese que se escapase y la dejase sola.

—Quedó fuera mientras prepararte á la sorpresa de verla. ¿Cómo encuentras á mi hija, Antonio? ¿No es cierto que ha crecido y se ha puesto un poco guapa?

—Calla, madre, dijo ruborizándose más, si cabía.

—Y á tí Aurora, qué te parece Antonio? Es un hombre. ¿No? Pero un hombre pálido, flaco á quien hacían falta los cuidados de su madrecita; á quien ha sucedido lo que sobreviene á las avecitas que se independizan del nido, que, buscando libertad, hallan la muerte, cuando menos heridas.

—Qué? te han herido alguna vez? preguntó Aurora palideciendo.

—Poca cosa: algunos rasguños insignificantes....

—Refiéreme eso, Antonio, sin omitir nada, nada, nada. ¿Oyes? Añadió con la misma vehemencia y maneras que yo recordaba tanto: las de mi compañera de infancia.

—Poca cosa, lo repito: en Huachi una pechada y una pisada de caballo; á fines de agosto, en la montaña, algunos arañazos.

—¿A fines de agosto? ¿Pudieras fijar la fecha?

—Casi....aguárdate. Fué el primer domingo de setiembre.

—¿De veras?

—Seguro, pues esa mañana el Capellán nos dijo misa debajo de un gran ceibo....

—¡Dios misericordioso! Exclamó Aurora, toda inmutada y levantando las manos al cielo. Mamá, Antonio, oigan ustedes un milagro de la Providencia Divina;

pero contéstame antes. ¿No fué por la tarde eso de tus heridas? ¿No fué un grande, un gran peligro el que corriste, dí la verdad, el mayor sin duda que has corrido en tu existencia de campaña?

—La verdad, sí, respondí—dominado por el aspecto de pitonisa y por la seguridad en la manera de interrogarme de Aurora,—sí fué por la tarde y, cierto, fué aquella la ocasión de mayor peligro en que me he encontrado.

—Pues bien: Dios quiere que no oculte nada. Para que respetemos su voluntad, tú, madre, tú, Antonio, y yo, voy á referirlas, sin omitir nada, sin agregar un ápice, todo lo que pasó conmigo la tarde del primer domingo de setiembre que fuimos á San Agustín, á la distribución religiosa del Señor de la Buena Esperanza de la Portería. ¿Te acuerdas, madre?

—Sí, continúa.

—Arrodillada ahí te recordaba, Antonio, con mayor intensidad que de costumbre, y te ví, sí, llegué á verte con mis propios ojos ¡Ah Dios de mi alma! rodeado de sinnúmero de hombres feroces que trataban de matarte: estruendo, sombras, sangre, yo lo veía todo y lo escuchaba todo; un cuervo enorme, negro, con las alas inmensas abiertas, bajaba sobre tí é iba á arrebatarte con las garras desmesuradas; quise gritar, no pude; tampoco moverme, tampoco llorar. Con mi corazón, entonces, con una aspiración de mi espíritu me así del manto del Señor Prodigioso, y le prometí, si te salvaba, si te concedía vida, sobre todo si no morías entre las pasiones del combate, entre el pecado furor de la guerra....

Suspenso de los labios de Aurora anhelante, pálida, desfalleciente, contenía yo hasta el aliento, á pesar de que participaba de la infinita ansiedad de la narradora.

—Le prometí....le prometí que entraría en un Convento por toda mi vida, que terminaría allí mi existencia, aun cuando finalizasen las solicitudes de Pantorrés y las amenazas de D. José, que nunca me han inquietado.

—Que no te han inquietado, y por qué?

—Porque contaba para resistirlas conmigo mismo, con mi voluntad....con el afecto que te tengo....

—¿Dices que prometiste entrarte monja?

—Hacerme monja propiamente no: vivir en un convento.

—No lo entiendo.

—Le prometí dedicarle mi alma, mi cuerpo, mi vida....

—Ah! Aurora, salvaste al soldado pero matas al hombre. Yo creía que no podías disponer de tu corazón, agregué con amargura.

—Cierto, me replicó con entereza. Cierto que no podía disponer de él y por eso no he dispuesto: ya puedes entender por qué viviré en el encierro de un Convento, sin ser monja.

—No comprendo todavía.

—Te lo haré comprender perfectamente. He dicho que hablaré sin cercenes ni rodeos. ¡Quién sabe si otra ocasión tuviera el valor que hoy tengo para no callarme nada! Perdóname, madre; perdóname, Antonio, si mis palabras, si mi resolución quiero decir, os lastima....

Descansó un breve rato, se enjugó el sudor del rostro y continuó:

—Dios ha trazado mi camino: tuve padres y no gocé de sus caricias, huérfana, sola, sin familia, sin afectos, abandonada, desprendida de mundo debo vivir en adelante como he vivido hasta ahora.

—Egoísta, interrumpíle. Nos sacrificas, me sacrificas á los caprichos de una fantasía delirante....*Sin afectos*....cierto: sin ellos has vivido; tú no has amado á nadie....

—Madre, Antonio, ustedes saben que sí he amado....

—Peor: Dios no recibirá un corazón que no le pertenece.

—Porque no puede ser en absoluto del Divino Esposo, por eso no profesaré. Seguiré llevando y cultivando en la memoria el recuerdo de los seres amados, como un instrumento de tortura que me hará más merecedora á los ojos de la Divinidad....En cuanto al estado, lo diré todo.....No quiero, no permitiría, no toleraría que me sucediese lo que á mi madre, á mi pobre mártir y á la mayor parte de las que se casan, que el marido deja de amarlas....

—Egoíta, te repito, Aurora. Egoísta!

—Egoísta¡ Replicó enardeciéndose, saliendo de la aparente calma que hasta entonces había manifestado. !Egoísta¡ Y me llamas así después de haberte descubierto el secreto de mi promesa la tarde misma en que estuviste para perecer; en que la muerte, el demonio iban á tomarte con sus garras y á precipitarte en los abismos eternos... *Egoísta* lá que se priva de los únicos afectos de su existencia... con tal que el soldado idolatrado no perezca en el campo del combate, en medio del infierno de ira, de odio, de maldición, de horror de que están posesos los militares... !Dios mío, en realidad, no se me comprende¡

Y estalló en una explosión de lágrimas y sollozos.

Imposible fué, en consecuencia, llevar adelante ese diálogo en que se debatían mis ilusiones, mis esperanzas pasadas, el estímulo de mis acciones, mi porvenir. Mi madre hizo todo lo posible para calmar á Aurora y después para sacarme del abatimiento en que me sentía sumergir, ni más ni menos como si en pie sobre un pantano cediese el suelo y me hundiese y me ahogase. Y me ahogaba en verdad...

Felizmente entró el P. Adeodato. No hay quien no conozca por experiencia propia este efecto inmediato de la presencia de un extraño en el momento de una ardiente discusión entre miembros íntimos de familia: efecto completamente igual al que produce un chorro de agua arrojado sobre una brasa.

Mas él adivinó por el aspecto de los tres, lo que acababa de pasar, que aun probablemente lo tendría previsto, y dirigiéndose á mí, con voz casi imperceptible, me dijo:

—Fervores de la edad, resoluciones de los quince. Déjalo á Dios, hijo; ya veremos lo que El disponga que, de cierto ha de ser lo mejor.

XXII

DESDE que Auror regresó á su convento, yo recaí con duplicado tesón en mis pensamientos de torna al campamento. Ingrato, no me iba á la mano ya la reflexión del pesar que ocasionaría á mi madre, de su soledad, de su desdesvalides. !Qué malo, qué perverso, qué inicuo es el corazón¡

Ella, con la pesrpicacia de su amor, leyó en las cavernas de mi alma, y entristecida, lacrimosa, pero acaso resignada, redobló aún las innúmeras demostraciones del materno amor. !Cuánto me arrepiento hoy tarde ya, cuando ya no existe, de no haberle ahorrado dolores en su vida de sublimes abnegaciones; de no haber sido su esclavo, como ella fue, mía; de no haber vivido de rodillas delante de ella, como delante de una santa, cuya canonización, cuya exaltación á los altares se ha verificado después en mi alma¡

No pasó mucho sin que participase mi resolución á Juan. Notábase en las pasiones políticas la férvida exacerbación que presagia novedades: el P. Adeodato me hablaba de los rumores que á la sordina circulaban acerca de las serias zozobras inspiradas por Sucre á los Sres. de Gobierno; de las hasañas de Centaris y sus guerrilleros entre Latacunga y Ambato; de las levas y encuartelamientos sin distínción de personas; de las contribuciones con que se esquilmaba á los patriotas ricos, escondidos la mayor parte ó en prisión; de la necedades de Aymerich, vuelto al mando, tanto más notables cuanto los pueblos tenían frescas las reminiscencias del tino y acierto del malogrado General Murgeón en su corto Gobierno de cuatro meses; de los abusos de los empleados subalternos, cuyo despotismo generalmente sobrepuja al de los altos magistrados; de la brillante escaramuza de Sucre en Riobamba; de los excesos y.

bribonadas de Rey y Pantorres, perversos intrigantes que seguros del afianzamiento del predominio español, imitaban á su antecesor Payol en las atrocidades cometidas en los pueblos del centro, al propio tiempo que los esquilmaban también con pechos y gabelas; y finalmente de la proximidad del gran BOLÍVAR por el Norte, así como del acercaminnto por el Sur del gran SUCRE, unido ya con el Coronel Santacruz, comandando la división auxiliar peruana.

Por fin llegó un instante en que me encontré monomaníaco respecto de la tema que sentía hasta materialmente á manera de un grueso clavo hincado en la frente: mi corazón misma combatían esta mi idea fija; pero tornaba como la mosca importuna, que nos empeñamos en desechar y que vuelve con la tenacidad de todas esas cosas pequeñas que pretenden probarle al rey de la creación que es un rayezuelo más soberbio que poderoso.

—Hoy infaliblemente declaro á mi madre que no puedo más; que me voy á la guerra; que me hace falta la fragancia de la fetidez de la pólvora; que la parte brutal se fatiga de esta existencia quieta, tranquila, de paraíso; que necesito una sangría en el campo de batalla; que me aburro de ser feliz; que soy una especie de fiera pue necesita desperezarse y extender los miembros al aire libre; que soy indigno de sus caricias....

Esto y algo más espeté á Juan, sin tomar aliento, el expresado instante de la declaración irresistible del estallido de mi monomanía.

—Sosiégate, Antonio, habla con calma á tu madre, convéncela de que vas á truncar tu carrera si dejas de unirte al ejército libertador, cuyos últimos esfuerzos para coronar la obra de la emancipación yan acaso á desenvolverse: es abnegada y cederá, y partirás satisfecho con su consentimiento.

Acogido el prudente consejo de Juan, hablé, en efecto, aquel mismo día con la valerosa viuda, obtuvo esu permiso, escribí á Aurora una carta de despedida y de quejas, que, por la intimidad del contenido, no doy á conocer á los lectores, y comencé los preparativos de viaje, ó mejor dicho de fuga; pues, guardadas las salidas de la ciudad por disposición de Aymerich, era menester proceder muy cau-

telosamente para salir á incorporarse con los independientes de la provincia de Pasto ó con los de Latacunga, donde acababa de llegar Sucre, después de obtenida la innusitada victoria de Riobamba. Noticia que, como lo supondrá el lector, produjo ese mi acceso de locura de que hablé antes.

No fueron prolongados los tales preparativos: reducíanse á la adquisición de dos caballos, que nos los proporcionó uno de tantos acaudalados quiteños entusiastas por la independencia. La noche señalada para la partida, el P. Adeodato se constituyó en casa para sostener el valor de mi madre y para despedirse de mí y de Juan. A las doce de la noche principió uno de aquellos formidables aguaceros propios de mi ciudad andina, y aprovechando de la circunstancia favorable ya mencionada,—en Quito nunca faltan aguaceros cuando se los necesita,—partimos de casa.

Omitiré lo relativo al dolor de mi madre, y á mis propios pesares.

Por uno de los senderos, que de la calle de San Marcos llevan á la Loma conduciendo los caballes del diestro, pues en aquella época no eran calle ni cosa que lo valga las de que hablo, colados por la lluvia y envueltos en el fango en que íbamos chapuzando á las veces, rodando otras, llegamos á la Loma, de donde, así mismo rodando que no caminando, salimos por tras la Recoleta dominica, vadeamos con dificultad el Machángara acrecido por la tempestad, y escalamos con mil trabajos hácia la parte de Oriente la colina de Luluncoto: todo con el propósito de burlar la vigilancia de las guardias situadas en la Alcabala.

Amanecía cuando, en lo alto de Puengasí, tomamos por su misma ladera, con vista á Chillo, una de las sendas para Amaguaña. Haré gracia al lector de la relación de las penalidades del perverso trayecto; de los pensamientos que producían estallidos de dinamita en mi cerebro; de las memorias traídas por la contemplación del valle, donde se deslizaron los mejores días de mi infancia; de los recuerdos de Castillo, muerto quizá, y de Aurora, acaso muerta también para mí....

Juan había vuelto á ser mi asistente, y no se atrevía á turbar, con palabra alguna, el silencio y la solemnidad

de nuestro viaje y de nuestra situación.

Al clarear del tercer día, al pie de la estupenda masa de nieve del Cotopaxi, en las llanadas de Callo, nos reunimos con las avanzadas del ejército libertador: estábamos, pues, en salvo de ser cazados como lobos, ó de ser aprehendidos y fusilados por las partidas realistas.

Por la tarde apretaba efusivamente las manos de Arturo y más compañeros, uno de los cuales, en cumplimiento de orden dada por Sucre de que se le presentasen las gentes de algún viso que viniesen de las ciudades al ejército, me llevó ante el General.

Qué hombre tan insinuante: extendióme la mano á las primeras palabras de mi presentador y, después de mirarme un rato,

—No es la primera vez que veo á U., me dijo.

—No, mi General, he combatido ya bajo las órdenes de US.

—?Cuándo¿

—En Yaguachi y....

—?Y también en Huachi¿, me interrumpió sonrojándose.

—No estuvo en el segundo Huachi; pero sí en el primero, tan desgraciado y tan glorioso como en el segundo.

—Glorioso, en realidad. Trabajaremos para desquitarnos, Capitán.

Y lo conseguiremos, mi General.

—Sí: lo conseguiremos.

XXIII

Poco más tarde, el General me hizo llamar con uno de los ayudantes de campo. Al presentarme en la puerta, estaba de espalda hacia ella, de pié y tan absorto, que me fué posible contemplarle un buen rato, y fijarme en las botas gastadas, en el pantalón maltratadísimo, en el gabán aun con algún desgarrón y en el sombrero de paja negra, descolorida por las lluvias y soles ecuatoriales. Saludéle, cuando por fin se me mostró de frente.

—Capitán Mideros, ?cómo pudo U. burlar la vigilancia de las guerrillas realistas que guardan la salida de Quito y los caminos de sur y norte¿

—Tomando por atajos, mi General.

—?Es U. muy conocedor de ellos¿

—Al menos sí del que he traído: por las faldas orientales del Sincholahua y del Cotopaxi.

—Señálemelo aquí, mé dijo mostrándome un tosco plano garabateado sin duda por algún aficionado á agrimensura de entre los soldados de la patria.

Tracéle lo mejor que pude el trayecto que acababa de recorrer; y no había yo levantado aún el dedo del papel, cuando el General exclamó:

—En marcha¡ U. Mideros irá á la descubierta. En marcha¡ Va U. á desandar lo andado. Y si U. ha conseguido burlar la vigilancia de Aymerich, nosotros efectuaremos algo semejante: un ejército bien dirigido equivale á un solo hombre en la uniformidad, inteligencia y acierto de los movimientos.

La prontitud en la ejecución de la orden impartida por el General, probaba la exactitud de sus palabras: en corto tiempo de estar al mando del ejército, le había comunicado, no diré la docilidad y la presición, sino su espíritu.

El campamento tranquilo, quieto, sosegado algunos minutos antes, estaba levantado ya, y no transcurridos muchos más, desfilábamos al principiar la noche, ordenados, silenciosos, reflejadas en nuestras bruñidas bayonetas las sanguinolentas luces del enorme faual del Cotopaxi, las cuales luces, reduplicadas por la reflexión en el inmenso manto de hielo, coloreaban los rostros, las ropas, las armas, los caballos con el rojo del incendio: éranse batallones de demonios, ó cuando menos de combatientes que se hubiesen bañado en la sangre de las víctimas de un deguello tremendo y que, evocados por el dios de la muerte, se hubieran formado sin enjugar el armamento, los vestidos, las caras del mortal líquido en que se habían empapado. ¡Espectáculo mágico y aterrador¡

Tomado un ligero descanso, al despuntar la mañana siguiente continuamos la marcha y al subsiguiente, 16 de mayo, acampábamos con toda felicidad en los declivios del sudeste, otra vez del valle de Chillo, dejando inútiles á retaguardia los fuertes de Jalupana y de la Viudita, trabajosa y premiosamente construídos por el adversario.

El 17 á medio día, una partida de descubierta al explorar él sendero que debíamos seguir para entrar en Quito, vió acercarse á paso tirado al enemigo y asentar el rancho en Turubamba, esto es, á la legua ó legua y media de nosotros.

El General, en consecuencia, dispuso todo lo conveniente para evitar una sorpresa: las tiendas se concentraron en un lugar estratégico, se reforzaron las avanzadas, y los caballos se echaron á pastar con las sillas puestas. La noche la pasamos con los fusiles entre las rodillas

Dícese que, en una época más ó menos alejada, tienen repetición los acontecimientos no baladíes de la vida de un hombre. Por entonces me sobrevino úno con semejanza, aunque remota, al que nos puso en iminente peligro de perder la vida á Peñamar y á mí en vísperas de la jornada de Tanizahua.

Voy á relatarlo con la mayor sencillez que me sea posible.

Parece que el buen éxito con que había yo guiado al ejército en el hábil rodeo con el cual chasqueamos á los españoles fortificados, come se ha dicho, en las inaccesibles

posiciones de Viudita y Jalupana, me hubiese conquistado la simpatía del General Sucre. El día á que me refiero fuí llamado á su presencia.

—Capitán, me dijo, elija U. el mejor caballo de las cuadras, sin exceptuar ni el mío.

—Gracias, mi General.

—Monte U,: resuelto á hacerse matar, acérquese tanto como pueda al ejército enemigo: necesito informes precisos, dados por un militar inteligente como U., respecto del terreno que ocupa López, del orden de las tropas, de si están ó no prevenidas. Acaso convenga batirlas luégo. Por cierto lo de ir á hacerse matar....será sólo en caso necesario; pues no tengo empeño en perder un oficial bizarro.

—Gracias mil, mi General.

—Conque á montar: mucha reserva entre los compañeros, mucha cautela después, y abur....

Mientras ensillaba, formé el plan que debía seguir en mi expedición: reconocer la retaguardia del enemigo, rodearle por el lado opuesto al en que se encontraban nuestras tropas,—acto peligroso, ya que interpondría entre éstas y yo el ejército contrario,—y por fin pasar por su frente y regresar á mi campamento después de formado un círculo completo en torno del de López.

Dejé la espada que podía estorbarme, tomé dos pistolas de arzón, me despojé de la blusa de vivos rojos y botones amarillos, sustituyéndola por otra de simple paisano, y Dios me ayude....

La primera parte de mi plan fué llevada á término con entera felicidad: el Jefe español ni siquiera tenía á retaguardia los indispensables centinelas para evitar una sorpresa; acerquéme, pues, al grueso del ejército todo lo que me dió la gana y la prudencia me lo permitió. La segunda parte tampoco presentó dificultades, merced á las precauciones que desplegué y á un estupendo aguacero, de ésos que no faltan casi nunca en aquella zona de lluvias torrenciales, y que de seguro haría que los soldados se acurrucaran en el campo para presentar la menor superficie posible á la granizada y á los cántaros de agua que vertían las nubes. Aproveché también del chubasco para pasarme á medio tiro de fusil de las avanzadas de la van-

guardia, visto todo, examinado todo, en una palabra, desempeñada á gusto la comisión del General.

Esto me lo decía á mí mismo, frotándome las manos de contento y de frío, en la sima del Puengasí al ir á comenzar el descenso hacía mi campo. Pero ¡ay¡ dichas del mundo: en el propio instantante de mi vanagloria, unas cuantas balas, imitando el maullido de un gato, me aventaron las sienes. Volvíme hacia la parte de donde me venía la cariñosa salutación, y de entre el humo extendido todavía sobre unos calveros, ví desprenderse un piquete de jinetes á carrera abierta. Por un segundo se me ocurrió morir como un héroe y empuñé una pistola; mas acto continuo, pensé que había cumplido el encargo de mi Jefe, que mis informes le serían provechosos, que, en consecuencia, en la fuga cumplía mi deber más bien que en una muerte estéril y tonta, é hincado con frenesí las espuelas al caballo me entregué á la huída.

La noche había comenzado; pero la luna llena prolongaba el día.

Mi pobre caballo no respiraba ya: alentaba con estertor; pero, al parecer, comprendía el peligro, pues no corría sino volaba vertiginosamente. Una que otra bala pasaba por encima de mí con lúgubre silvido; el estrépito de las pisadas de los corceles de mis perseguidores se escuchaba cada vez más cerca: bajamos así frenéticamente por pendientes escarpadas, cruzábamos llanuras, subíamos colinas, volvíamos á llanadas, á descensos, á cuestas; la luna llena me permitía ver allá, ganando terreno, á mis enemiigos que, como lo he dicho, me saludaban de vez en cuando con uno ó más balazos.

Las nubes. ¡Ah las nubes¡ sin duda abrían paso á los rayos del astro, para mí fatal, supuesto que continuaba brillando con sus más vívida luz.

El chapoteado de mi caballo en las charcas del camino me salpicaba tanto barro al rostro algunas ocasiones, que me veía en la necesidad de cerrar los ojos.

Entré en una quebrada....

Bruscamente una violenta sacudida casi me disparó de la silla: no me explico cómo me conservé encima, aunque perdidos los estribos y medio colgado de la crin del animal; éste acababa de pararse repentinamente al bordo de

uno de esos aluviones que forman las lluvias y que tan á menudo ocasionan desgracias en nuestros valles: ruguiente, impetuoso, lodoso se precipitaba por el estrecho cauce, arrastrando pedrones, árboles y acaso ganados.

Estaba, pues, yo perdido sin remedio.

¿Qué hacer? Volver riendas equivalía á ponerme en manos de mis desapiadados perseguidores; esperar allí, era así mismo entregarme á ellos; lanzarme al torrente, era el suicidio....

Pero al fin, la cuestión se reducía á elegir el género de muerte: ó alojar cuatro balas en el pecho, ó llenar los pulmones de agua.

Pocos minutos más y me lanceaban....

Elevé en mi agonía una ferviente súplica á Dios, que nunca, nunca me ha abandonado....

Las herraduras de los caballos de mis asesinos golpeaban ya los guijarrros de la entrada de la quiebra. Delante de mí continuaban mugiendo las aguas negras del torrente....

Escuché los resoplidos de los bridones y los reniegos de los jinetes: parecióme sentir cosquillándome entre las costillas las frías y agudas puntas de las lanzas....

La desesperación, digo mal, la Providencia me inspiró algo irreflexivo, tonto, loco en otras circunstancias.

Al lado de donde venía la creciente, entre ésta y la peña casi vertical de la orilla, había una cinta de suelo, angosta, inclinada, resbalosa. Con frenesí guié al caballo por ahí, desgarrándole los ijares con la espuela: se encabritó el noble bruto; más, como si comprendiese el peligro mayor que nos amenazaba, obedeció. No habría con dificultades mil, haciendo prodigios de equilibrio, caminado apenas doce pasos, la veredilla terminó inopinadamente en un recodo de la avenida, que golpeaba feroz la peña estremeciéndola. Me así con ambas manos de las ramas que pendían sobre mí, y que me habían destrozado el rostro en el corto trayecto del precipicio, y soltando los pies de las estriberas, dí con ellos un fuerte empellón á mi caballo que se esforzaba por consevarse en el declive jabonoso: el desventurado cayó al turbión, trató un segundo de sostenerse de pecho contra la corriente, agitó convulsas las manos, bufó lanzando el agua por el hocico y las narices, dió una

vuelta rápida impelido por ese como saetín, y revuelto en el fangoso elemento se precipitó arrastrado por él en vertiginoso ímpetu.

Salvóme esta mi crueldad instintiva.

Los soldados prorrumpieron en *hurras* al ver pasar patas arriba en una onda negra y espumante á mi infeliz compañero, cuya suerte de cierto creyeron que yo corría, y satisfechos se volvieron á su campo.

Tanto como es repentina la hinchazón de los arroyuelos, en las provincias serraniegas, es también fugaz su embravecimiento: en breve, agotados los mil afluentes de aguas lluvias,—que cual los individuos que forman una poblada ó un motín llevan al cuadal común el contingente de una molécula de rabia y de delirio,—principian presto á decrecer y muy luégo no pueda de su enojo más señal que las grietas y erosiones dejadas en el lecho por donde corrieron, y la hojarasca, ramiza, maderos, cadáveres de reres y hasta de hombres, depositados en las márgenes para demostrar hasta donde llegó la demente furia.

Esperé, pues, la cesación de la crecida, dando gracias á mi Dios, que, de manera tan manifiesta, acababa otra vez de salvarme de muerte desastrada. ?Podrá creer el lector que, en seguida, me puse á pensar en Aurora¿

Algunas horas después esguazaba el escaso arroyo y alumbrado por esa misma luna, que antes tanto me perjudicó, tomé el camino del campamento.

Aunque llegué á las altas horas de la noche, encontré al General sin dormir, paseándose impacientemente en el desmantelado cuartucho que le servía de alojamiento.

—Bendito sea Dios! exclamó con sincera satisfacción al verme en la puerta, aun cuando en seguida afectando seriedad y hasta displicencia agregó: A buenas horas llega U., amigo hace cuatro que se le aguarda á U. para movilizar el ejército en una dirección ó en otra....

Así lo suponía, mi General, y por esta razón no he esperado la luz del sol y he recorrido por sendas intransitables, durante la noche, dos ó tres leguas, empapado, á pie....

—?A pie¿ ?No llevó U. nuestro mejor caballo, como se lo dispuse¿

—Sí, lo llevé; pero el infeliz no ha podido acompañar-

me hasta aquí.

—Qué ?lo mataron?

—No, mi General, lo maté yo.

Tuve, pues, necesidad de referirle el gran aprieto en que me había visto, lo cual, no solo le hizo desarrugar las cejas, sino aun darme algunas acariciadoras palmaditas en la cabeza, mientras me decía.

—Bueno, hombre, se ha escapado U. de una muerte loable pero obscura. Ahora al grano: vaya diciéndome lo que ha visto y lo que opina respecto del enemigo.

— Parece que el Coronel López se preocupa únicamente con guardar á Quito y vigilarnos a nosotros, dije: avanzadas numerosas á vanguardia y á su flanco derecho, descuido completo al izquierdo y en especial á retaguardia.

—Basta! Me interrumpió, disponiendo ya en su perspicua fantasía la soperaciones más convenientes al ejército. Procure U. dormir una hora: á las tres tomaremos por la retaguardia contraria, á fin de encontrarnos á su ala descuidada cuando claree el día. Después hablaremos de lo demás que U. hubiese observado en su reconocimiento. Hasta luégo.

— US. no duerme¿ Preguntéle con timidez.

—Es menester concertar y disponer la marcha.

—Permítame entonces que yo no descanse tampoco.

—! Hombre¡ Si sólo por U. me resolví á perder sesenta minutos — Suponia á U, un poco rendido.

—Algo estropeado, mi General, pero no rendido: un Capitán de la República y de Sucre no se rinde en ningún caso.

—Bien: acompáñeme U. Capitán....digo mal, Mayor Mideros.

XXIV

No transcurriría media hora, cuando nuestras tropas estaban en pie: los ayudantes les habían prevenido que, el que hablase fuerte, encendiese fuego, siquiera fumase, sería pasado por las armas. Inútil amenaza: el *único hombre* compuesto de tres mil seres, según la frase del mismo Sucre, no necesitaba sanción alguna; bastábale la orden de su Jefe. Tampoco los brazos ó las piernas han menester otra cosa que la insinuación de la voluntad del alma que los vivifica.

La tremenda pendiente, donde los realistas pudieron fusilarnos á mansalva, fué serpenteada sin la menor oposición por nuestros soldados habituados á transitar por riscos de siervos y á poner la planta en nidos de cóndores. Ganas de silvarles y mofarles nos vinieron cuando, salvado el horrendo desfiladero y tomando un respiro en la llanura superior, nos llegaron los lejanos ecos de las dianas de despertar del confiado ejército de López.

Sucre sonreía.

Estoy seguro de que verificaba un grande esfuerzo de prudencia, para resistir á la tentación de caerle encima, aunque fuese con tropas que acababan de subir una escalera de diez mil peldaños.

Tomadas posiciones, descansamos á gusto y casi estoy por decir que tan tranquilos como si no estuviésemos á vista del enemigo: tal era la seguridad que teníamos de que no nos atacaría.

Al siguiente día provocámosle varias veces; pero López no estaba por lo visto resuelto á combatir. Por la tar

de, con grande menosprecio, Sucre mandó levantar el campo á las barbas de López, y vivaqueamos más cerca de nuestro objetivo, esto es, al noroeste de nuestros adversarios. Parece que el movimiento picó el amor propio de éstos, pues, mientras cruzábamos un barranco nos hostigaron con un vivísimo fuego; mas, así como les hicimos cara, suspendieron el tiroteo y se retiraron.

Por fin, en la noche del 23 de Mayo, por tercera vez volvimos á burlarlos: el sol del 24, al asomar en el Oriente, fué saludado por el ejército libertador desde el campo mismo que, antes de muchas horas, se bañaría al propio tiempo que en sangre, en resplandores de gloria, desde esa altura digno pedestal del monumento de la emancipación de un pueblo, desde el Pichincha cuyas faldas iban á convertirse en el cráter de una erupción de muerte, pero de muerte inmortal. A nuestros pies despertaba Quito del sueño de la noche, así como en breve despertaría también del prolongado letargo del coloniaje. Las torres, las cúpulas, los techos se teñían de oro con los rayos del sol matutino, como el sol de la victoria doraría por la tarde las frentes de los hijos de la ciudad del 10 de Agosto....

Se ha dicho que Sucre desde mucho antes proyectaba acampar el ejército en el ejido del Norte. Me inclino á dudar de esta aseveración: si tal proyecto hubiese tenido, no habría provocado al Jefe realista á combate en Turubamba y en Chillogallo, le hubiera burlado, como en la noche última dos ó tres días antes y en vez de llevarse en maniobras y movimientos que se proponían el objeto expresado, se habría colocado en el dicho ejido cuando le hubiera dado la gana. Sucre lo decidió solo el 23, convencido de que los realistas no nos aceptarían batalla sino, á más no poder, cuando amagásemos tomar la Capital, y les cortásemos la comunicación con los refuerzos salidos de Pasto.

En cuanto los españoles advirtieron nuestra marcha, tomaron la línea recta, esto es, la distancia más corta que les estaba expedita, y penetraron en Quito, donde perdieron miserablemente el tiempo desfilando, como en un día pacífico de parada, bajo el palacio de Aymerich. Hasta tanto nosotros nos apercibíamos, mandábamos emisarios á nuestra retaguardia y en especial al parque para que avanzase con rapidez, y recibíamos con los brazos abiertos

á unos cuantos copartidarios que venían de la ciudad para partir con nosotros los peligros del combate y los laureles de la victoria.

El ascenso lo habíamos verificado con el Coronel José María Córdova á la descubierta al mando de medio batallón *Magdalena*, resguardado el flanco derecho por el Coronel Andrés Santa Cruz, Jefe de la vanguardia, el General Sucre al centro, con el grueso del ejército, y el General José Mires á la retaguardia.

Al acabarse de disipar la niebla matutina, que á nuestros pies envolvía la ciudad, vimos al propio tiempo que los rojos techos y las azoteas cubiertas de mujeres: las columnas enemigas que comenzaban á subir las penosas cuestas del Tejar y de San Diego.

Sucre ordenó en el acto que nos afirmásemos en nuestras posiciones, robusteció lo débil, consolidó lo fuerte, cubrió la derecha y parte del frente con el valeroso ejército auxiliar peruano, que poco después, á cosa de las nueve y media, rompió sus fuegos. Fueron estos contestados por el fortín de Panecillo, donde los rayos del sol fulguraban en las armas del enemigo.

Al recorrer el ala izquierda, el General estrechó afectuosamente la mano del Coronel Córdova y volviéndose á mí me dijo:

—Aquí tiene U., Mayor, un Jefe de quien aún los bravos pueden aprender bravura, y dirigiéndose á aquél, agregó:

—Coronel, dejo á U. el mejor de mis ayudantes: si en el fragor del combate necesita U. un valiente, sírvase de Mideros. Abur.

No tuve tiempo de agradecerle las encomiásticas frases, porque, lanzando el caballo al galope, fué á estimular con su presencia la línea donde estaba ya prendido el fuego.

Este era vivísimo en los tercios peruanos, que fueron oportunamente reforzados por dos compañías del *Yaguachi*, comandadas por elpropio Jefe del Estado Mayor, Morales. Luégo no pude prestar atención á lo que pasaba fuera de nosotros; pues que, á tiro de fusil los contrarios, nos tocaba también entrar en combate. Pocos fueron los disparos de nuestros tiradores: nós batíamos á ba-

yonetazos y sablazos. El choque fué horrendo; en honor de la verdad, el heroísmo español nos asombraba: jadeantes los soldados, sin respiración por la subida casi perpendicular, se venían en pelotones sobre nosotros como un aluvión invertido, como an alud que ascendiese. Recibíamoslos á machetazos, á culatazos, á empellones. Aquello era algo así cual una miniatura del combate de los titanes contra el cielo: ni siquiera nos faltaban los peñascos para lanzarlos sobre el adversario; los caballos que morían se precipitaban por el declivio aplastando á los que trepaban. ¡Qué infierno! Era necesario atender al enemigo y prestar atención al suelo: el que caía, rodaba hasta los pies de los contrarios que subían, é iba á ser degollado ó tomado prisionero, ó á despedazarse en hórridos precipicios. Los heridos se asían de nuestras piernas ó de los matorrales, arrastrándose por el es trecho campo para no ser destrozados por las plantas de los combatientes ó los cascos de los bridones.

Córdova recibió orden de dar el golpe de gracia: cesamos la defensiva, y como si tornase á la actividad ese mismo volcán sobre cuyas erupciones petrificadas combatíamos, cual quemante irresistible lava borbollando del cráter de las pasiones humanas, más terrible que el del volcán, la ola ardiente de hombres enfurecidos, con las bayonetas chorreando de sangre, gritando, tronando, haciendo retemblar el monte, se precipitó sobre las mejores tropas de Aymerich cuyo hijo murió uno de los primeros.

No sé cómo me encontré junto á Calderón....

A lado mío recibió el plomo que le destrozó el brazo derecho. Empuña el sable con la mano izquierda y vitoreando á la Patria, se entra en lo más reñido de la lucha. Otro balazo le rompe la siniestra, á lo que el héroe de diez y ocho años contesta con un viva á la República. Poco después una tercera bala le atraviesa el muslo, y por último una de cañón, como á Nelson, le lleva ambas piernas.

El cuarto proyectil le ha hecho pues caer: para matar un soldado, un cualquiera, basta y sobra una bala, para matar un héroe se necesita algo más: mutilado, destrozado el cuerpo de Abdón Calderón, el alma se le adhería, hasta alcanzar la victoria, al sér material ya deshe-

cho, como el sable que, de mano en mano, de los muñones á la boca, no acertaba á desprendérsele. La gloria que inmortaliza á los hombres, comenzaba á hacer no mortal á Calderón.

Pero cayó al fin.. Allí cerca de mí, gozosos, frenéticos, rabiosos, sonrientes, todo al propio tiempo, cien hombres, más, el batallón entero que lo mataba sin vencerle, se precipitó sobre él para apoderarse del cuarto del hombre, ya que no le había sido dado apropiarse del soldado de la República. Yo, delirante también, me interpuse entre el cadáver y sus aprehensores, y dando cortes, reveses, pomazos, cabezadas, puntapiés, defendía las venerandas reliquias, que atraían hacia el lado del bosquecillo en que estábamos, agrupaciones de combatientes de una ó de otra bandera. En el calorde la lucha, rodeado de seis ú ocho enemigos, sangrándome el rostro, los brazos, el tronco, hiriendo, eso sí, matando, bestial, feroz, evitando golpes ó persiguiendo á mis contrarios, habíamos penetrado, sin darnos cuenta de ello, ahí en el referido bosquete, donde en las malezas y zarzales dejábamos, además, en girones las ropas y la piel en los movimientos vehementes del ataque y de la defensa. No sé si alguien me ayudaba; lo que sí sé es que delante de mí dos gigantescos negros, más tenaces ó más valerosos que sus compañeros, me acosaban con sus bayonetas, que apenas podía yo rechazar con mi espada rota.

—Ríndete, blanco.

—Ríndete, oficial.

—Canallas¡ Exclamé, al propio tiempo que partía el cráneo al que más cerca se me puso, y me lanzaba socae el otro y asiéndole del cuello trababa lucha con los brazos con los puños, con las uñas....

Ignoro lo demás. El rocío de la noche, lo propio que en Huachi, humedeciéndome el rostro me hizo volver á medias al acuerdo. ?Triunfamos¿ ?Perdimos¿ Preguntéme lo primero por natural pertinenacia del instante de frenesí el qué había perdido el conocimiento. Estaba boca arriba, quise moverme pero no pude. además de la extrema debilidad de mi cuerpo, tenía ótro cucima que me ahogaba. Pretendí tocarlo con la mano derecha, más el brazo no corespondió á la orden de la voluntad sino con un agudo dolor;

no sin esfuerzo empleé entonces la izquierda que me hizo comprender que pesaba sobre mí un cadáver, rígido, feroz aún, pues me tenía cogido, agarrotado, enclavadas las garras en el brazo que primeramente pretendí mover, mientras la enorme mole sobre mí por completo, me oprimía contra el suelo, impidiéndome respirar, la presión de una monstruosa cabeza ensortijada. Imposible me era arrancar de mis carnes los crispados y férreos dedos, hasta cuya frialdad me hace hoy mismo recordar aquella escena con pavor: con esfurzo increíble conseguía levantar uno de ellos, que tornaba á caer como un formidable resorte para lastimarme más, para penetrar más hondo, tan luégo como soltaba á fin de arrancarme otra de las uñas hincadas en mi piel, y en mis músculos, por entre los andrajos de la camisa despedazada,—produciéndome el efecto de un sér vivo, perfectamente vivo, para conservarme asido, agarrado comprimido por la energía de la voluntad rabiosa y de una musculatura de demonio. El terror, el delirio, me invadieron, y, lo recuerdo bien, trabé de nuevo con ese ente animado, horrible, una lucha de desesperación y de locura—creo que conseguí desprenderme de él, arrojarlo de encima de mí, ladearlo; pero con el tremendo esfuerzo separé así mismo los coágulos de mis numerosas heridas, volví á abrirlas, quizá las desgarré más; pues no sólo el sudor del cansancio, sino abundante sangre me empaparon nuevamente el rostro, el cuello, el pecho....

Acometióme una sed vivísima, amortiguáronseme los dolores, un desfallecimiento y ansiedad sumas se apoderaron de mí, ví cruzar un sinnúmero de centellas por delante de mis ojos, los cerré ..los oídos me zumbaban como si se hubiesen convertido en nidos de moscardones, dieron por último una especie de estallido, y en seguida ni sentí, ni ví, ni oí nada más....la muerte..... ....

.....

Un brillante y molesto rayo de luz me hiere los ojos aun no abiertos; se me esfuerza á separar los apretados dientes y se me instilan en la boca gotas de de un líquido que no puedo tragar; me parece que se me lavan suavemente las heridas; siento como una lengua tibia que me lame la mano; un blando rumor de voz amorosa y conocida suena á mi oído....no la comprendo.... Pero la voluntad ha

despertado en mí, y hago un esfuerzo para entender.... para vivir.

¿Mi madre?....¿Aurora?....¿Júpiter?

Sí, ellos....¿Qué?

Ya....es Aurora la que me habla: osculándome el oído con sus labios y besándome el alma con la melodía de sus palabras:

—Vuelve en tí, me dice, vuelve, vuelve en tí, esposo mío.

XXV

Si fuese esta una novela, para concluír tal cual artísticamente pondría aquí punto final, después del Pichincha de Sucre y de mi Pichincha, quiero decir, después de la gran victoria obtenida por el futuro Mariscal de Ayacucho en las faldas de nuestro histórico monte, y el gran triunfo *de faldas* que me coronaba también á mí victorioso en el propio lugar del coronamiento de la emancipación colombiana. Sí, señores, ahí mismo; pues debo añadir á Udes. algunos pormenores completamente personales que, aun cuando no interes á Udes. leerlos, á mí me interesa contarlos, porque me traen el recuerdo de lo único por entero grato que me ha sobre venido en la existencia: aquel despertar de la muerte en brazos de *mi vida*,— y perdónenme Udes. este pueril juego de palabras: los felices se vuelven siempre un poco pueriles, como si para gozar fuese indispensables ser niños.

Juan, Juan en todo caso, había intervenido en auxilio mío, en los grandes aprietos del bosquete aquél: él mató al negro en el momento que abrazado de mí me estrellaba

contra el suelo;y herido también de alguna gravedad, después de la espléndida victoria de nuestras armas fué llevado al Hospital de la sangre, donde por la noche fué visto por mi madre que, en el mayor desconsuelo, estuvo allí á buscarme entre los heridos. El buen muchacho le dió lo mejor que pudo las señas de los matorrales donde podía hallarme, y sepultó la cabeza entre las frazadas para llorar á lágrima viva, pues me creía muerto.

Por una corazonada de las que sólo experimentan las madres, la viuda de Mideros, auque llena de ansiedad, esperanzada de encontrarme con aliento, y movida no sé por qué sugestión, fué á reunirse con Aurora,—que medio convencida ya por el P. Adeodato de que estaba engañando su propio corazón con quimeras de puro romanticismo, principia á ceder en sus crueles resoluciones,—y con el valor de la mujer fuerte, emprendieron el ascenso de la inclinada montaña; mas nada hubieran conseguido, y yo habría expirado sin falta en el abandono más absoluto con el hielo del amanecer en esas alturas, si no se hubiesen encontrado, mediada la cuesta, con el viejo y asmático Júpiter, que sin duda iba á pedir auxilio para mí, y que las condujo derechamente al montecillo dodne se escondían los dos cadáveres mis acompañantes y el servidor de ustedes.

El abrigo, los ciudados, los remedios, dirélo de una vez el amor de mi madre y de la que es hoy mi esposa, me sacaron del estado en que estuve próximo á la muerte.

Aurora como que quiso, cuado principié á convalecer, desdecirse de la frasecilla aquella que se le escapó en un arranque de conmiseración, y que tuvo el poder mágico de restituírme enteramente á la existencia; pero la amenacé con proseguir la profesión militar si me dejaba soltero, y se ratificó pocos meses después ante Fray Adeodato, quien cón capa de coro, lo confesaré con sinceridad, me hizo esa no *de capa de coro*, como se dice entre nosotros.

Retiréme, en consecuencia, de la carrera de las armas, en la que he visto posteriormente á poca costa ascender, hasta el generalato, á gran número de mis subalternos, inclusive Juan que, según sospecho, no obstante ser tan bueno, murió no há mucho con la esperanza de escalar la Pre-

en los campos de glorias y de sangre del ínclito Bolívar.

Si sois curiosos y queréis saber el término de los demás conocidos de esta verídica relación, os agregaré que Rey llegó á Gobernador, Diputado, y á la postre también á General, merced á las *cualidades* de su carácter; pero concluyó sufocado en un albañal, donde tuvo que esconderse cierta vez que un *golpe de estado* le obligó á huír de los fervorosos odios del momento, y de donde, si no hubiese muerto, de seguro hubiera salido con empleo y.....con el uniforme respectivo.

Pantorrés tomó por otra vía: la de desquijarar leones, ó sea *hacerse el gato bravo*, según decimos los ecuatorianos. Con lo que á los principios anduvo muy boyante; mas luégo se le conoció la táctica, y dejando los señores míos del Gobierno de hacer caso de las bravatas, *inquebrantable energía* y libelos del *desinteresado patriota*, matóle en *injusta* oscuridad una ictericia aguda, enfermedad de los insolentes y envidiosos..... un poco endémica en Quito.

Castillo, mi querido maestro, no sucumbió en Huachi: desengañado de la República, á saber, de sus hombres, de los propósitos de éstos, de la realidad de ciertas teorías, de la hipocresía de un fementido patriotismo; amargado con la previsión de las desgracias de la Patria; receloso aun de que algo tuviesen de positivas las imputaciones que se hacían al gran BOLÍVAR, se confinó triste, abatido, descorazonado en Piura, donde por remate una mañana se dió un pistoletazo.....

Peñamar pudo subir y subir: alas no le faltaban; mas comprendió en breve, como me lo repetía él mismo, que para ser algo en el Ecuador,—donde los patanes califican el mérito de los hombres decorosos,—es necesario no ser nada: no sólo porque las nulidades son acaso todo, sino porque apenas alguien se eleva un poco sobre el pigmeo nivel de la multitud, el odio, la diatriba, la calúmnia le embisten con venenosa furia, y retrayéndose en absoluto á la vida privada, la muerte le encontró con un libro en la mano.

El virtuoso Agustino fué propuesto para Obispo; pero rechazó la mitra diciendo que la cruz del episco-

pado es más pesada que la de Cristo, porque la de Este fué de madera y la de aquél es de oro y piedras.

Mi madre, por la justa ley de las compensaciones, descansó en la segunda mitad de su existencia, de las agitaciones en que pasó la primera. Sin más achaque que el de los años, entregó blandamente el alma á Dios, constituyéndome ejecutor testamentario de las siguientes disposiciones verbales, fruto de su experiencia de vieja patriota y de su amor al País y á mí:

«Continúa en lo privado siendo útil al prójimo, aun cuando la perfidia de los que no perdonan el bien continúe correspondiéndote con rencor, con envidia, con saña.

«En la vida social, en el puesto que ocupas, sigue sirviendo en cuanto puedas á tu Nación, aunque la ingratitud te corone.....cual ella sabe, como á Sucre en Berruecos.

«Pon todo tu empeño, afánate con tesón en no participar de las miserias políticas del ciego partidarismo que divide estos pueblos apasionados, cuya grandeza no se mostrará á la lumbre de las hogueras que encienden los bandos opuestos, sino á la claridad de la tranquila irradiación del gabinete del hombre de estudio, de la oficina del industrial laborioso, del hogar del agricultor entendido, del taller del artesano honrado, en una palabra á los fulgores de la azulina luz que despide dulcemente la lámpara del tabernáculo del templo del DIOS-PAZ.»

FIN